



Presentación Pág. 3

Editorial:

Para una política de archivo. Reflexiones a partir de la experiencia del Ce.D.In.C.I Pág. 5

Intervenciones

Ricardo Piglia,
Ernesto Guevara, el último lector Pág. 13

Perry Anderson,
La era de E.J.H. Pág. 33

Dossier

Revisionismo histórico anti-fascista y políticas de la memoria

Bruno Groppo, *Revisionismo histórico y cambio de paradigmas en Italia y Alemania.* Pág. 47

Enzo Traverso, *La "desaparición". Los historiadores alemanes y el fascismo* Pág. 61

Dossier

El marxismo de Germán Avé-Lallemant y la experiencia del periódico El Obrero (1890-1892)

Horacio Tarcus, *¿Un marxismo sin sujeto? El naturalista Germán Avé-Lallemant y su recepción de Karl Marx en la década de 1890* Pág. 71

Ricardo H. Martínez Mazzola, *Campeones del proletariado. El Obrero y los comienzos del socialismo en la Argentina* Pág. 91

Israel Lotersztain. *De coimeros, marxistas y privatizaciones en el siglo XIX. El Obrero y la crisis del '90* Pág. 111

Notas de investigación

Ana Longoni y Daniela Lucena, *De cómo el "júbilo creador" se trastocó en "desfachatez". El pasaje de Maldonado y los concretos por el Partido Comunista. 1945-1948* Pág. 117

Guillermina Georgieff, *La cuestión nacional en el marxismo: una historia de encuentros y desencuentros* **Pág. 129**

Gabriel Rot, *Notas para una historia de la lucha armada en la Argentina. Las Fuerzas Argentinas de Liberación* **Pág. 137**

Vania Markarian, *Los exiliados uruguayos y los derechos humanos: ¿un lenguaje de denuncia o un programa emancipatorio?* **Pág. 161**

Documentos inéditos

Guillermo David, *A la búsqueda de un sujeto político: las afinidades electivas de Carlos Astrada* **Pág. 169**

Diego Ruiz y Cristina Rossi, *Siqueiros y la Argentina. Un documento inédito* **Pág. 191**

Cristina Rossi, *La respuesta olvidada de Berni a una encuesta francesa* **Pág. 195**

Vida del Ce.D.In.C.I.

El patrimonio cultural del Ce.D.In.C.I. Una visita guiada **Pág. 203**

Grupos de investigación **Pág. 215**

II Jornadas de Historia de la Izquierda: un balance **Pág. 219**

Reseñas críticas

Roberto Pittaluga: A propósito de J. Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*

Laura Ehrlich: A propósito de C. Gilman, *Entre la pluma y el fusil*

Fernando López Trujillo: A propósito de R. Zibechi, *Genealogía de la revuelta*, y Situaciones, *Hipótesis 891*

Vera de la Fuente: A propósito de Duhalde Pérez, *De Taco Ralo a la Alternativa Independiente*

Daniel Paradedá: A propósito de E. Torres, *El Cordobazo organizado*

Clara Bressano: A propósito de G. Vommaro, *La Calle, el diario de casi todos*

Martín Albornoz: A propósito de M. Iñiguez, *Esbozo de una Enciclopedia histórica del anarquismo español*

Inés Yujnovsky: A propósito de Marcos López, *Sub-realismo criollo.* **Pág. 223**

Presentación

Este cuarto número de *Políticas de la Memoria* implica un relanzamiento de la publicación que inicialmente se postuló como el medio de comunicación con los socios y amigos del Ce.D.In.C.I. A lo largo de este año, esa función de contacto cotidiano a fin de anunciar nuestras actividades, inauguraciones, charlas, donaciones y otras novedades, se desplazó al *Boletín Electrónico* que editamos en forma mensual.

Repensamos *Políticas de la Memoria*, en cambio, como un anuario de investigación que dé cuenta de distintos avances en la historiografía de la izquierda mundial y argentina. Un espacio de intervención crítica en los debates actuales de las izquierdas y en torno a las políticas de archivo, preservación y memoria. Un lugar, también, para proponer un balance de los desafíos con los que se topa un proyecto de autogestión como el nuestro, que apuesta a recuperar sentidos de lo público que aparecían negados o vacíos: el de constituir una red colectiva de esfuerzos en pos de preservar los documentos de todas las tradiciones políticas, sociales, culturales subalternas; el de recrear la confianza en la práctica del legado; el de impedir la privatización o destrucción de las fuentes (escritas, visuales, orales) en riesgo... A todo ello se refiere en extenso el editorial de este número, que postula una política de archivo a partir de la experiencia del Ce.D.In.C.I., que ya lleva siete años.

Abre el cuerpo del número un sugerente texto de Ricardo Piglia, que se publica aquí por primera vez: se trata de la conferencia que el escritor brindó en el Ce.D.In.C.I. sobre Ernesto Guevara. Lo sigue un polémico artículo de Perry Anderson sobre la autobiografía de Eric Hobsbawm,

que tradujimos especialmente, lo mismo que el primer *dossier*, que reúne dos recientes trabajos del ítalo-francés Bruno Groppo y del italiano Enzo Traverso sobre revisionismo histórico europeo.

En un segundo *dossier*, tres abordajes a una experiencia fundante de la izquierda argentina a fines del siglo XIX, la del periódico *El Obrero*, hasta hoy desatendida por la imposibilidad de consultar la colección (disponible ahora en microfilms en nuestro Centro). La nota de Horacio Tarcus (adelanto de su tesis doctoral en la UNLP sobre la recepción de las ideas socialistas y marxistas en Argentina), la de Ricardo Martínez Mazola y la de Israel Lotersztain plantean distintas dimensiones de un caso apasionante.

El anuario se completa con avances de distintas investigaciones. Ana Longoni y Daniela Lucena documentan el poco conocido pasaje de Tomás Maldonado y los artistas concretos por el Partido Comunista en la década del '40. Guillermina Georgioff y Vania Markarian presentan síntesis de sus respectivas tesis doctorales sobre la cuestión nacional en la izquierda argentina de los años sesenta, la primera, y la segunda, acerca de la metamorfosis del léxico de la izquierda uruguaya a partir de la experiencia del exilio. Gabriel Rot, por su parte, adelanta un nuevo capítulo de la historia de las organizaciones armadas argentinas, esta vez sobre las FAL.

Entre los documentos inéditos que damos a conocer, profusamente anotados y comentados, destacan un conjunto de veintisiete cartas de y al filósofo Carlos Astrada. También, un escrito de David Alfaro Siqueiros con instrucciones precisas sobre su mural "Ejercicio plástico" (obra realizada en Buenos Aires en 1933) y el desentierro de una olvidada respuesta del pintor Antonio Berni a la revista francesa *Commune*.

La siguiente sección da cuenta de distintos aspectos de la actividad del Ce.D.In.C.I. (una descripción de su sede, de su acervo y de los criterios de ordenamiento y catalogación a los que recurrimos, una presentación de sus grupos de investigación). Cierra el número un conjunto de reseñas críticas sobre libros aparecidos en el último tiempo relativos al pasado y al presente de los movimientos emancipatorios.

Sólo resta invitar a nuestros lectores a acercarse al Ce.D.In.C.I., a contribuir de alguna de las muchas maneras posibles al sostenimiento de esta iniciativa, y a hacernos llegar sus propuestas y colaboraciones para esta publicación.

Para una política de archivo. Reflexiones a partir de la experiencia del Ce.D.In.C.I.

“La historia cultural y política de nuestro país duerme en archivos familiares... La poca preocupación ambiente y el celo de los poseedores de los archivos hacen que informaciones interesantísimas, que podrían prestar eficaz ayuda a historiadores y sociólogos, se esterilicen restando fuentes preciosas a la investigación científica. Nuestra historia (...) no puede, pues, ser escrita.”

(Revista de Filosofía, a. III, nº 3, Buenos Aires, mayo de 1917)

Ochenta y seis años nos separan de la cita que sirve como epígrafe. Sin embargo, el diagnóstico que se hacía desde la revista de José Ingenieros no se ha modificado. Y es que el subdesarrollo argentino no se limita al terreno económico: en el plano de la preservación de nuestro patrimonio cultural somos también un país perfectamente subdesarrollado. John Holloway ha insistido con razón en que en un mundo globalizado, ya no importa tanto para evaluar la prosperidad de un país cuánto produce cada economía nacional, sino cuánto capital producido globalmente es capaz de atraer y retener cada Estado en su territorio. De la misma manera, en el terreno del patrimonio cultural, no importa tanto el capital simbólico que hemos sido capaces de producir nacionalmente: lo decisivo es nuestra capacidad de valorizarlo como tal y, por ende, de generar las condiciones para preservarlo y socializarlo.

Los avatares de nuestro patrimonio bibliográfico, hemerográfico y archivístico son una prueba flagrante de esta afirmación. Es algo sabido que el estado de nuestras bibliotecas, hemerotecas y archivos públicos es calamitoso, resultado de un proceso donde se han combinado de la peor manera factores tan diversos como la ausencia de políticas archivísticas, falta de presupuesto, negligencia burocrática, discontinuidad institucional, corrupción, etc. Cuando no existen políticas públicas activas para preservar dicho patrimonio, se plantean tres opciones: permanece en manos privadas, o es adquirido por coleccionistas privados, o bien es vendido a archivos o universidades del exterior.

En el primer caso, muchos archivos de personalidades de la cultura y la política argentina son celosamente resguardados por sus descendientes como pro-

piedad familiar: el espíritu de legado desaparece, pues los herederos no tienen confianza en la capacidad de las instituciones públicas para resguardarlo y disponerlo a la consulta. El sentimiento de los donantes es, cuando se trata de las grandes bibliotecas públicas, que el patrimonio va a desaparecer entre los engranajes de una insondable estructura burocrática; o bien, cuando se trata de institutos de una escala menor, que va a ser apoderado por la facción que lo controla. Esto es: las grandes instituciones no ofrecen garantías de preservación; las pequeñas, de acceso público.

En el mercado de las revistas y los papeles argentinos, la principal demanda proviene de los coleccionistas privados y de las universidades del exterior. En el primer caso, el patrimonio queda vedado a la consulta pública; en el segundo, sólo es accesible a los argentinos que puedan viajar. El universitario estadounidense, europeo, mexicano o brasileño tiene a su alcance extraordinarias bibliotecas y archivos, pudiendo consagrarles todo su tiempo y sus energías; el investigador argentino que se propone trabajar con este tipo de patrimonio sabe que el 50% de sus energías estarán destinadas a la búsqueda de sus fuentes, debiendo peregrinar por múltiples bibliotecas públicas, archivos privados y librerías de viejo. A menudo debe comprar sus fuentes, convirtiéndose en un atesorador privado. Y así como el coleccionista es un investigador principiante, insensiblemente el investigador argentino deviene un coleccionista amateur. Incluso ha llegado a suceder que los investigadores rivalicen, no por el rigor o la originalidad de sus interpretaciones, sino por la posesión de sus “propias” fuentes. Su mayor orgullo es estampar, a pie de página, esta manifestación de nuestro subdesarrollo cultural: “Original en el archivo del autor”.

Respecto al drenaje patrimonial hacia el extranjero, no sólo se van dólares o “cerebros”, sino también libros, revistas, cartas, manuscritos... Así como los egipólogos se ven obligados a estudiar en los museos de Londres y de París, los investigadores de la historia y el pensamiento argentinos sólo pueden consultar invalorables fuentes de nuestra cultura acudiendo a ciudades como Ámsterdam, Torino o Berlín. Por ejemplo, la hemeroteca y el archivo que sobre anarquismo argentino dispone el Instituto de Investigación Social de Ámsterdam, son más completos que cualquiera de los existentes en la Argentina. Aquí estos testimonios de nuestra historia apenas sobreviven, en colecciones no siempre completas, en algunas bibliotecas anarquistas. En Holanda, a pesar del nazismo, se preservaron estos documentos —que en muchos casos tienen más de cien años— y que hacen a los primeros tiempos de la memoria obrera argentina.

Hay bibliotecas y archivos enteros que, por distintas vías y variados motivos, fueron saliendo del país. La primigenia biblioteca, la hemeroteca y el archivo del Partido Comunista Argentino fueron embarcados rumbo a Moscú en 1930, pocos días después del golpe militar de septiembre. La biblioteca monumental del sociólogo Ernesto Quesada está en el Instituto Iberoamericano de Berlín; la biblioteca y el archivo del filósofo Rodolfo Mondolfo, que sus descendientes donaron a la Asociación Dante Alighieri, partió sin embargo hace algunos años a Italia; la biblioteca y el archivo del historiador Luis Sommi fue trasladada a algún lugar de Moscú; el archivo de Victoria Ocampo puede consultarse en la Universidad de Harvard... Hoy corre riesgo de partir al exterior el archivo de Macedonio Fernández.

Entiéndase bien: no hay en este diagnóstico ningún afán nacionalista contra la política archivística de norteamericanos, holandeses o franceses. El interés

de estos países por nuestra producción cultural no puede ser, para nosotros, sino motivo de orgullo; y su capacidad de preservarlo, causa de tranquilidad. El problema radica aquí, en nuestro país: en la ausencia de instituciones públicas interesadas en preservar este patrimonio; y en la falta de una cultura cívica que las acompañe.

Se objetará que, en el marco de la presente crisis argentina, no hay presupuesto de las bibliotecas y archivos públicos que permita competir con los precios que ofertan coleccionistas privados o universidades del exterior. Sin embargo, el problema es más profundo que el meramente presupuestario. Es, insistimos, un problema de subdesarrollo cultural. Porque si las instituciones públicas visualizaran el valor de este patrimonio, podrían, por ejemplo, generar la confianza necesaria para restablecer el espíritu de legado, y enriquecerse no sólo mediante compras sino también a través de donaciones. Los recursos alternativos podrían ser muchos, pero sólo una conciencia y una voluntad colectivas que asuman, con espíritu benjaminiano, aquello de que “el patrimonio está en peligro”, podrán generar un nuevo pacto entre donantes y donatarios, coleccionistas e investigadores, instituciones locales y del extranjero, con el objetivo de frenar la enajenación y la privatización de nuestro patrimonio archivístico.

Esta reflexión crítica se funda en la experiencia concreta de que, con recursos más que modestos, se puede hacer mucho: lo demuestra, desde hace siete años, la creación y puesta en marcha del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas, el Ce.D.In.C.I.

El tema de los archivos vinculados a los movimientos y expresiones de los sectores subalternos en la Argentina parece ser parte de esa constelación de paradojas que este país exhibe: en este caso, la vitalidad de esos movimientos populares, que se ha manifestado a lo largo de un siglo —en su significativo peso social, activismo político, capacidad organizativa e institucional y riqueza cultural, desde el movimiento anarquista a fines del siglo pasado y comienzos del actual hasta la “nueva izquierda” de los años 70—, no encontraba, hasta hace unos tres o cuatro años, una expresión proporcional a su importancia no sólo en el terreno de los estudios históricos o políticos a ellos dedicados —como si sus hilos de continuidad con el presente se hubieran interrumpido—, sino que tampoco contaba con la dotación mínima de material documental reunido en torno a esas experiencias y a la vez disponible para la producción e investigación públicas. Desde luego, la discontinuidad institucional que ha sufrido la Argentina durante décadas, agravada por el terrorismo de Estado desplegado por el último régimen militar, explica parcialmente esta situación.

De tal forma, para quienes pensamos que esa agitada trayectoria de los movimientos populares argentinos, y de las corrientes ideológico-políticas que aspiraron a la vez a expresarlos y orientarlos, sigue constituyendo un gran estímulo intelectual y político, se nos venían presentando un conjunto de obstáculos. Uno de estos obstáculos era el del acceso a las fuentes gráficas, orales o filmicas, o a las publicaciones políticas, sindicales y culturales vinculadas a las luchas sociales en el país. La debilidad o directamente la carencia de políticas públicas consistentes orientadas a la protección del patrimonio histórico-cultural —lo que de por sí ya es toda una política de (des)memoria— se manifiesta, entre otros terrenos, en la inexistencia de hemerotecas o archivos públicos medianamente nutridos; situación además agravada en el caso de la historia de los movimientos populares o de las izquierdas en la Argentina.

Construir un archivo que reuniera, recuperara y preservara el patrimonio histórico-cultural de las clases subalternas se constituía así en una tarea absolutamente necesaria. Entendemos esta tarea de recuperación en dos dimensiones: se trata, por un lado, de recuperar aquellos materiales documentales que corren riesgo de perderse, o incluso que ya se creían definitivamente perdidos (y que en un sentido lo estuvieron durante bastante tiempo). Pero, por otro lado, esa recuperación no podía detenerse en el hecho de reunir el material y preservarlo adecuadamente del paso del tiempo. La misma recuperación tiene una dimensión política e intelectual que debe proyectarse más allá del ámbito físico en el que se depositan los documentos, que tiene que avanzar más allá de ese primer paso que es su *domiciliación*, su *localización*: este ir más allá es, en algunos casos, *devolver a esos documentos su sentido público*, y en otros, *otorgárselo*, es decir *producir una relocalización* más allá de su domiciliación en un *espacio de reflexión que posibilitara su interpretación y apropiación colectivas* —aunque es preciso decir que algunos casos, como los documentos producidos por la fuerzas de seguridad en y sobre los campos de detención durante la dictadura, merecen una discusión específica, y probablemente todo un período de transición hasta que puedan ser plenamente públicos. Ese carácter público requiere de una institución que lo habilite, pero no sólo: requiere también que la institución despliegue una política activa para que todas y todos los que estén interesados puedan hacer algo con el archivo, y en un sentido aparentemente paradójico, “desarchiven” lo archivado.

Por eso sabíamos, cuando allá por 1997 discutíamos cómo llevar adelante este proyecto (con más deseos y voluntad que con claridad respecto de su porvenir), que realizábamos una *apuesta política e intelectual*, apuesta que se renovaba todos los días. Cuando en abril de 1998 inauguramos el Ce.D.In.C.I., el diario Clarín sacó una pequeñísima nota titulada “Archivo Rojo”, en la que decía que finalmente, tras el fin de la izquierda, sus documentos descansaban tranquilos a la espera del investigador curioso. Se evidenciaba así el riesgo que corría una iniciativa como la nuestra: la de transformar la mayor documentación reunida en nuestro país sobre la historia de las izquierdas argentinas en el acta de su defunción. A pesar de los cientos de publicaciones políticas y culturales que se creían definitivamente perdidas y que por medio de esta iniciativa habíamos recuperado, el peligro era —y en gran medida siempre sigue estando presente— hacer del Ce.D.In.C.I. una institución-museo. Y si consideramos que en la cultura posmoderna está fuertemente instalada esta tendencia, como la ha llamado Andreas Huyssen, a la *museificación de la memoria*, el riesgo es aún mayor. La vieja izquierda, además, tiene un *sentido corporativo de la memoria*: anarquistas, socialistas y comunistas, por ejemplo, han sobrevivido a las crisis (y se han sobrevivido a sí mismos) sobre la base de este *culto de las glorias de su propio pasado* y de todos los rituales y ceremonias que ello conlleva. Aclaramos: no estamos en contra del culto a las glorias del pasado, salvo cuando no hacen sino encubrir las miserias del presente. Y es así que anarquistas, socialistas y comunistas sobreviven como depositarios y cancerberos de su memoria, aspirando a administrar y regular monopólicamente las publicaciones que jalonaron su historia. Aunque las tengan repetidas cien veces, su voluntad corporativa no es socializarlas, distribuir las copias en otros archivos y bibliotecas para reducir cien veces el riesgo de que se pierdan, sino guardarlas cien veces, esto es, matarlas cien veces.

Conjurar esta tendencia implícita en un archivo a constituirse en una institu-

ción-autoridad que mientras regula el acceso a los documentos a la par los tiene “depositados”, nos obliga permanentemente a redoblar la apuesta inicial, manteniendo y extendiendo la *disposición ético-política* que estuvo en sus orígenes. En este sentido, la apertura del Ce.D.In.C.I. permitió, por un lado, que una gran cantidad de investigadores (e incluimos entre éstos tanto a quienes se desempeñan profesionalmente como a quienes lo hacen en forma no profesional, desde ex militantes hasta hijos de militantes setentistas que quieren saber qué planteaban las organizaciones —a veces pequeñísimas— en las que sus padres participaron) accedieran a documentos hasta entonces privados (privados por los partidos en algunos casos, y en otros por esas práctica profesional lamentablemente extendida en la que incurren todavía muchos investigadores que hacen de las fuentes que han reunido su acervo personal). Por otro lado, nos parece que el mismo Ce.D.In.C.I. es parte de una nueva avidez por reexaminar el pasado de esa franja de la cultura argentina y mundial. Así hemos sido partícipes del renacimiento de una forma de transmisión de memoria que casi se había extinguido en nuestro país, cual es la del legado: es gratificante y alentador ver cómo viejos militantes se acercan al Ce.D.In.C.I. para que esos materiales (muchos o pocos, no importa) sean parte de esta reapropiación y reconstitución de una cultura política y de la construcción de la memoria. En igual sentido, muchos investigadores que durante años reunieron trabajosamente materiales para sus producciones los traen hoy para que formen parte de este archivo. Desde la inauguración, el acervo inicial creció sustancialmente, a través de algunas compras, pero fundamentalmente por donaciones, a razón de unas 100 por año (entre pequeñas, medianas y grandes). Estas donaciones tienen un claro sentido político: *la de su uso público, sin condicionamientos*.

Ahora bien, muchos de estos materiales no fueron fuentes documentales hasta que se incorporaron al archivo, esto es hasta que alguien (en el caso de las donaciones, una combinación entre el donante y la institución receptora) *convirtiera los restos en fuentes*. El archivar tiene esa *capacidad de significación* de los restos, pero para hacerlo no basta acopiarlos sino también identificarlos. A veces esta tarea es simple, otras, las más, sumamente compleja. Este tipo de restitución de identidades a los papeles (que es una primera restitución de lugares en la historia para sus impulsores), requiere la formalización de un conocimiento muy específico que, como el mismo archivo, se sitúa en una tensión: por un lado están las normativas bibliotecológicas, que dicen cómo catalogar, cómo dar un orden; por otro lado, están las trayectorias históricas de quienes editaron esos materiales, sus inscripciones particulares en las tramas políticas y sociales. Estos dos principios de orden no siempre son compatibles; de allí que nuestros catálogos estén matizados por esta doble influencia. Una tensión parecida a la que constituye al Ce.D.In.C.I., que debe permanentemente incrementar su capacidad profesional para afrontar la tarea emprendida, y al mismo tiempo conjugar dicha capacidad con determinadas formas de organización, cooperación e inscripción en la trama cultural tendientes a construir redes y espacios signados por perspectivas emancipatorias.

En esta tensión constitutiva, el Ce.D.In.C.I. era y es una apuesta en varios sentidos. Primero, apuesta basada en una confianza: que la construcción de la memoria en nuestro país sólo puede ser obra de una multitud de esfuerzos que gesten espacios comunes de intercambio y reflexión. Las posibilidades de expandir esta apropiación de la documentación reunida por parte de los sujetos es uno de los aspectos centrales de la actividad de nuestro centro: desde la micro-

filmación de publicaciones cuyo deterioro hacía ya casi imposible su manipulación física hasta la edición de fuentes en soporte digital, pasando por la organización de las Jornadas de Historia de las Izquierdas (las primeras en el 2000 y las segundas en el 2002), o la publicación de esta misma revista de investigación, para citar algunos ejemplos. Formas de promover la producción intelectual que son también aspectos de una pluralidad de actividades que pretenden *impedir la musealización del archivo*.

Segundo, apuesta en otro sentido (vinculado estrechamente al anterior): el Ce.D.In.C.I. es una iniciativa político-cultural que pretende *formar parte de la renovación y la reconstitución de una cultura de izquierdas*. Sus formas de gestión tienen así también una dimensión política. De esta forma, las características *autogestionarias, autónomas y colectivas* sobre las que se sostiene el Ce.D.In.C.I. son parte de la formación de una política de archivo que posibilite la producción crítica de memoria. No es casual que iniciativas como la nuestra o similares no hayan sido acogidas o retenidas por las instituciones públicas estatales, por ejemplo, por las universitarias, incluso más allá de la mayor o menor disposición de sus circunstanciales autoridades, y aún cuando muchos de los profesores de la Universidad colaboran activamente con nuestra institución o protagonizan esfuerzos semejantes.

Así, parecería que la independencia, la autonomía son características constitutivas para la generación de espacios verdaderamente democráticos y colectivos de producción y reflexión, de intercambio y colaboración, de construcción colectiva de una política de archivo. Aún recorridos por las tensiones mencionadas, creemos que son estos colectivos, vinculados a través de redes formales e informales de cooperación y apoyo mutuo, los que tienen la capacidad de gestar un vínculo positivo entre archivo y memoria, al producir una memoria que por medio de la disposición a la más amplia intervención de los distintos sujetos, genere las condiciones para la reconsideración permanente de la memoria y la historia.

Comisión Directiva

**Graciela Karababikian, Ana Longoni
Roberto Pittaluga, Gabriel Rot, Horacio Tarcus**



Intervenciones



Ernesto Guevara, el último lector

Ricardo Piglia

Los viajes a lo largo de la vida de Guevara, sus fotos, escritos y libros, las metamorfosis y las persistencias, los encuentros y las definiciones que éstos desencadenaron, sirven de puntos de partida a una serie de reflexiones del escritor Ricardo Piglia sobre el lugar de la lectura en la vida del Che, sobre la configuración de la experiencia (política, vital) de su generación, sobre ciertas tradiciones de la cultura argentina. Este texto, que aquí se publica por primera vez, transcribe la conferencia brindada en el Ce.D.In.C.I., el 10 de noviembre de 2000.

Me gustaría empezar con una cita de John Berger, el escritor inglés, que escribió un texto muy lúcido sobre Guevara en el momento de su muerte. “El mundo es insoportable pero las luchas lo han hecho saber”, dice Berger. Y la trayectoria de Guevara tiende a plantear esta cuestión; a veces no importa si las luchas triunfan, siempre que hagan saber que el mundo es insoportable.

He estado trabajando sobre Guevara últimamente y he dado un seminario sobre Guevara en la Universidad, y hablando con Horacio¹, le propuse empezar a discutir algunas hipótesis que surgieron del trabajo en ese seminario. Se trataba de trabajar sobre Guevara en un contexto más ligado a ciertos temas que me preocupan desde hace mucho: básicamente las relaciones entre política y literatura, entre tradiciones políticas y tradiciones literarias. Y en ese contexto me pareció que era posible discutir la figura de Guevara en relación con ciertas tradiciones de la cultura argentina.

Por otro lado, el título de la charla remite secretamente a un texto de Carl Schmitt sobre Hamlet, que seguramente alguno de ustedes ya conoce, que se llama *Hamlet o Hécuba. La irrupción del tiempo en el drama*, que es un texto sobre la tragedia y sus relaciones con la política. Y ahí, al pasar, Schmitt señala que las tres figuras emblemáticas de la cultura moderna son lectores. Las grandes figuras simbólicas de la tradición cultural, dice,

Don Quijote, Fausto y Hamlet son hombres que leen, y ese acto de leer en distintos momentos los constituye. Y deja esa hipótesis ahí y se dedica, como sabemos, a estudiar en *Hamlet* la presencia o mejor la irrupción del presente y de la política en la tradición de una clásica tragedia de venganza.

Me pareció que esa observación de Schmitt era una clave para intentar construir una historia de la representación de la figura del lector. De hecho, parece más fácil –al menos es más común– hacer una historia de la lectura que una historia del lector y de lo que lo rodea en el acto de leer.

En principio, podríamos pensar que la figura del lector, entendido el lector con los sentidos múltiples que tiene, por supuesto, como descifrador, como intérprete, ha sido muchas veces una sinécdoque o una alegoría del intelectual. Y nosotros podríamos entonces imaginar que esta figura del sujeto que lee, forma parte de cierto repertorio de construcción de la figura del intelectual en el sentido moderno. No sólo como letrado, sino como alguien que se enfrenta con el mundo en una relación que en principio está mediada por un tipo específico de desciframiento. La lectura funciona como un modelo general de construcción del sentido.

Podemos remontar esa historia a la observación de San Agustín que se asombra al ver a San Ambrosio leer

en silencio. Borges se ha referido a esa escena, la primera vez que alguien ve a alguien que lee en silencio. Hay algo extraño en esa imagen de alguien que lee. Y la clave es que el sujeto se ha aislado, está abstraído, parece cortado de lo real. Hay muchísimos rastros de la extrañeza que produce la figura de alguien que lee. Hamlet entra leyendo un libro inmediatamente después de la aparición del fantasma de su padre, y verlo leer es percibido como algo extraño, como un signo de melancolía, un síntoma de perturbación. Desde luego, es clásica la relación entre lectura y locura, entre lectura y pérdida de la realidad. Hay cierto desajuste que, paradójicamente, la lectura vendría a expresar. Un contraste con las exigencias de la decisión para retomar algunos de los conceptos de Schmitt, las exigencias prácticas, digamos, y ese momento de distancia, de soledad, una forma de repliegue, un acto de aislamiento, el sujeto se pierde, indeciso, en la red de los signos. La indecisión del intelectual es siempre la incertidumbre de la interpretación, las múltiples posibilidades de la lectura. Hay una tensión entre el acto de leer y la acción política. Cierta oposición implícita entre lectura y decisión, entre lectura y vida práctica.

Y el acto de dejar de leer, o mejor, de ser alejado de la lectura, la interrupción de la lectura, la irrupción de la realidad, es un tropo, y se encuentra narrado en muchos textos. “El sur” de Borges, es un ejemplo. Dahlmann que lee en el tren las *Mil y una noches* hasta que lo distrae la llanura, lo distrae la realidad y se deja simplemente vivir. Y luego Dahlmann que recurre a la lectura para aislarse y protegerse y se refugia nuevamente en el volumen de las *Mil y una noches* hasta que es sacado de su aislamiento por los parroquianos del almacén que lo hostigan y lo desafían. O la inversa, el que lee para entender la realidad, para encontrarle un sentido a partir de lo que lee y que por eso paga un precio. Podríamos pensar, si seguimos con Borges, en Lönnrot, en “La muerte y la brújula”. Lönnrot descifra la realidad exclusivamente a partir de lo que lee. En Borges muchas veces la lectura lleva a la muerte. En todo caso aleja de la vida y la sustituye imaginariamente. “Pocas cosas he vivido y muchas he leído”, como escribe Borges melancólicamente. Esa tensión entre la lectura y la experiencia, entre la lectura y la vida está muy presente en esta historia que buscamos construir. Al mismo tiempo, muchas veces lo que se ha leído es el filtro que permite darle sentido a la experiencia; la lectura es un espejo de la experiencia, la define, le da forma.

Hay un momento en la vida de Ernesto Guevara que me parece que condensa esto que estamos diciendo y es la escena —sobre la que también Cortázar ha llamado

la atención—, en la que, herido, pensando que muere, cuando es sorprendido el pequeño grupo de desembarco del Granma, Guevara recuerda un relato que ha leído. Escribe Guevara, en los *Pasajes de la guerra revolucionaria*: “inmediatamente me puse a pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en el que parecía todo perdido. Recordé un viejo cuento de Jack London, donde el protagonista apoyado en el tronco de un árbol se dispone a acabar con dignidad su vida, al saberse condenado a muerte, por congelación, en las zonas heladas de Alaska. Es la única imagen que recuerdo.”

Recuerda un cuento de London, “To Build a Fire” (“Hacer un fuego”) del libro *Farther North*, los cuentos del Yukon. En ese cuento aparece el mundo de la aventura, el mundo de la exigencia extrema, la soledad de la muerte, los detalles mínimos que producen la tragedia.

Hay una suerte de cristalización en el recuerdo de esa escena: Guevara encuentra en el personaje de London el modelo de cómo se debe morir. Se trata de un momento de gran condensación. “Voy a morir como el personaje de una ficción que he leído”. No estamos lejos del Quijote que busca en las ficciones que ha leído el modelo de la vida que quiere vivir. Y ya sabemos que Guevara cita a Cervantes en la carta de despedida a sus padres (“Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo”). No se trataría aquí sólo del quijotismo en el sentido clásico (el idealista que enfrenta lo real), sino del quijotismo como un modo de ligar la lectura y la vida, la ficción como un modelo de la experiencia. La vida se completa con un sentido que se toma de lo que se ha leído en una ficción.

Me pareció que en esa imagen que Guevara convoca en el momento en el que imagina que va a morir hay una condensación de lo que busca un lector de ficciones: es alguien que en lo novelístico encuentra un modelo para su propia vida y encuentra en una escena leída en una ficción un modelo ético, un modelo de conducta, la forma pura de la experiencia.

Un tipo de construcción del sentido, de construcción de la experiencia, que ya no se transmite oralmente como pensaba Benjamin en su texto “El narrador”. No es un sujeto real que ha vivido y que le cuenta a otro directamente su experiencia, es la lectura la que modela y transmite la experiencia, en soledad. Si el narrador es el que transmite el sentido de la experiencia, el lector es el que busca el sentido de la experiencia perdida.

Sartre lo ha dicho bien en *¿Para qué sirve la literatura?*: “¿Por qué se leen novelas? Hay algo que falta en la vida de la persona que lee, y esto es lo que busca en el



libro. El sentido es evidentemente el sentido de su vida, de esa vida que para todo el mundo está mal hecha, mal vivida, explotada, alienada, engañada, mistificada, pero acerca de la cual, al mismo tiempo, quienes la viven saben bien que podría ser otra cosa”. Una tensión pre-política en la busca del sentido. Y a la vez podríamos decir que Guevara ha llegado hasta ahí porque ha resuelto ese dilema. De hecho, ha llegado hasta ahí también porque ha vivido su vida a partir de cierto modelo de experiencia que ha leído y que busca repetir y realizar.

Roger Chartier ha señalado que hay que separar la actividad de lectura del texto propiamente dicho y empezar a pensar en modos de leer. Y Chartier señala que hay determinados textos que definen el registro de lectura de una época, como es el ejemplo de la lectura religiosa. Toda lectura se asimilaba al modelo de lectura de la Biblia, y el tipo de relación de creencia que tenía el sujeto con el texto que leía definía el espacio general de la lectura, era el modelo implícito, digamos así, de cualquier lectura. Y después —y esto nos acerca inmediatamente a Guevara— Chartier plantea que después de la lectura religiosa es la lectura de novelas la que define un espacio de identificación cultural y un modo de leer otros textos que no son novelas y tiende a pensar que esta concepción de la lectura que se generaliza a partir de la lectura de novelas, tiene la particularidad de conectar la lectura de la novela con el mundo de los afectos y con el mundo de la experiencia del que lee.

En un sentido más general se ha referido a la misma cuestión Lionel Gossman en *Between History and Literature* cuando señala que la lectura literaria ha sustituido a la enseñanza religiosa en la construcción de una ética personal. La lectura literaria como aprendizaje de una moral, dice Gossman, sustituye a la religión

El hecho de que Guevara haya registrado los efectos y el recuerdo de una lectura para sostenerse ante la inminencia de la muerte, me hizo pensar que era posible seguir una serie de situaciones de lectura no sólo imaginadas en los textos, sino que era posible pasar estas escenas de lectura a la historia propiamente dicha. Inmediatamente me acordé de Osip Mandelstam, el poeta ruso que muere en un campo de concentración en la época de Stalin, y los que lo han visto por última vez, lo recuerdan frente a una fogata, en Siberia, en medio de la desolación, rodeado de un grupo de prisioneros, vestidos con harapos, helados, que escuchan a Mandelstam que les habla de Virgilio. Recuerda su lectura de Virgilio, y esa es la última imagen del poeta. Persiste ahí la idea de que hay algo que debe ser preservado, algo que la lectura ha acumulado como experiencia social.

No se trataría de la exhibición de la cultura, sino, a la inversa, de la cultura como resto, como ruina, como ejemplo extremo de la desposesión. Lo que podríamos llamar una lectura en situación de peligro.

Y en esa línea, aparecieron algunas situaciones en la cultura argentina que me parece que podrían ayudarnos a entender esta serie que reaparece en la escena de Guevara recordando una lectura. Una que ustedes recordarán es la que cuenta Mansilla en las *Causeries* cuando está sentado abajo de un árbol, leyendo *El Contrato Social*, de Rousseau, y viene su padre, el Gral. Lucio Mansilla, el héroe de la Vuelta de Obligado, y le dice, año 1846: “Mi amigo, cuando uno es sobrino de Don Juan Manuel de Rosas no lee *El contrato social* si ha de quedar en este país, o se va de él si quiere leerlo con provecho”. [Risas]² Extraordinario, ¿no? Extraordinario. Y el padre envía a Mansilla a dar lo que podríamos llamar la vuelta al mundo, el primer gran viaje, pero de Mansilla. De ahí sale el primer libro de Mansilla que es *De Adén a Suez*, como resultado de que, al verlo leer *El Contrato Social*, el padre le dice “te tenés que ir de acá”.

Hay otra escena notable que es la muerte de Moreno, está contada por Rafael Arrieta en *La ciudad y los libros*: “Mientras se alejaba de la patria naciente y su hogar indefenso, Mariano Moreno, enfermo y nostálgico, se propuso evitar el ocio de la travesía, traduciendo del inglés la obra del Abate Barthélemy *The Travels of Anacharsis the Younger, in Greece*, cuya última edición en seis volúmenes era de 1806. Pero aún suprimida la extensa introducción (dice Arrieta), el traductor argentino no logró siquiera asentar el pie en suelo de Beocia. Porque Mariano Moreno murió el 4 de marzo al amanecer mientras traducía el libro.” La idea de alguien que muere mientras está traduciendo, es notable. Es bien argentina la escena, alguien que por otro lado es Mariano Moreno, el revolucionario, que quizá ha sido envenenado y que, enfermo, lee, traduce...

Después hay una serie de escenas militares, no ya ligadas a la muerte, sino a la guerra porque Guevara recuerda a Jack London en medio de la batalla, en la pausa que sigue a la emboscada. Hay, entonces, una serie de escenas que también pueden ayudarnos a construir esa historia. Una es la del General Paz cuando cae prisionero de Estanislao López, la escena que se ha vuelto clásica del caballo boleado, el general a la europea que cae en manos de los bárbaros, de los gauchos. Y entonces ahí sucede también algo extraordinario. Esto lo cuenta José Luis Busaniche: “Habiendo pedido el prisionero algo para leer, el secretario de Estanislao López le facilitó el *Comentario de la Guerra de las Galias* de Julio César”.

Esta escena también me parece maravillosa porque por lo menos pone en cuestión la frontera donde están los bárbaros. Si Estanislao López le hace mandar el *Comentario de la Guerra de las Galias* a Paz, francamente, tenemos que aceptar que... [risas] algo pasa.

Y hay una situación simétrica, creo, en la extraordinaria historia del Coronel Baigorria que abandona la civilización, se va a vivir a las tolderías y se pasa a los indios y a quien los pampas –hacia 1860– le traen luego de un saqueo en las poblaciones del oeste, de un malón, un ejemplar ya sin tapas de *Facundo* de Sarmiento. Y Baigorria, el cautivo voluntario, anda con ese libro y lo lee solo, junto a las fogatas, en el desierto, como un signo de la vida que ha perdido.

Se condensan tramas múltiples en esas situaciones. Podríamos descifrar ahí redes de toda la cultura argentina del siglo XIX. Y relaciones variadas que se anudan en esos contrastes.

Son situaciones de lecturas extremas, digamos, lecturas fuera de lugar, en [circunstancias] de extravío, de muerte, podríamos decir, o donde acosa la amenaza de una destrucción. La lectura se opone a un mundo hostil, como los restos o los recuerdos de otra vida.

Habría, en este sentido, dos caminos. Por un lado esta idea del lector como una suerte de condensación de la figura del intelectual, de la función intelectual, digamos, una historia muy fluida que se fija en ciertas escenas, una suerte de prehistoria con sus ruinas y sus huellas. Y por otro lado, el acto de leer, el registro de la práctica misma y sus efectos, ciertas escenas de lectura, narradas, vistas al sesgo, fijadas y a la vez disueltas en la historia, casi como un detalle al margen, un indicio en el sentido de Ginzburg.

Y en ese marco una pregunta: ¿qué leen los políticos?, o mejor ¿qué han leído? (si es que han leído); y sus derivaciones: ¿cómo influyen las lecturas en sus concepciones y en su práctica? Cierta tradición argentina, que se podría reconstruir, a partir de la imagen de Moreno, que persiste en leer, en traducir, en alta mar, cerca de la muerte.

No se trata, vuelvo a decir, de la exhibición de cultura, o no nos interesa ese aspecto. Para nosotros, estas escenas de lectura serían más bien el vestigio de una práctica social, un sujeto visto en el momento de leer, ligado a un contexto concreto, a una escena material, digamos. Se trata de la huella –un poco borrosa– de un uso del sentido que remite a las relaciones entre los libros y la vida, entre las armas y las letras, entre lectura y realidad.

Guevara aparece para mí en este sentido como el último lector (los políticos actuales sólo leen los discursos que les escriben sus escribas y a lo sumo leen los periódicos). Me parece que Guevara está en la vieja tradición, ha mantenido una relación con la lectura que acompaña toda su vida. Y sobre eso quería conversar con ustedes.

Maneras de leer

Hay una foto que seguramente ustedes han visto, extraordinaria, en la que Guevara está en Bolivia, subido a un árbol, mejor dicho, leyendo arriba de un árbol, en medio de la desolación y la experiencia terrible de la guerrilla perseguida. Se sube a un árbol para aislarse un poco y está ahí, leyendo.

En principio, la lectura como un refugio es algo que Guevara vive como contradictorio, y que lo acompaña durante toda su experiencia. En el diario de la guerrilla en el Congo, del que se venían publicando algunos fragmentos, y ahora salió el libro, que se llama *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*, al analizar la derrota, escribe: “El hecho de que me escape para leer, huyendo así de los problemas cotidianos, tendía a alejarme del contacto con los hombres, sin contar que hay ciertos aspectos de mi carácter que no hacen fácil el intimar”.

La distancia, el aislamiento, el corte, aparecen metafóricos en el que se abstrae para leer. La soledad y la distancia del lector. Y eso se ve como contradictorio con la experiencia política, una suerte de lastre que viene del pasado, ligado al carácter, al modo de ser. Y hay distintos lugares donde Guevara se refiere a la capacidad que tenía Fidel Castro para acercarse a la gente y establecer inmediatamente relaciones fluidas, y su [propia] tendencia en cambio a aislarse, separarse, construyéndose un espacio aparte. Hay una tensión entre la vida social y algo propio y privado, una tensión diría yo, entre lo que es la vida política y la vida personal. Y la lectura es la metáfora de esa diferencia.

Esto que nosotros vemos en distintos momentos ya es notado en la época de Sierra Maestra. En alguno de los testimonios sobre la experiencia de la guerra de liberación en Cuba, se dice (hablando del Che): “Lector infatigable, abría un libro cuando hacíamos un alto mientras que todos nosotros muertos de cansancio cerrábamos los ojos y tratábamos de dormir”.

Más allá de la tendencia a mitificarlo, veo ahí una diferencia. [La lectura persiste como] el resto del pasado, en medio de una experiencia de acción pura, de desposesión y violencia, en la guerrilla, en el monte.

Guevara lee para modelar la experiencia, lee en el interior de la experiencia, como una pausa, como un resto diurno de su vida anterior. Incluso es interrumpido por la acción, como quien se despierta: la primera vez que entran en combate en Bolivia, Guevara está tendido en su hamaca y lee. Se trata del primer combate, una emboscada que Guevara ha organizado con gran inteligencia para comenzar las operaciones de un modo espectacular, porque ya el ejército anda rastreando el lugar y, mientras espera, tendido en su hamaca, lee.

Y esta oposición se hace todavía más extrema, se hace más visible, si pensamos en la figura sedentaria del lector [en contraste con la del] guerrillero que marcha. La movilidad constante y la lectura como punto fijo en Guevara.

“Característica fundamental de una guerrilla es la movilidad, lo que le permite estar, en pocos minutos, lejos del teatro específico de la acción y en pocas horas lejos de la región de la misma, si fuera necesario; que le permite cambiar constantemente de frente y evitar cualquier tipo de cerco” escribe Guevara en 1961 en *La guerra de guerrillas*. La pulsión territorial, la idea de un punto fijo, acecha siempre. A la inversa de la experiencia política clásica, el acumular y tener algo propio supone el riesgo inmediato. Regis Debray cuenta cuando cae el primer punto de anclaje en Bolivia, la micro zona propia: la ilusión de un lugar fijo [aparece] para Guevara asociada con una biblioteca. “Tiempo antes se había hecho una pequeña biblioteca, escondida en una gruta, al lado de las reservas de víveres y del puesto emisor”, describe en *Alabados sean nuestros señores*.

La marcha supone además la liviandad, la ligereza, la rapidez. Hay que desprenderse de todo el lastre para marchar, estar liviano y marchar. Pero Guevara mantiene un punto de anclaje, cierta pesadez. En Bolivia ya sin fuerzas llevaba libros al hombro. Fíjense que cuando es detenido en Bolivia, cuando es capturado, después de la odisea que conocemos, una odisea que supone la necesidad de moverse incesantemente y de huir del cerco, [a pesar de ello] lo único que conserva (porque ha perdido todo, no tiene ni zapatos), es un portafolio de cuero, pesadísimo que tiene atado al cinturón, en su costado derecho, donde guarda su diario de campaña y sus libros. Todos se desprenden de aquello que dificulta la marcha y la fuga, pero Guevara sigue todavía conser-

vando (yo creo que es lo único que conserva) los libros, que pesan, claro, y son lo contrario de la ligereza que exige la marcha.

El ejemplo antagónico y simétrico en este sentido es desde luego Gramsci, un lector extraordinario, el político separado de la vida social por la cárcel, que se convierte en el mayor lector de su época. Un lector único. Gramsci en prisión lee todo el tiempo, lee lo que puede, lo que logra filtrarse en las cárceles de Mussolini. Está todo el tiempo pidiendo libros y de esa lectura continua (“leo por lo menos un libro por día”, dice Gramsci) de ese hombre solo, inmóvil, aislado, en la celda, nos quedan los *Cuadernos de la cárcel*, que son comentarios extraordinarios de esas lecturas. Lee folletines, revistas fascistas, publicaciones católicas, los libros que encuentra en la biblioteca de la cárcel y los que deja pasar la censura, y [de todos ellos] extrae consecuencias notables. Gramsci construye la noción de hegemonía, de consenso, de bloque histórico, de cultura nacional-popular, desde ese lugar sedentario, inmóvil, encerrado.

Y obviamente la teoría de la toma del poder en Guevara (si es que eso existe) es antagónica con la de Gramsci. Puro movimiento en la acción pero fijeza en las concepciones políticas, nada de matices. Sólo es fluida la marcha de la guerrilla y luego todo está definido de entrada y no cambia. No hay nada que transmitir en Guevara, salvo su ejemplo que obviamente es intransferible.

La teoría del foco y la teoría de la hegemonía: no debe haber nada más antagónico. Como no debe haber nada más antagónico que la imagen de Guevara leyendo en las pausas de la marcha continua de la guerrilla, y Gramsci leyendo encerrado en su celda, en la cárcel fascista.

En verdad, para Guevara, antes que la construcción de un sujeto revolucionario, de un sujeto colectivo (en el sentido que esto tiene para Gramsci) se trata de construir una nueva subjetividad, un sujeto nuevo en sentido literal (uno por uno) y ponerse él mismo como ejemplo de esa construcción.

En la historia de Guevara hay distintos ritmos, metamorfosis, cambios bruscos, transformaciones, pero hay también persistencia, una continuidad. Una serie de larga duración recorre toda su vida a pesar de las mutaciones: la serie de la lectura. La continuidad está ahí, todo lo demás es desprendimiento y metamorfosis. Pero ese nudo, el de un hombre que lee, persiste desde el principio hasta el final.



Esa serie de larga duración se remonta a la infancia, y está ligada al otro dato de identidad del Che Guevara: el asma. La madre es quien le enseña a leer porque no puede ir a la escuela y ese aprendizaje privado está obviamente ligado a la enfermedad. A partir de ahí se convierte en un lector voraz. Y hay testimonios múltiples. “Estaba loco por la lectura” dice su hermano Roberto. “Se encerraba en el baño para leer”.

La lectura como práctica iniciática fundamental, al decir de Michel De Certeau, [funciona] como modelo de toda iniciación. En este caso, el asma y la lectura están ligados al origen. Hace pensar en Proust, que justamente ha narrado muy bien lo que es esta relación, un cruce, una diferencia que define ciertas lecturas en la infancia, cierto modo de leer. Basta recordar la primera página del texto de Proust *Sobre la lectura*: “Quizá no hay días de nuestra infancia tan plenamente vividos, como aquellos que creímos haber dejado sin vivir, aquellos que pasamos con nuestro libro predilecto”. La vida leída y la vida vivida. Las vidas llenas de la lectura.

La lectura, entonces, lo acompaña desde la niñez igual que el asma. Signos de identidad, signos de diferencia. En un sentido fuerte, porque ya se ha hecho notar que los senos frontales abultados que vienen del esfuerzo por respirar, definen el rostro de Guevara. Son un signo que no puede disfrazarse. En sus fotos de revolucionario clandestino es fácil reconocerlo si uno le mira la frente.

Y a la vez, cierta dependencia física, que se materializa en un objeto que hay llevar siempre. “El inhalador es más importante para mí que el fusil”, le escribe a su madre desde Cuba en su primera carta. El inhalador para respirar y los libros para leer. Dos ritmos cotidianos, la respiración cortada del asmático, la marcha cortada por la lectura, la escansión pausada del que lee, están ligados entre sí. Eso es lo persistente: una identidad de la que no puede (y no quiere) desprenderse. La marcha y la respiración. La lectura y la soledad.

La lectura ligada a cierta soledad en medio de la red social, una diferencia que persiste. “Durante estas horas últimas en el Congo me sentí solo como nunca lo había estado, ni en Cuba, ni en ninguna otra parte de mi peregrinar por el mundo. Podría decir: nunca como hoy había sentido hasta qué punto, qué solitario era mi camino”. La lectura es la metáfora de ese camino solitario. Es el contenido de esa soledad y su efecto.

Desde luego, como Guevara lee, también escribe. O mejor, porque lee, escribe. Sus primeros escritos son notas de lectura de 1945. Ese año empieza un cuaderno manuscrito de 165 hojas por orden alfabético donde

ordena sus lecturas. Se han encontrado siete cuadernos escritos a lo largo de diez años Y en este sentido hay otra serie larga que acompaña toda la vida de Guevara y es la de la escritura. Escribe sobre sí mismo y sobre lo que lee, es decir, escribe un diario. Un tipo de escritura muy definida, que es la escritura privada, el registro personal de la experiencia. Empieza con un diario de lecturas y sigue con el diario que fija la experiencia misma, que permite leer luego su propia vida como la de otro y reescribirla. Si se detiene para leer, también se detiene para escribir, al final de la jornada, a la noche, cansado, para fijar lo que ha vivido (o leído). Entre 1945 y 1967 siempre escribe un diario: escribe los diarios de los viajes que hace de joven, cuando va por América, escribe los diarios de la campaña de Sierra Maestra, escribe los diarios de la campaña del Congo, y por supuesto, escribe el diario en Bolivia. Desde muy joven, encuentra un sistema de escritura que consiste en que toma notas inmediatas para fijar la experiencia y después escribir un relato a partir de las notas que ha tomado en el diario.

La inmediatez de la experiencia y el momento de la elaboración. Guevara tiene clara, de entrada, la diferencia: “El personaje que escribió estas notas murió al pisar de nuevo tierra argentina, el que las ordena y la pule (yo), no soy yo”, escribe en el inicio de *Mi primer gran viaje*.

En ese sentido, el *Diario en Bolivia* es excepcional porque no hubo reescritura, igual que las notas que se han publicado, por ejemplo las notas que tomó en su primer viaje por la Argentina en 1950 y que su padre publicó en su libro *Mi hijo el Che*: “En mi casa de la calle Arenales hace poco tiempo descubrí por casualidad dentro de un cajón que contenía libros viejos, unas libretas escritas por Ernesto. (...). El interés de estos escritos reside en que puede decirse que con ellos comenzó Ernesto a dejar asentados sus pensamientos y sus observaciones en un diario, costumbre que conservó siempre”.

Y al llegar a este punto, hay que hacer notar la carta que Guevara le escribe a Ernesto Sábato después del triunfo de la revolución donde le recuerda que en 1948 leyó deslumbrado *Uno y el Universo*, y le dice Guevara: “En aquel tiempo yo pensaba que ser un escritor era el máximo título al que se podía aspirar”. Subrayo esta idea de que había en el joven Guevara el proyecto, la aspiración de ser un escritor (y esto explica, desde luego, su decisión de escribir sus experiencias).

Podríamos decir que esa voluntad de ser escritor, para decirlo con Passolini, esa actitud previa a la obra, ese modo de mirar el mundo para registrarlo por escrito, persiste, entreverada con su experiencia de médico y con su

progresiva –y distante– politización hasta el encuentro con Fidel Castro en mayo de 1955 y su decisión de unirse a la guerrilla, cuando se transforma, sin diluirse.

De hecho, en un sentido, el político triunfa donde fracasa el escritor, y Guevara tiene clara esa tensión. Por un lado se define varias veces como un poeta fracasado pero por otro lado se piensa como alguien que construye su vida como un artista: “Una voluntad que he pulido con la delectación de artista sostendrá unas piernas flácidas y unos pulmones cansados”.

De Rieff ha trabajado la figura del político que surge entre las ruinas del escritor. El escritor fracasado que renace como político intransigente, casi como el no-político, o al menos el político que está solo (si me permiten el oxímoron) y hace política primero sobre sí mismo y sobre su vida y se constituye como ejemplo. Y aquí la relación, antes que con Gramsci, es por supuesto con Trotsky, el héroe trágico, “el profeta desarmado”, como lo llamo Isaac Deutscher. Hay en Trotsky una nostalgia por la literatura parecida: “Desde mi juventud, más exactamente desde mi niñez, había soñado con ser escritor” dice Trotsky al final de *Mi Vida*, su excelente autobiografía. Y Hans Mayer, por su parte, en su libro sobre la tradición del *outsider*, ha visto a Trotsky como el escritor fracasado y, por lo tanto, según Mayer, el político “irreal”, opuesto a Stalin, el anti-intelectual, el político práctico.

Salir al camino

Y, entonces, nosotros empezamos a pensar en la experiencia de Guevara, el joven que quiere ser escritor, que en 1950 empieza a viajar, sale al camino, a ese viaje que consiste en construir la experiencia para luego escribirla. En esa mezcla de ir al camino y escribir un diario, una escritura autobiográfica, inmediata, yo lo veo a Guevara joven en relación con la *beat generation* norteamericana, que son sus contemporáneos y están haciendo lo mismo que él, escritores como Jack Kerouac, en *On the Road*, el manifiesto de una nueva vanguardia, la idea de unir el arte y la vida, buscar la experiencia. Experiencia vivida y escritura inmediata, casi escritura automática. A la vez, los jóvenes escritores norteamericanos, en lugar de pensar a Europa como modelo del lugar al que hay que ir, al que generaciones de intelectuales han querido ir, se van al camino, a buscar la experiencia en América.

Se trata de convertirse en escritor fuera del circuito de la literatura. Sólo los libros y la vida. Ir a la vida (con libros en la mochila) y volver para escribir (si se puede

volver). Guevara practica esa busca de la experiencia pura y de ese modo busca la literatura y encuentra la política (y la guerra).

Estamos en la época del compromiso y del realismo social, pero aquí se define otra idea de lo que es ser un escritor o formarse como escritor. Hay que partir de una experiencia alternativa a la sociedad (y a la sociedad literaria en primer lugar). Ya sabemos, es el modelo norteamericano: “he sido lavacopas, marinero, vagabundo, fotógrafo ambulante, periodista de ocasión”. Ser escritor es tener ese fondo de experiencia sobre el que se apoya y se define la forma y el estilo. Escribir y viajar, y encontrar una nueva forma de hacer literatura, un nuevo modo de narrar la experiencia.

Se trata de otro tipo de viajeros. Quiero decir, de un contexto que ha redefinido el viaje y el lugar del viajero. La tensión entre el turista y el aventurero de la que habla Paul Bowles (también él ligado a la *beat generation*) en el comienzo de *El cielo protector*.

Por su lado, Ernest Mandel ha escrito en su libro *Crimen delicioso*, sobre la novela policial: “Evelyn Waugh una vez hizo notar que los verdaderos libros de viajes pasaron de moda antes de la segunda guerra mundial. El verdadero significado de este pronunciamiento *snob* fue que los viajes internacionales que hacía la elite de administradores imperiales, banqueros, ingenieros de minas, diplomáticos y ricos ociosos (con el ocasional aventurero militar, amante del arte, estudiante universitario o vendedor internacional al margen de la sociedad) quedaban relegados gracias al turismo de las clases medias bajas, así que los libros de viajes tenían que tomar en cuenta a este nuevo y más amplio mercado. La guía de viajes Michelin ha ocupado el lugar del Baedeker clásico”.

El Guevara que va al camino y escribe un diario no se puede obviamente asimilar ni al turista ni al viajero en el sentido clásico. Se trata antes que nada de un intento de definir cierta identidad; el sujeto se construye en el viaje; no me parece que se trate tampoco de la busca de una raíz latinoamericana o de una esencia telúrica, en el sentido en que en esos años Murena o Kusch comienzan a plantearse esa cuestión, sino que el que está haciendo la experiencia de reconversión de su propio sistema de educación tradicional, es el sujeto que viaja para transformarse en otro.

“Me doy cuenta de que ha madurado en mí algo que hace tiempo crecía dentro del bullicio ciudadano: el odio a la civilización, la burda imagen de gente moviéndose como locos al compás de ese ruido tremendo”, escribe Guevara en 1952.

Condensa ciertos rasgos comunes de esa cultura de época, el tipo de modificación que se está produciendo en los años ‘50 en las formas de vida y en los modelos sociales, que viene de la *beat generation* y llega hasta el hippismo y la cultura del rock. Paradójicamente (o no tan paradójicamente), Guevara se ha convertido también en un ícono de esa cultura rebelde y contestataria. Esa cultura supone grupos alternativos y marginales que exhiben su cualidad anticapitalista en su vida cotidiana, en su defensa de la libertad, en su modo de vestir, en su relación con el dinero y el trabajo, la construcción de una imagen personal, de cierto disfraz, digamos, que une al marginal y al joven rebelde, y muestra su rechazo de la sociedad. La fuga, el corte, el rechazo. Actuar por reacción y, en ese movimiento, construir un sujeto diferente

En el caso de la *beat generation*, que está en el origen de esa transformación en las formas de vida, la idea básica es despojarse totalmente de cualquier atributo que pueda quedar identificado con las formas convencionales de sociabilidad. Algo que es incluso antagónico a la noción de clases, que implica una especie de nueva forma de pertenencia social. La juventud, la libertad, el cambio de lugar, como identidad social. Una nueva forma de sociabilidad ha nacido. Se manifiesta, básicamente, en el modo de vestirse, en cierta defensa de la marginalidad social, en el desplazamiento continuo, que por supuesto también están [presentes] en el Guevara de esos años.

En este sentido es conocido el modo que tenía Guevara de vestirse para verse siempre desarreglado, cierto exhibicionismo del rechazo de las normas. Sabemos que lo llamaban “El Chanco”, y hay una serie de historias que circulan entre todos sus compañeros, muy divertidas, sobre su desaliño deliberado, [como las que cuentan] que tenía una camisa que se cambiaba cada quince días, que una vez en México paró un calzoncillo [risas]. Hay un testimonio de una muchacha con la que él tiene una historia, una muchacha de clase alta, de Córdoba, Cristina Ferreira. Dice: “Su desparpajo en la vestimenta nos daba risa, y al mismo tiempo un poco de vergüenza. No se sacaba de encima una camisa de nylon transparente que ya estaba tirando al gris por el uso”.

Me [parece] que ahí uno podría ver un nuevo [dandismo] o ver alguien que está tratando de construirse una figura que rechaza totalmente las formas convencionales, lo que debe entenderse como la imagen aceptada socialmente. Basta ver las fotos de Guevara a lo largo de su vida, de qué manera aparece vestido. Habría que hacer un análisis de ese aspecto en las fotos. Los borce-

guías abiertos, desabrochados, en su época de ministro, o un broche de colgar ropa [olvidado] en los pantalones, son indicios, rasgos mínimos. Se trata de la construcción de una imagen. Entonces, esta idea del desparpajo en su apariencia personal me parece que está presente en Guevara todo el tiempo.

¿Por qué? Creo que esto está ligado al momento en que se cristaliza la idea de algo que está entre las clases y entre las jerarquías sociales, un modo horizontal de construcción de la identidad, la juventud como una suerte de identidad, la cultura pop que surge en ese momento y luego se difunde y se universaliza. Recuerdo aquella frase de Sartre que nos intrigaba siempre. Decía a propósito de Paul Nizan: los jóvenes obreros no tienen adolescencia, no tienen juventud. Pasan directamente de la niñez a ser hombres. Aquí lo que vemos surgir a partir de la *beat generation* es la juventud como emblema, cierto modelo del cual la juventud sería una condensación. El sujeto fuera de la producción, que no ha llegado aún, que no ha quedado atrapado por la lógica de la producción. Y el Che queda en cierto sentido fijado a ese emblema.

La relación de Guevara con el dinero está en esa línea, se define desde el comienzo y es extraordinario en ese sentido que haya llegado a director del Banco Nacional en Cuba. Siempre lejos del dinero, viviendo de una economía personal precaria, fuera de lo social, nunca tiene nada, nunca acumula nada (sólo libros). “Tengo doscientos de sueldo y casa, de modo que mis gastos son en comer y comprar libros con que distraerme”, le escribe el 21 de enero de 1947 a su padre, en una de sus primeras cartas conocidas. No tener dinero, no tener propiedades, no poseer nada, ser *pato*, como dice Guevara. Ganarse la vida a desgano, en los márgenes, en los intersticios, sin lugar fijo, sin empleo fijo. Por ese lado se entiende su fascinación por los linyeras que recorre los diarios de juventud, su identificación incluso con esa figura: “Ya no éramos más que dos linyeras, con el mono a cuestras y con toda la mugre del camino condensada en los mamelucos, resabios de nuestra aristocrática condición”, dice en *Mi primer viaje*. El marginado esencial, el que está voluntariamente afuera de la circulación social, fuera del dinero y del mundo del trabajo, el que está en la vía. El *vago*, que es otro modo que tiene Guevara en esa época de definirse a sí mismo. El vagabundo, el que vaga, el nómada y el que rechaza las normas de integración. Pero también el que divaga, el que sólo tiene como propiedad un uso libre del lenguaje, la capacidad de conversar y de contar historias incluso como modo de vida, las historias intrigantes de

su exclusión y de su experiencia en el camino. Ya en la primera de sus notas de viaje, en 1950 (incluidas en *Mi hijo, el Che*) escribe: “En el [palabra ilegible] ya narrado me encontré con un linyera que hacía la siesta debajo de una alcantarilla y que se despertó con el bochinche. Iniciamos una conversación y en cuanto se enteró que era estudiante se encariñó conmigo. Sacó un termo sucio y me preparó un mate cocido con azúcar como para endulzar a una solterona. Después de mucho charlar y contarnos una serie de peripecias...”, etc. La marginalidad es una condición del lenguaje, de un uso particular del lenguaje. Y son siempre los linyeras aquellos con los cuales Guevara encuentra una interlocución más fluida y más interesante.

Entre nos

El otro elemento que quería señalar y que está presente en esta prehistoria de Guevara es justamente el tipo de uso del lenguaje. Tenemos que recordar que lo que lo identifica es un modismo lingüístico ligado a la tradición popular. Es llamado “el Che”, porque su manera de utilizar la lengua marca de una manera muy directa cierta identidad. Y esto en distintos sentidos, por un lado el uso del *che* que lo diferencia dentro de América latina y lo identifica como un argentino. El Che a veces lo exagera para llamar la atención y lograr que lo reciban y lo dejen hospedarse, porque sabe el valor de esa diferencia lingüística. Y a la vez el Che [funciona] como una identidad de larga duración y quizá su única seña argentina de identidad, porque en todo lo demás Guevara funciona con una identidad no-nacional, el extranjero perpetuo, siempre fuera de lugar.

Y ese uso a la vez coloquial y argentino de la lengua, como marca de identidad, se nota inmediatamente en su escritura que es muy directa siempre, muy oral, nada retórica, tanto en sus cartas personales y en sus diarios como en sus materiales políticos. Esta idea de que escribe en la lengua en la que habla, sin nada de la retórica que suele circular en la palabra política —y en la izquierda, básicamente—, en Guevara está clara desde el principio, y me parece que esto termina por ser el elemento que le da nombre, termina por ser el signo que lo identifica. El “Che” como sinécdoque perfecta. Hay algo deliberado ahí, otra vez una seña de identidad construida y no recibida, inventada, casi una máscara. La carta final a Fidel Castro esta firmada sencillamente “Che” y así firmaba los billetes de banco, el dinero en Cuba tenía como prueba de autenticidad la firma “Che”.

(No creo que exista otro ejemplo igual en toda la historia de la economía mundial, alguien que autentifica el valor del dinero con un seudónimo.)

Al mismo tiempo ese uso libre y desenfadado de la lengua es una marca de cierta tradición de clase. En esto Guevara se parece a Mansilla y a Victoria Ocampo y a María Rosa Oliver (que es otro ejemplo magnífico de esa prosa deliberadamente argentina y coloquial). Esa relación no tiene nada que ver con la hiper-corrección típica en el lenguaje de la clase media a la que se refiere Labov, ni con los restos múltiples que constituyen la lengua escrita de las clases populares (como es el caso de Arlt o de Armando Discépolo o incluso en las letras de tango). Quiero decir, cierta libertad y cierto desenfadado en el uso del lenguaje que son una prueba de confianza en su lugar social (como su modo de vestirse o su relación con el dinero). Esa lengua hablada es una lengua de clase que funciona como modelo de lengua literaria. Escribe como habla, lo que no es nada común en la literatura argentina de esa época. *El túnel* de Sabato, de 1948, para referirnos a un libro que muy probablemente Guevara había leído y admirado cuando fue publicado, está escrito de “tú”, es decir, lejos del voseo argentino, en una lengua que responde a los modelos estabulizados y escolares de la lengua literaria. Y ese es el tono dominante en la literatura argentina de esos años (basta pensar en Mallea o en Murena). Pero ese no es el caso de Guevara. No hace literatura, o mejor: hace literatura de otra manera, sin ninguna afectación (o con una afectación diferente, en todo caso). Habría que decir que escribe como habla su clase y en eso, vuelvo a decirlo, se parece a Mansilla (y no sólo en eso).

Hay que decir además que como político usa ese mismo lenguaje directo, seco, irónico, y a diferencia de Fidel Castro, nada retórico ni efectista. Frases cortas, entrada personal en el discurso, el uso frecuente de la narración y la experiencia vivida como forma de argumentación, cierta intimidad en el uso público del lenguaje. Por eso Guevara no es un gran orador en el sentido clásico, está más ligado a la carta, a la narración personal, a la comunicación entre dos (“entre nos”, como diría —de nuevo— Mansilla), a la conversación entre amigos, a las formas privadas del lenguaje, para decirlo así. Incluso [hasta] como orador político parece un escritor de diarios. Basta con analizar el comienzo de sus discursos públicos, su modo de entrar en confianza.

Entonces, ¿qué camino es el que elige para hacer la experiencia? El modo en que se viste, el tipo de relación con el dinero y con el lenguaje son datos, indicios, que me parece importante marcar porque son a la vez per-

sonales y de época. Este sería un primer contexto para discutir a Guevara o para pensar cómo es que Ernesto Guevara de la Serna se convierte en el Che Guevara, o mejor, cómo es que Guevara encuentra la política y qué clase de política encuentra. Digamos que Guevara practica cierto dandismo de la experiencia y en ese viaje —como veremos enseguida— encuentra la política.

Metamorfosis

Hay varias metamorfosis en la vida de Guevara, y esas mutaciones bruscas son un signo de su personalidad. Tiene varias vidas, como él mismo dice en otro sentido (“de las siete me quedan cinco”). Tiene, diría, varias vidas simultáneas, la del viajero, la del escritor, la del médico, la del aventurero, la del testigo, la del crítico social. Y todas se condensan y cristalizan, por fin, en su experiencia de guerrero, de guerrillero, de *condottieri* (como él mismo dice). Esa historia de sus transformaciones encuentra el primer punto de viraje en el viaje de 1952 cuando va hacia Bolivia y la política latinoamericana empieza a incorporarse a la experiencia del viaje. El primer objetivo de este viaje es la experiencia misma, y en ese sentido lo poníamos en la gran tradición de lo que supone romper con un mundo cerrado, libresco, salir a la vida y establecer una noción de experiencia que sea el fundamento a partir del cual se legitima lo que se escribe. Pero, en el caso de Guevara, este camino hacia América latina lo lleva hacia la política. Descubre el mundo político, o cierta mirada sobre el mundo político. Como sabemos, va hacia Bolivia, después a Guatemala y por fin a México y en el proceso, en ese circuito, la politización se va haciendo cada vez más nítida. ¿Qué tipo de politización? En principio, una politización externa, casi de observador que registra matices y realidades diversas.

Una característica de este tipo de viaje, ajeno al dinero y al turismo, es la convivencia con la pobreza. Sartre lo decía bien: el color local, lo que llamamos color local es la pobreza y la vida de las clases populares. De modo que el viaje es también un recorrido por ciertas figuras sociales: desde el linyera (como vimos) el desclasado, el marginal hasta los mineros bolivianos, los campesinos guatemaltecos y los indios mexicanos, pasando por los enfermos, los leprosos, que son estaciones en su camino.

Los registros del diario acompañan ese descubrimiento de la diferencia pura. Del marginado como ante-

cedente de la víctima social. El otro social, la figura pura de ese viaje, es en principio el otro como paciente y como víctima. Ese es el primer descubrimiento. No se trata de la figura del marginal que elige ese lugar, sino de la víctima que ha sido acorralada y explotada, y en su dolencia expresa una injusticia y un crimen. Hay una tensión entre el marginado y el enfermo que termina por construir la figura de la víctima social que debe ser socorrida. Es decir, alguien que ha sido marginado, obligado con violencia a vivir una vida sin salida. El médico mira lo social y descifra su sentido: “La grandeza de la planta minera está basada sobre los 10 mil cadáveres que contiene el cementerio más los miles que habrán muerto víctimas de neumoconiosis y sus enfermedades agregadas” (Carta a Tita Infante, mayo de 1952).

El viaje se convierte en una experiencia médico-social que confirma lo que se ha leído o, mejor aún, que exige un cambio en el registro de las lecturas para descifrar el sentido de los síntomas.

Entonces, está el viaje errático, sin punto fijo, del que sale al camino y busca la experiencia pura y encuentra la realidad social, pero a la vez están las lecturas, una senda paralela, que se entrecruza [con la primera]. El marxismo empieza a ser un punto de llegada. Una de sus primeras referencias al marxismo aparece en una carta a Tita Infante, su compañera en la Facultad de Medicina, que milita en el PC argentino. Aparece como una ironía frente a la imposibilidad de explicar su condición indecisa, de explicar, al menos, sus idas y venidas. Luego de contarle a Tita Infante cómo fue hacia Miramar, en la costa argentina, cuando había partido hacia Bolivia, escribe: “Observé qué claro queda el hecho paradójico de que vaya al norte por el sur, a la luz del materialismo histórico” (Lima, mayo de 1952).

Guevara ha leído marxismo, y en sus cuadernos de 1945 ya hay registro de esas lecturas (en ese año aparecen notas sobre *El Manifiesto Comunista*). Pero muchos han leído marxismo, sin por eso convertirse en Guevara, es decir, sin tomar las armas y volverse guerrilleros. Falta un paso, más bien habría que decir un punto de viraje, que le permite a este joven –cuyo destino parece ser el PC, ser un médico del PC, quizá, como tantos otros– convertirse en una suerte de modelo mundial de lo que es un revolucionario. Y ese paso, me parece, se construye con la unión de esas lecturas y esa experiencia flotante (si me permiten llamarla así). Ir al sur cuando se pretende ir al norte. Básicamente, la pulsión del viajero, del aventurero, y sobre todo la situación del que ha dejado atrás las fronteras y la pertenencia nacional. Ha quedado sin territorio, sin pertenencia,



sin localización. Hay una forma sin territorio, o en todo caso no-nacional, de la política. Un expatriado voluntario, un desterrado, un viajero que está de paso y se politiza y no tiene inserción. En esto también es la antítesis de Gramsci, el pensador de lo nacional-popular, de las tradiciones locales, de la localización de las relaciones de fuerza como condición de la política.

Y esta inversión es una característica que define la política de Guevara: sin fronteras, sin enclave nacional, en Cuba, en Angola, en Bolivia. Y también su aspiración secreta, de larguísima duración, casi un horizonte imposible, utópico: encontrar un lugar propio, regresar a la Argentina como guerrillero desde el norte, desde Bolivia, con una columna de guerrilleros, repetir allí la invasión de Castro a Cuba pero ampliada y sin tener en cuenta las condiciones políticas, haciendo depender la intervención [exclusivamente] de su fuerza propia, de la formación de su grupo, y no de las relaciones concretas y del análisis de la situación del enemigo, digamos así, las fracturas, las posibles alianzas. Ese sueño del guerrero que vuelve es su forma particular de pensar en el regreso a la patria. Todos hablan de esa ilusión para explicar su decisión de llevar la guerrilla a Bolivia. Se instala en un país ajeno para construir una zona liberada, una retaguardia desde la cual entrar por fin en su propio espacio.

No hay nunca lugar fijo, no hay territorio, sólo la marcha, el movimiento continuo de la guerrilla, esa es su estrategia y así define la política de un modo absolutamente novedoso y personal (más allá de sus consecuencias). Todo depende de la decisión de convertir cualquier situación en propicia, sin que importen las condiciones reales.

Me parece que eso está ligado al modo en que encuentra la política o, digamos mejor, encuentra –sin cambiar su estilo– la inserción política. Y por eso decía [al comienzo] que son muy significativas sus cartas de los días anteriores a conocer a Fidel Castro y sumarse a la expedición del Granma. Son cartas a su madre, a Tita Infante, a su padre, que muestran que sus proyectos en ese momento, poco antes de encontrarse en julio de 1955 con Castro, siguen siendo abiertos. Está disponible, empieza a pensar que debe ir por fin a Europa, conocer Francia, luego ir a la India (como le dice en una carta de marzo de 1955 a su padre) o también imagina a veces seguir desde México hacia el norte, incluso ir a Estados Unidos, llegar hasta Alaska. Hay –como siempre en Guevara– cierta imprevisibilidad, cierta disponibilidad y cierto azar en sus decisiones, nada nunca es muy fijo. “Me avisaron que me pagaban con diez días de

antelación (se refiere a un dinero que le debían en México por su trabajo de periodista durante los Juegos Olímpicos) e inmediatamente me fui a buscar un barco que salía para España. (...) Ya tengo programado quedarme aquí hasta el 1º de setiembre para agarrar un barco para donde caiga”, le escribe a su madre el 17 de junio de 1955 (esto es, un mes antes de conocer a Fidel Castro). Y cierra diciendo: “tenés que largarte a París y allí nos juntamos”.

Entonces, también habría un aspecto que es interesante discutir, en relación a los procesos de politización de los intelectuales, para plantear una hipótesis sobre esta cuestión. En muchos casos la política aparece como un efecto de la búsqueda de experiencia, del intento de escapar de un mundo cerrado. Lo que está primero es el intento de romper con cierto tipo de ritual social, con cierta experiencia estereotipada, escapar –como dice Guevara– de todo lo que molesta: “Además sería hipócrita que me pusiera como ejemplo pues yo lo único que hice fue huir de todo lo que me molestaba” (Carta a Tita Infante, 29 noviembre de 1954). Busca vivir otra vida, y la política surge como resultado de ese proceso: hay una tensión entre un mundo que se siente clausurado y la política como corte tajante y paso a otra realidad.

Me parece que Guevara va descubriendo la política en el proceso de cierre de la experiencia. No es la política la que está primero, sino que la política es el resultado de su intento de descubrir una experiencia que lo saque de su lugar de origen, del espacio en que se mueve, del mundo familiar, de la vida de un estudiante de izquierda en Buenos Aires, incluso de la vida de un joven médico que quiere ser escritor y vacila.

Un encuentro

Su viaje tiene itinerarios paralelos, redes múltiples. Son series, mapas que se superponen y nada está muy definido. Hay varios viajes simultáneos: el viaje literario, el viaje político, el viaje médico. Será la política y no la literatura la que terminará articulando esos mundos paralelos pero para eso hace falta el encuentro con la palabra de Fidel Castro.

Me parece que en este punto podríamos ver la diferencia que hay entre ciertas experiencias en el siglo XIX y ciertos espacios de la política en el siglo XX. Habitualmente en el siglo XIX la política es el punto de partida que genera el viaje y la escritura, mientras que lo que nosotros vemos en el caso de Guevara –y también en el

de Walsh, un escritor de la misma generación; incluso nacieron en el mismo año, son casos simétricos— es cierta ideología literaria que lo empuja a la política y a la acción, tratando de escapar de cierto lugar estructurado, estereotipado, de lo que se entiende por un intelectual, de lo que se entiende por un escritor, la política y la historia aparecen como un punto de fuga, como un lugar de corte y de transformación. Y si ustedes leen los diarios de Guevara de esos años y el modo en que, en el prólogo a *Operación masacre*, Walsh sintetiza su experiencia, van a encontrar algo parecido. Walsh, el joven periodista que en 1956 está pensando en la literatura fantástica, en el ajedrez, en escribir una novela, de pronto es arrastrado por azar a una acción que lo saca de ese círculo cerrado y lo lleva hacia la historia y la política. El diario de Walsh de los años 1967 a 1970 reproduce la misma disyuntiva [que vive Guevara]. Ahora Walsh es un escritor reconocido, todos esperan su novela, ha hecho un trato con su editor, Jorge Álvarez, que le paga un sueldo para que termine su libro. Está escribiendo esa novela que no termina de funcionar y tiene la sensación de que está perdiendo el tiempo, de que eso es inútil, improductivo, y es de pronto la política la que resuelve el dilema, aparece como un escape, un modo un poco azaroso de pasar a la acción. Y Walsh se va a dirigir el periódico de la CGT de los Argentinos, y de hecho abandona la literatura, abandona esa novela que todo el mundo espera que escriba y se convierte paulatinamente —también Walsh— en un combatiente. (Y es notable que su último relato, “Un oscuro día de justicia”, escrito en 1967, haya sido propuesto por Walsh como una alegoría de la figura del Che Guevara.)

Me parece que esto forma parte de una tradición literaria: cómo salir de la biblioteca, cómo pasar a la vida, cómo entrar en acción, cómo ir a la experiencia, cómo salir del mundo libresco, cómo cortar con la lectura en tanto lugar de encierro. Y en esto de salir de la biblioteca e ir a la vida, la política aparece a veces como el lugar que dispara esa posibilidad. El síntoma Dahlmann, que ya no es la acción como encuentro con el otro, con el bárbaro, sino la acción como encuentro con el compañero, con la víctima social, con los desposeídos.

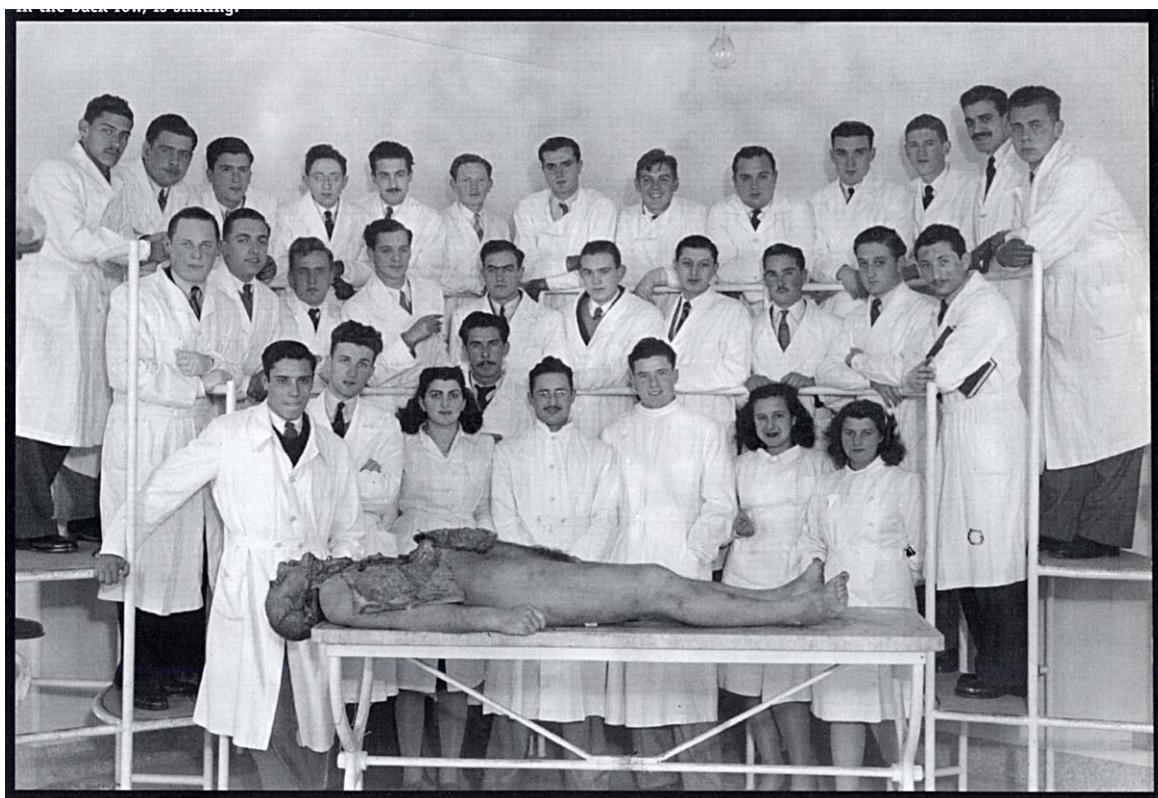
La prehistoria de esa relación, de ese pasaje, en el caso de Walsh es la figura del periodista que descubre casi sin querer la injusticia y la dimensión social: un grupo de obreros peronistas de la Resistencia han sido fusilados, algunos han sobrevivido y quieren dar testimonio. En el caso de Guevara es la experiencia del médico la que articula cierta relación con lo social, la intención de ayudar al que sufre, hacerse cargo de él, socorrerlo. Ha-

bría que estudiar —en el caso de Walsh— la tensión clásica entre el periodista y el político, entre el cronista de los hechos y el hombre de acción. Ahí encuentro una tradición muy significativa, que Walsh condensa y define.

Como decía, en el caso de Guevara es la figura del médico la que me parece importante como espacio intermedio, como lugar de pasaje. El viaje está pautado por la visita a los leprosarios. Hay imágenes y escenas notables que Guevara registra: “En realidad fue éste uno de los espectáculos más interesantes que vimos hasta ahora: un acordeonista que no tenía dedos en la mano derecha y los reemplazaba por unos palitos que se ataba a la muñeca, y el cantor era ciego, y casi todos con figuras monstruosas provocadas por la forma nerviosa de la enfermedad, muy común en las zonas, a lo que se agregaba las luces de los faroles y linternas sobre el río” (Carta a su madre, Bogotá, 6 de julio de 1952). A la vez ahí está el reconocimiento de las figuras extremas, de los restos de la sociedad, de la víctima social.

Desde luego, no se trata del médico del positivismo, del modelo de científico que revela los males de la sociedad, sus enfermedades, como una gran metáfora de la visión de las clases dominantes de los conflictos sociales, y especialmente de las luchas de las clases populares vistas como enfermedad que debe ser erradicada a partir del diagnóstico neutral y apolítico del que sabe sobre los síntomas y su cura. Se trata, en cambio, del médico como figura del compromiso y la comprensión, del que socorre y salva.

En este sentido hay una acotación de Richard Sennet que es interesante. Sennet, al analizar la novela de Malraux *Los conquistadores* sobre la Revolución China, hace notar la relación entre el revolucionario profesional y los médicos: “Hong, el joven revolucionario, igual que estos jóvenes médicos que han hecho alarde de una singular clase de fuerza: el poder de aislarse del mundo que los rodea, haciéndose distantes y a la vez solidarios, definiéndose de un modo rígido. Esta autodefinición inimitable les confiere un arma poderosísima contra el mundo exterior. Anulan un intercambio flexible de ideas entre ellos y los hombres que los rodean y con ello adquieren cierta inmunidad ante el dolor y los acontecimientos conflictivos y confusos que de otro modo los desconcertarían y tal vez los aplastarían”. Sennet llama a este movimiento *la identidad purificada*. Estar separado y a la vez ir hacia ahí. La distancia [aparece] como forma de relación, que permite estar emocionalmente siempre un poco afuera, para ser eficaz.



Hay una foto de Guevara joven, siendo estudiante de medicina, que es extraordinaria. Se ve un cadáver desnudo con el cuerpo abierto en la mesa de disección y un grupo de estudiante de medicina, con delantal blanco, todos serios, un poco impresionados. Entre ellos, Guevara es el único que se ríe, una sonrisa abierta, divertida. La relación distanciada con la muerte está ahí cristalizada, su ironía de siempre, la distancia.

Me parece que Guevara encuentra la política en este proceso. Un joven médico, que secretamente quiere ser escritor, que sale al camino como muchos de su generación, un joven anticonvencional, que va a la aventura y en el camino encuentra a los marginales, a los enfermos, y luego a las víctimas sociales, y por fin a los exiliados políticos. Una travesía por las figuras sociales de América Latina. Un viaje por los bordes de la historia, del linyera al exiliado político, digamos así.

Al mismo tiempo hay que ver qué relaciones tiene Guevara con el marxismo, cómo se forma, qué relaciones mantiene con el Partido Comunista, pero de todos modos hay un momento en el que se aparta, como decíamos, de la experiencia posible de un joven marxista en esos años, se aleja de la cultura obrera de los partidos comunistas y va hacia una práctica extrema, directamente a la guerra, casi sin pasos previos. Una práctica de aislamiento, asce-

tismo, sacrificio, salvación, que es la guerrilla (o en todo caso su concepción de la guerrilla), a la que, como sabemos, entra como médico para convertirse rápidamente en combatiente. Y eso sucede en el primer combate, cuando tiene que elegir entre una caja de medicamentos y la caja de balas, y por supuesto se lleva la caja de balas. Esa historia microscópica, un detalle mínimo, un mito de origen, que Guevara cuenta con gran maestría, usando su extraordinaria capacidad narrativa para fijar el sentido en una pequeña situación concreta.

Entra como médico y sale como guerrillero, y se constituye en el modelo mismo del guerrillero. Porque Guevara no es sólo un guerrillero político en el sentido clásico, un guerrillero que usa la guerrilla como una táctica, como Mao Tse Tung o como Ho Chi Minh, [que conciben] la lucha anticolonial como motor de la lucha irregular, porque eso es lo que está en el origen de la Larga Marcha de Mao Tse Tung y de las luchas de Giap y de los vietnamitas, e incluso por supuesto de los argelinos en ese momento, o de la propia experiencia cubana en la lucha contra Batista.

En cambio, Guevara se convierte en el guerrillero esencial, digamos, el que ve la vida en la guerrilla como el ejemplo puro de la construcción de una nueva subjetividad.

El momento clave y un poco azaroso, el momento que es extraordinario como metamorfosis, se da —como dijimos— en julio de 1955 cuando encuentra a Fidel Castro en México. Para esto, como ya sabemos, Guevara ha entrado en relaciones en Guatemala y en México con sectores de exilados de América latina, básicamente a través de Hilda Gadea que es militante del Partido Comunista peruano. Gadea lo pone en conexión con la política práctica.

Lo cierto, como hemos visto, es que en ese momento él está leyendo marxismo. Hay todo un debate sobre si cuando llega a México ya es un hombre del Partido Comunista o no lo es, [evidente en] el intento de las biografías oficiales de politizarlo de entrada para explicar el pasaje y la conversión —porque es una conversión— y darle una conciencia plena, una identidad única. Aunque —como digo— si uno lee las cartas de Guevara en ese momento, no encuentra la decisión, sino más bien la incertidumbre. Lo que importa es que en julio de 1955, Guevara está en disponibilidad, esperando que la experiencia llegue, no sabe muy bien lo que va a hacer, y aparece Fidel Castro. Entonces tenemos uno de los grandes momentos en la dramatización histórica en América latina, porque Fidel lo encuentra a las ocho de la noche, y lo deja a las cinco de la mañana convertido en Che Guevara. Ha quedado capturado por el carisma y la convicción política de Castro. Ustedes pueden llamarla como quieran, porque tenemos una experiencia de casi cincuenta años de conocer su retórica, esa certidumbre absoluta de tener razón y de ser la voz de la historia que definen a Fidel Castro, que ha fascinado a tantos escritores, a tantos Hamlet, ¿no?, deslumbrados por el político, por el uso del lenguaje del político, su capacidad para construir y definir la realidad. La novela latinoamericana ha dado pruebas de esa fascinación por la palabra absoluta del poder. *El otoño del patriarca* de García Márquez, por ejemplo, parece ahora, muchos años después, una alegoría de Fidel Castro que envejece perpetuándose en el poder. En *Yo, el Supremo*, de Roa Bastos, ese yo único, la enunciación absoluta, el poder verbal, demagógico, de convencimiento, paranoico, como ustedes lo quieran llamar, que tiene Fidel Castro. Un sentido de la oportunidad en el discurso que es único, siempre la situación está de su lado, siempre dice que tiene razón y que la historia lo absolverá. Y Castro, el Castro que viene de Moncada, encontró a este joven argentino con toda esta prehistoria de aventurero, rebelde, de médico preocupado por lo social, de posible escritor y posible marxista, y lo convence de que forme parte de ese proyecto increíble de invadir Cuba, en una

pequeña lancha, y luchar en la sierra para derrocar a Batista. De hecho, como sabemos, la figura de Castro se convierte inmediatamente para Guevara en un punto de referencia esencial. Esa conversación que dura toda la noche es un punto de viraje, una conversión. Podemos pensar a Guevara como un marxista y seguramente lo era, pero eso no termina de explicar su decisión de sumarse a la expedición. Se trata de un salto cualitativo, para decirlo así.

En el marco de esa busca de la experiencia es la política la que lo está esperando. Entonces, Guevara hace la experiencia del Granma, al principio como médico de la expedición pero rápidamente se convierte en un combatiente, y al poco tiempo es ya el Comandante Guevara.

Me parece que hay otro momento de cristalización, en toda esta construcción de un sujeto, de Guevara como emblema, que también está ligado a la palabra de Castro. En septiembre de 1957, Fidel Castro lo designa comandante. Están pasando lista, redefiniendo las funciones, y cuando llegan a Guevara, un poco sorpresivamente Castro dice “Comandante”. Lo convierte en el Comandante Guevara, y le da la estrella. Y a partir de entonces aparece el emblema de la estrella de cinco puntas asociada a la figura del Che Guevara, de la que se ha dicho que ha sido la única imagen capaz de competir con la hoz y el martillo o la rosa del socialismo europeo. Esa nueva figura que Guevara parece encarnar como nadie, que está cristalizada en su imagen. La alternativa encarnada en él, el guerrillero heroico. Una nueva ética, una nueva subjetividad.

Una ética

Poco después, entre agosto y octubre de 1958, Guevara vive —y narra mientras vive— la primera experiencia de lo que podríamos llamar el ascetismo guerrillero, la capacidad de sacrificio, y me parece que de ahí saca una conclusión que lo va a marcar en toda su experiencia futura. En esa fecha, es el comandante de la Octava Columna, de 140 hombres, y recorre medio país, va desde Sierra Maestra hasta la Provincia de Las Villas, en una caminata dificultosísima, con el sistema clásico de esconderse y escapar, y marchar incesantemente. Ante la dificultad del avance, Guevara escribe en su diario un hecho que después no aparece en la reescritura de los *Pasajes de la Guerra Revolucionaria*. Dice: “La tropa está quebrantada moralmente, famélica, los pies ensangrentados y tan hinchados que ya no entran en lo que les res-

ta de calzado. Están a punto de derrumbarse. Sólo en las profundidades de sus órbitas aparece una débil y minúscula luz que brilla en medio de la desolación”.

Extraordinaria imagen; parece un apunte de Tolstoi, y a la vez se encuentra allí algo que se repetirá luego, y en Bolivia se condensa de un modo nítido: el sacrificio y el exceso, la ruptura del límite como condición de la subjetividad política. Esta imagen anticipa la experiencia en Bolivia, pero concluye de otra manera, y toda la diferencia está en la diferencia de condiciones políticas en Cuba, la debilidad de Batista, la crisis de la hegemonía que decide la política, como diría Gramsci. Pero Guevara parece borrar las condiciones políticas específicas para quedarse con el momento de la decisión pura como condición de la política.

Están ahí, hambrientos, los guerrilleros en el monte, tratando de avanzar de cualquier modo, y Guevara dice: “Sólo al imperio de insultos, ruegos y exabruptos de todo tipo podía hacer caminar a esa gente exhausta”.

Él está con ellos, en la misma situación que ellos, exhausto, pero a la vez está afuera, los impulsa y los guía. (“Los jefes deben constantemente ofrecer el ejemplo de una vida cristalina y sacrificada”, escribe en 1961 en *La guerra de guerrillas*.)

Entonces me parece que ahí aparece por primera vez esta idea de la construcción de una ética del sacrificio con el modelo de la guerrilla, la construcción de una subjetividad nueva. Me parece que es esto lo que le ha quedado como condición de la victoria y de la formación de un cuadro político.

No sé hasta dónde podemos integrar esta idea en el marco de la tradición del marxismo. La mejor tradición del marxismo está en la ética de Brecht, *Me-ti. El libro de las mutaciones*. Se trata de una ética de las clases subalternas, [que implica] negociar, romper la negociación, hacer alianzas, abrir el juego, cerrarlo. Gramsci, obviamente, podría ser otro ejemplo de esa estrategia de acumulación. Partimos de la distinción entre amigo y enemigo como condición de la política, pero esa oposición es muy fluida, y se modifica según la coyuntura. La noción de enemigo es la clave: cuáles son las fisuras del enemigo, cómo podemos fragmentarlo y con quién, cómo construir el consenso, cuáles son las relaciones de fuerza y la conciencia posible.

Podría decirse que Guevara piensa al revés: primero decide la táctica y luego adapta las condiciones a esa táctica. Define quién es el amigo, con quién construye el núcleo guerrillero, cómo se prepara un guerrillero (y

esa es base de su libro *La guerra de guerrillas*). Guevara tiende a pensar al grupo propio, más que en términos de clase, casi como una secta, un círculo de iniciados, del que debe estar excluida cualquier ambigüedad. En ese sentido, su política tiende a ver al enemigo como un grupo homogéneo y sin matices, y a los amigos como un grupo siempre en transformación, que corre el riesgo de abdicar, de transformarse en enemigo, o de ser captado o infiltrado por el enemigo. Entrevé en el grupo de amigos la figura encubierta del enemigo, lo que va generar esa tradición terrible del guevarismo que se va repetir casi en todas las experiencias posteriores, de la vigilancia continua, la tendencia a descubrir al traidor en el débil, en el que vacila en el interior del propio grupo. Guevara mismo hace una anotación sobre esto en *La guerra de guerrillas*: “En la jerga de nuestra guerrilleros, en la guerra pasada, se llamaba ‘cara de cerdo’ a la cara de angustia que presentaba algún amedrentado”.

Esa noción del amigo como el que potencialmente puede desertar y traicionar es el resultado extremo de la propia teoría, y ya sabemos cuáles han sido las consecuencias. El ejemplo más conocido quizá es el fusilamiento de Roque Dalton en El Salvador por sus propios compañeros, pero hay muchos otros ejemplos, incluso en la primera guerrilla argentina, el EGP de Masetti, auspiciado por el Che, [que se desarrolla] en la provincia de Salta en la época del presidente Illia, y que termina con fusilamientos absurdos a quienes se considera débiles ideológicamente y potenciales enemigos dentro del grupo.

La política se vuelve una práctica hacia el interior del propio grupo, [a través de] la desconfianza, las acusaciones, las medidas disciplinarias. No hay nunca política de alianzas. En todo caso la posibilidad de las alianzas está definida por la desconfianza y la sombra de la traición. En este sentido hay dos momentos centrales en la experiencia de Guevara, uno al comienzo y otro al final [de su vida política]. El primero, en su primera experiencia de lucha en Cuba. En el texto donde Guevara narra su bautismo de fuego, en Alegría del Pío, cuando desembarcan del Granma, culpa a un traidor del ataque del ejército que casi le cuesta la vida: “No necesitaron los guardias [de Batista] el auxilio de pesquisas indirectas, pues nuestro guía, según nos enteramos años después, fue el autor principal de la traición, llevándolos hasta nosotros”. Esta es su primera experiencia de lucha en Cuba y lo mismo al final, en la última anotación del *Diario en Bolivia*, cuando registra el encuentro inesperado con la vieja campesina que está “pastoreando sus chivas” y para que no los delate tienen que sobornarla: “A las 17.30, Inti, Aníbal y Pablito fueron a la ca-

sa de la vieja que tiene una hija postrada y medio enana; se le dieron 50 pesos con el encargo de que no fuera a hablar ni una palabra, pero con pocas esperanzas de que cumpla, a pesar de sus promesas”.

La categoría básica de la política para Schmitt (y también para Mao Tse Tung), la distinción entre amigo y enemigo, se disuelve para Guevara, el enemigo es hijo y está definido. La categoría del amigo es más fluida y ahí se aplica la política. Los amigos se dividen siempre potencialmente en amigos y enemigos. Y la única garantía de que esta categoría de amigo persista es el sacrificio absoluto y la muerte. Porque, paradójicamente, esta experiencia de aislamiento, de rigor, de vigilancia y sacrificio personal, tiene como resultado, según Guevara, la construcción de una conciencia nueva. El mejor es el más fiel y el más sacrificado. Plantea una relación —que no esta probada— entre ascetismo y conciencia política. El sacrificio y la intransigencia no garantizan la eficacia, y la vigilancia no se debe confundir con la política, porque si se confunde hemos pasado a una práctica de control. La guerrilla funciona como un estado microscópico que vive siempre en estado de excepción.

Básicamente, es un sistema para formar sujetos políticos capaces de reproducir esa estructura. Porque el revés, la contrarréplica de la traición —obviamente— es el heroísmo absoluto. La garantía de que no habrá traición es la fidelidad total y la muerte. Pobres de los pueblos que necesitan héroes, decía Brecht. Y aquí, en esta microsociedad [que es la guerrilla], se trata de producir automáticamente al sujeto como héroe, una construcción directa, sin pasos previos.

En cada uno de los enfrentamientos, Guevara forma un pelotón de vanguardia, una especie de pelotón suicida que es el que enfrenta en las primeras escaramuzas al grupo que lo está hostigando. [Sobre esta práctica] Guevara dice en su diario de la época de Sierra Maestra: “Es un ejemplo de moral revolucionaria, porque ahí solamente iban voluntarios escogidos. Sin embargo, cada vez que un hombre moría, y eso ocurría en cada combate, al hacerse la designación del nuevo aspirante, los desechados realizaban escenas de dolor que llegaban hasta el llanto. Es curioso ver a los curtidos y nobles guerreros mostrando su juventud en el despecho de una lágrima, pero por no tener el honor de estar en el primer lugar de combate y de muerte”. Podría decirse que aquí hay un exceso en la representación de la fidelidad, una exhibición de lo contrario puro de “la cara de cerdo” del amilanado.

La experiencia que Guevara hace en Cuba le va a servir como modelo para definir la experiencia de la guerrilla, sea donde sea que se vaya a realizar. En un sentido podríamos decir que el triunfo de la revolución cubana es un acontecimiento absolutamente extraordinario. Históricamente es una experiencia milagrosa. De ella, después, él infiere una hipótesis política general, que aplica en cualquier situación. Podríamos decir que en esta primera experiencia de lo que es la lucha política, Guevara extrae algunas hipótesis sobre las cuales va a forjar sobre todo ciertos modelos de construcción de la subjetividad y de una nueva ética.

Define, inmediatamente después de terminada la experiencia en Cuba, las características del guerrillero, la idea del pequeño grupo que funciona por fuera de la sociedad, y que es capaz de afrontar cualquier situación. Una especie de grupo de elite absoluto, que produce mensajes y acciones, y al mismo tiempo parece vivir en el futuro. Son sujetos capaces de pasar por una experiencia que los convierte (para Guevara) en el modelo de lo que debe ser el futuro.

Uno de los índices notables aquí es la metafórica cristiana del sacrificio que acompaña este tipo de construcción política. El propio Guevara dice en la primera página de *La guerra de guerrillas*: “El guerrillero como elemento consciente de la vanguardia popular debe tener una conducta moral que lo acredite como verdadero *sacerdote* de la reforma que pretende. A la austeridad obligada por difíciles condiciones de la guerra debe sumar la austeridad nacida de un rígido autocontrol que impida un solo exceso, un solo desliz, en ocasión en que las circunstancias pudieran permitirlo”. El soldado guerrillero “debe ser un *asceta*” (el énfasis es mío).

Entonces, el modelo de la ética que se busca es el modelo del cristianismo primitivo. Me parece que ahí aparecen algunos elementos que quizá nos permitan pensar qué tipo de noción de política, qué concepción de la política está implícita en esta idea de un pequeño grupo capaz de producir una revolución en condiciones absolutamente adversas.

Por ejemplo, cuando va al Congo es imposible imaginar condiciones objetivas peores que esas: no habla la lengua, la gente con la que tiene que trabajar tiene supersticiones múltiples y nociones de cómo debe ser un guerrero que Guevara nunca puede terminar de entender...

Y lo mismo [le ocurre] en Bolivia, aunque allí podríamos notar mayor verosimilitud respecto a la posibilidad [de triunfo de la revolución]. Pero apenas llega comprende lo que está pasando, y empieza a imaginar que

lo que va a pasar es que van a funcionar como una especie de grupo que sobrevive hasta fortalecerse, para crear sujetos nuevos casi por descarte. Hay una matemática fatídica, digamos: “De mil, cien; de cien, diez; de diez, tres”. De mil combatientes sacamos cien, de cien combatientes sacamos diez, de diez combatientes sacamos tres, y esos son los revolucionarios.

Ahora, por supuesto que Guevara no propone nada que no haga él mismo. No es un burócrata, no manda a los demás a hacer lo que él dice. Él lo hace. Esta es una diferencia esencial, la diferencia que lo ha convertido en lo que es. El que paga con su vida la fidelidad con lo que piensa. Es similar a la experiencia de los anarquistas de siglo XIX, que tenían como Guevara una cosa muy admirable, cuando en su vida personal realizan lo que esperan que sea la sociedad futura. Viven la vida personal como imaginan que tiene que ser la sociedad en la que quieren vivir. No hacen una escisión entre lo que es su vida y la sociedad a la que aspiran. Tratan de reproducir la sociedad futura en su experiencia personal. Viven modestamente, reparten lo que tienen, se sacrifican, definen una nueva relación con el cuerpo, una nueva moral sexual, un tipo de alimentación. Se proponen como ejemplo de una nueva forma de vida.

Se trata de una experiencia extrema, en todo sentido. Y si volvemos a la noción de experiencia en el sentido de “El narrador” de Benjamin, podríamos decir que Guevara es la experiencia misma y a la vez la soledad intransferible de la experiencia. Es el que quema su vida en la llama de la experiencia, y hace de la política y de la guerra el centro de esa construcción. Y lo que propone como ejemplo, lo que transmite como experiencia, es su propia vida.

Paralelamente persiste en Guevara lo que he llamado la figura del lector. El que está aislado, el sedentario en medio de la marcha de la historia, contrapuesto al político. El lector como el que persevera, sosegado, en el desciframiento de los signos. ¿Y qué tipo de lector es este? El que construye el sentido en el aislamiento y en la soledad. Fuera de cualquier contexto, diría, en medio de cualquier situación, por la fuerza de su propia determinación. Intransigente, pedagogo de sí mismo y de todos, que no pierde nunca la convicción absoluta de la verdad que ha descifrado. Una figura extrema del intelectual como representante puro de la construcción del sentido (o de cierto modo de construir el sentido, en todo caso).

Y en el final de Guevara, las dos figuras se unen otra vez, porque están juntas desde el comienzo. Yo terminaría con un momento que casi funciona como una ale-

goría: cuando va a ser asesinado, ustedes lo saben, Guevara pasa la noche previa en la escuelita de La Higuera. La única que tiene con él una actitud caritativa es la maestra del lugar, que se llama Julia Cortés, que va y le lleva de comer algo que está cocinando la madre, un plato de guiso. Cuando entra, está el Che Guevara tirado, herido, en el piso del aula. Entonces —y en un sentido esto es lo último que dice Guevara, sus últimas palabras, digamos—, cuando entra, Guevara le muestra a la maestra una frase que está escrita en la pizarra y le dice que está mal escrita, que tiene un error. Él, con su énfasis en la perfección, [...] le dice, “No, le falta el acento”. Hace esta pequeña recomendación a la maestra. La pedagogía siempre, hasta el último momento.

La frase [escrita en la pizarra de la escuelita de La Higuera] es *Yo sé leer*. Que sea esa la frase, que al final de su vida lo último que vea sea una frase que tiene que ver con la lectura, es como un oráculo, una cristalización casi perfecta.

Murió con dignidad, como el personaje de London. O mejor, murió con dignidad, como un personaje de una novela de educación perdida en la historia.

[Desgrabación: Guadalupe Rodríguez]

Edición a cargo de Laura Ehrlich y Ana Longoni]

- 1 Se refiere a Horacio Tarcus.
- 2 Las palabras entre corchetes reponen partes de la conferencia que se escuchan mal en la grabación aunque pueden arriesgarse como probables (con excepción de las risas, incontrastables), o agregados a fin de aclarar la versión escrita de la transcripción oral. Los corchetes con puntos suspensivos señalan palabras o frases ininteligibles en la desgrabación. [N. de E.]

Las fotos que ilustran esta nota son de autor anónimo, fueron tomadas de diversas publicaciones y corresponden a su época de estudiante, la campaña en el Congo y la campaña en Bolivia.



Clement Moreau

La era de E.J.H.

Perry Anderson

Con la agudeza crítica que lo caracteriza, el actual editor en jefe de la *New Left Review* realiza una penetrante lectura de lo que denomina “el quinto volumen” de una misma obra ininterrumpida. *Años Interesantes. Una vida en el siglo XX*, (Buenos Aires, Crítica, 2003), las memorias de Eric Hobsbawm son así presentadas como el último eslabón, en un registro más personal, de la saga que parecía culminar con *La era de los extremos*. Igualmente atento a la calidad literaria como a la endeblez de la argumentación política, un incisivo Perry Anderson se interna en el texto en busca del interlocutor implícito al que rendiría tributo la necesidad del gran historiador británico de explicar el significado de su vida comunista. Búsqueda que se va hilvanando a partir del reconocimiento de las zonas sorprendentemente silenciadas en la obra (y lo que por ello se revela), no menos que con la oportuna discusión de las opciones políticas que encontraron a estos dos intelectuales británicos en proyectos divergentes al interior del campo de debate marxista.

¿Quiénes serían más aptos que los historiadores para practicar la autobiografía? Entrenados para examinar al pasado con una mirada imparcial, alertas a las peculiaridades del contexto y los artificios de la narrativa, aparecerían como los candidatos ideales para la difícil tarea de la autodescripción de una vida. Sin embargo, y extrañamente, han sido los filósofos quienes han sobresalido en el género, por no decir que lo han inventado. En principio, la autobiografía es la más íntimamente particular de todas las formas de escritura, mientras que la filosofía es la más abstracta e impersonal. Deberían ser como el agua y el aceite. Pero fueron San Agustín y Rousseau quienes nos han dejado sus confesiones personales y sexuales y Descartes quien nos ha legado la primera “historia de mi mente”. En los tiempos modernos, Mill y Nietzsche, Collingwood y Russell, Sartre y Quine, todos han dejado registros de sí mismos mucho más memorables que cualquier cosa escrita sobre ellos. El número de historiadores que han producido autobiografías de cierto nivel, por otro lado, es remarcablemente escaso. En el siglo XIX, las memorias de Guizot y Tocqueville, muy poco consultadas en nuestros días, son de interés principalmente en tanto testimonios de evasión política. Más cercano, el Marc Bloch póstumo de 1940, con su mezcla de reporte personal e interpelación general, es un conmovedor documento, pero demasiado circunscripto como para ofrecer más que unos pocos momentos de auto-revelación. Más recientemente, tenemos el excéntrico camafeo de Richard Cobb y las *causeries* de A.J.P. Taylor, de las cuales él mismo ha dicho que eran evidencia de que se había apartado de las temáticas históricas. En suma, en el género para el cual parecería estar bien diseñada, la habilidad de los historiadores ha producido, quizá, sólo dos clásicos: el magnífico retrato de Gibbon a fines del siglo XVIII y el fantástico *Wunderkammer* de Henry Adams a principios del XX.

Eric Hobsbawm se ha sumado a este campo generalmente decepcionante con un trabajo que él nos invita a leer como si se tratara del “Lado B” de *La Era de los Extremos*, su magnífica historia del siglo XX: “las experiencias de un individuo no ilustran la historia mundial, pero la historia mundial configura esa experiencia”, y las opciones de vida que le ofreció. Publicado a los 85 años, por su energía y su agudeza *Años interesantes* pudo haber sido escrita a los 40. Sus cualidades son tantas, de hecho, que es casi imposible leerlo sin sentirse retrotraído a su trabajo de historiador: tantas son las perspectivas que se ofrecen, casual o deliberadamente, de eso que Hobsbawm concibe como una unidad. Estamos lidiando con una suerte de quinto volu-

men, en un registro más personal, de un proyecto ininterrumpido. Este volumen puede ser llamado, sencillamente, “La era de EJH”.

Como tal, ofrece una autobiografía compuesta de tres partes distintas. La primera, que cubre los primeros años del autor hasta su llegada a la universidad, tiene muchas virtudes como para ser considerada una de las más delicadas piezas que este reconocido estilista haya escrito jamás. Con delicadeza y prudencia, e incluso con cierto tenso candor, Hobsbawm nos lleva desde su accidental nacimiento en Alejandría hasta su precaria infancia en la Viena de postguerra; su breve pero exaltada adolescencia en la Berlín de Weimar; su huida del nazismo hacia Inglaterra y su final llegada a Cambridge, en las vísperas de la Guerra Civil Española. Partiendo de los retratos de sus padres —un desafortunado inglés y una frágil austríaca que murieron cuando Eric tenía 14 años— se va dibujando el trasfondo psicológico de un descendiente de judíos por ambas partes, que vivió su juventud en la ciudad más antisemita de Europa. Él explica el tipo de lealtad a sus orígenes familiares que aprendió de su madre, y su actual “falta de obligación emocional respecto del pequeño, militarista, culturalmente decepcionante y políticamente agresivo Estadonación que requiere mi solidaridad en función de bases raciales”.¹

Mudado a Berlín, donde un tío (del lado inglés) estaba trabajando en la industria del cine, Hobsbawm describe su descubrimiento del comunismo a los 15 años, en un tradicional *Gymnasium* prusiano, con Hitler a las puertas del poder. Deben haber muy pocas evocaciones tan vívidas de la atmósfera eléctrica de la izquierda revolucionaria en Alemania durante aquellos meses. No es extraño que los recuerdos de los destellos finales del condenado Partido Comunista Alemán en medio del crepúsculo de Berlín puedan haberlo marcado más que los días inmóviles del Londres durante el Gobierno Nacional. De su posterior experiencia en St. Marylebone Grammar School escribe con afectado buen humor (“Tomé tantos exámenes como helados”). En la composición de estos escenarios en contraste, la inteligencia del historiador está siempre funcionando, ubicando los accidentes de una vida individual en un cruce de tendencias en un espacio y tiempo gráficamente delineados. La imagen que emerge, con considerable habilidad, es la de un muchacho que contrasta con las imágenes del hombre: solitario, inicialmente inclinado a la naturaleza más que a la política, algo abstraído e introspectivo, gradualmente más confiado en sus cualidades. El tono del autorretrato con el cual él sintetiza su ado-

lescencia contiene algo de lo que el horóscopo de Kepler hubiera dicho de él:

“Eric John Ernest Hobsbawm, de dieciocho años y medio, rubio, de estatura elevada, desgarbado, poco agraciado, de rasgos angulosos, rápido para cazar las cosas, con un considerable aunque superficial bagaje de conocimiento general y un montón de ideas originales, generales y teóricas. Un incorregible aficionado a tomar poses, lo cual es a la vez peligroso y efectivo, mientras se convence a sí mismo de creer en ellas... No tiene sentido de la moral, es totalmente egoísta. Algunos lo encuentran extremadamente desagradable, otros agradable, aunque otros (la mayoría) solamente ridículo. Es vanidoso y engreído. Ama profundamente la naturaleza. Y se está olvidando del idioma alemán.”

Así termina la primera parte de *Años interesantes*. Desde un punto de vista literario, bien podría haber parado acá. Hubiéramos tenido algo cercano a aquellas obras maestras de los desplazamientos calmos, movilizantes y provocativas en igual medida, como las que nos han dejado Constant o Sartre: viajes a la edad de la razón, o de la pasión, que nos llevan justo hasta ese umbral. Si este pensamiento no es incongruente es porque, antes que preparar el camino para un retrato del historiador como un hombre joven, el pasaje citado arriba más bien cierra la puerta a futuras exploraciones por el estilo del “personaje”. Profundamente sentida, la imaginativa recreación del joven que alguna vez fue da paso a otra clase de empresa. Nunca más vislumbraremos el mismo paisaje interior. Sin dar cuenta de un cambio de marcha, el próximo capítulo nos lleva a la segunda parte de *Años interesantes*, que cubre la membresía de Hobsbawm en el Partido Comunista Británico (PCB) desde finales de los '30 hasta su disolución al principio de los '90. Aquí cuenta sus tiempos en Cambridge, en el cenit de su comunismo estudiantil; su parate durante la guerra por ser sospechoso ante las autoridades; su crecimiento como miembro del partido y su semi-marginalidad como académico durante la Guerra Fría; sus reacciones ante la crisis en la que se sumió el movimiento comunista tras las revelaciones de Kruschew y la revuelta húngara de 1956; las razones de su permanencia en el PCB después que la mayoría de sus compañeros historiadores marxistas se hubieran ido y su convencimiento de que su opción era mucho más fructífera que la de ellos; cómo eventualmente colaboró, en su propia mirada, en salvar al Partido Laborista, incluso cuando el PCB se estaba hundiendo.

Estos capítulos marcan una completa alteración en el registro. La diferencia empieza desde la mismísima primera página, en la cual –antes incluso de intentar describir su propia experiencia en Cambridge– Hobsbawm se siente obligado a explicar cuán mínimo era su acuerdo con Burgess y Maclean, Philby y Blunt, y todos aquellos que precedieron su época en la universidad.² Honorablemente, agrega que si más adelante se le hubiera pedido llevar adelante el mismo tipo de misión³ él hubiera accedido. Pero permanece una sensación de incomodidad, como si otra clase de lector estuviera hurgando en el trasfondo de la narrativa. La descripción de Cambridge que sigue ofrece ricas anécdotas del arcaísmo de los tutores y de las instituciones, y también de las características y motivaciones de los estudiantes radicalizados. Puntualizando que la izquierda, en su pico más alto, no contaba sino con el 5% de los estudiantes de grado, de los cuales el contingente comunista no representaba más que un 10%, Hobsbawm asegura que, de todas maneras, la influencia informal del PCB era más extensa, como producto de su enérgica campaña de búsqueda de compromiso con el éxito académico y del optimismo de sus prometedores activistas. La escena, presentada de esa manera, es convincente pero esencialmente genérica. Muy poco se dice del sendero personal de Hobsbawm a través de ella: absolutamente nada de su desarrollo intelectual, virtualmente nada de su vida emocional, escasamente un fresco de sus ideas políticas. El pronombre persistente es, ahora, el anónimo e impersonal “nosotros”. La primera persona del singular se reserva para momentos menos cargados, como cuando es reseñado un *cursum* más convencional: “Mi último período de clases, mayo-junio de 1939, fue muy bueno. Edité *Granta*, fui elegido miembro de los Apóstoles y obtuve una matrícula de honor en el Tripos, que también me dio la posibilidad de una beca en el King's College”.⁴

Lo engañoso de la supresión de una subjetividad puede ser visto desde el curioso desplazamiento de episodios decisivos de la vida del autor en esta fase hacia capítulos mucho más adelante, separados por cientos de páginas del racconto de estos años de estudiante. Hacia el final de su capítulo sobre Cambridge se cuentan unas vacaciones de verano pasadas en París, trabajando con James Klugmann para una organización de masas del Comintern, y la futura historiadora Margot Heineremann es casualmente mencionada. Del primero, Hobsbawm remarca: “¿Qué sabíamos de él? Prácticamente nada”; de la segunda, dice simplemente: “posiblemente ella tuvo más influencia sobre mí que cualquier otra persona

que haya conocido”, y después de este tributo, ella no aparece más. No es hasta que uno alcanza un conjunto de concluyentes reminiscencias de las diferentes partes del mundo visitadas por Hobsbawm, bien al final del libro, que –bajo la preeminencia objetiva de Francia y España– uno comienza a encontrar el sentido que se desliza en torno a los sentimientos privados que permanecían detrás de tan lacónicas frases.

Pero nada en su relato de Cambridge es comparable a la pasión que denota su descripción del Día de la Toma de la Bastilla en el primer año del Frente Popular, cuando él condujo por una París en festejos un camión de un equipo de documentalistas del Partido Socialista Francés –“Fue uno de esos extraños días en los que mi mente estaba en piloto automático. Sólo sentí y experimenté”– y luego bebieron y bailaron hasta el amanecer: una situación muy diferente a la marcha fúnebre en Berlín. Hubiera sido extraño que esas estadías en París, trabajando como traductor en lo que era el centro neurálgico de todas las redes del Comintern en Europa, no significaran para él más que las reuniones del partido en el Club Socialista de Cambridge. Quizá por alguna asociación inconsciente, en esta otra locación él incluso –en una memoria de otra manera rigurosamente silenciosa en algunos aspectos– confía su iniciación sexual, “en una cama rodeada de espejos”, en un burdel cerca del boulevard Sébastopol. Antes, al aventurarse en una entrada ilegal a España apenas comenzada la Guerra Civil, en el mismo momento que John Conford se enrolaba en Barcelona, ¿consideró tomar las armas por la República? Nuevamente, la página en la que se interroga retrospectivamente sobre esa posible encrucijada tiene una enigmática profundidad y una belleza que nos para frente a la monótona historia inglesa. Lo perdido –y deliberadamente advertido– es un intento de juntar esos elementos dispersos de una juventud revolucionaria con cualquier síntesis interior. Tanto como prosigue la narrativa, el costo de la creciente externalidad es la dispersión.

Cronológicamente, después de Cambridge viene la guerra: una experiencia relativamente vacía para Hobsbawm, como cuenta con legítima amargura. La Oficina de Guerra lo confinó a un remoto regimiento hasta que fue enviado a Singapur y después a actividades administrativas en los Cuerpos de Educación, posiblemente tanto porque venía de Austria como porque era comunista. Pero desde ese período con los Ingenieros aprendió a apreciar de primera mano las cualidades tradicionales de los trabajadores ingleses, sobre quienes se formó una “permanente, si no exasperante admiración”, el

comienzo de una simpatía imaginativa que ha marcado todo lo que, desde allí, ha escrito sobre las clases populares. La agudísima inseguridad económica, de vez en cuando cercana a la penuria, de su propio pasado en Viena, lo habría acercado a la experiencia proletaria mucho más que a otros intelectuales de su generación. También fue durante la guerra que se casó por primera vez con una compañera comunista, funcionaria, acerca de quien dice casi nada. Una vez que, tardíamente, fue desmovilizado, comenzó a trabajar como historiador y pronto consiguió un puesto en Birkbeck. Aunque se encontró ante lo que podría haber sido una brillante carrera –después de un comienzo con buenos augurios en el King’s College–, ésta se desvió de su curso natural por la Guerra Fría, cuando a los comunistas se les congeló cualquier tipo de ascenso. Hobsbawm explica, muy dignamente, las heridas que le causó el hecho de no poder acceder a puestos permanentes, de acuerdo a las expectativas que se había creado en Cambridge.

Pero leyendo entre líneas, su recuento de ese desvío en su carrera encierra algunos misterios. Él mismo revela que no sólo formó parte de la reconstitución de los Apóstoles –un grupito de iniciados, si es que alguna vez existió uno– después de la guerra, sino que incluso actuó como organizador de esa sociedad, y continuó reclutando estudiantes de grado hasta mediados de los ‘50. ¿Hubo alguna relación entre ese rol y la beca que le fue asignada en King’s College en 1949, no antes pero en los inicios de la Guerra Fría, o el trámite por el cual le fue concedida una pensión completa cuando su matrimonio se rompió? Un indicio de que debe haber mucho más en esta historia que lo que aparece sugerido es dado por una ausencia enigmática: el nombre de Noel Annan, compañero y luego presbítero de King’s College, un amigo íntimo, que no figura en el relato.

Si en principio este tipo de cuestiones tiene lugar en algunas autobiografías, son de escasa relevancia en las de otro tipo. La mayor significación del tratamiento que hace Hobsbawm de esos años es política. Tres capítulos sustanciales están dedicados a qué significaba ser comunista en esa época, fuera o dentro del poder; a qué problemas se enfrentaron los comunistas británicos por la evolución del sistema soviético durante la Guerra Fría; y cómo la desestalinización detonó en el PCB y lo dejó como a uno de los pocos intelectuales que permanecieron en el partido. Permanentemente, vuelve a la pregunta de por qué se quedó hasta el mismísimo final. El efecto de esas vastas reflexiones es ambiguo. Mirando la opción por el comunismo desde un nivel muy general, desde la Revolución Rusa hasta el fin de la guerra,



Frans Masereel

Hobsbawm ofrece una elocuente defensa e ilustración de qué significaba para aquellos que lo hicieron, alternando la observación social con los ejemplos individuales, ya fueran heroicos o mediocres. Su énfasis se posa en un *ethos* de obediencia desinteresada y “sentido práctico” –“eficiencia en los negocios”, como él mismo lo dice– en tanto sello real de la Tercera Internacional:

“Los partidos comunistas no eran para románticos. Por el contrario, estaban hechos para la organización y la rutina... El secreto del partido leninista no residía en soñar con erigirse sobre barricadas ni aún en la teoría marxista. Puede sintetizarse en dos frases: ‘las decisiones deben ser verificadas’ y ‘disciplina del Partido’. La seducción del partido estaba en que allí las cosas se hacían, mientras en otros no sucedía lo mismo.”

Históricamente, debe ser dicho, esta imagen se presenta como extrañamente desequilibrada. Un movimiento que contó con revolucionarios como Serge o Trotsky, Roy o Mariátegui, Sneevliet o Sorge, ¿no era para románticos? ¿Por qué razón fue Mao, nos guste o no, una figura tanto o más importante en el comunismo que muchos de los leales funcionarios o militantes europeos a quienes se nos presenta aquí? En otro lugar, incluso, Hobsbawm se define a sí mismo como “romántico”. La realidad es que la contraposición de barricadas y teoría, al eficientismo y el “hacer” constituye una retórica *ex post facto* que, como mucho, indica algo de la imagen de los estalinizados partidos comunistas europeos tras 1926, en los cuales el mismo Hobsbawm fue formado, pero no captura nada de sus ambigüedades. El culto a la rutina y al “sentido práctico”, como se expresa aquí, fue con frecuencia sólo otra forma de romanticismo, y de ninguna manera la más efectiva. Afortunadamente, el mismo Hobsbawm pareciera desdecirse de sus afirmaciones, como pone en claro su acalorado retrato del revolucionario austríaco Franz Marek, la pieza central moral de sus reflexiones sobre el “ser comunista”.

¿Qué hay de sus propias convicciones como individuo, no ya en el período del Comintern, disuelto en 1943, sino en el del Cominform, fundado por Zhdanov en 1947 para hacer frente a la Guerra Fría? No es fácil de decir. En parte, porque *Años interesantes* evita cualquier cronología meticulosa de la discusión de su propio comunismo. Su reflexión general sobre la experiencia comunista, que se extiende más o menos desde Lenin hasta Gorbachov, se ubica inmediatamente después de sus recuerdos de Cambridge, antes incluso que la guerra. Cuando vuelve a ese tema en su historia personal, es para evocar la actitud de los intelectuales del

PCB ante los desarrollos del Cominform que los preocupaban: el apartamiento de Tito, los ensayos de Kostov, Rajk y Slansky. Aquí también la referencia es insistentemente colectiva: “¿qué pensábamos?”; “ninguno de nosotros creía que”; “claramente subestimamos”; “la gente como yo”; “también reconocíamos”.

Sabemos poco de las opiniones personales de Hobsbawm, más allá del hecho que era escéptico de que Basil Davidson pudiera haber sido un agente británico aliado con Rajk desde que su carrera había comenzado a resentirse con la Guerra Fría. No hay pistas sobre su opinión de los Procesos de Moscú, que destruyeron a los viejos bolcheviques y sentaron la pauta para su continuación en Budapest, Sofía y Praga después de la guerra. Nunca hace referencia a lectura alguna de la abundante literatura en torno a esos sucesos. El núcleo del relato es que los comunistas británicos, o al menos los intelectuales del partido, no creyeron las versiones oficiales. No es lo mismo que decir que eran una sarta de mentiras, desde el momento que versiones no oficiales también circulaban. Cuando Kruschev finalmente descubrió los fundamentos del grotesco edificio de confesiones en las cámaras de torturas de Stalin, Hobsbawm subraya el shock que esas revelaciones –conteniendo, por supuesto, poco que no fuera ampliamente conocido– causaron en el movimiento comunista internacional. “La razón”, escribe, “es obvia. No se nos había dicho la verdad sobre algo que tenía que afectar la misma naturaleza de nuestra creencia comunista”. Incluso si, una vez más, el pronombre deja un margen de ambigüedad, la implicación debe ser que Hobsbawm mismo había continuado, de alguna manera, creyendo en el honor de Stalin. ¿En qué modo? La construcción de la narrativa nos hace difícil suponerlo. Es claro que, sin comprobarlo aunque sea críticamente con fuentes independientes, estaba esperando que una voz de autoridad distribuyera la verdad. A todas luces, el militante y el historiador constituían identidades separadas.

La crisis que el discurso de Kruschev hizo estallar en el PCB en abril de 1956 –a lo cual se le sumó, a los pocos meses, la revuelta húngara– es descrita por Hobsbawm con una imagen de agitada emoción. “Por más de un año, los comunistas británicos vivieron en la cornisa del equivalente político de un colapso nervioso colectivo”. El Grupo de Historiadores del Partido, del cual Hobsbawm era director, se convirtió en el epicentro de la oposición al oficialismo y virtualmente todos sus miembros, con excepción de Hobsbawm, habían dejado el partido en el verano de 1957. ¿Por qué él se quedó? Ofrece dos respuestas y una apostilla. “No ingresé al

comunismo como un joven británico en Inglaterra, sino como un centroeuropeo durante el colapso de la República de Weimar. Y entré cuando ser un comunista no era sólo pelear contra el fascismo, sino también por la revolución mundial. Todavía pertenezco al coletazo de aquella primera generación de comunistas, de éstos para quienes la Revolución de Octubre era el punto de referencia central en el universo político”. Fue por eso, escribe, que “para alguien que se unió al movimiento donde y cuando yo lo hice, fue simplemente más difícil romper con el partido que para aquéllos que llegaron después y en otros lugares”.

Ésta es seguramente la mera verdad biográfica, bien argumentada. Pero si tanto la emergencia como la esperanza que lo llevaron al movimiento comunista fueron más intensas que las típicas de sus contemporáneos ingleses, es menos claro que el contraste cronológico pueda haber sido más significativo que el geográfico, como parecería sugerir. ¿La Revolución de Octubre fue periférica para Christopher Hill, quien se unió al partido a mediados de los '30, aprendió ruso –mientras Hobsbawm cuenta que nunca lo hizo– y escribió un libro sobre Lenin? De todas maneras, justificando la que para él constituye la mayor diferencia, de tiempo más que de espacio, Hobsbawm ofrece otro rasgo ilustrativo de sí mismo. “Políticamente”, dice, al haberse sumado al Partido Comunista en 1936, pertenece a la era del Frente Popular, comprometido en una alianza entre capital y trabajo, que ha determinado su pensamiento estratégico hasta el día de hoy; “emocionalmente”, sin embargo, como un muchachito converso en la Berlín de 1932 permaneció atado a la agenda revolucionaria original del bolchevismo. Esta es una dicotomía que tiene más de un efecto en el conjunto de su trabajo.

Incluso si ésas fueron las razones por las cuales Hobsbawm permaneció en el Partido Comunista después de 1956, uno podría haber esperado que se incluyeran algunas aseveraciones políticas más ordinarias. Después de todo, la desestalinización no se frenó ese año. Con la derrota de Malenkov y Molotov en el verano de 1957, Kruschchev continuó más vigorosamente que antes en la URSS. Los campos de concentración fueron vaciados, los estándares de vida mejoraron, el debate intelectual se reavivó, la solidaridad se extendió al último capítulo de la revolución mundial en el Caribe. En el XXII Congreso del Partido, en 1961, se discutieron líneas tendientes a “limpiar” el pasado. Tales desarrollos persuadieron a muchos comunistas desconcertados en 1956 de que la Revolución de Octubre, aún con zigzags, estaba siendo gradualmente redimida más que definiti-

vamente abandonada. Sería sorprendente que Hobsbawm nunca haya pensado en estos argumentos, perfectamente entendibles. Pero si lo hizo, aquí no hay rastro. Como en todo su tratamiento de la experiencia comunista, no hay en absoluto alguna discusión sobre la historia política del período, en *stricto sensu*. En cambio, concluye las razones por las cuales se quedó en el partido apelando a una “emoción privada: el orgullo”, explicando que si se hubiera ido hubieran mejorado las perspectivas de su carrera, pero justamente por esa razón se quedó, para “probarme a mí mismo que se podía triunfar siendo un comunista conocido –más allá de lo que signifique ‘triunfar’– y que eso no tenía por qué ser un obstáculo”.

Hobsbawm llama a esta mezcla de lealtad y ambición una forma de egoísmo, a la cual no defiende. La mayoría de la gente vería en ello la evidencia de una excepcional integridad y fuerza de carácter: un coraje para tomar posiciones impopulares, mucho más sorprendentes en alguien para quien el éxito era algo que importaba muchísimo. *Años Interesantes* da cuenta de las diferentes formas –podríamos tomar este paréntesis insustancial como un gesto propiciatorio– que el éxito ha asumido: un espectro mundial de lectores en múltiples idiomas, cátedras simultáneas en tres países, grados honorarios *ad libitum*, infinitas entrevistas y audiencias, homenajes desde estrados. Y todavía hay otras que son omitidas: los lectores ingleses pensarán en la Compañía de Honor, a la que pertenece junto con los Lords Tebbit, Hurd y Howe. Muy rápido en el recorrido por su vida Hobsbawm explica que ha aceptado “al menos alguno de los signos de público reconocimiento” que lo han hecho un “miembro del *establishment* cultural británico” porque nada le hubiera dado más felicidad a su madre en sus últimos años, añadiendo, con una segura sonrisa en sus labios, que diciendo esto “no sería más honesto o deshonesto que Sir Isaiah Berlin quien acostumbraba disculparse por haber aceptado su título de caballero diciendo que lo había aceptado sólo por darle felicidad a *su* madre.”

Los grandes hombres tienen debilidades por las cuales deben ser perdonados, incluso un ocasional error de apreciación sobre dónde reside su grandeza o qué puede disminuirla. En Gran Bretaña, la incapacidad de resistir a las adulaciones oficiales es algo tan común entre los académicos eminentes –los historiadores se destacan especialmente entre ellos– como alguna vez lo fue entre los agentes africanos del tráfico de esclavos. En el caso de Hobsbawm, el interés no reside en disociación alguna, sino en la conexión entre la lealtad política y el

acomodamiento social. Quizá porque permaneció tan leal a una causa aborrecida, su entrada en un mundo de aceptación parece haber adquirido mayor valor. Para sus adentros, cada paso hacia adelante en uno podría haber implicado perder en el otro. Psicológicamente, esos intrincados vaivenes son comunes. Pero tienen algún costo. En el corazón de *Años Interesantes* hay un esfuerzo sostenido por explicar el significado de una vida comunista. Pero, ¿explicárselo a quién?

Si hay algo penoso en esta repetida y nerviosa búsqueda desafortunada es porque —no consistentemente, y sin embargo demasiado seguido como para consolar: desde la primera nota sobre los espías de Cambridge, hasta la última satisfacción de que Health y Heseltine hubieran adornado *Marxism Today*— el inconfeso destinatario es como si fuera un orden establecido al cual el relato de uno mismo se debiera en intercambio. Ésta parece ser la lógica de la ausencia de una profunda discusión política, o cualquier real compromiso intelectual con los problemas que surcaron la trayectoria del comunismo europeo, lo cual conforma la característica inesperada de estas páginas. “Ahora debe ser obvio”, escribe de la Revolución Rusa, que “la equivocación estuvo construida en esta empresa desde el principio”. No ofrece razón alguna para una conclusión tan terminante, al menos no desde su insistencia sobre el “sentido práctico” de la tradición estalinista. Pero, si esa equivocación es tan autoevidente para el lector que tiene en mente, ¿por qué molestarse en explicarla? Para hacer eso se hubiera requerido otro estilo de orientación y un conjunto de referencias distinto, empezando por algunos nombres e ideas clarividentes —Kautsky, Luxemburgo, Trotsky— que esta memoria elige evitar.

Sin embargo, después de que todas estas advertencias y reparos son hechos, la elegía de Hobsbawm a la tradición política a la cual dedicó su vida tiene una dignidad y una pasión que deben provocar el respeto de cualquiera. Su tratamiento de las tradiciones de otros es mucho menos convincente. Aquí, la falta de generosidad desfigura demasiados juicios. El problema empieza en el mismo momento en el que busca explicar por qué no se fue del partido en 1956. Antes de dar cuenta de las razones biográficas de su decisión, y como si fuera una introducción necesaria para justificarse a sí mismo, comienza por despreciar a aquellos que tomaron la opción contraria. Un perfil de Raphael Samuel —“esa vehemente figura vagabunda, la negación absoluta de la eficiencia ejecutiva y administrativa”— lo dedica principalmente a censurar su “proyecto desatinado” de poner un café en Londres, y lamenta su propia indulgencia en ese

“emprendimiento lunático” con una desmesura sin proporciones. Leyendo eso, uno no puede adivinar que Samuel, después de seis años en el PCB, produjo una antropología política del partido, *The Lost World of British Communism*, cuyos logros hacen que las remembranzas de Hobsbawm, quien permaneció ocho veces más de tiempo en el partido, parezcan esqueléticas. De Edward Thompson se nos hace entender que carecía de “impulso constructivo” y que después de escribir *The Making of the English Working Class* —“el trabajo de un genio”, si bien “extremadamente estrecho en el período que abarca”— perdió esencialmente su tiempo, con una “criminal” desviación de energías en disputas teóricas más que en investigación empírica, contra lo cual Hobsbawm lo precavó. Thompson se hubiera sorprendido de encontrarse descrito como “inseguro” en estas páginas. Sin dudas esto puede decirse de cualquier ser humano. Pero podemos estar casi seguros que en este caso hubiera pensado que le adjudica un rasgo propio del mismo Hobsbawm. “En términos prácticos”, continúa Hobsbawm, las varias Nuevas Izquierdas que emergieron tras la crisis de 1956 carecieron de importancia. Peores fueron los estudiantes radicales de Norteamérica o Europa en los ‘60 —para quienes su generación “permanecería extraña”— responsables no sólo de “un torpe intento de hacer una clase de revolución, sino también de la efectiva ratificación de otra: una que abolía la política tradicional y, al final, la política de la izquierda tradicional”. Con respecto a la “ultraizquierda en y fuera de Sudamérica (todos los intentos guevaristas de llevar adelante insurrecciones guerrilleras fueron una gran equivocación)”, inspirada por la Revolución Cubana, “no entendieron ni quisieron entender qué podría haber llevado a los campesinos latinoamericanos a tomar las armas”, a diferencia de las FARC en Colombia o Sendero Luminoso en Perú.

Casi ninguno de los ítems de esta retrospectiva resiste una investigación cuidadosa. La Nueva Izquierda de los últimos ‘50 se dedicó a la Campaña por el Desarme Nuclear, pero ahí no se agotaron sus objetivos y fue bastante más importante que el no reconstruido PCB. Los movimientos estudiantiles en Europa y Estados Unidos no sólo, como recuerda el mismo Hobsbawm en un momento “olvidadizo”, ayudaron a deslegitimar los gobiernos de De Gaulle y Nixon, sino —como Hobsbawm no reconoce— fueron críticos con la Guerra de Vietnam y dieron que hablar tanto o más que la mayoría de las movilizaciones de la clase obrera en Francia e Italia durante la segunda postguerra. En América Latina, la única revolución triunfante, en Nicaragua, no sólo fue

inspirada sino directamente asistida por Cuba. Con respecto a Perú y Colombia, Hobsbawm nos dice que no podría menos que dar la bienvenida al desmantelamiento de Sendero Luminoso por Fujimori. ¿Esperará lo mismo de Uribe respecto a las FARC?

En contraposición a esos ejercicios de futilidad, Hobsbawm da cuenta de otra y —a sus ojos— más fructífera experiencia de comienzos de los '80. Esa fue la campaña que entabló, desde las páginas de *Marxism Today*, para rescatar al Partido Laborista de los riesgos de Bennery. Aquí, la legitimación del orgullo y la fatal desilusión son llamativamente silenciados. Antes de la caída del gobierno de Callaghan, Hobsbawm remarca correctamente que el sindicalismo militante de los '70, más allá de sus éxitos en las huelgas industriales, no estaba acompañado por la expansión de la organización y fuerza de la clase obrera; y después de la llegada al poder de Thatcher, la captura de la debilitada máquina Laborista por la Izquierda no sería suficiente para detener y vencer al nuevo conservadurismo. Pero las conclusiones que saca de estas observaciones correctas son extremadamente estrechas y simples: esencialmente, que la tarea primordial era asegurar la restauración, a cualquier costo, de un liderazgo “moderado” capaz de atraer los votos de la clase media —a pesar del hecho obvio de que fue, precisamente, el agotamiento de esa clase tradicional de Laborismo, demostrado fatal y finalmente en los '60 y '70, lo que condujo al ascenso de la izquierda en primer lugar.

Hobsbawm cuenta con gusto, pero sobreestimándolo, su propio rol en la protesta mediática que remató a Benn y puso a la lastimosa figura de Kinnock en ejercicio. Desde el momento que el conjunto de Fleet Street, desde el *Sun* y el *Mirror* hasta el *Guardian* y el *Telegraph*, estaba clamando por la cabeza de Benn, es dudoso cuánta diferencia puede haber hecho su compromiso personal. Nos asegura que una vez que Kinnock había conducido las purgas necesarias del Partido, “su futuro estaba asegurado”. Sin embargo, una vez que Thatcher estaba fuera de lugar, el nuevo líder mostró ser un fiasco en las elecciones de 1992. “No estoy solo”, escribe melancólicamente Hobsbawm, “en recordar aquella noche de elecciones como la más triste y desesperada de mi experiencia política”. Tanto como marzo de 1933. Tal “inflación” es una medida de la pérdida del contacto con la realidad que su cruzada por “salvar al Partido Laborista” —el viejo eslogan de Gaitskell desempolvado otra vez— parece haber inducido temporariamente al historiador. Pero, por supuesto, lejos de haber sido salvado, en el sentido que él quería, fue transfor-

mado internamente a tal punto de convertirse en lo que él mismo ahora llama “Thatcher con pantalones”.

Remarcando que, desde su operación de rescate del Partido, no existe más una izquierda Laborista, parece incapaz de reconocer que precisamente ésa fue una de las condiciones para el ascenso del Blairismo, que ahora deplora. Es lo suficientemente obvio que, en una escala menor, *Marxism Today* —periodísticamente viva, pero sin capacidad de resistencia política e intelectual (que desapareció en 1991, con el Partido que la sostuvo)— jugó el papel de aprendiz de jugador, papel no menor en la preparación de un culto de Thatcher como modelo de un gobierno radical, del que luego se apoderó el Nuevo Laborismo. Hobsbawm termina por lamentarse que el régimen de Blair “nos llevó afuera de la política real”, y tristemente cita la admonición hacia él de un incondicional de *Marxism Today* ahora encarado en Downing Street, cuya crítica no es suficiente, ya que el Nuevo Laborismo “debe operar en una economía de mercado y llenar sus requerimientos”. A lo cual, lo único que Hobsbawm puede responder es: “es cierto”, añadiendo a tan humilde minimalismo una única protesta sobre que el liderazgo tiene, todavía, una fe excesiva en la ideología neoliberal. Este episodio no es todo Hobsbawm, de ninguna manera. Pero muestra solamente en qué se había convertido ese costado de su experiencia que él dice que ha guiado siempre su pensamiento estratégico. El Frente Popular pudo alguna vez despertar a las masas a la vida política y movilizar un entusiasmo genuino pero, incluso en su punto cúlmine, en Francia y España durante los '30, careció de cualquier cálculo realista de poder y terminó en desastre. La transferencia de su carga de ilusiones sentimentales a las condiciones de posguerra, donde nunca hubo cualquier movilización comparable detrás, tuvo resultados más banales: la desconcertada eyección de un Partido Comunista tras otro de los gobiernos continentales durante 1946-47, el inútil pedido de Compromiso Histórico en la Italia de los '70, finalmente —frías cenizas de las brillantes esperanzas de 1936— el desesperado intento por recomponer el mosaico del Laborismo en los '80.

El último tercio de *Años Interesantes* cambia el registro nuevamente, abandonando cualquier secuencia narrativa por las observaciones profesionales y los viajes de Hobsbawm. Aquí el ritmo se detiene y el libro se torna más convencional, aunque la misma inteligencia aguda relampaguea incluso a través de prolongaciones aduladoras. Da un buen relato de la emergencia de la historia social analítica asociada a los *Annales* y *Past*

and *Present*, a expensas de las anteriores narrativas políticas, arrepintiéndose de su retroceso con el giro cultural de los '80. Los historiadores que iniciaron el movimiento son descritos como "modernizadores": un término demasiado vago y burocrático, algo apartado de sus otras connotaciones ("las principales vías por donde el tren de la historiografía habría de rodar habían sido construidas") para tener algún uso teórico. Aquí Hobsbawm se "vende" poco. Para ver cuán original ha sido su propio pensamiento sobre el estudio del pasado —más que el de Braudel, por quien dice haber estado, de alguna manera, intimidado— se necesita ver su colección *Sobre la historia*. Esta parte de *Años Interesantes* nos devuelve a la idea de lo poco que ofrece esta autobiografía para comprender el compromiso de Hobsbawm con el mundo de las ideas. Desde el comienzo hasta el final, prácticamente no se menciona alguna obra del pensamiento que haya tenido, seriamente, alguna influencia sobre él. De su marxismo, virtualmente lo único que nos dice es que leyó el *Manifiesto comunista* durante su secundaria en Berlín. Al señalar que la literatura fue el sustituto de la filosofía en los años de formación, se vincula a sí mismo con otros historiadores marxistas británicos en el hecho de haber llegado a la historia a partir de una inicial pasión por el arte. Pero, más allá de decir que St. Marylebone Grammar School lo introdujo a las "sorprendentes maravillas de la poesía y la prosa inglesas", no se nos informa de cuáles fueron esas lecturas. Cuando llega a la política, son citadas líneas de Brecht y Neruda, pero conceptualmente hay un blanco.

Tal vez esta abstención es nada más que un guiño a un público no interesado en esas cuestiones. Los viajes son otra cosa. El libro termina con las experiencias de Hobsbawm en Francia, España, Italia, América Latina y Estados Unidos. De los primeros cuatro escribe con afecto sincero, pero sin ofrecer una mirada singular sobre ellos. Confiesa, de hecho, que de diferentes maneras se ha sentido desconcertado o disgustado con cada uno, encontrando la política y la cultura de la Quinta República incongruente con la Francia de los '30 y '40; tomado por sorpresa por la velocidad con la cual el capitalismo ha transformado a España; sorprendido también por el éxito de Craxi y Berlusconi en Italia y por la caída del movimiento comunista del cual se sintió muy cercano; resignado a la ausencia de cualquier progreso político en América Latina, en medio de significativos cambios sociales. Por otra parte, estos capítulos están compuestos por agradables recuerdos de placeres y amistades en sociedades donde estuvo.

Los Estados Unidos, donde Hobsbawm estuvo más tiempo que en los otros países sumados, son otro asunto. A excepción de Manhattan, por su propio relato dice que aprendió más de ese país mediante una exploración de la escena del jazz en los '60 que en una docena de años de enseñanza estacional en los '80 y '90. Éstos parecen haber reforzado —si eso fuera posible— un sentido de distancia respecto a Estados Unidos, una antipatía sin la usual cuota de curiosidad. Más allá de lo impresionante de sus logros, escribe, la inequidad social y la parálisis política norteamericana, el individualismo y la megalomanía constituyen rasgos que lo hacen sentirse feliz de pertenecer a otra cultura. La observación es un recordatorio de que el país que más ha significado para Hobsbawm no figura en esta examinación. Después de describir sus impresiones adolescentes, *Años Interesantes* —aunque contenga un breve *intermezzo* sobre unas vacaciones en Gales— nunca retorna a Inglaterra. No es, ciertamente, un signo de indiferencia. Es claro para sus contemporáneos que, una vez en Cambridge, se sintió más británico de lo que esperaba, patrióticos sentimientos que luego encontraron su expresión en la fuerte defensa de la integridad del Reino Unido y, tal vez, sentimientos mezclados respecto a la Guerra de las Falklands. Su relación con su legalmente nativo, pero culturalmente adoptado, país es un área complicada que deja a un costado en su autorretrato.

Años Interesantes llega a su final con una magnífica coda sobre el 11 de septiembre y su explotación política —sobre todo, la "descarada desfachatez de presentar el establecimiento de un imperio global norteamericano como la reacción defensiva de una civilización frente a la expansión de los llamados horrores bárbaros, a menos que se destruya al 'terrorismo internacional'". Desde una perspectiva histórica, observa, el nuevo imperio americano será más peligroso que el inglés, ya que busca un poder mucho más grande. Pero no cree que llegue a tanto. El capitalismo mismo, sugiere Hobsbawm, se está ganando nuevamente la desconfianza de los jóvenes, tanto como de vastas fuerzas de cambio social que llevarán al mundo más allá de los horizontes conocidos. Definiéndose a sí mismo como un historiador que se benefició con el hecho de no haber pertenecido enteramente a ninguna comunidad, cuyo ideal es "un pájaro migrante, en casa en el ártico o en el trópico, sobrevolando medio globo", llama a las nuevas generaciones a esquivar los fetiches de la identidad y a hacer causa común con los pobres y los débiles. "No nos desarremos, incluso en tiempos que no son satisfactorios.

La injusticia social todavía debe ser denunciada y combatida. El mundo no será mejor por sí mismo”.

Para concluir, por todas las diferencias de registro en tanto memoria, y las diversas reflexiones que sugiere, la impresión más perdurable de estas páginas es la de la grandeza de esta mente y la complejidad de la vida que reporta. Ellas son el adecuado complemento de sus logros como historiador. Una brusca vitalidad que ha desafiado los años.

[Traducción: Valeria Manzano, del artículo publicado en *London Review of Books*, Vol. 24 N° 19, 3 de octubre del 2002 (www.lrb.co.uk/v24/n19/ande01_.html)/

Revisión técnica: Laura Ehrlich / Roberto Pittaluga]

- 1 La referencia, aquí, es Israel. Ver: *Años interesantes...*, p. 33. [N. de T.]
- 2 Estos cuatro personajes, a los cuales debería de agregarse el nombre de Cairncross, eran los “cinco pesos pesados” del movimiento estudiantil de Cambridge previo a la llegada de Hobsbawm. Ninguno de ellos hizo pública su pertenencia al Partido Comunista y todos, al parecer, hicieron trabajos para el servicio secreto soviético, recibiendo luego el nombre de “espías” en un proceso emprendido en su contra. *Años interesantes...* pp. 101-102 [N. de T.]
- 3 Esto es, el “espionaje” [N. de T.]
- 4 Hobsbawm describe así la entidad de la, por entonces, sociedad secreta llamada “los Apóstoles”: “era y sigue siendo una pequeña comunidad formada fundamentalmente por estudiantes o recién licenciados brillantes, en la que se entraba por cooptación y cuya finalidad era leer y discutir los artículos escritos por sus miembros en las reuniones celebradas semanalmente”. *Años interesantes*, p. 178. El Tripos, por otro lado, es el examen final para obtener una Licenciatura [N. de T.]
- 5 John Cornford fue un militante estudiantil comunista de Cambridge que murió en la Guerra Civil Española a los 21 años [N. de T.] .

Dossier

**Revisionismo
histórico
anti-antifascista
y políticas
de la memoria**



William Cropper

No es necesario volver a señalar las profundas e inescindibles conexiones entre la historia y la política; ambas son parte de los soportes desde los que se construye la memoria colectiva, y por tanto, elementos claves en la selección de lo que se recordará y lo que se olvidará. Tampoco es necesario constatar que el pasado del siglo XX se revela como central en las políticas presentes. Una de las manifestaciones de esta centralidad es la creciente expansión de los estudios historiográficos revisionistas en Alemania e Italia, que desde la segunda mitad de la década de 1980, expresan, en primer lugar, la búsqueda por fundar una reconsideración de la historia del último siglo, y en particular de las responsabilidades que les corresponderían en las catástrofes y los genocidios que son los signos distintivos de ese siglo, al fascismo y al comunismo. Gran parte de estas revisiones —que no se han circunscripto a los ámbitos académicos sino que dilataron su campo de acción a los medios de comunicación masiva—, se han nutrido del clima político y cultural emergente tras la caída del muro. En ese marco, la tarea de dotar de un nuevo sentido a “la era de los extremos” estuvo orientada por consideraciones que buscaban suspender el peso del pasado de esas naciones, a partir de una reinterpretación de las historias del fascismo italiano y del nazismo, originando amplios debates que trascendieron las fronteras de ambos países.

En los dos artículos que aquí traducimos, sus autores —Bruno Groppo y Enzo Traverso— recorren y analizan las argumentaciones de los historiadores revisionistas y exponen los ejes de las polémicas abiertas. En particular, Groppo —coautor de *La imposibilidad del olvido*— aborda la temática a partir de dos figuras claves en estas controversias: el alemán Ernst Nolte y el italiano Renzo de Felice. Por su parte, Traverso —que viene de publicar *La violencia nazi*— retoma el interrogante de Tim Mason en relación con la “desaparición” del concepto de fascismo en la historiografía alemana, y advierte sobre los riesgos de esa pérdida como un efecto perverso —pero evitable— de pensar la singularidad de Auschwitz.

Leemos estos dos artículos en su indudable actualidad para nuestro presente. Intervenciones como las que aquí reproducimos deben servir, en la Argentina, para abordar con profundidad el reciente pasado del terrorismo de Estado.

“Revisionismo” histórico y cambio de paradigmas en Italia y Alemania

Bruno Groppo



P. Audvert

Releer la historia del siglo XX

Desde los años ochenta y, más particularmente después de 1989, han aparecido numerosos intentos de relectura de la historia del siglo veinte. Productos de su tiempo, están profundamente signados por la coyuntura intelectual y política de fines de siglo e implican a menudo una transformación radical de los paradigmas historiográficos hasta entonces predominantes. La caída del Muro de Berlín, acontecimiento que simboliza el fin de los regímenes comunistas, marca también el final de una época, e incluso, según ciertos historiadores, el cierre del "siglo corto" que había comenzado con la Primera Guerra mundial. Un ciclo histórico –el de la guerra fría, iniciado después de la Segunda Guerra Mundial, pero también, más generalmente, el del comunismo, que comienza en 1917 con la Revolución de Octubre– parece concluido, y es natural que pretenda hacerse un balance así como interrogarse sobre su sentido. Esta exigencia se presenta como una necesidad tanto más imperiosa cuanto que la desaparición del "mundo de la cortina de hierro" ha acarreado también la de muchos de los puntos de referencia y de las certezas que lo caracterizaban. El nuevo período histórico parece distinguirse sobre todo por la existencia de múltiples y profundas incertidumbres, como lo subraya, por ejemplo, François Furet en la conclusión de su libro *Le passé d'une illusion*, cuando escribe: "La historia vuelve a ser ese túnel en que el hombre se lanza, a ciegas, sin saber a dónde lo conducirán sus acciones, incierto de su destino, desposeído de la ilusoria seguridad de una ciencia que dé cuenta de sus actos pasados. Privado de Dios, el individuo democrático ve tambalearse sobre sus bases, en este fin de siglo, a la diosa historia"¹ El historiador italiano Giovanni Levi señala, por su parte, que "la transformación extraordinaria que ha engendrado la caída del sistema soviético y el fin de la bipolaridad, ha creado una expectativa, desorientada, de relectura de la historia, un interés de revisión que, en parte, carece de instrumentos de interpretación nuevos pero que, en la misma medida, no ha renunciado a la convicción de la autoridad científica de los historiadores.² Nos volvemos hacia el pasado en busca de indicios para el porvenir. "En el marco de la crisis de certidumbres ideológicas la historia es [...] vista como un instrumento de legitimación política y de invención de una tradición

que puede ser tranquilizador en cuanto al porvenir"³, escribe otro historiador, Claudio Pavone, a propósito de la dificultad que hay "para saldar las cuentas con el pasado y hacer proyectos para el futuro". Esta demanda social de certezas y de referencias capaces de apuntalar una identidad colectiva no es nueva. A mediados de los años ochenta, por ejemplo, mientras que la *Historikertreue* estaba en su apogeo en la República Federal Alemana, Jürgen Kocka escribía: "Lo que se espera de la historia en el debate público no es tanto que aporte esclarecimientos, que critique determinadas evidencias o que contribuya a alguna emancipación, sino más bien que nos ayude en la búsqueda de una identidad, incluso que concorra a la institución de un sentido. Un pasado al que suscribir, tal es el anhelo común: la historia como tradición apta para el reforzamiento de la identidad colectiva y la formación de un consenso"⁴. La necesidad de certidumbres se ha hecho todavía más patente después de 1989, pero la historia en tanto que disciplina científica no parece en condiciones de satisfacer tal exigencia, ya que ella también ha perdido muchas de sus certezas y se halla en el centro de múltiples desafíos. Los debates historiográficos, donde lo que está en juego es la interpretación del pasado (y por lo tanto el sentido que ha de atribuirse a este último) se transforman frecuentemente en enfrentamientos políticos e ideológicos: la historia deviene entonces un campo de batalla donde todos los golpes están permitidos. Los vencedores provisionales de esta disputa en torno a la utilización política del pasado son sobre todo los historiadores de orientación liberal – conservadora. Como lo subraya Giovanni Levi, "el desarme ideológico no es generalizado: sólo una de las partes ha sufrido una pérdida de sentido. En esta situación desigual se difunde un nuevo uso político, indiscriminado, de la historia, que encuentra a los historiadores particularmente inseguros y sin defensa"⁵. Paradójicamente, "la guerra fría, concluida a escala planetaria, prácticamente parece haberse transferido al interior de la corporación de historiadores."⁶ Esto es particularmente cierto para la historia del comunismo, un ámbito en el que se han visto resurgir y afirmarse con un renovado vigor ciertas interpretaciones de naturaleza fuertemente ideológica, que se creían pertenecientes al clima exacerbado de los peores períodos de la guerra fría.⁷ En una serie de trabajos publicados

luego de 1989, un anticomunismo militante es erigido, como lo indica Enzo Traverso, en paradigma histórico y se convierte en la clave para interpretar el siglo XX.⁸

Ernst Nolte

Una revisión general de la historia del siglo XX está en marcha, y la interpretación (o la reinterpretación) del fenómeno comunista ocupa en ella un lugar central. La revisión —¿es necesario recordarlo?— constituye la senda natural de la investigación histórica: ésta progresa precisamente sometiendo a crítica y “revisando”, a partir de nuevas fuentes y/o de nuevos interrogantes, las hipótesis e interpretaciones anteriores. En este sentido, toda historia es “revisionista”, puesto que cada nueva generación de historiadores relee el pasado a la luz de las preocupaciones e influencias culturales que le son propias. Cualquier otra cosa constituye, por el contrario, una operación histórica que reinterpreta el pasado sobre la base de parámetros esencialmente ideológicos.⁹ Este tipo de revisionismo —que no debe confundirse con el negacionismo— juega un rol particularmente importante en Alemania y en Italia: se distingue, entre otras cosas, por una cierta tendencia a relativizar o banalizar los aspectos criminales del nazismo y del fascismo y por rehabilitar determinados aspectos de estos regímenes.¹⁰ El exponente más importante de esta orientación es sin dudas el politólogo e historiador alemán Ernst Nolte, cuyas tesis a menudo provocativas han suscitado encarnizadas polémicas en la República Federal Alemana ya en los años ochenta, y las cuales han estado en el centro de un vasto debate público (la “controversia de los historiadores” o *Historikertreit*).¹¹ En aquel momento, las tesis “revisionistas” de Nolte habían sido juzgadas poco sólidas desde un punto de vista científico y rechazadas por la gran mayoría de los historiadores alemanes que estaban involucrados en el debate. En cambio, en la coyuntura política de los años noventa, mientras continuaban hallando muy poco crédito entre los especialistas del nazismo y de la Shoah, las tesis “revisionistas” encontraron un eco considerable en varios países, particularmente en Francia (donde François Furet les abrió las puertas de la respetabilidad académica)¹², y más aun en Italia.¹³ Una de las tesis más controvertidas es aquella según la cual el exterminio de los Judíos

por los nazis habría sido una respuesta —exacerbada y excesiva, pero comprensible— a la violencia y el terror instaurado en Rusia por los bolcheviques: el traumatismo causado en Alemania por la revolución bolchevique, en la que numerosos judíos habían jugado un papel activo, habría conducido a Hitler, por reacción defensiva frente a la amenaza de aniquilamiento representada por el comunismo, a decidir el exterminio de los Judíos. El Gulag soviético sería entonces “el precedente lógico y fáctico de los crímenes nazis”, y existiría una relación de causalidad entre el Gulag y Auschwitz.¹⁴ Se comprende fácilmente que afirmaciones de este género —como prueba de las cuales, hay que subrayar, el autor no aporta ninguna evidencia decisiva— suscitara fuertes reacciones en el seno de los historiadores alemanes y más en general de los especialistas en el nazismo y la Shoah, de los que la gran mayoría ha tendido a diferenciarse netamente de una interpretación como ésta, considerada como una banalización de los crímenes nazis.¹⁵ La fragilidad de las bases científicas sobre las que se apoyan tales proposiciones ha sido subrayada varias veces por otros historiadores.¹⁶ Sin necesidad de insistir en este punto, bastará recordar que las fuentes del antisemitismo de Hitler son bien anteriores a la revolución bolchevique en Rusia. Como apunta Ian Kershaw, su antisemitismo no es una consecuencia de su antibolchevismo, sino que lo precede.¹⁷ Si el caso de Nolte merece una atención particular es porque representa, en el seno de la comunidad científica, un ejemplo extremo de revisionismo histórico que se entrega a una relectura esencialmente ideológica del pasado y que termina viendo en el nazismo una suerte de mal menor con relación al mal absoluto representado por el comunismo y, en todo caso, un producto de importación, cuyas raíces no se hallan en el Occidente liberal sino en la “barbarie asiática”. Pero el caso del historiador alemán es igualmente importante porque ha jugado el rol de precursor y porque la difusión de sus tesis en los años noventa revela el cambio del clima intelectual y político sobrevenido tras la caída del Muro. En la nueva coyuntura *post* 1989, sus ideas hallaron una acogida más favorable e hicieron camino, como lo demuestra por ejemplo el número de traducciones de su obra en diferentes países.

Nolte representa, decíamos, un caso extremo de revisionismo histórico, y algunas de sus ideas han encontrado resistencia incluso entre historiadores que parten de su orientación general. Así, por ejemplo, François Furet formuló sus reservas frente a la singular interpretación de la Shoah del historiador alemán,¹⁸ así como acerca de otros aspectos importantes. El historiador francés considera que la tesis, central en Nolte,¹⁹ según la cual el fascismo sería esencialmente una reacción al bolchevismo, "no explica sino una parte del fenómeno",²⁰ e insiste en "la autonomía política del fascismo con relación al bolchevismo" y, por tanto, en su "carácter endógeno" al interior de la cultura europea.²¹ Según Furet, fascismo y comunismo son "las dos caras de una crisis aguda de la democracia liberal, desencadenada con la guerra de 1914-1918".²² En cuanto al exterminio de los Judíos por los nazis, el historiador francés advierte a su interlocutor alemán que "Hitler no ha tenido necesidad del precedente soviético de la liquidación de los kulaks para proyectar, prever y recomendar la liquidación de los Judíos".²³ Pero sobre todo, Furet discute la idea de que existiera una relación de causa - efecto entre el Gulag y Auschwitz,²⁴ así como la tesis de las "motivaciones racionales" que habrían inspirado al antisemitismo hitleriano.²⁵ Aquél se rehusa igualmente, a propósito de la Shoah, a seguir a Nolte en el camino de abrirles crédito a los negacionistas (que el alemán llama "revisionistas") como Rassinier, Faurisson, Mattogno, cuyos argumentos deberían, según Nolte, ser tomados en serio ya que "el historiador sabe también que, en regla general, algunas de las tesis revisionistas han de terminar siendo admitidas por el *establishment* o, al menos, introducidas en el análisis".²⁶

Las objeciones formuladas por Furet en su correspondencia con Nolte arrojan luz sobre las diferencias significativas entre el historiador francés, que se inscribe en una tradición liberal democrática, y el historiador alemán, más influido por el nacionalismo y por autores como Martin Heidegger o Carl Schmitt, que se sitúan en las antípodas de tal tradición. En el caso de Nolte, las interpretaciones del nazismo y del comunismo están estrechamente ligadas; el primero se explica, en definitiva, como una reacción al segundo. Subrayaremos que el historiador alemán ha evolucionado mucho desde sus primeros trabajos im-

portantes de los años sesenta sobre los fascismos: varios aspectos de su primera interpretación han sido abandonados, al tiempo que otros han devenido centrales.²⁷ De ese modo, para el Nolte revisionista de los años ochenta y noventa, el fascismo es esencialmente una respuesta y una reacción al bolchevismo: en el origen de la violencia que ha caracterizado a los movimientos y regímenes fascistas estaría la violencia bolchevique. Es 1917, y no la Primera Guerra Mundial, la fecha que marcaría la ruptura decisiva y estaría en el origen de una guerra civil europea, luego mundial.²⁸ El concepto de guerra civil mundial o internacional es utilizado también por otros historiadores como clave de lectura del siglo XX, pero en general en el marco de una perspectiva bien diferente de la de Nolte. Eric Hobsbawm, por ejemplo, califica de "guerra civil ideológica a escala internacional" la confrontación que se esboza en los años treinta y que culmina en la Segunda Guerra mundial, pero apunta: "en esa guerra civil el enfrentamiento fundamental no era el del capitalismo con la revolución social comunista, sino el de diferentes familias ideológicas: por un lado los herederos de la Ilustración del siglo XVIII y de las grandes revoluciones, incluida, naturalmente, la revolución rusa; por el otro, sus oponentes. En resumen, la frontera no separaba al capitalismo y al comunismo, sino lo que el siglo XIX habría llamado "progreso" y "reacción", con la salvedad de que esos términos ya no eran apropiados".²⁹ En una perspectiva diferente, Dan Diner retoma él también la idea de una guerra civil mundial y considera el enfrentamiento entre el principio de libertad y el ideal de igualdad literalmente entendida como el eje central para interpretar el siglo XX, pero subraya que dos acontecimientos escapan a ese esquema: la alianza militar entre los angloamericanos y los soviéticos contra la Alemania hitleriana, y por otra parte el exterminio de los Judíos por los nazis por razones biológicas. Estos dos acontecimientos "no se adecuan a una visión histórica basada en la idea de una guerra civil planetaria entre valores e ideologías".³⁰ Durante la segunda guerra mundial se enfrentan una visión *biológica* del mundo con una interpretación *social* de la realidad. "Frente a la interpretación en términos biológicos de la realidad social, puesta en práctica por la supremacía nacionalsocialista, los protagonistas del antagonismo que antes había caracterizado al siglo XX

tendrán a bien suspender durante algún tiempo su rivalidad y oponerse a un fenómeno inconciliable con la cultura de las Luces. Durante un corto período de menos de cuatro años, dos visiones del mundo diametralmente opuestas se enfrentarán en los campos de batalla”.³¹ Para Diner, la guerra llevada a cabo por la Alemania nazi contra el bolchevismo fue una “guerra civil falsa” y en realidad “una guerra basada en una ideología racial que tenía como objetivos la sumisión y el aniquilamiento”.³²

Arno Mayer, otro autor bien alejado de las tesis de Nolte, ve en el período 1914-1945 una “guerra de los Treinta Años” moderna, en la que son confrontadas dos visiones del mundo, pero que comienza precisamente en 1914, es decir con la guerra mundial, y no con la revolución rusa, ésta también hija de esa guerra.³³

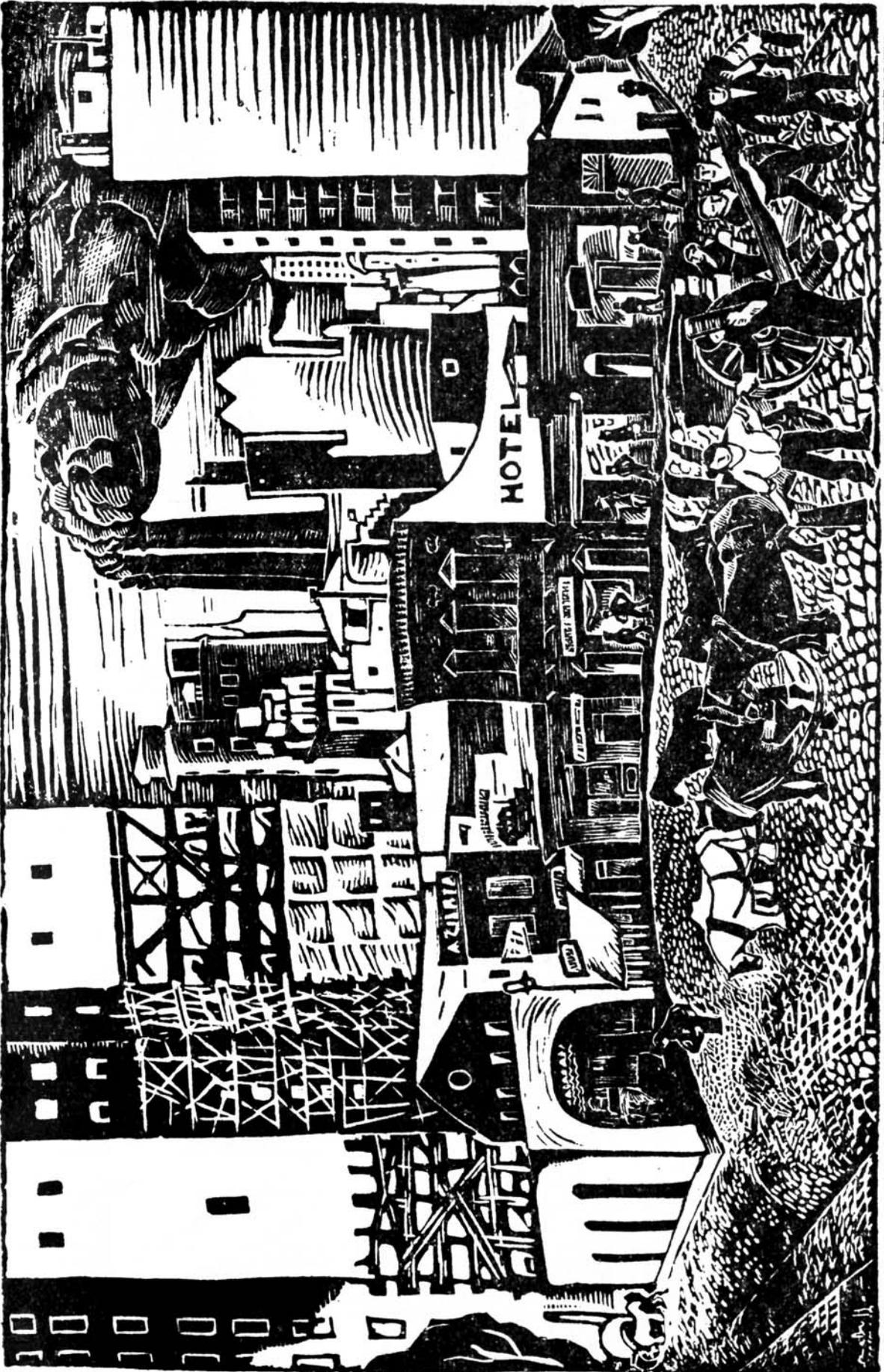
Como lo subraya Enzo Traverso, la interpretación que Nolte propone de la guerra civil invierte completamente la perspectiva histórica al situar a Alemania enteramente del lado de las víctimas, de modo que habría sido víctima de la amenaza bolchevique, primero, y de una guerra de exterminio encabezada por la Unión Soviética y por los aliados, después.³⁴ En efecto, el historiador conservador no vacila en hablar de genocidio a propósito de los bombardeos aliados a las ciudades alemanas, y de “limpieza étnica” con relación a la expulsión de las poblaciones alemanas instaladas al este de la línea Oder-Neisse, en los territorios que serían polacos al terminar la Segunda Guerra mundial.³⁵ La guerra desencadenada en 1941 contra la Unión Soviética es interpretada como una “guerra preventiva” —y, luego, en cierta manera, como una guerra defensiva, perfectamente legítima— contra una agresión soviética inminente. En este caso, Nolte no aporta tampoco elemento serio alguno en sostén de su tesis, la cual no ha encontrado apoyo entre la gran mayoría de los especialistas y ha sido refutada puntualmente.³⁶

Al igual que otros historiadores conservadores, pero en una forma más extrema, Nolte ha tenido la preocupación de “normalizar”, por decirlo de algún modo, la historia alemana y de dar definitivamente vuelta la página del nazismo y de sus crímenes: procurar que ese pasado termine verdaderamente de pasar y que la sombra de Auschwitz no sobrevuele más a Alemania. El principal

obstáculo para esta “normalización” lo constituye precisamente la memoria de la Shoah. No se lo puede superar o evitar más que tratando de quitar a ese acontecimiento del lugar central que ocupa en la historia del siglo XX y de presentarlo como una masacre entre otras (e incluso enteramente menos importante que otras). Si se adopta una visión puramente aritmética de las cosas, puede estimarse que las víctimas del estalinismo fueron más numerosas que las del nazismo. El hecho de que las lógicas operantes en los dos sistemas totalitarios hayan sido muy diferentes y que los campos de concentración no fueran lo mismo que los campos de exterminio (que, en tanto sitios destinados exclusivamente a la aniquilación, existieron solamente en el sistema nazi) es juzgado de orden secundario con respecto a las similitudes formales. Por supuesto, no todos los “revisionistas” llegan necesariamente tan lejos como Nolte ni adhieren necesariamente a la tesis del “genocidio preventivo”. No obstante, en su esquema interpretativo, la comparación, legítima, entre estalinismo y nazismo frecuentemente termina por tornarse en ventaja para el segundo, que aparece de algún modo como un mal menor con relación al mal absoluto representado por el estalinismo, o más generalmente, por el comunismo.

Renzo De Felice

En Italia, el problema del fascismo y de su interpretación ocupa desde hace tiempo un lugar central en los debates historiográficos, pero no ha sido nunca una simple cuestión historiográfica, destinada a ser debatida en el círculo restringido de los especialistas: por el contrario, aquél tuvo siempre implicancias políticas e identitarias importantes. El fascismo, en efecto, ha sido utilizado como una referencia negativa, y la Resistencia como otra positiva para la reconstrucción del sistema democrático y para la redefinición de la identidad nacional luego de la guerra. El antifascismo, en tanto que denominador común de fuerzas políticas con proyectos divergentes si no opuestos, había sido desde entonces un componente esencial del consenso político sobre el cual había estado fundada la Italia republicana. Esta situación explica por qué el debate sobre el fascismo, el antifascismo y la Resistencia no ha revestido nunca, en Italia, una postura exclusivamente científica.



Victor Rebuffo

Los historiadores considerados como “revisio-nistas” tienen la tendencia a rechazar un concep-to general de fascismo, que se aplicara tanto al fascismo italiano como al nazismo o a otras expe-riencias europeas. En cambio, ponen el acento en las diferencias entre el fascismo italiano y el nazis-mo así como en la naturaleza particular, “a la ita-liana”, del totalitarismo fascista. La comparación con el nazismo se convierte así en ventaja para el fascismo italiano, presentado a menudo como un régimen desde luego no democrático pero que ha tenido ciertamente numerosos aspectos positivos. Este camino es diferente de aquel que se observa en Alemania, donde los historiadores “revisio-nistas” se esfuerzan más bien por relativizar los crí-menes nazis al compararlos con los del régimen estalinista en la URSS. En los dos casos, sin em-bargo, se tiende a ignorar o a considerar secunda-rio lo que el fascismo italiano y el nazismo tienen en común y a olvidar que el primero sirvió de mo-delado, en muchos aspectos, al segundo. Es intere-sante señalar, por otro lado, que en su interpreta-ción del fascismo, los historiadores “revisio-nistas” adoptan una aproximación exactamente inversa a la que aplican al comunismo: mientras que éste último es considerado como un bloque, remisible a “un modelo único e inmutable, que no conoce desarrollos nacionales ni autónomos”³⁷, el fascis-mo, por el contrario, no existiría en tanto fenóme-no general, y sólo las diferencias son tomadas en cuenta. Por otra parte, los historiadores que se re-conocen en la teoría del totalitarismo con frecuen-cia reniegan de considerar como totalitario al fas-cismo italiano, aunque este último se haya reivin-dicado como tal abierta y explícitamente: prefieren hablar de una totalitarismo “parcial”, “inacabado”, incluso “a la italiana”.³⁸

Frente a las interpretaciones del fascismo italia-no que, al insistir en las diferencias con respecto al nazismo, terminan por componer una imagen relativamente benévola del mismo, adecuada al mito del “buen italiano”³⁹, Philippe Burrin ha ob-servado que si, “según es evidente, los regíme-nes fascista y nazi no eran idénticos, no obstante “la cuestión pertinente a resolver es la de su pa-rentesco”. En efecto, haciendo a un lado las dife-rencias en el tema del racismo, “los dos regíme-nes compartían un proyecto político similar que apuntaba a la formación de una comunidad na-cional unitaria y conquistadora, ciegamente movi-

lizada detrás de un jefe absoluto. Un proyecto que, por su naturaleza y por los medios puestos en juego para su realización, habilita su califica-ción como regímenes totalitarios más que autori-tarios.⁴⁰ Si utilizamos el concepto de totalitarismo, no se entiende, de hecho, por qué razones no de-beríamos aplicarlo a la Italia fascista. Se puede preguntar además si no habría que renunciar al mismo para la Alemania nazi, como lo sugería implícitamente Ernst Fraenkel cuando subraya-ba, en 1941, la naturaleza dual del Estado nazi, en el seno del cual coexistían un sistema arbitra-rio (“el Estado discrecional”) basado en última instancia en la voluntad del Führer, y un sistema legal (“el Estado normativo”, con la propiedad privada, las leyes sobre los intercambios comer-ciales, los tribunales para hacer respetar los con-tratos, etc.), sin el cual el capitalismo privado no podía funcionar.⁴¹

Por todo cuanto se refiere al fascismo italiano, el debate historiográfico –inseparable del debate político– remite necesariamente a Renzo De Felice, especialista reconocido en el tema y autor de una monumental biografía de Mussolini.⁴² El his-toriador italiano, fallecido recientemente, ha re-chazado siempre considerarse como “revisio-nista”. Al final de su vida declaraba, en una conver-sación con el filósofo Norberto Bobbio, que “si es verdad que existe un revisionismo alemán, en el sentido de un conjunto de reinterpretaciones de la historia ideológica del siglo XX, no existe, en contrapartida, un revisionismo italiano. Estudiar el fascismo no tiene nada de revisionista.⁴³ Sin em-bargo, muchos de sus colegas, y no de los menos importantes, estiman que existe sin lugar a dudas un revisionismo histórico en Italia y llegan incluso a considerar a De Felice como uno de sus princi-pales inspiradores. Gianpasquale Santomassimo recuerda, por ejemplo, que “la implicación de De Felice al interior del revisionismo fue afirmada en primer lugar por los numerosos partidarios, histo-riadores y periodistas, que apelan a sus tesis. In-vocan a De Felice todos aquellos que en Italia se sitúan en la corriente revisionista, y por otro lado, cuando hoy se habla de *revisionismo historiográ-fico* se hace alusión sobre todo a la obra de Ren-zo De Felice y a las diferentes insinuaciones que aquélla ha esbozado”.⁴⁴ El revisionismo de De Fe-lice se manifestaría esencialmente en su tenden-cia a “matizar o negar la dimensión internacional

del fenómeno fascista", a "revalorizar positivamente determinados momentos y aspectos del régimen fascista" (presentado como "modernizante" y "dotado de un sentido del Estado"), y a "asignar una importancia más limitada al rol y al alcance del antifascismo en la historia de Italia".⁴⁵

Las tesis de De Felice permanecen en el centro de un amplio debate y han ejercido una influencia considerable sobre la opinión pública italiana, en particular porque fueron largamente retomadas en los medios de comunicación y terminaron, de ese modo, modelando el sentido común. De Felice, por otra parte, nunca se ha privado de ciertas formulaciones provocativas. Basta con citar, a modo de ejemplo, esta afirmación —contenida en *Rosso e nero*, libro-entrevista publicado poco antes de su muerte — a propósito del retorno al poder de Mussolini bajo protección alemana en 1943 en la parte de Italia ocupada por la Wehrmacht: "Mussolini retorna al poder para "ponerse al servicio de la patria", ya que solamente de esta manera podía impedir a Hitler que transformara Italia en una nueva Polonia, para hacer menos gravoso y trágico el régimen de ocupación.⁴⁶ Un lector inadvertido podría suponer que hay cierta ironía en el retrato del dictador italiano que "acepta el proyecto de Hitler empujado por una motivación patriótica: un verdadero "sacrificio" en nombre de la defensa de la Italia".⁴⁷ Se equivocaría: el historiador habla completamente en serio, y no parece ver ninguna contradicción entre esta afirmación y el hecho de escribir, algunas páginas más adelante, que "la creación de la República social italiana está en el origen de la guerra civil que ha ensangrentado al Norte "ocupado" y ha condicionado la futura historia de Italia."⁴⁸

El revisionismo italiano evita interrogarse sobre la responsabilidad del fascismo italiano en la deportación y el exterminio de los judíos,⁴⁹ de los que serían culpables exclusivamente los alemanes,⁵⁰ y prefiere atacar la centralidad de la Resistencia en la historia italiana. Después de haber jugado el papel de referencia identitaria y de mito fundador de la Italia republicana, la Resistencia ha terminado por ubicarse casi sobre el banquillo de los acusados.⁵¹ En efecto, para determinados periodistas e historiadores, la participación de los comunistas haría deslizar dudas sobre el carácter democrático de la Resistencia, así como del antifascismo en general.

Hablar de "debate historiográfico" a propósito de las discusiones en curso en Italia no es del todo apropiado, ya que, frecuentemente, las interpretaciones propuestas para los adeptos de este revisionismo no se basan en nuevas investigaciones o nuevas fuentes, sino que constituyen más bien el fruto de una relectura esencialmente ideológica de enunciados ya conocidos. Tras la aparición de la obra de Claudio Pavone sobre la Resistencia, intitulada *Una guerra civil*,⁵² ninguna obra comparable, por la amplitud de la documentación y la originalidad del análisis, ha visto la luz. Como lo señala Giorgio Rochat, "la reiteración de ataques contra la Resistencia que, de distintas maneras, ha caracterizado a la última década es puramente política, sin el sostén de una revisión historiográfica auténtica, es decir, efectuada sobre la base de investigaciones serias y documentadas".⁵³ Es sobre todo bajo la forma de artículos en la prensa, ensayos, emisiones de televisión, que es desarrollada una verdadera ofensiva revisionista. Se puede citar, por ejemplo, las intervenciones de Ernesto Galli della Loggia o de Sergio Romano, quienes escriben regularmente como editorialistas en la prensa y juegan el rol de formadores de opinión. En el prefacio de un libro de memorias de dos italianos que habían participado en la guerra civil española, uno del lado franquista y el otro del lado republicano, Sergio Romano no ha vacilado en justificar el levantamiento nacionalista contra la República al presentarlo como una respuesta al comunismo y a la violencia de los republicanos, ni en aprobar la elección de aquellos que marchaban al campo de batalla del lado franquista en una guerra que, según él, "había dejado de ser una guerra entre fascismo y antifascismo para convertirse en una guerra entre fascismo y comunismo".⁵⁴ En este tipo de argumentación, el hecho de que en 1936 el comunismo en España fuese un fenómeno absolutamente marginal es ignorado, como si no tuviera ninguna importancia: lo que cuenta, en efecto, no es la verdad histórica, sino la reescritura ideológica de los acontecimientos. Se descubre así, siembre bajo la pluma de Romano, que el general Franco no era fascista y que sus fechorías en España han sido de lejos menos graves que las de los dictadores comunistas en las "democracias populares". Esta toma de posición, que ha suscitado un vivo debate en la prensa italiana, puede ser considerada como representativa de la tendencia de cierto

revisiónismo histórico italiano a rehabilitar el fascismo, o al menos algunos de sus aspectos, en nombre de la lucha contra el comunismo.⁵⁵

En lo que concierne más específicamente a la Resistencia, “los puntos sobre los cuales se focaliza la polémica alcanzan el número de tres: la ‘contaminación’ de la coalición antifascista por la presencia del Partido Comunista, antifascista pero no democrático, que revela imposible la ecuación antifascismo/democracia; el carácter insuficientemente representativo del movimiento de resistencia, ampliamente minoritario, tanto con respecto a su adversario fascista pero más bien en relación con el conjunto de la sociedad italiana; el carácter instrumental del pacto entre los partidos del Comité de Liberación Nacional que apunta a resolver la crisis de 1943 en el marco de una perspectiva de poder exclusivamente, garantizando las posiciones de privilegio de los partidos que lo han suscrito. Se esgrimen, como se ve, apreciaciones vinculadas entre sí que tienden a negar radicalmente la legitimidad republicana”.⁵⁶

Otro tema destacado por los revisionistas italianos ha sido el de la “muerte de la patria”. A través de esa fórmula –tomada de la obra *De Profundis* (1980) del escritor Salvatore Satta – se quiere indicar que el derrumbe de la Italia fascista el 8 de septiembre de 1943 (cuando fuera proclamado el armisticio, al cual los alemanes reaccionan inmediatamente ocupando el país) habría infligido una herida irreparable a la identidad nacional. Ernesto Galli della Loggia ha desarrollado particularmente, en un libro y en varias intervenciones públicas, esta interpretación, uno de cuyos corolarios consiste en considerar como responsables de esta “muerte de la Patria” a los opositores al fascismo (por haber deseado la derrota de la Italia fascista en la guerra) e incluso a la Resistencia, culpable ella también de haber atentado contra la identidad nacional.⁵⁷ Se ha advertido, con justa razón, que si alguna patria estaba muerta el 8 de septiembre de 1943, era la patria fascista y monárquica, la que estaba lanzada en la aventura de la guerra, pero que esa fecha señalaba, por el contrario, el renacimiento de la patria liberal, democrática y antifascista.⁵⁸ No es por azar que los miembros de la Resistencia se definían a sí mismos como los “patriotas”. Pero es sobre todo contra el antifascismo que están concentrados los ataques de los revisionistas italianos. “Como

si –señala Mario Isnenghi – mientras que en Alemania *el pasado que no pasa es el nazismo*, en Italia en cambio, paradójicamente, se discutía lo mismo respecto del antifascismo”.⁵⁹ No obstante, este tema supera ampliamente el marco italiano y está ligado a la reinterpretación más general de la historia del comunismo que está siendo desarrollada desde 1989. François Furet, por ejemplo, consagra en su libro *Le passé d'une illusion* dos capítulos enteros al antifascismo, que él considera esencialmente como un producto de la estrategia comunista.⁶⁰ Para Nolte, del mismo modo, el antifascismo no ha sido otra cosa que la máscara del totalitarismo estalinista. Tanto uno como el otro ignoran deliberadamente la existencia, al lado del antifascismo comunista, de un antifascismo democrático (como por otra parte el de un antifascismo comunista hostil al estalinismo)

Conclusiones

Acabamos de pasar revista a algunas de las facetas del “revisiónismo” histórico en Alemania y en Italia. Más allá de la diversidad del fenómeno, se observan ciertos rasgos comunes. En primer lugar, se agitan determinados intentos de reescribir la historia del siglo XX a partir de postulados esencialmente ideológicos. Descartando toda pretensión de neutralidad axiológica, aquéllos se presentan como interpretaciones militantes, que tienen en común el hecho de considerar al comunismo como el mal absoluto del siglo. Algunas de estas interpretaciones salieron a la luz aún antes de 1989, pero la caída del comunismo les dio un impulso y una fuerza nuevas, al proyectarlas al primer plano de la escena mediática y política. El eco obtenido por las tesis de Nolte en los años noventa es un síntoma de este cambio del clima político y cultural. Los debates desarrollados constituyen sólo parcialmente discusiones historiográficas en sentido estricto, entre especialistas, a partir de nuevas fuentes o de nuevos interrogantes, en la medida en que involucran también problemas de la memoria colectiva y del uso público (y político) de la historia. En efecto, como lo señala Giovanni Levi, la memoria es también ella transformada, por un lado, al dilatarse hasta provocar “una saturación que obstaculiza el juicio y la crítica”, y por el otro, al fragmentarse e individualizarse.⁶¹ “Es, por tanto, una memoria individualizada, llena de información, pero fragmenta-

da, la que los historiadores encuentran entre sus lectores; una memoria que tiende a simplificar, a estereotipar, y que expresa una sociedad dividida que ha diluido toda significación compleja de la memoria colectiva, o mejor dicho, que es sensible a formas simplificadas de representación del pasado, hechas de slogans y de mitos vaciados de contenidos reales, pero que no son por ello menos poderosos o movilizantes o, por el contrario, menos paralizantes".⁶²

La utilización política del pasado también ha cambiado. El uso didáctico de la historia parece superado. Enzo Collotti constata, en un artículo reciente, la "fragmentación del discurso histórico" y un cambio radical en la relación entre historiografía y política, como si, por parte de los hombres políticos, hubiera desaparecido todo interés en extraer de la experiencia histórica indicaciones para su política.⁶³ El autor ve desaparecer en la conciencia pública "toda atención por los criterios fundamentales de la evaluación histórica", al tiempo que se realiza "una transformación radical no sólo de los paradigmas historiográficos sino también de los parámetros de la conciencia histórica".⁶⁴ Al igual que Giovanni Levi, insiste en el rol central de la prensa y, sobre todo, de la televisión en la difusión de un revisionismo histórico que forja de ahora en más el sentido común sin que los historiadores profesionales tengan la posibilidad de replicar y de hacerse entender. En el mismo sentido, Giovanni De Luna constata que "los medios de comunicación masiva se filtran tan profundamente en la comunidad científica que terminan constituyendo en adelante las infraestructuras de base, sustituyendo en ello a los circuitos académicos e institucionales", lo que modifica profundamente el oficio mismo del historiador.⁶⁵

El debate histórico transcurre cada vez más en los periódicos y en la televisión, sitios de todas las simplificaciones y todos los estereotipos. Es allí básicamente donde se practica el uso político de la historia,⁶⁶ pero bajo una forma particular, que ha sido bien analizada por Giovanni Levi: "Los revisionismos de hoy —escribe— no han apuntado a revalorizar determinados movimientos o personalidades o determinados períodos, sino a devaluar el pasado. El argumento común ha consistido en reflejar iguales y negativas a ambas partes en conflicto. Al entablar una guerra justa pero ambigua contra las lecturas maniqueas de la historia, se ha demostrado lo que había de negativo incluso en aquello que había parecido

innovador. No es revalorizando el nazismo que Nolte ha defendido sus tesis, ni revalorizando el fascismo que se han señalado las violencias de los partisanos durante y después de la Resistencia. La imagen del pasado resultante no es la de una interpretación invertida, sino la de una nivelación de posiciones, presentadas todas como negativas. El pasado es cargado de oprobio."⁶⁷ Su conclusión es que "la historia es manipulada e instrumentalizada mientras que la voz de los historiadores deviene borrosa y lejana. Ni la memoria fragmentada, ni la escuela, ni los medios de comunicación de masas pueden considerar sus procedimientos lentos e inciertos."⁶⁸

Las observaciones arriba formuladas conciernen principalmente a la situación italiana que, al momento actual, es probablemente la que merece la mayor atención. La concentración de todos los medios audiovisuales en las manos de un solo hombre, resultado de las últimas elecciones legislativas en Italia, dará seguramente un nuevo impulso a este "revisionismo" histórico que va camino de imponer —y que en parte ha impuesto ya, en el gran público— una nueva versión de la historia de Italia. Pero los problemas que pueden observarse a nivel macro en el caso italiano se reconocen también en otras partes. El estado de incertidumbre, la pérdida de puntos de referencia, la mutación de la relación entre el historiador y su público, la crisis de la historia evocada por Giovanni Levi, no son fenómenos solamente italianos. Se podría, de hecho, extender el discurso a las ciencias sociales en general, donde las incertidumbres prevalecen de ahora en más sobre las certezas anteriores: como lo indica Jacques Revel, "los grandes paradigmas unificadores que habían servido de arquitectura englobante a las ciencias sociales se han desplomado".⁶⁹ En esta situación, los historiadores no pueden proporcionar certidumbres completamente acabadas. Lo que pueden y deben hacer es continuar la tarea evitando las simplificaciones y los extravíos ideológicos. "Es tiempo de que los historiadores recuperen el espacio que han abandonado, por culpa de ellos mismos, a los ideólogos y a los polemistas de profesión."⁷⁰

[Traducción: Laura Ehrlich de *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, n° 68, octubre-diciembre 2002, publicación de la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (BDIC), Nanterre.]



Dirk Kerst Koopmans

- 1 François Furet, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, París, R. Laffont-Calmann-Lévy, 1995, p. 808. [La traducción de la cita está tomada de la edición castellana : François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 570. N de T.]
- 2 Giovanni Levi, "Le passé lointain. Su l'usage politique de l'histoire", en François Hartog et Jacques Revel (dir.), *Les usages politiques du passé*, París, Editions de la MSH, 2001, p.26 [Excepto indicación en contrario, la traducción de las citas es nuestra. N. de T.]
- 3 Claudio Pavone, "Negazionismi, rimozioni, revisionismi: storia o politica?", en Enzo Collotti (dir.), *Fascismo e antifascismo. Rimozioni, revisioni, negazioni*, Roma-Bari, Laterza, 2000, p.16
- 4 Jürgen Kocka, "Staline et Pol Pot ne doivent pas servir à refouler Hitler. Les tentatives de certains historiens allemands de relativiser la monstruosité des crimes nazis", in *Devant l'histoire. Les documents de la controverse sur la singularité de l'extermination des Juifs par le régime nazi*, París, Les Éditions du Cerf, 1988, p. 109
- 5 G. Levi, *op. cit.*, p. 26. Véase a propósito del uso político de la historia, sobre todo en los medios de comunicación, el artículo de Marcello Flores en el mismo número de *Matériaux* en que se publica el presente artículo.
- 6 C. Pavone, *op. cit.*, p. 16. Pavone añade "sobre todo los historiadores italianos"
- 7 Típica de estas interpretaciones fuertemente ideológicas es la reducción de la historia del comunismo a la de una aventura criminal, como lo hace Stéphane Courtois en su introducción al *Livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression*. París, Laffont, 1997 [Hay edición castellana: *El libro negro del comunismo*, Barcelona, Planeta, 1998. N. de T.]
- 8 Enzo Traverso, "Acerca del anticomunismo. Una relectura de la historia del siglo XX según Nolte, Furet y Courtois", en Pablo M. Dreizik (dir.), *La memoria de las cenizas*, Buenos Aires, Patrimonio Argentino, 2001, p.41
- 9 Domenico Losurdo, *Il revisionismo storico. Problemi e miti*, Roma – Bari, Laterza, 1997; Pier Paolo Poggio, *Nazismo e revisionismo storico*, Roma, Manifestolibri, 1997
- 10 Cfr. Gustavo Corni, "Historikerstreit e dintorni", *Passato e Presente*, n. 16, 1988, p. 22
- 11 Los principales documentos de esta "controversia de los historiadores" (*Historikerstreit*) han sido traducidos al francés con el título *Devant l'histoire. Les documents de la controverse sur la singularité de l'extermination des Juifs par le régime nazi*, París, Les Éditions du Cerf, 1988
- 12 La recepción de Nolte en Francia ha sido impulsada, continuando el camino abierto por Furet y tras el éxito del *Livre noir du communisme*, por Stéphane Courtois, quien ha prologado la traducción del libro de Nolte *La guerre civile européenne, 1917-1945*, París, Editions des Syrtés, 2000 [Hay edición castellana: Ernst Nolte, *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994. N. de T.]
- 13 Pier Paolo Poggio, "La ricezione di Nolte in Italia", en E. Collotti (dir.), *Fascismo e antifascismo*, *op. cit.*, pp. 377-413. Véase también *Ibid.*, *Nazismo e revisionismo storico*, *op. cit.*
- 14 "El 'archipiélago Gulag', ¿no es más original que Auschwitz? El asesinato por un criterio de clase perpetrado por los bolcheviques, ¿no es el precedente lógico y fáctico del asesinato por criterio de raza cometido por los nazis?", escribe Nolte, para concluir que "existe verosimilmente entre ellos [entre los dos tipos de asesinato, por razón biológica y por razón social] un lazo de causalidad", Ernst Nolte, "Un passé qui ne veut pas passer", en *Devant l'histoire*, *op. cit.*, pp. 33-34. Cfr. también E. Nolte, *La guerre civile européenne*, *op. cit.*
- 15 Véase los textos de la *Historikerstreit* reunidos en *Devant l'histoire*, *op. cit.* George Mosse, por ejemplo, en una entrevista del *Corriere della Sera* del 20 de febrero de 1987, ha juzgado "absurdo y antihistórico" el paralelismo entre los campos de exterminio y el Gulag, paralelismo que apunta "a minimizar las responsabilidades de Alemania", y ha definido a Nolte como "un extremista aislado". Lorenzo Cremonesi, "Hitler e Stalin: due massacri a confronto".
- 16 Por ejemplo, Hans Ulrich Wehler, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum "Historikerstreit"*, Munich, C. H. Beck, 1988
- 17 Ian Kershaw, *Hitler, 1889 – 1936*. Hybris, París, Flammarion, 1999, p. 239 [Hay edición castellana: Ian Kershaw, *Hitler, 1889 - 1936*, Barcelona, Península, 2002. N. de T.]
- 18 François Furet, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, París, Robert Laffont – Calmann – Lévy, 1995, p. 195
- 19 Furet nota justamente que Nolte hace suya, en este punto, la interpretación marxista-leninista: "la definición del fascismo como movimiento reactivo a la revolución bolchevique es fundamental en el análisis marxista-leninista como en la suya", François Furet, Ernst Nolte, *Fascisme et communisme*, París, Hachette, 2000, p.64. [Hay edición castellana: Furet, F., Nolte, E., *Fascismo y comunismo*, México - Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998. N. de T.]
- 20 *Ibid.*, p. 42. Furet apunta: "al asignar una significación no sólo cronológica sino causal a la anterioridad del bolchevismo respecto del fascismo, usted se expone a la acusación de querer disculpar, de alguna manera, al nazismo".
- 21 F. Furet, E. Nolte, *Fascisme et communisme*, *op. cit.*, p. 66 y también p. 69. Para Furet, los orígenes del nazismo son "más antiguos y más específicamente alemanes que la hostilidad al bolchevismo", p. 43
- 22 *Ibid.*, p. 62. Furet rechaza la interpretación de Nolte respecto de la Acción Francesa como movimiento de tipo fascista, y de Maurras como un precursor del fascismo. Maurras encarna, según Furet, la tradición contrarrevolucionaria francesa, pero por esta misma razón es "extraño al espíritu del fascismo, que es revolucionario, orientado hacia una sociedad fraternal que está por construirse, y no a la melancolía del mundo jerárquico", p. 139

- 23 *Ibid.*, p. 70.
- 24 *Ibid.*, p. 42. Véase la repuesta de Nolte, que no se destaca por su claridad en la p. 53.
- 25 *Ibid.*, p. 42.
- 26 *Ibid.*, p. 89. Véase la respuesta de Furet en p. 111, donde, entre otros, emplea el término ‘negacionistas’ indicando: “yo prefiero este término a aquél de “revisionistas”, puesto que el saber histórico procede por revisiones constantes de interpretaciones anteriores”, p. 111.
- 27 Cfr. D. Losurdo, *Il revisionismo storico. Problemi e miti*, *op. cit.*, pp. 199-205.
- 28 Sobre el concepto de guerra civil internacional, tal como es utilizado por Nolte, y sobre la influencia de Carl Schmitt en las formulaciones del historiador alemán, véase particularmente D. Losurdo, *op. cit.*, cap. 3. Las tesis de Nolte sobre la guerra civil están formuladas principalmente en su obra *La guerre civile européenne; Id., Weltbürgerkrieg 1917-1989?*, 1990 (trad. italiana *Dramma dialettico o tragedia? La guerra civile mondiale e altri saggi*, Perugia, Settimo Sigillo-University Press, 1994); *Id., Gli anni della violenza. Un secolo di guerra civile ideologica, europea e mondiale*, Milán, Rizzoli, 1995. Los años de publicación de las traducciones italianas indican claramente que la influencia de Nolte ha sido más temprana en Italia que en Francia.
- 29 Eric Hobsbawm, *L'age des extremes. Le court XXe siècle 1914-1991*, Bruselas, Editions Complexe – Le Monde Diplomatique, 1999, p. 197. [La traducción de la cita está tomada de la edición castellana: Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 150. N. de T.]
- 30 Dan Diner, *Raccontare il Novecento. Una storia politica*, Milán, Garzanti, 2001 (edición original: *Das Jahrhundert verstehen. Eine universalhistorische Deutung*, Munich, Luchterhand, 1999), p. 51.
- 31 D. Diner, *op. cit.*, pp. 51 y ss.
- 32 D. Diner, *op. cit.*, p. 60.
- 33 Arno J. Mayer, *La “Solution finale” dans l’Histoire*, París, La Découverte, 1990, pp. 50-51.
- 34 E. Traverso, *op. cit.*, p. 51. En el mismo sentido Saul Friedländer, “A conflict of memories? The new German debates about the ‘Final Solution’” en *Memory, History, and the Extermination of the Jews f Europe*, Bloomington, Indiana University Press, 1993, pp. 4-35.
- 35 E. Nolte, *La guerre civile européenne, op. cit.* pp. 542-543
- 36 Cfr. B. Pietrow, “Deutschland im Juni 1941: ein Opfer sowjetischer Agression? Zur Kontroverse über die Präventivkriegsthese”, *Geschichte und Gesellschaft*, vol. 14, 1988, n. 1.
- 37 Gianpasquale Santomassimo, “Il ruolo di Renzo De Felice”, en E. Collotti (dir.), *Fascismo e antifascismo, op. cit.*, p. 424.
- 38 Por ejemplo Renzo De Felice, *Le fascisme: un totalitarisme à l’italienne?*, París, Presses de la FNSP, 1988, con un prefacio de Pierre Milza.
- 39 Véase para ese tema, David Bidussa, *Il mito del bravo italiano*, Milán, Il Saggiatore, 1994.
- 40 Philippe Burrin, *Fascisme, nazisme, autoritarisme*, París, Seuil, 2000, pp. 12 y 13.
- 41 Ernst Fraenkel, *The dual state: a contribution to the theory of dictatorship*, Nueva York, Oxford University Press, 1941. En el caso alemán también se podría entonces hablar, como lo hacía Fraenkel, de un totalitarismo “inacabado”
- 42 En Francia ha sido poco traducido y su obra es por tanto conocida solamente de manera indirecta o por los especialistas que leen italiano. Puede mencionarse, en este punto, que la mayoría de los autores italianos que intervienen en el debate en torno al fascismo y el antifascismo o el comunismo –Claudio Pavone, Nicola Tranfaglia, Ernesto Galli Della Loggia, Enzo Collotti, etc.- no han sido traducidos al francés. En Italia, por el contrario, se ha traducido rápidamente a autores como Furet y Nolte.
- 43 Norberto Bobbio, Renzo De Felice, “La memoria divisa che ci fa essere anomali”, diálogo tra N. B. e R. D. F., en Norberto Bobbio, Renzo De Felice, Gian Enrico Rusconi, *Italiani, amici nemici*, Milán, Reset, 1996, p.27.
- 44 G. Santomassimo, *op. cit.*, pp. 418-419.
- 45 *Ibid.*, p. 420.
- 46 Renzo De Felice, *Rosso e nero*, a cura di Pasquale Chessa, Milán, Baldini & Castoldi, 1995, p. 114.
- 47 *Ibid.*, p. 114.
- 48 *Ibid.*, p. 109. No se comprende por qué De Felice pone entre comillas “ocupado”. El Norte estaba completamente ocupado por las tropas alemanas, a las cuales los soldados de la República Social Italiana, armados por los alemanes, servían de reservistas en la lucha contra la Resistencia.
- 49 Cfr. Enzo Collotti, “Il razzismo negato”, en E. Collotti (dir.), *Fascismo e antifascismo, op. cit.*, pp. 355-375. Este tema, al que De Felice había consagrado uno de sus primeros libros (*Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo*, Turín, Einaudi, 1961), ha sido objeto de importantes trabajos por Michele Sarfatti (*Mussolini contro gli ebrei. Cronaca dell’elaborazione delle leggi del 1938*, Turín, Zamorani, 1994; *Gli ebrei nell’Italia fascista. Vicende, identità, persecuzione*, Turín, Einaudi, 2000).
- 50 La tendencia a atribuir a los alemanes las responsabilidades que son también del fascismo y, más ampliamente, de los italianos está muy presente en Italia. Vittorio Foa señala: “Los alemanes se han convertido, de este modo, en una gran fuente de tranquilidad para nuestra conciencia” (Vittorio Foa, *Questo Novecento*, Turín, Einaudi, 1996, p. 145). Foa apunta también, a propósito de la entrada de Italia en la guerra: “Aquéllos que justifican a Hitler lo presentan como una simple réplica al bolchevismo y por tanto dependiente de este último, aquéllos que justifican a Mussolini lo presentan como “diferente” de Hitler: aquél no era antise-

mita, no quería entrar en la guerra al lado de los alemanes, no entra más que para frenar a Hitler, para impedirle triunfar tan fácilmente. Luego se dirá que Mussolini entra en la guerra por sugerencia (o eventualmente por la orden) de los ingleses y los americanos" (p. 154).

51 Cfr. sobre este punto las reflexiones de Giorgio Rochat, "La Resistenza", en E. Collotti (dir.), *Fascismo e antifascismo*, *op. cit.*, pp. 273-292, en particular pp. 286-290.

52 Claudio Pavone, *Una guerra civile 1943-1945. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991.

53 G. Rochat, *op. cit.*, p. 287.

54 Introducción de Sergio Romano a Nino Isaia e Edgardo Sogno, *Due fronti. La guerra di Spagna nei ricordi personali di opposti combattenti di sessant'anni fa*, Florencia, Liberal Libri, 1998, p. XIII.

55 Cfr. también el comentario de Giovanni Levi sobre este episodio en *op. cit.*, pp. 27-28.

56 Massimo Legnani, "Resistenza e repubblica. Un dibattito ininterrotto", *Italia contemporanea*, nº 213, diciembre de 1998, p. 827. En esta puesta en tela de juicio de la Resistencia De Felice ha jugado un rol importante también por su "rechazo *a priori* de toda la historiografía existente, liquidada en bloque como 'vulgata resistencialista' ", G. Rochat, *op. cit.*, p. 288.

57 Ernesto Galli della Loggia, *La morte della patria*, Roma – Bari, Laterza, 1996. Sobre este debate véase, sobre todo, Mario Isnenghi, "La polemica sull'8 settembre e le origini della Repubblica", en E. Collotti (dir), *Fascismo e antifascismo*, *cit.*, pp. 241-272.

58 Giorgio Rochat, "La Resistenza", *ibíd.*, pp. 291 y ss.

59 M. Isnenghi, *op. cit.*, p. 270. Cfr. también Leonardo Rapone, "Antifascismo e storia d'Italia", *ibíd.*, pp. 219-239.

60 Cfr. Sobre este punto Bruno Groppo, "Fascismes, antifascismes et communismes", en *Le siècle des communismes*, París, Les Éditions de l'Atelier, 2000, pp. 499-511.

61 G. Levi, *op. cit.*, p. 31.

62 G. Levi, *op. cit.*, p. 33.

63 Enzo Collotti, "La banalizzazione della storia", *La rivista del Manifesto*, febrero 2001, p. 50.

64 *Ibíd.*, p. 49.

65 Giovanni De Luna, "Il presente come antistoria", *La rivista del Manifesto*, febrero 2001, p. 51.

66 Nicola Gallerano, *L'uso pubblico della storia*, Milán, Angeli, 1995.

67 G. Levi, *op. cit.*

68 *Ibíd.*

69 Jacques Revel, "Histoire et sciences sociales: une confrontation instable", en *Passés recomposés*, *cit.*, p. 80. Cfr. también el número de *Annales* sobre "Histoire et sciences

sociales", *Annales E.S.C.*, vol. 44, nº 6, noviembre – diciembre 1989 y Roger Chartier, "Le temps des doutes", *Le Monde* (Supplément "Pour comprendre l'histoire"), 18 de marzo 1993.

70 L. Rapone, *op. cit.*, p. 238.

La «desaparición». Los historiadores alemanes y el fascismo

Enzo Traverso



Kras

Puesto que el problema del comparativismo histórico está en el centro de esta jornada de estudios,¹ me gustaría evocar el recuerdo de un investigador que en cierta forma lo ha encarnado: Timothy Mason. Una de sus últimas contribuciones, que data de 1988, se titula “¿Qué le ocurrió al «fascismo»?” y subraya una tendencia que se acentuó en el curso del siguiente decenio: la desaparición del concepto de fascismo en la historiografía alemana.² Quisiera centrar mi reflexión sobre este tema.

Cuatro grandes debates han marcado las dos últimas décadas: el *Historikerstreit*, en 1986-1987; la correspondencia entre Martin Broszat y Saul Friedländer, un año más tarde; la querrela en torno del libro de Daniel J. Goldhagen sobre los “verdugos voluntarios de Hitler”, a mediados de los años noventa; finalmente las polémicas, esta vez internas a la disciplina histórica y puramente “germano-alemanas”, suscitadas por el *Historikertag* de 1998.

En primer lugar, el *Historikerstreit*, en 1986-1987, desencadenado por las tesis de Ernst Nolte sobre el pasado alemán “que no quiere pasar”. Su interpretación del nazismo como reacción a la revolución rusa de 1917 y sobre todo su visión del *judeicidio* como “copia” de un “genocidio de clase” perpetrado por los bolcheviques en el curso de la guerra civil posterior a la revolución de Octubre, han sido el objeto de polémicas bien conocidas. Nolte ha sido acusado, con justa razón, de haber soslayado las raíces alemanas del nazismo al reducir sus crímenes a la categoría de derivados, por cierto lamentables, de una lucha por la supervivencia del amenazado Occidente, en el fondo, justificada. Jürgen Habermas ha sido el principal antagonista del historiador de Berlín, a quien ha tachado de haber hallado así una manera cómoda de “liquidar los daños”, de “normalizar” el pasado y de disolver la responsabilidad histórica de los crímenes del nacional-socialismo.³

Un año más tarde tenía lugar, al amparo de los folletines de la prensa diaria y de la pantalla de televisión, un debate metodológico destinado a tener un impacto muy fuerte en los medios de investigación. Publicada casi simultáneamente en alemán y en inglés, la correspondencia entre Martin Broszat y Saul Friedländer abordó la espinosa cuestión de la posibilidad y de los límites de una historización del nazismo, revelando a la vez

la fecundidad del diálogo y las diferencias de aproximación que derivaban de dos puntos de vista distintos: el de un historiador alemán y el de un historiador judío.⁴ Subrayo esta diferencia, que constituye uno de los aspectos centrales de su correspondencia, no con el fin de “etnizar” el debate, sino para recordar las diferentes perspectivas epistemológicas que subyacen a la “posición” del historiador (lo que Karl Mannheim habría llamado su *Standort*), es decir, a su inserción en un contexto específico social, político, cultural, nacional y *de la memoria*.

A mediados de los años noventa, la obra del politólogo norteamericano Daniel Goldhagen suscita, más allá de los medios universitarios, un vasto debate público sobre la relación de la sociedad alemana con el régimen nazi y sobre el grado de implicación de los alemanes “corrientes” en la puesta en práctica de sus crímenes. Si la tesis de Goldhagen dirigida a presentar el genocidio judío como una empresa colectiva, hasta como un “proyecto nacional” alemán, ha sido objeto de sólidas críticas, cuando no de una verdadera demolición —en gran medida justificada— por la mayor parte de los historiadores, ha representado también un momento importante en la confrontación de la Alemania unificada con el pasado nazi y en la formación de una conciencia histórica, en particular entre los jóvenes, en el centro de la cual se inscribe la memoria de Auschwitz.⁵

En 1998 el tradicional encuentro de los historiadores alemanes, que tiene lugar cada dos años, ha estado marcado por debates muy intensos referidos al pasado de su disciplina. El compromiso, incluso la adhesión abierta al régimen nazi de ciertas figuras líderes de la historiografía de la posguerra como Werner Conze y Theodor Schieder, los antiguos maestros de varios investigadores que hoy dominan la disciplina, han sido objeto de informes y de críticas muy severos.⁶ Este congreso ha diseñado el perfil de una nueva generación —en el sentido histórico y no simplemente cronológico del término, según la definición de Mannheim— aparecida durante la última década (o incluso antes, como es el caso de uno de los portavoces de la oleada contestataria, Götz Aly, que sin embargo había sido marginado o excluido de la corporación de historiadores hasta entonces, al menos en el plano institucional).⁷ En cierta forma era inevitable que, después de haber

sido uno de los vectores privilegiados en la elaboración de una conciencia histórica y en el desarrollo de un vasto debate social sobre el uso público de la historia, la comunidad de historiadores fuera llevada a volver su atención sobre su propio itinerario y a proceder, muy honesta y por lo tanto también muy dolorosamente, a su propia auto-crítica. Hemos asistido a una identificación completa del juez y del historiador, en un proceso donde los historiadores se erigieron en jueces de sus ancestros y de su propia historia.⁸

Estas cuatro controversias presentan por cierto características profundamente diferentes: dos grandes debates de la sociedad que han rebasado ampliamente las fronteras de una disciplina científica (el *Historikerstreit* y el *affaire* Goldhagen), una reflexión metodológica sobre la interpretación de un pasado que se sustrae a los procedimientos tradicionales de la historización (la correspondencia Broszat - Friedländer), finalmente una crisis de identidad interna a una comunidad intelectual. Bien miradas, sin embargo, las tres primeras controversias, que constituyen también la premisa y la base sobre la que se ha desarrollado la cuarta, giran alrededor de una misma cuestión: la *singularidad histórica* del nazismo y de sus crímenes.⁹ El reconocimiento de esta singularidad es en lo sucesivo el postulado implícito de la mayoría de las investigaciones sobre el nazismo. No se trata aquí de volver a considerar esta singularidad, que admito por mi parte y que me parece una adquisición importante de la historiografía de estos últimos veinte años. Lo que quisiera subrayar, por el contrario, es su corolario, es decir, las consecuencias problemáticas, algunas veces inquietantes, que han acompañado el desenvolvimiento de este reconocimiento. A la cabeza de esas derivaciones negativas habría que registrar la desaparición –que evoqué al principio– del concepto de fascismo.

Se tiene la impresión, sobre esta cuestión crucial, que todos están alineados silenciosamente del lado de Karl Dietrich Bracher, el historiador liberal-conservador que siempre ha rechazado esta noción con la mayor coherencia. Desde hace más de cuarenta años, Bracher opone su visión “totalitaria” de la Alemania nazi a las diferentes teorías del fascismo, una categoría que sólo designa en su opinión a la Italia de Mussolini.¹⁰ Algunos de sus discípulos, como Hans-

Helmut Knütter, se rehúsan también a atribuir al fascismo el status de concepto (*Begriff*), reduciéndolo a una simple “consigna” (*Schlag-wort*), a una ideología y a una herramienta de propaganda. Esta actitud no es novedosa.¹¹ Lo que es nuevo, por el contrario, es la adhesión a esta posición de los historiadores y de los politólogos procedentes de la izquierda, como por ejemplo Wolfgang Kraushaar o Dan Diner. El primero ahora defiende la idea de una antinomia conceptual entre el totalitarismo y el fascismo.¹² El segundo ha publicado recientemente una ambiciosa e interesante tentativa de “comprensión” del siglo XX (*Das Jahrhundert verstehen*) en la cual no recurre casi nunca a la noción de fascismo.¹³ El nacional-socialismo aparece en este libro como un fenómeno exclusivamente alemán, completamente distinto e independiente del fascismo italiano tanto en su contenido como en su forma, imposible de ser reducido a un fenómeno fascista de alcance europeo. Son escasos los historiadores que continúan utilizando la noción de fascismo; la mayoría de ellos proceden de la escuela histórica de la antigua RDA, como Kurt Pätzold, o son “electrones libres” procedentes de la izquierda alemana occidental, como Wolfgang Wippermann.¹⁴ Es significativo constatar que la única obra hoy disponible en Alemania sobre los fascismos sea traducida del polaco: *Schulen des Hasses*, de Jerzy W. Borejsza.¹⁵ Otro signo revelador de esta mutación en el paisaje intelectual es el abandono de la noción de fascismo por uno de aquellos que más habían contribuido a su difusión: Ernst Nolte. Devenido célebre, a comienzos de los años sesenta, gracias a un libro ambicioso y notable en el que interpretaba al fascismo como un fenómeno europeo del que analizaba tres variantes principales –el régimen de Mussolini en Italia, el nacional-socialismo alemán y la Acción Francesa–, hoy prefiere calificar al nacional-socialismo de totalitarismo, del que ha intentado dar una explicación “histórico-genética”.¹⁶

Las razones de un eclipse

En el origen de este “ostracismo” conceptual –una ausencia que no es un olvido sino un ocultamiento consciente, un poco como la “carta robada” de Edgar Allan Poe o la “desaparición” de Georges Perec– hay seguramente muchos factores. Quisiera resaltar aquí al menos cuatro, liga-



José Planas Casas

dos tanto a la evolución intrínseca de la investigación histórica como a una mutación del *Zeitgeist*, a un cambio del clima político y cultural de Alemania.

1. En el plano estrictamente científico, es evidente que las teorías clásicas del fascismo, la mayoría de las veces inspiradas en el marxismo, han mostrado todas ellas sus limitaciones. Difícilmente podría satisfacer hoy una explicación del nazismo como expresión, conforme a la fórmula canónica, de los sectores más agresivos del gran capital y del imperialismo alemán, o de la misma manera, en términos más matizados, como resultado de una correlación de relaciones de fuerzas entre las clases. Los límites de tal lectura son desde ahora reconocidos aunque –dicho sea de paso– las interpretaciones marxistas, poco frecuentes en nuestros días, sean generalmente mucho más ricas y complejas de lo que se piensa (los marxistas están entre los primeros en haber hablado del fascismo en términos de totalitarismo, de policracia, de carisma, de psicología de masas, etc.).¹⁷ Un simple y puro abandono de toda dimensión de clase en el análisis del nazismo corre el riesgo además de conducir a un atolladero tan grande como una lectura en términos rigurosamente “clasistas”. Aunque nadie podría pretender seriamente que las cámaras de gas correspondieron a un designio del capitalismo monopolista alemán, la implicación de este último en el sistema concentracionario nazi es incontestable, al igual que el sostén de las elites alemanas al régimen nazi prácticamente hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial.

2. Por otra parte, la investigación ha echado luz sobre las diferencias entre el fascismo italiano y el nacional-socialismo, sobre todo en el plano de la ideología. El antisemitismo, que ocupa un lugar central en la visión del mundo y en la política nazi, permanece ausente del fascismo hasta 1938. Dicho de otro modo, es introducido sólo dieciséis años después de la llegada de Mussolini al poder. De una manera más general, las matrices culturales del fascismo italiano (la presencia en sus orígenes de un componente “de izquierda”), su exaltación del Estado “totalitario” (en lugar de la *völkische Gemeinschaft*) e incluso su definición del nacionalismo (más espiritualista que biológica) revelan diferencias tan profundas con el nacional-socialismo que una visión monolítica del fascismo como fenómeno ho-

mogéneo del que las variantes nacionales sólo serían superficiales y accesorias, aparece forzosamente discutible.¹⁸

3. Si estas lagunas y limitaciones objetivas han favorecido una reconsideración del concepto de fascismo, un factor poderoso que ha determinado su eclipse es de naturaleza esencialmente política. La noción de fascismo era un dogma para la escuela histórica de la RDA, en un contexto en el que eran muy delgadas las fronteras entre la investigación y la ideología, entre la interpretación del pasado y la apología del orden dominante. Después de la reunificación, esta noción ha desaparecido siguiendo a la demolición, en el sentido literal del término, de la escuela histórica que la defendía. Este proceso ha estado acompañado en primer lugar por la reconsideración, y luego, por el rechazo radical de otra noción, la de antifascismo, en un país donde este último aparecía mucho más como una ideología de Estado que como la herencia de un movimiento de Resistencia. Este rechazo era tanto más fácil cuanto que sólo la historiografía de la RDA podía legítimamente considerarse como la heredera de una tradición antifascista; no así los historiadores alemanes occidentales que pertenecían a lo que actualmente es corriente denominar la “generación de la Hitlerjugend” y todavía menos sus maestros que dominaron la disciplina durante la “era Adenauer” y que habían adherido con frecuencia al partido nazi antes de 1945. Allí hay una diferencia fundamental con la historiografía italiana, cuyas querellas actuales tienden a la reevaluación del “paradigma antifascista” sobre el que ella se reconstituyó después de 1945. Pero esta descripción estaría incompleta sin otro elemento político. El concepto de fascismo, en la sociedad alemana occidental de los años sesenta y setenta, designaba más el presente que el pasado y servía para motivar la lucha contra las tendencias autoritarias de un sistema político que había nacido de las cenizas del III Reich. Según la célebre fórmula de Adorno, el peligro representado por las supervivencias del fascismo en la democracia era aún más grande que la amenaza de una recaída en el fascismo.¹⁹ La solidez de las instituciones democráticas alemanas, de la que la reunificación ha sido una prueba decisiva, ha mostrado el carácter anticuado y en adelante obsoleto de tal concepción.

4. Pero el elemento que sin duda ha contribui-

do más al abandono de la noción de fascismo en el seno de la historiografía alemana es la emergencia de una conciencia histórica fecundada por la memoria de Auschwitz. El fascismo aparece como una categoría demasiado general para aprehender Auschwitz; el carácter único del exterminio industrial de los judíos de Europa no puede ser captado por un concepto que ha sido aplicado también a la Italia de Mussolini, a la España de Franco, al Portugal de Salazar, a la Austria de Dolfuss, a la Rumania de Antonescu, etc. La noción de fascismo, ha escrito Dan Diner con una fórmula tajante, “no permite llegar al núcleo de Auschwitz”.²⁰ El eclipse del concepto de fascismo aparece así como el epílogo de un largo recorrido de la historiografía alemana que ha desembocado en una visión del pasado en cuyo centro se inscribe en lo sucesivo la Shoah, el “punto fijo” del sistema nazi, marcado por una irreductible “unicidad” (*Einzigkeit*).

Es legítimo entonces plantear un interrogante: la noción de totalitarismo, que ha conocido un renacimiento espectacular en el curso del último decenio, tanto en Alemania como en el resto de Europa, ¿sería más apta para aprehender tal singularidad? El desplazamiento del comparativismo histórico de la relación entre el fascismo italiano y el nazismo a la relación entre el nazismo y el comunismo, ¿sería más esclarecedor para comprender la naturaleza del régimen hitleriano y la singularidad de sus crímenes? El paralelismo entre el “doble pasado totalitario” de Alemania, el del III Reich y el de la RDA, aquél de un régimen —para retomar la fórmula de Étienne François— que ha acumulado una montaña de cadáveres y el de otro que ha acumulado una montaña de expedientes,²¹ ¿llevaría a conclusiones de un valor heurístico mucho mayor? La duda me parece permitida.

No se trata de discutir el valor de la noción de totalitarismo —a mi criterio limitado pero real— ni de recusar la legitimidad de una comparación entre los crímenes del nazismo y los del estalinismo. Lo problemático es, por una parte, la interpretación del totalitarismo como categoría analítica incompatible y alternativa a la de fascismo y, por otra parte, la atribución de una mayor envergadura epistemológica a la comparación entre el nazismo y el comunismo que a la del fascismo y el nazismo. No se trata tampoco de negar la sin-

gularidad histórica de los crímenes nazis, puesto que el exterminio industrial de los judíos de Europa permanece como una característica exclusiva del nacional-socialismo. Pero si las cámaras de gas no tienen equivalente fuera del III Reich, sus premisas históricas —el antisemitismo, el racismo, el antiiluminismo, la modernidad técnica e industrial— están ampliamente presentes, en grados de intensidad diferentes, en el conjunto del mundo occidental. *A fortiori*, la singularidad de los crímenes del nazismo no excluye su pertenencia, a pesar de todas sus particularidades, a una familia política más vasta, la de los fascismos europeos. Ahora bien, es precisamente esta hipótesis la que ha conocido, desde el *Historikerstreit* hasta los debates más recientes en torno del *Libro negro del comunismo* —cuyo impacto en Alemania no ha sido despreciable—, un eclipse casi total. Así hemos asistido, a pesar de los logros incontestables de la investigación, al retorno de un “consenso anti-totalitario” que suponía un *a priori* “anti-anti-fascista”, para retomar las palabras de Jürgen Habermas a propósito de la Alemania anterior a 1968.²²

Consenso anti-totalitario y memoria de la Shoah

Para resumir, el eclipse del concepto de fascismo depende de la confluencia de dos tendencias: por una parte este consenso antitotalitario liberal y “anti-antifascista”, por otra, la emergencia de una conciencia histórica fundada sobre la memoria de la Shoah y sobre el reconocimiento de su singularidad. Es sorprendente constatar que estas tendencias han sido favorecidas por ciertas corrientes de la historiografía italiana, poderosamente amplificadas por los medios de comunicación de la Península, que apuntan precisamente a rehabilitar el fascismo y a criminalizar el antifascismo a partir del reconocimiento de un clivaje radical entre el fascismo y el nazismo. El fascismo italiano, afirmaba Renzo De Felice en una entrevista que tuvo un gran impacto, queda fuera del “cono de sombras del Holocausto”.²³ Este fenómeno perverso —el reconocimiento de la singularidad del *judeicidio* que actúa en Alemania como vector de la formación de una conciencia histórica, y en Italia como pretexto para una rehabilitación del fascismo— es una fuente permanente de malen-

tendidos y de ambigüedades que ha profundizado más el foso que separa las dos historiografías.

Los riesgos que derivan de la instalación de tales tendencias son los que Martin Broszat había denunciado al comienzo de su correspondencia con Saul Friedländer y de los que este último parece reconocer actualmente, al menos en parte, su clarividencia: un “aislamiento” del pasado nazi que impediría asir los vínculos con los otros fascismos europeos y, de un modo más general, con el modelo de civilización del mundo occidental. Asir estos vínculos no significa “normalizar” o rehabilitar al nazismo, más bien significa “desnormalizar” nuestra civilización y reconsiderar la historia de Europa. Si existe un *Sonderweg* alemán, éste no explica los orígenes del nazismo sino su resultado.²⁴ En otras palabras, la singularidad de la Alemania nazi depende de una síntesis, desconocida en otra parte, entre varios elementos —antisemitismo, fascismo, Estado totalitario, modernidad técnica, racismo, eugenesia, imperialismo, contrarrevolución, anticomunismo— aparecidos en el conjunto de Europa a fines del siglo XIX y desarrollados intensamente a escala continental con la Primera Guerra Mundial.

Este “aislamiento” corre el riesgo de distanciar a la historiografía alemana de las principales corrientes de la investigación a nivel internacional, en la que generalmente es admitida la legitimidad del concepto de fascismo como “tipo ideal”. Son innumerables los historiadores que han hecho y hacen uso de él en los años recientes. Basta con pensar en George L. Mosse, James Gregor, Roger Griffin, Robert Paxton, Stanley Payne y Ian Kershaw en el mundo anglosajón, en Zeev Sternhell, Philippe Burrin y Pierre Milza en el mundo francófono, en Enzo Collotti, Gustavo Corni y Nicola Tranfaglia en Italia. Más aún, el rechazo de la noción de fascismo (y, en consecuencia, del antifascismo) no hace más que replantear la eterna cuestión de las relaciones entre historia y memoria, en la medida en que profundiza un hiato radical entre la historización actual del nacional-socialismo y la percepción que de él tenían sus contemporáneos, en el momento en que el fascismo, antes de ser una categoría analítica, era un peligro contra el cual era indispensable batirse y el antifascismo, antes de convertirse en una ideología de Estado, constituía un *ethos* compartido de la Europa democrática (y, en ese contex-

to, de la cultura alemana en el exilio). He aquí algunas cuestiones que pienso que merecen ser planteadas.

[Traducción: María Inés Tato de *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, nº 68, octubre-diciembre 2002, publicación de la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (BDIC), Nanterre./

Revisión técnica: Laura Ehrlich]

- 1 Se trata de la jornada sobre el tema “Nazismo, fascismo, comunismo: debates y controversias historiográficas en Alemania y en Italia” desarrollada en la *Maison d'Italie* de París el 29 de mayo de 2001, como parte del seminario “Territorio y militantes comunistas: aproximaciones plurales y comparadas” (CHS du XXe siècle – Université Paris 1 – CNRS) [N. de R.]
- 2 Tim Mason, “Whatever happened to «Fascism»?”, en: *Nazism, Fascism and the Working Class. Essays by Tim Mason*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 323-331.
- 3 Ernst Nolte, “Vergangenheit, die nicht vergehen will”, y Jürgen Habermas, “Ein Art Schadensabwicklung”, en *Historikerstreit*, Munich, Piper, 1987, pp. 39-47 y 62-76.
- 4 Martin Broszat, Saul Friedländer, “Sur l’historisation du national-socialisme. Échange de lettres”, *Bulletin trimestriel de la Fondation Auschwitz*, 1990, nº 24, pp. 43-86. Cfr. también las contribuciones de Philippe Burrin y Saul Friedländer sobre el tema en *Vingtième Siècle*, octubre-diciembre 1987, pp. 31-54.
- 5 Daniel J. Goldhagen, *Les bourreaux volontaires de Hitler. Les Allemands ordinaires et l’Holocauste*, París, Seuil, 1997. [Hay edición castellana: Daniel J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid, Aguilar, 1997. N de R.] Véase sobre este tema Enzo Traverso, “La Shoah, les historiens et l’usage public de l’histoire”, *L’Homme et la Société*, 1997/3, nº 125, pp. 17-26.
- 6 Véase Götz Aly, *Macht, Geist, Wahn. Kontinuitäten deutschen Denkens*, Berlín, 1997 (reed. Fischer, Fráncfort del Meno). Para un balance de conjunto, cfr. Marina Cattaruzza, “Ordinary Men? Gli storici tedeschi durante il nazional-socialismo”, *Contemporanea*, 1999, II, nº 2, pp. 331-339.
- 7 Edouard Husson, *Comprendre Hitler et la Shoah*, París, Presses Universitaires de France, 2000, pp. 271-272.
- 8 Sobre esta cuestión, cfr. sobre todo Carlo Ginzburg, *Le juge et l’historien*, París, Verdier, 1997. [Hay edición castella-

- na: Carlo Ginzburg, *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri*. Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1993. N de R.]
- 9 Enzo Traverso, "La singularité d'Auschwitz. Problèmes et dérives de la recherche historique", en C. Coquio (ed.), *Parler des camps, penser les génocides*, París, Albin Michel, 1999, pp. 128-140.
- 10 Karl-Dietrich Bracher, *Zeitgeschichtliche Kontroversen. Um Faschismus, Totalitarismus, Demokratie*, Munich, Piper, 1976.
- 11 Hans-Helmut Knütter, *Die Faschismus-Keule. Das letzte Aufgebot der deutschen Linken*, Fráncfort del Meno, Ullstein, 1993, p. 14.
- 12 Wolfgang Kraushaar, "Die auf dem linken Auge blinde Linke. Antifaschismus und Totalitarismus", *Linke Geisterfahrer. Denkanstösse für eine antitotalitäre Linke*, Fráncfort del Meno, Verlag Neue Kritik, 2001, pp. 147-155.
- 13 Dan Diner, *Das Jahrhundert verstehen. Ein universalhistorische Deutung*, Munich, Luchterhand, 1999.
- 14 Wolfgang Wippermann, *Faschismustheorien. Die Entwicklung der Diskussion von den Anfang bis heute*, Darmstadt, Primus Verlag, 1995.
- 15 Jerzy W. Borejsza, *Schulen des Hasses. Faschistische Systeme in Europa*, Fráncfort del Meno, Fischer, 1999.
- 16 Ernst Nolte, *Le fascismo dans son époque*, París, Julliard, 1970; su interpretación "histórico- genética" del totalitarismo está presente en su correspondencia con François Furet, *Fascisme et communisme*, París, Plon, 1998 [Hay edición castellana: Furet, F., Nolte, E., *Fascismo y comunismo*, México - Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998]
- 17 Véase David Beetham (ed.), *Marxists in face of fascism. Writings by Marxists on Fascism from the Inter-War Period*, Manchester, Manchester University Press, 1983.
- 18 Enzo Traverso, "Le totalitarisme. Jalons pour l'histoire d'un débat", *Le totalitarisme. Le XXe siècle en débat*, París, Seuil, 2001, p. 27. [Hay edición castellana: *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, EUDEBA/Rojas, 2001. N de T.]
- 19 Theodor W. Adorno, "Que signifie: repenser le passé?", *Modèles critiques*, París, Payot, 1984, pp. 97-98.
- 20 Dan Diner, "Antifaschistische Weltanschauung. Ein Nachruf", *Kreisläufe*, Berlín, Berlin Verlag, 1995, p. 91.
- 21 Étienne François, "Révolution archivistique et réécriture de l'histoire: l'Allemagne de l'Est", en Henri Rousso (ed.), *Nazisme et stalinisme. Histoire et mémoire comparées*, París-Bruselas, Complexe, 1999, p. 346. En realidad E. François retoma una fórmula de Christian Meyer, ex presidente de la Asociación de historiadores alemanes.
- 22 Jürgen Habermas, "Conscience historique et identité post-traditionnelle", *Écrits politiques*, París, Cerf, 1990, pp. 315-316.
- 23 Cfr. la entrevista a Renzo De Felice en Jader Jacobelli (ed), *Il fascismo e gli storici oggi*, Bari -Roma, Laterza, 1988, p. 6. Para un paralelismo entre el enfoque de Nolte y el de De Felice, cfr. Wolfgang Schieder, "Zeitgeschichtliche Verschränkungen über Ernst Nolte und Renzo De Felice", *Annali dell'Istituto italo-germanico di Trento*, 1991, XVII, pp. 359-376.
- 24 George Steinmetz, "German exceptionalism and the origins of Nazism: the career of a concept", en I. Kershaw, M. Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in Comparison*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, p. 257.

Dossier

**El marxismo
de Germán
Avé-Lallemant
y la experiencia
del periódico
El Obrero (1890-1892)**



Sergio Sergi

El pensamiento del sabio alemán radicado en la Argentina Germán Avé-Lallemant y la experiencia de *El Obrero* (1890-1892), primer periódico marxista de la Argentina, son revisitados aquí desde diferentes perspectivas. El historiador Horacio Tarcus (UBA-CeDInCI) aborda a Lallemant como receptor y difusor privilegiado del pensamiento de Marx en la Argentina del '90, señalando al mismo tiempo las aporías de un marxismo de corte objetivista y evolucionista a la hora de traducirlo en acción política socialista. Por su parte, el sociólogo Ricardo Martínez Mazzola (IIGG-FCS-UBA, CONICET) discute con las interpretaciones que han hecho de *El Obrero* un producto inalterado, fruto de un marxismo prístino, para aventurarse en el análisis de sus posiciones políticas específicas, sus transformaciones y sus conflictos internos. Finalmente, el Ingeniero Israel Lotersztain —que viene de concluir una tesis sobre la corrupción bajo el gobierno de Juárez Celman en el marco de la Maestría en Historia de la Universidad Di Tella— parte de una denuncia de *El Obrero* para analizar el caso de la privatización de Obras Sanitarias.



¿Un marxismo sin sujeto?

**El naturalista
Germán Avé-Lallemant
y su recepción de Karl Marx
en la década de 1890**

Horacio Tarcus

La recepción del marxismo por parte de Germán Avé-Lallemant marca un corte significativo con el socialismo de corte lassalleano que campeó en el incipiente movimiento obrero argentino impulsado por los exiliados alemanes del *Verein Vorwärts* en la década de 1880. Hasta fines de 1890 no sólo en el semanario *Vorwärts* que editaba dicho club alemán, sino en los dos Manifiestos que había lanzado el Comité Obrero Internacional, respectivamente en marzo y abril de 1890, convocando a los trabajadores de la Argentina a celebrar por primera vez la jornada internacional del proletariado del 1° de Mayo, se sobreimprimía la nueva orientación de la socialdemocracia internacional (recién fundada en 1889) sobre el fondo del socialismo lassalleano que habían traído consigo los emigrados alemanes a Buenos Aires. El principal responsable del semanario en aquellos años así como de los manifiestos de 1890 había sido uno de los animadores del *Vorwärts*, a quien el obrero emigrado alemán Augusto Kühn, una vez enrolado en el marxismo, reconocía méritos de pionero sin dejar de señalar los límites de su socialismo “pre-marxista”: “el único intelectual que al principio contamos entre nosotros, el literato suizo José Winiger, no era la persona que hubiera podido sembrar ideas más claras sobre el socialismo. Sin querer desconocerle los méritos adquiridos con la buena voluntad de que dio pruebas abundantes, hay que decir, en honor a la verdad, que del socialismo tenía ideas bastante confusas. Testimonio de ello es el primer manifiesto del Comité Internacional, que es obra exclusiva de Winiger” (Kühn, 1916, 6: 102).

El introductor del “socialismo científico” en la Argentina, en cambio, no es un periodista o “literato” —como escribe Kühn con apenas disimulado desdén— sino un científico: más precisamente, un naturalista alemán que se ha radicado en la remota San Luis. Si bien se encuadra (como Winiger) en la doctrina de la socialdemocracia europea, Lallemant introducirá entre obreros e intelectuales de la Argentina un socialismo marxista, científico, moderno, “a la altura de los tiempos”, con fuertes puntos de contacto con el que, desde Alemania, desplegaba un Karl Kautsky.

Paradoja de paradojas, desde una lejana provincia de un país de la periferia capitalista, un naturalista alemán ha devenido afanoso lector de *El Capital* de Karl Marx y un intenso difusor de esta

teoría elaborada por otro emigrado alemán, pero desde Inglaterra, cuna del capitalismo moderno. Lallemant busca en la obra de Marx claves para descifrar el atraso argentino y sus perspectivas de desarrollo futuro, volcando los resultados de sus estudios y reflexiones en diversos semanarios porteños como el *Vorwärts*, *El Obrero* (1890-1892) y *La Agricultura* (1894-1899). Y si bien su rol de difusor de Marx y el marxismo fue clave en la década de 1890, su colocación dentro del emergente campo socialista será conflictiva e incluso efímera. Sus temporadas en Buenos Aires, epicentro de la política nacional y cuna del proletariado moderno, serán siempre breves: Lallemant retornará una y otra vez a San Luis, cerca de la naturaleza, lejos de la política, donde lo sorprenderá la muerte, en plena labor, en 1910.

En las páginas que siguen exploraremos algunos temas de su trayectoria intelectual, intentando evaluar los alcances y límites de su marxismo no sólo a través un análisis intrínseco de sus textos sino considerando este lugar en tantos sentidos excéntrico de Germán Avé-Lallemant.

Un sabio socialista en el desierto puntano

No es casual que el introductor del “socialismo científico” entre los obreros e intelectuales de la Argentina de 1890 sea un naturalista. Hermann Avé-Lallemant (Lübeck, 1835 ó 1836- San Luis, 1910) no llegó a la Argentina con la generación de los emigrados del *Verein Vorwärts* a causa de las “leyes antisocialistas” de Bismarck, sino quince años antes (hacia 1868), con la generación de los científicos germanos, que arribaban en la segunda mitad del siglo XIX contratados por el gobierno o la universidad. El más destacado de todos ellos, Hermann Burmeister (1807-1892), discípulo de Alexander Von Humboldt y amigo del padre de Lallemant, habría convocado a la Argentina y apadrinado al joven ingeniero en minas (García Costa, 1985; Ferrari, 1993).

Instalado en San Luis desde 1870, desplegó desde allí una labor polifacética como sabio naturalista, explorador, ingeniero, agrimensor, cartógrafo, arqueólogo, educador y periodista. Formado en un medio protestante, se combinaban en su persona una moral puritana, emprendedora, ascética, voluntarista, con la pasión del naturalis-

ta por la ciencia (no la ciencia especulativa, sino “aplicada”). Extraña mezcla de sabio y de *pioneer*, poseía el temple necesario para llevar adelante, empecinadamente, en medio del aislamiento del desierto puntano, sus emprendimientos de precursor, bregando contra la desidia de la burocracia provincial, la resistencia oscurantista del clero y la estrechez de miras del proyecto de país de la élite oligárquica.

En 1882, redactó una *Memoria descriptiva de la Provincia de San Luis* para un concurso oficial que desestimó la obra. A pesar de los desinteresados servicios —científicos, técnicos, económicos, culturales— que Lallemand prestaba a un país en formación, su “absoluta independencia de toda influencia oficial” —según propias palabras— le había jugado una mala pasada. Es que a pesar del carácter técnico del estudio —para el cual Lallemand ha debido recabar una ingente masa de información hasta entonces dispersa a lo largo de toda la provincia y producir otra cantidad, elaborando incluso sus propias estadísticas—, vuelca por aquí y por allá opiniones y consejos para modernizar diversos aspectos de la vida económica y social de San Luis que seguramente no fueron del agrado de los evaluadores de la élite. Lallemand publica por su cuenta la *Memoria* algunos años después, en 1888, antecediéndola de una “Advertencia” en la que se hace visible un cambio de registro: apelando a un léxico ostensiblemente marxista, nos explica que en los seis años transcurridos desde que el texto fue redactado, la Argentina había avanzado en el “camino del desarrollo de la organización capitalista de la producción”.

La “Advertencia” constituye, seguramente, el primer esbozo de una interpretación marxista de la formación social argentina. Lallemand está glorificando, desde la ciudad de San Luis, en el año 1888, el célebre capítulo XXIV de *El Capital*, “La llamada acumulación originaria”, donde Marx explicaba cómo a través de la violencia extraeconómica se “abrió paso a la agricultura capitalista, se incorporó el capital a la tierra y se crearon los contingentes de proletarios libres y privados de medios de vida que necesitaba la industria de las ciudades” (Marx, 1867/1946: 624). La apropiación de los bienes públicos y de las tierras comunales, así como la expropiación de los bienes eclesiásticos —había mostrado Marx— eran “la

base de esos dominios principescos que hoy posee la oligarquía inglesa”, esto es, los *landlords*. “Los capitalistas burgueses favorecieron esta operación, entre otras cosas, para convertir el suelo en un artículo puramente comercial, extender la zona de las grandes explotaciones agrícolas, hacer que aumentase la afluencia a la ciudad de proletarios libres y necesitados del campo, etc. Además, la nueva aristocracia de la tierra era la aliada natural de la nueva *bancocracia*, de la alta finanza, que acababa de dejar el cascarón, y de los grandes manufactureros, atrincherados por aquel entonces detrás del proteccionismo estatal” (*Ibid.*: 616).

Lallemand, sobre la base de su lectura de Marx, entiende que por entonces (1888) se ha consumado en la Argentina el momento de la “acumulación originaria”: “al fisco, a la comunidad, ya no queda nada”, las tierras han sido apropiadas por los *landlords* argentinos (la oligarquía), pero no como propiedad feudal sino como “capital constante”. Según el ingeniero alemán que leía a Marx desde la remota San Luis, la Argentina de la década de 1880 había ingresado a un segundo momento: el de “la producción agrícola capitalista por medio de la *Bancocracia*, la deuda pública sin límites, el sistema proteccionista” que despojaba de sus medios de vida y de producción a los más y generaba una extraordinaria acumulación de medios de producción en manos de unos pocos. Este sistema de producción traía como “su consecuencia infalible” la división de la sociedad entre, de un lado, el “*lauboring pauper*”, esto es, el proletariado, y del otro, “la acumulación gigantesca de los medios de trabajo... en manos del capitalista”. De un lado el capital variable, del otro, el capital constante.

¿Cómo tomó contacto un ingeniero alemán, desde la ciudad de San Luis, con las obras de Marx y Engels? Fermín Chávez afirma que Lallemand arribó en 1868 a la Argentina luego de “participar en la lucha que el socialismo alemán entablara con Bismarck” (1993: 49) y García Costa sostuvo que “la formación ideológica marxista de Lallemand se había producido en Europa” (1985: 33, n. 9). Ninguno respalda su afirmación en fuentes: se trata sin duda de conjeturas, ambas poco plausibles. Para mediados de la década de 1860 el socialismo estaba en sus albores en Alemania. El partido de los “eisenachianos” (de Be-

bel y de Liebknecht) recién se iba a fundar en 1869, un año después que Lallemant arribara a la Argentina. El “marxismo” virtualmente no existía entonces en tanto que “concepción materialista de la historia” o que “socialismo científico”, sino que es construido como doctrina en gran medida por Kautsky en la década de 1880, con el padrinazgo de Engels (Andreucci, Haupt). Ahora bien, si no llegó a la Argentina como marxista, ¿habrá formado parte el joven Lallemant, poco antes de partir para el Brasil, del auditorio de las animadas conferencias de Ferdinand Lassalle que dieron origen en 1863 a la ADAV (*Allgemeiner deutscher Arbeiterverein*)? Es poco probable. Las primeras referencias de Lallemant a conceptos socialistas o marxistas aparecen, como vimos, en 1888 y su primera “profesión de fe” marxista data de 1890, en *El Obrero*. Como se ha señalado, no hay ningún testimonio escrito de sus ideas socialistas o marxistas entre 1868 y 1888, y resulta poco verosímil una “hibernación” de las mismas durante 20 años (Díaz, 1997: 131).¹ En 1873, por ejemplo, su concepción de la “civilización” no difiere de la de Sarmiento y los hombres de la élite: “En el Río Quinto vive en los fortines la guarnición. Salvo ella no se ve ninguna casa. Lo que antes estaba vivo lo mataron los indios con sus malones o lo apresaron y lo llevaron a sus tolderías del sur. Los indios juegan un molesto rol en la seguridad diaria argentina. Atacan con sus tacuaras a los *winca* (cristianos), suben a las mujeres a los caballos y huyen hacia el sur para entregar las muchachas y los animales a los caciques. El indio es cobarde y artero, falso y pérfido... ¿Ofrecerle la mano al indio y cerrar contratos con ellos? La historia de las colonias españolas tiene casi 400 años y dice claramente que no hay que hacerse ilusiones y sueños, y también en el Río Quinto la colonia alemana se expandirá y progresará, sólo producirá seguridad el plomo y la pólvora”.²

No sólo no están presentes en éste y en los otros textos de estos años los términos que Lallemant incorpora a partir de 1888 —fuerzas productivas, relaciones de producción, clases sociales, acumulación del capital, etc.—, sino que a partir de entonces su concepción de la formación de la Argentina moderna se invertirá: la acción “civilizadora” de la élite aparecerá entonces como resultado de la expansión del capital y la concentración capitalista de las tierras, realizada a ex-

puestas de las comunidades aborígenes que son consideradas ahora como víctimas de este proceso, antes que amenaza de “barbarie”.

Además, el contraste entre el tenor del texto de la *Memoria descriptiva de la Provincia de San Luis* redactado en 1882 y el del prólogo “marxista” de 1888, permite inferir que el encuentro de Lallemant con Marx se produjo dentro de ese lustro. Esto es, coincide con la instalación del *Verein Vorwärts* en la Argentina (enero de 1882) y su intensa difusión de literatura socialista y marxista (Klima, 1974), aunque no puede descartarse que Lallemant mantuviese correspondencia directa con Alemania y hubiese recibido por esta vía independiente obras de Marx y Engels.

Germán Avé-Lallemant y la experiencia del periódico El Obrero

Cuando en abril de 1890 los miembros del Comité Internacional Obrero deciden, entre otras medidas, “Editar un periódico para la defensa de la clase obrera”, acuden a ese sabio alemán. “Ignorado de los militantes, y lejos de la Capital Federal, había un intelectual que conocía a fondo las teorías socialistas y que con interés creciente observaba las tentativas de organización proletaria” (Kühn, 1916: 102). En efecto, Lallemant es un “ignorado de los militantes”, pero para entonces se ha transformado en el principal colaborador del semanario *Vorwärts*: es prácticamente el único que firma sus notas, sea con su nombre o sus innumerables seudónimos. Aborda en sus páginas, durante más de una década, los temas más variados: científicos, económicos, sociales, culturales, políticos, unas veces en un tenor más teórico y abstracto, otras veces, en el tono más coloquial y descriptivo de un corresponsal. Es probable que se deban también a la iniciativa de Lallemant los pocos artículos que este semanario socialdemócrata de Buenos Aires de inspiración lassalleana, consagrara a Marx y a Engels. A fines de la década de 1880 y principios de la década de 1890 es probablemente la única persona en el país familiarizada con su obra.

El Obrero. Defensor de los intereses de la clase proletaria hizo su aparición el 12 de diciembre de 1890. Sobre el título se estampaba la divisa del *Manifiesto*: “Proletarios de todos los países,

Uníos!". El autor de la mayoría de los artículos sigue siendo Lallemand, aún después de que abandona la dirección del periódico porque debe retornar a San Luis (febrero de 1891). Las notas, salvo excepciones (como algunas correspondencias), no aparecen firmadas, pero sabemos que sus colaboradores fueron Augusto Kühn, Domingo Riso (Italia, 1863- Mar del Plata, 1923), Carlos Maulli (El Tirol, 1852- Buenos Aires, 1923), Pedro Burgos y Leoncio Bagés. El tipógrafo Esteban Jiménez (Málaga, 1869- Buenos Aires, 1929) se incorporó en los últimos seis meses de vida del semanario, y lo relanzará en 1893.

Kühn lo destacó tempranamente: "Las teorías de Marx tuvieron en este periódico su primera tribuna" (Kühn, 1916, 5:125). Y, en efecto, ya en el editorial del primer número, "Nuestro Programa", se señala con toda claridad: "Venimos a presentarnos en la arena de la lucha de los partidos políticos de esta República como campeones del Proletariado que acaba de desprenderse de la masa no poseedora, para formar el núcleo de una nueva clase, que inspirada por la sublime doctrina del Socialismo Científico moderno, cuyos teoremas fundamentales son: la concepción materialista de la Historia y la revelación del misterio de la producción capitalista por medio de la supervalía —los grandes descubrimientos de nuestro inmortal maestro Carlos Marx—, acaba de tomar posición frente al orden social vigente" (n° 1, 12/12/1890: 1).

El editorial es obra, sin duda alguna, de Lallemand. Si bien comienza recuperando el discurso establecido primero por el *Vorwärts* y luego por el Comité Internacional Obrero acerca del Congreso Obrero de París, la celebración del 1° de Mayo de 1890 en el Prado Español y la lucha obrera por su emancipación, Lallemand lo re-escibe en términos del marxismo de la Segunda Internacional, introduciendo en el léxico político argentino conceptos que tendrán una larga historia: sistema capitalista y acumulación del capital, clases sociales y lucha de clases, terratenientes, burgueses y proletarios, trabajo asalariado y plusvalor (que Lallemand traduce "supervalía"), etc.

El semanario —promete— será "un campeón de los intereses de la clase de los trabajadores asalariados". El Comité Internacional es presentado en términos de "centro de unión de todas las sociedades de obreros que, conscientes de la

magnitud de la misión que en la historia de la cultura humana está llamada a llevar la clase proletaria, se coaligaron, animados por el espíritu de solidaridad más amplia, con el fin de prestarse mutuamente auxilios y robustecer la acción común, por un lado para luchar en fila cerrada por el mejoramiento de las condiciones de existencia, o sea para mejorar en cuanto posible fuera los salarios y disminuir las horas diarias de trabajo, y por otro lado para contribuir a la gran obra de la emancipación de la clase obrera, y cuyo acto liberador lo comprende la misión histórica del Proletariado" (*Ibid.*).

El tono reivindicativo de los manifiestos obreros de 1890 en pos de la jornada de trabajo de 8 horas y el conjunto de la legislación obrera ha pasado en *El Obrero*, sin desaparecer, a un segundo plano: el nuevo discurso es el de una Filosofía de la Historia en la cual el Proletariado, en sintonía con el marxismo de la Segunda internacional, al luchar por su emancipación social, ha de cumplir la "misión histórica" de emancipar a toda la sociedad. La Ciencia no es concebida ya como el mantal de la Verdad adonde podrán abreviar su conocimiento los obreros que han logrado reducir la jornada de trabajo, sino que es el garante último de la redención de la humanidad por el Proletariado, ahora que las condiciones histórico-materiales han hecho que el socialismo, que hasta ayer era necesariamente utópico, adquiera con Marx y Engels, un estatuto científico. En palabras del Editorial de Lallemand: "Queremos... ser propagandistas de la sublime doctrina del socialismo científico moderno, que enseña al proletario cómo él está llamado a ser el poderoso agente, por cuya acción la Humanidad conquistará el máximo grado de libertad posible, haciéndose dueña de la Naturaleza, y en este sentido siempre levantaremos la voz para gritarle a la clase de los obreros y trabajadores asalariados: Proletarios de todos los países, ¡uníos!" (*Ibid.*).

Dos aportes de Lallemand, presentes en este editorial programático y en toda la trayectoria de *El Obrero*, serán la caracterización del sistema económico-social argentino desde el prisma marxista (lo que Lenin, recuperando un concepto de Marx, definirá como "formación económico-social") y el análisis crítico de la coyuntura argentina —crisis y revolución del '90, políticas del gobierno y de la oposición radical, etc.— congruen-



te con aquella caracterización y según las categorías marxistas.

En relación al primer punto, Lallemand desplegará la caracterización de la formación social argentina que había avanzado en el prólogo a la *Memoria descriptiva de la Provincia de San Luis* y en los artículos del *Vorwärts*. Entiende que el territorio de lo que es entonces la Argentina estuvo dominado, durante casi cuatro siglos, desde la Conquista hasta tiempo reciente, por una forma de despotismo fundada en el trabajo servil o incluso esclavo de los indios. El “Caudillismo” era la forma política que correspondía a dicho modo de organización y explotación del trabajo. La Revolución de 1810 abolió de derecho, pero no de hecho, las formas serviles/esclavistas: sólo la penetración de la “civilización” a través del capital extranjero viene a completar “por abajo” el trabajo que la Revolución de Mayo inició “por arriba”. La Constitución Nacional de 1853, así como las constituciones provinciales, a pesar de su declarado liberalismo, no afectaron al caudillismo político, que alimentado por el “sistema de la política electoral”, llegó a su expresión máxima bajo el “unicato” de Juárez Celman, que acababa de derrocar la Revolución de Julio del '90.

“El capitalismo internacional en busca siempre de mercados nuevos para sus mercaderías, pero de mercados solventes, ha mucho que se fijó en la feracidad y habitabilidad de estas comarcas. Fue él quien inició y llevó adelante la obra de civilización aquí, echando sus capitales sobrantes a este país, tras de cuyos capitales han venido siguiendo muchos miles de obreros y trabajadores en busca del mercado en que podían vender su fuerza de trabajo.

Pero *civilizar* quiere decir organizar la producción y el trabajo conforme con las leyes del capitalismo, cuyas leyes surgen frente a cada individuo como leyes compulsoras de la libre concurrencia, y realiza en el orden social, las instituciones del liberalismo democrático burgués, como única organización social adecuada al máximo desarrollo posible de la libre concurrencia o competencia” (*Ibid.*).

En suma, Lallemand viene a decir que aunque el excedente de capital en los países centrales viene en busca de inversión rentable en estas tierras, fértiles y habitables, su penetración en paí-

ses de la periferia capitalista como la Argentina es, objetivamente, un motor de civilización, aunque, por supuesto de *civilización capitalista*: el capital extranjero disuelve las relaciones serviles o esclavistas al mismo tiempo que introduce vínculos mercantiles entre los hombres, compeliéndolos a aceptar las leyes de la compra y venta de mercancías (por ejemplo, los indios desalojados de sus tierras, los gauchos despojados de sus medios de vida y, finalmente los inmigrantes, se han visto compelidos a vender su fuerza de trabajo en el mercado, dando origen a un naciente sistema asalariado). La penetración de capitales extranjeros promueve, en el orden político, instituciones democrático-liberales, las únicas “adecuadas” al capitalismo de libre competencia.

Sin embargo, si bien el capital extranjero está interesado en instaurar un régimen burgués puro, “se ha sabido valer de la oligarquía del caudillaje para sentar sus reales en el país, e *inter* este último bien remunerado, se portó obediente y dócilmente, ambos marcharon de acuerdo”. Pero cuando la oligarquía lleva su unicato estatista más allá de lo tolerable por la lógica del capital, vulnerando la libre concurrencia, la sociedad entre ambos se rompe y estalla la crisis: “resultó que la oligarquía caudillera, abusando más y más del poder del Estado para garantizar a sus propios miembros de las consecuencias de la ley sobre libre competencia que determinan las relaciones entre los capitales individuales entre sí, infringió arbitrariamente las leyes capitalistas, o sea de la sociedad democrático burguesa, convirtiéndose el unicato incondicional en un absolutismo insufrible y absurdo. Entonces el capital internacional le echó el guante al caudillaje y estalló la guerra” (*Ibid.*).

La Unión Cívica no sería sino un instrumento inconsciente del capitalismo internacional, que busca instaurar el “régimen puro” de la dominación burguesa en la Argentina: “obedeciendo a la acción civilizadora del capital se alzó la Unión Cívica, levantando la bandera del régimen puro de la sociedad burguesa. Hemos visto cómo la revolución de julio, la revolución burguesa por excelencia, esta última aunque desgraciada en la lucha sobre las barricadas y mal dirigida, derribó el caudillaje en la primer campaña, y si esta último recuperó fuerzas de nuevo, sin embargo, ante la guerra implacable que le hace la Bolsa, guerra inspirada desde el gran cuartel general del capi-

talismo internacional en Lombardstreet de Londres, tendrá que arrear bandera bien pronto definitivamente. Comienza, pues, en este país la era de la dominación pura burguesa, hasta hoy claudicada por tradiciones caudilleras hispano-americanas” (*Ibid.*).

Lallemant considera que esa revolución burguesa constituye un paso histórico progresivo en relación al caudillismo precapitalista y preburgués, y se ampara para ello en el “materialismo dialéctico”: “Esta era del régimen burgués puro importa sí un gran progreso, y nosotros que confesamos la ley fundamental el materialismo dialéctico, de que la historia de la humanidad es un desarrollo infinito, en que, de un estado alcanzado se viene desarrollando el subsiguiente, y que sabemos que en el capitalismo y en la sociedad burguesa misma, ya se hallan en vigoroso proceso de desenvolvimiento los gérmenes de la futura sociedad comunista, cuya realización es el objetivo final de nuestros esfuerzos y deseos, nosotros aclamamos la nueva era con satisfacción” (*Ibid.*).

Este carácter “progresivo” del dominio burgués, sin embargo, era relativo a la historia y no debía hacer olvidar a los marxistas que inauguraba una nueva era de explotación del trabajo humano: “Pero nosotros sabemos también que la historia no es otra cosa que la lucha de clases; que la era del régimen de la burguesía pura no importa otra cosa, sino una crecida apropiación del trabajo no pagado en forma de supervalía y la explotación más intensiva de la fuerza de trabajo de los obreros. El Capitalista, al tiempo que paga la fuerza-trabajo del obrero con el valor real que como mercancía tiene en el mercado, extrae, no obstante, de ella mucho más valor de aquel que él ha dado en la forma de salario para adquirirla, y que esta supervalía constituye la suma de valores de donde proviene la masa del capital siempre creciente, acumulada en manos de las clases poseedoras” (*Ibid.*).

La Argentina no escapará a estas leyes históricas: antes bien, acaba de ingresar al terreno de la moderna lucha de clases: “Con la era de la administración pura burguesa, los capitalistas tratarán de hacer subir más la proporción de la supervalía relativa, de aumentar el grado de explotación del trabajo, tanto más como el país tiene que pagar enormes deudas en el exterior, que solamente pueden satisfacerse por los valores de la producción. La clase de los verdaderos productores, la de

los obreros pues, tendrá ahora que defenderse de un modo tanto más enérgico contra las exigencias crecientes del capitalismo, cuanto la burguesía es la absoluta dueña de los poderes del estado, sobre todo de la legislatura, y estará empeñada en echar todos los cargos e impuestos necesarios para la conservación de la autonomía nacional y provincial sobre los hombres del proletariado” (*Ibid.*).

Comparado con la prensa obrera socialista premarxista —desde *El artesano* de Victory y Suárez (1863) hasta *Le Révolutionnaire* de S. Pourille (1874-1876)—, ya el primer editorial de *El Obrero* comportaba una innovación político-periodística e ideológica extraordinarias: no sólo definía al nuevo semanario como defensor de los intereses de una clase obrera moderna (apenas en formación), sino que vinculaba también la “misión histórica” del proletariado con la doctrina del “socialismo científico”, la caracterización de la formación social argentina con el análisis de un hecho reciente —la crisis del ‘90 y la Revolución de Julio—, abordado en un lenguaje novedoso y en sintonía con los temas de lo más avanzado del socialismo europeo. Los números sucesivos no harán sino desarrollar este editorial programático.

El Marx de Lallemant

Lallemant no deja de transmitir su entusiasmo, en cada página de *El Obrero*, por la obra de su maestro, y particularmente por *El Capital*. Cualquier tema abordado es una buena excusa para recomendar su lectura a los obreros. En un retrato que traza con motivo de un aniversario de su muerte, en la portada de la edición de *El Obrero* del 14 de marzo de 1883, bajo el título “Carlos Marx”, presenta ante todo la figura de un sabio, un economista, un científico, un filósofo. Es interesante constatar qué obras de Marx conoce entonces Lallemant: “Él [Marx] ha publicado además: *Manifiesto del Partido Comunista*, junto con Engels en 1847 [sic: 1848]. El *18 de Brumaire*, un bosquejo histórico-político dirigido en 1857 [sic: 1852] contra Napoleón III. La *Miseria de la Filosofía*, contestación a la filosofía de la miseria de M. Proudhon, aparecido en 1847. *Crítica de la Economía Política*, aparecido en 1859. De su gran obra, *El Capital, una crítica de la economía política*, apareció el primer tomo en 1867. El segundo tomo fue publicado por Engels en 1885 y el terce-

ro debe probablemente publicarse dentro de pocos meses. Además escribió Marx un folletito: *Revelaciones sobre el juicio contra los comunistas de Cologne*, en 1853”.

La referencia precisa sobre la inminente aparición del tercer volumen de *El Capital* es una pauta clara del grado de actualización de Lallemand con la literatura marxista (Engels viene anunciando la edición del manuscrito de Marx hace años, pero recién podrá concluirlo en 1894). Es significativo que mientras la mayor parte de los socialistas contemporáneos ingresaban a la doctrina a través del *Manifiesto Comunista*, del *Anti-Dühring* de Engels o de *La mujer y el socialismo* de Bebel, Lallemand lo haga a través de esta obra compleja. Las citas de *El Capital* son incontables en *El Obrero*, en contraposición a citas aisladas de *El Manifiesto Comunista* o de la *Crítica de la Economía Política*. Significativamente, Lallemand no cita (ni siquiera incluye en su perfil de Marx) *La guerra civil en Francia*, que según Hobsbawm constituía, junto con el *Manifiesto* y *El Capital*, la trilogía de textos de Marx más difundidos y disponibles al público antes de que Engels emprendiera un trabajo de reedición de obras agotadas de Marx (Hobsbawm, 1979/1980: 296).

Lallemand refiere en menor medida a Engels: cita *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, el *Anti-Dühring* y “Socialismo utópico y socialismo científico”, glosada ampliamente en su retrato de Marx. En el último número de *El Obrero* (n° 88, 24/9/1892: 1), en el artículo que titula “Historia de la cultura humana”, resume *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), introduciendo al movimiento obrero argentino en la terminología de la antropología evolucionista de Lewis Morgan.

También hace dos referencias a la *Crítica del Programa de Gotha* de Marx, una en 1891, pocos meses después de su aparición en *Die Neue Zeit*, y otra vez en 1895 en el *Vorwärts*, en una polémica con el joven Ingenieros. Es muy probable que para fines de la década de 1880 o inicios de la del 1890 Lallemand ya esté suscripto a *Die Neue Zeit*, revista a la que envía sus “correspondencias” desde 1894. Esta colaboración regular ha permitido conjeturar a varios autores que Lallemand mantuvo una relación epistolar con Karl Kautsky, su director.

Se ha insistido reiteradamente en el carácter “marxista ortodoxo” de Lallemand. En gran medida, se trata de una construcción retrospectiva con vistas a ofrecer un marxismo genuino y originario, en contraposición explícita o implícita al “revisionismo” de Juan B. Justo (Ratzer, 1970; Paso, 1974; García Costa, 1985, etc.) o del joven José Ingenieros (Labastí, 1975). Sin duda, Lallemand es un “marxista ortodoxo” no porque lea a Marx mejor o peor que Justo e Ingenieros, sino en tanto y en cuanto lee a Marx según el canon establecido entonces por la ortodoxia marxista alemana, cuyo portavoz era Kautsky. Además, si bien ortodoxos y revisionistas leen a Marx desde su propio prisma, unos y otros se apoyan sobre una plataforma común: la que brindan las concepciones evolucionistas en boga en las últimas tres décadas del siglo XIX. Después de todo, también Kautsky había llegado a Marx después de estudiar ciencias naturales, previo paso por el darwinismo.

No se trata tampoco de que Lallemand fuese “kautskista”, pues uno y otro desarrollan sus respectivas obras en simultáneo. ¿Qué ha leído Lallemand de Kautsky a la hora de redactar *El Obrero*? En verdad, sus principales obras son posteriores a 1892. Puede haber leído *La doctrina económica de Carlos Marx* (1886), pero sobre todo los artículos de Kautsky en *Die Neue Zeit*, donde también pudo conocer textos de figuras de la socialdemocracia europea como Bernstein, Bebel, Liebknecht, Rosa Luxemburg, Lenin, Hilferding, Plejánov, etc. En esta revista se desató el *Bernstein-Debatte*, que seguramente siguió con atención, y probablemente haya recibido y leído la réplica de Kautsky a Bernstein, pero apenas ha dejado ligeras referencias indirectas al debate sobre el revisionismo (Lallemand, 1974). Desde luego, conoció y apreció *La Cuestión Agraria* de Kautsky, que hizo traducir para *La Agricultura* (Díaz, 1997), pero la primera edición alemana de esta obra es de 1899 y Lallemand viene desarrollando sus tesis sobre la “cuestión agraria” argentina a lo largo de toda la década de 1890.

Lallemand, lector de *El Capital*

El Capital no sólo ofrecía un estudio crítico del “régimen capitalista de producción” que tomaba a Inglaterra, “el hogar clásico de este régimen”, como modelo. Marx advertía al lector alemán en el

Prólogo a la primera edición (1867) que las regiones menos desarrolladas industrialmente terminarían, más tarde o más temprano, por sucumbir a las leyes de la producción capitalista, imponiéndose en todo el globo “con férrea necesidad”: *de te fabula narratur!* La obra de Marx no sólo fue acogida por los socialistas del mundo capitalista desarrollado, sino que interesó sobremanera a los del mundo periférico. Los populistas rusos, por ejemplo, la recibieron con beneplácito, pero no dejaron de sentirse conmocionados por el capítulo XXIV consagrado a “la llamada acumulación originaria” y no se demoraron en escribirle a Marx preguntándole si de su concepción debía desprenderse que algún tipo de necesidad histórica obligaba al pueblo ruso a pasar por las horcas caudinas de la acumulación primitiva del capital, con toda su secuela de violencia, miseria y crisis social, para ingresar en la civilización moderna (Shanin, 1984/1990; Tarcus, 2000).

La lectura de *El Capital* ha conmocionado, sin duda, también a Lallemant. La obra de Marx le ha proporcionado no sólo un modelo para comprender la dinámica del capitalismo en Europa Occidental y los Estados Unidos, sino también para reprocesar veinte años de observaciones críticas sobre el atraso argentino. Marx le advertía al lector alemán en el Prólogo a la primera edición que “la realidad alemana es mucho peor todavía que la inglesa, pues falta el contrapeso de las leyes fabriles. En todos los demás campos, nuestro país, como el resto del occidente de la Europa continental, no sólo padece los males que entraña el desarrollo de la producción capitalista, sino también los que supone la falta de desarrollo. Junto con las miserias modernas, nos agobia toda una serie de miserias heredadas, fruto de la supervivencia de tipos de producción antiquísimos y ya caducos, con todo su séquito de relaciones políticas y sociales *anacrónicas*” (Marx, 1867/1946, I: XIV). Lallemant no sólo es un “lector alemán”, consciente del “atraso alemán”. Es, además, un alemán en América Latina, que conoce por partida doble, como alemán y como latinoamericano, cómo se combinan de modo alarmante las miserias que trae, “desde afuera”, el desarrollo, con las que arrastra, “desde adentro”, el propio subdesarrollo (“la falta de desarrollo”), con “todo su séquito de relaciones políticas y sociales *anacrónicas*”.

La “ortodoxia marxista” también leyó a Marx, y concretamente a su *opera magna*, en clave evolucionista. En palabras de Shanin, el evolucionismo constituía “el arquetipo intelectual de aquellos tiempos, tan prominente en los trabajos de Darwin como en la filosofía de Spencer, en el positivismo de Comte y en el socialismo de Fourier y Saint-Simon. El evolucionismo, es esencialmente, una solución combinada a los problemas de la heterogeneidad y del cambio [...] La fuerza de esta explicación reside en la aceptación del cambio como parte de la realidad. Su debilidad principal es el determinismo optimista y unilineal usualmente implícito en ella: el progreso a través de los estadios significaba también un ascenso universal y necesario a un mundo más agradable para los humanos...” (Shanin, 1984/1990: 15).

Era inevitable que *El Capital* fuese leído desde este prisma por los hombres que —como Kautsky, o como Lallemant— se habían formado en el paradigma cientificista y evolucionista. Marx aparecía ahora, no como el revolucionario de los tiempos de la Internacional (Tarcus, 2002), sino como un sabio, un científico capaz de ofrecer su saber a una causa de redención humana. *El Capital* es leído, ante todo, como una obra científica, equiparable en ese sentido a *El Origen de las especies* de Darwin. El riesgo de esta lectura en clave cientificista —a la que se prestaba la propia insistencia de Marx en el carácter “científico” de su obra, cuyo objeto señalaba en el Prólogo de 1867 no consistía tanto en las “contradicciones sociales” como en “las leyes naturales de la producción capitalista” que se imponían “con férrea necesidad”— es que se desdibujase su tenor crítico-político. La obra tardía de Engels reforzó esta orientación (Mondolfo, 1915/1956). Pero fue Kautsky, finalmente, quien instituyó el marxismo ortodoxo en términos de un monismo evolucionista y naturalista (Salvadori, 1978/1980). De cualquier modo, como ha señalado Andreucci, la vinculación de Darwin, Spencer y Haeckel con Marx “estaba en el espíritu de los tiempos” (1979/1980). Pues bien: como veremos, Lallemant leyó *El Capital* en esta clave cientificista, naturalista y evolucionista, ya sea previamente influido por Kautsky, ya sea por su propia formación de naturalista y por el peso que la ideología evolucionista había adquirido dentro de las élites ilus-

tradas, en el mundo entero y, por supuesto, también en la Argentina (Terán, 2000).

El énfasis puesto por Marx en que el comunismo no era una idea exterior a realizarse en el mundo, ni un modelo ideal a ser aplicado, sino que era un proceso intrínseco al orden capitalista, había entusiasmado a Lallemand. Como muchos socialistas contemporáneos, el sabio naturalista de San Luis interpretó la concepción materialista de la historia en una clave fuertemente evolucionista, donde cada etapa sucesiva representaba un momento necesario y progresivo en relación al anterior: la historia humana como realización del Progreso: “Marx, en su célebre obra *El Capital*, ha demostrado que el método actual de producción se había desarrollado en el curso de la historia del género humano de los métodos anteriores, y que este método actual de producción, el del capitalismo, era una fase lógica y necesaria del grande proceso de transformación progresista, que llevando a la humanidad de un grado de cultura a otro superior, había llegado al actual de la Sociedad Burguesa, o sea, a la civilización moderna...” (“Las Uniones industriales capitalistas”, *EO* n° 11, 7/3/1891, pp. 1-2).

En el mismo sentido, en el citado editorial del primer número de *El Obrero* se leía: “*Esta era del régimen burgués puro importa sí un gran progreso*, y nosotros que confesamos la ley fundamental del materialismo dialéctico, de que la historia de la humanidad es un desarrollo infinito, en que, de un estado alcanzado se viene desarrollando el subsiguiente, y que sabemos que en el capitalismo y en la sociedad burguesa misma, ya se hallan en vigoroso proceso de desenvolvimiento los gérmenes de la futura sociedad comunista, cuya realización es el objetivo final de nuestros esfuerzos y deseos, nosotros aclamamos la nueva era con satisfacción” (“Nuestro programa”, *EO* n° 1, 12/12/1890: 1).

Asimismo, Lallemand leyó a Marx en clave científico-natural: el marxismo, el Socialismo científico, no sería para él otra cosa que un saber positivo acerca de las leyes que rigen el movimiento de la sociedad, saber que, en el plano del conocimiento, se correspondía con la realización “objetiva” del socialismo en el seno del capitalismo: “Aunque nuestros enemigos lo niegan, el Socialismo es la idea predominante que hoy en día determina toda la marcha del Estado y de la Socie-

dad, de la civilización entera. Naturalmente que así sucede, porque el Socialismo es el hijo de esta civilización, y la Democracia socialista es el producto de condiciones reales existentes, la expresión de condiciones reales concretas, y ha formulado sus exigencias de un modo determinante definido y positivo, fundadas sobre aquellas condiciones reales existentes”. La Ciencia era, pues, el garante de la política: “Estamos absolutamente convencidos de la legalidad que la ciencia otorga a nuestras aspiraciones” (“Nuestra táctica (continuación)”, *EO* n° 23, 1°/6/1891).

Sin embargo, el problema se presentaba cuando el conocimiento de la legalidad capitalista terminaba confundiendo con su implícita aceptación en tanto proceso “objetivo y necesario”. El extraordinario elogio de la modernidad capitalista con que Marx abrió el *Manifiesto Comunista* se complementaba cabalmente con la crítica radical que le seguía a continuación, y que develaba su carácter contradictorio, violento, explotador y misticador. La modernización capitalista adquiría así, una doble faz, a la vez revolucionaria y opresora. En cambio, como ya se ha indicado, el énfasis puesto por Marx en presentar a *El Capital* como el estudio de las “leyes naturales” que rigen la producción capitalista, el hincapié científico en equiparar leyes sociales con leyes naturales, facilitó la lectura de la *opera magna* de Marx en clave científico-positiva. Durante décadas se olvidó que Marx consideraba a la Economía Política como una ideología y *El Capital* fue leído como una obra de ciencia económica socialista antes que como una crítica de la Economía Política en tanto que tal. Según Lallemand: “La economía política es la ciencia de las leyes generales del trabajo, o de la industria humana. El trabajador pues, ante todo otro ser humano, tiene un interés directo de estudiar esta ciencia e imponerse de sus resultados, con el fin de llegar a darse cuenta conscientemente de su posición, de su importancia, de sus derechos y deberes en la sociedad y para con la especie humana a que pertenece... El estudio de la economía política se ha generalizado en los últimos tiempos. Probablemente porque los hombres han comprendido que esta ciencia les conducirá a la solución teórica de la magna cuestión del día, de la Cuestión Social” (“La economía política”, en *EO*, n° 32, 8/8/1891).

En ese sentido, fenómenos del capitalismo de fin de siglo como los *trusts*, grandes uniones industriales por rama a nivel nacional, con la consecuente ruina de los pequeños y medianos productores era, aunque doloroso, un “progreso necesario”: “Si bien estas Uniones tienen por resultado la brutal destrucción de la pequeña industria, las saludamos como un progreso necesario del sistema moderno de producción”. Ellas operaban, de hecho, una “nacionalización de la industria” que equivalía enteramente a la “socialización de la producción”. De modo que, concluye Lallemant: “estas Uniones son los más enérgicos agentes en el tiempo de propaganda de las teorías y del propósito del Socialismo científico” (*Ibid.*).

Marx, exponiendo “La ley general de la acumulación Capitalista” (cap. XXIII de *El Capital*) había previsto que el límite que alcanzaría el proceso intrínseco de centralización del capital estaría dado por la aglutinación de todos los capitales de una misma rama industrial, en manos de un solo capitalista o una misma sociedad (Marx, 1867/1946, I: 530-531). Engels agregaba una nota al pie de la 4ª edición alemana de 1890: “Los novísimos *trusts* ingleses y norteamericanos aspiran ya a esto, puesto que tienden a unificar, por lo menos todas las grandes empresas de una rama industrial, en una gran sociedad anónima con monopolio efectivo” (*Ibid.*: 531 n.). Pero Engels se limitaba aquí a una simple constatación histórica que confirmaría la previsión de Marx: difícilmente puede ser interpretada como el reconocimiento de una forma progresiva y superior de capitalismo, que aproximaría a la humanidad al socialismo. Incluso su referencia al recurso monopolista desacreditaba cualquier interpretación en ese sentido.

Pero Lallemant, números más adelante, extenderá el radio de las “instituciones penetradas del espíritu comunista y socialista” hasta incluir todas las formas contemporáneas de propiedad estatal, incluso la economía alemana nacionalizada por el canciller Bismarck: “Ya en la forma actual de muchas instituciones sociales y económicas vemos más o menos realizados nuestros principios socialistas, así p. e. en la convención internacional de correos, en los ferrocarriles de propiedad del Estado, etc., etc, y más y más va la idea comunista apoderándose de los ánimos. La reforma social, el imperialismo social alemán, el socialismo

de la pequeña burguesía, el socialismo católico del Cardenal Canning, los *trusts* industriales, las grandes compañías de seguros y de aseguranza mutua, etc., etc. Todas estas instituciones penetradas del espíritu comunista y socialista” (“Nuestra táctica”, *EO* n° 22, 24/5/1891).

Mientras Lallemant escribe estas líneas, Engels prepara una nueva edición de su folleto “Socialismo utópico y socialismo científico” que aparece en Alemania en 1891. Vuelve aquí sobre lo que llama una verdadera “rebelión de las fuerzas productivas, cada vez más imponentes, contra su calidad de capital, esta necesidad cada vez más imperiosa de que se reconozca su carácter social”. Esta extraordinaria socialización de los medios de producción excede al capital individual e impone primero la forma de grandes sociedades anónimas, luego la de los *trusts* e incluso su nacionalización como empresas del Estado, el que, llegado a un cierto punto, tiene que hacerse “cargo del mando de la producción”, en áreas como el correo, el telégrafo y los ferrocarriles. ¿Es “progresivo históricamente” este proceso en términos de Engels, como lo es en Lallemant? En un aspecto, Engels parece coincidir con el optimismo de Lallemant: en los *trusts*, por ejemplo, “la libre concurrencia se trueca en monopolio y la producción sin plan de la sociedad capitalista capitula ante la producción planeada y organizada por la naciente sociedad socialista” (Marx-Engels, 151-152).

Sin embargo, el autor de “Socialismo utópico y socialismo científico” rechaza tajantemente cualquier ilusión “socialista” sobre las nacionalizaciones por parte del Estado: “las fuerzas productivas no pierden su condición de capital al convertirse en propiedad de las sociedades anónimas y de los *trusts* o en propiedad del Estado... el Estado moderno no es tampoco más que una organización creada por la sociedad burguesa para defender las condiciones exteriores generales del modo capitalista de producción contra los atentados, tanto de los obreros como de los capitalistas aislados. El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, es el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo ideal” (*Ibid.*: 153).

E incluso arremete contra lo que denomina “una especie de falso socialismo, que degenera alguna que otra vez en un tipo especial de socialismo, sumiso y servil, que en todo acto de nacio-

nalización, hasta en los dictados por Bismarck, ve una medida socialista. Si la nacionalización de la industria del tabaco fuese socialismo —ironiza Engels—, habría que incluir entre los fundadores del socialismo a Napoleón y a Metternich” (*Ibid.*: 152, n.).

Engels, en suma, tiende a plantear una dialéctica histórica “objetiva” del desarrollo capitalista entre fuerzas productivas y relaciones de producción articulada con una dialéctica “subjetiva” en términos de luchas de clases, de sujetos históricos, de partidos y política. Kautsky, en el prólogo a un texto que pocos años después Lallemand hará traducir para el semanario *La Agricultura*, dará una vuelta de tuerca a la dialéctica histórica de Engels en un sentido positivo, objetivista, evolucionista e integracionista:

“Engels decía en su *AntiDühring* lo necio que es considerar como elemento del proceso dialéctico una negación destructiva. La evolución por la vía de la negación no significa en modo alguno la negación de todo lo existente; supone más bien la continuidad de aquello que está evolucionando... La evolución sólo es un progreso cuando no se limita a negar ni abolir, sino cuando también conserva; cuando junto a lo existente que merezca desaparecer, mantiene también lo que merece conservarse. La evolución consiste, pues, en acumular los progresos de las fases anteriores de la evolución. El desarrollo de los organismos no sólo se produce por *adaptación* sino también por *herencia*; las luchas de clases que hacen evolucionar, no sólo se orienta a la *destrucción* y la *reproducción*, sino también a la *conquista* y la *conservación* de algo existente; el progreso de la ciencia sería igualmente imposible sin la *transmisión* de sus resultados anteriores como sin su crítica; y el progreso del arte no nace de la *originalidad* del genio, rompiendo con todas las barreras de lo tradicional, sino también de la *comprensión* de las obras maestras de los predecesores” (Kautsky, 1899/1970: CIX).

Lallemand llegará aún más lejos. Es que el “padre el marxismo argentino” es, podría decirse, un “marxista sin sujeto”, no sólo en el sentido de que el proletariado de la Federación Obrera es apenas una clase incipiente en la Argentina, sino en tanto su concepción del marxismo tiende a acentuar el momento objetivo, positivo, de la dialéctica, en desmedro del subjetivo y negativo. Véase,

por ejemplo, cómo su entusiasmo por el desarrollo de las fuerzas productivas y el avance del proceso de socialización de la producción obnubila hasta tal punto la dimensión político-subjetiva de la dialéctica histórica, que tiende a presentar el socialismo como algo inminente... en 1891:

“El socialismo es hijo del mismo capitalismo. En la sociedad burguesa actual misma, se están desarrollando los gérmenes del socialismo. Así como esta sociedad nació del orden social del tiempo colonial español,... así está el socialismo naciendo ahora del orden social vigente y tiende a instalar un orden perfeccionado muy elevado y superior al actual, un orden cuya idea fundamental es la Solidaridad, el Mutualismo, la Comunidad los intereses de todos, la igualdad de la acción, de desarrollo y ventajas de todos al trabajo, y el derecho igual de todos a la educación y a los productos del trabajo. Y la sociedad socialista o comunista está ya casi pronto para nacer; puede decirse que no falta más que romper la cáscara del huevo... El proceso de desarrollo no lo ataja, no lo paraliza nadie... ¡El socialismo es absolutamente invencible!” (“El socialismo y la burguesía argentina”, en *EO* n° 21, 16/5/1891).

Esta lógica parece llegar al paroxismo cuando Lallemand se entusiasma al recibir la noticia del éxito de una experiencia con energía eléctrica realizada en Frankfurt, Alemania. En un artículo titulado “Un grande triunfo del trabajo humano. La transmisión de energía eléctrica, la aliada del socialismo” se complace en anunciar que ha concluido la era del vapor, identificada con el capitalismo, y que ha comenzado la era de la electricidad, que será la del socialismo: “La nueva transmisión de la corriente eléctrica es la poderosa aliada del socialismo a tal grado, que no pasarán ni los 9 años restantes del siglo actual sin que se haya instalado la sociedad socialista y la producción colectivista. Acabóse la época del vapor, del hierro y del carbón. Acabóse con ella el capitalismo. Comenzó la época de la electricidad y del aluminio, y con ella la época de la sociedad socialista”(EO n° 41, 31/10/1891: 1).

Resuena en el aforismo de Lallemand aquella frase del Marx de *Miseria de la Filosofía*, que probablemente conociera a través de la traducción española de J. Mesa: “El molino movido a brazo nos da la sociedad de los señores feudales; al molino de vapor, la sociedad de los capitalistas

industriales” (Marx, 1847/1970: 91). Tal como ha señalado E. P. Thompson, “este aforismo se ha tomado como licencia para basar el determinismo tecnológico: las fuerzas productivas ‘dan lugar a una u otra sociedad’ cuando en verdad forma parte de una argumentación mayor dirigida a refutar el uso ahistórico que hacía Proudhon de las categorías económicas, tal la de división del trabajo. Marx argumentaba, pues, que Proudhon “invertía” el proceso histórico al comenzar por la categoría “división del trabajo”, cuando en verdad es la “máquina” la que históricamente “descubre” la división del trabajo y determina sus formas particulares (Thompson, 1878/1981: 187). Pero sin duda, en la construcción del “marxismo”, el aforismo pervivió aislado como una fórmula que resumía el determinismo económico-tecnológico dominante en el pensamiento de la Segunda Internacional. Además, *Miseria de la Filosofía* pasaba de la crítica de la “objetividad” de la economía política a la dimensión subjetiva, concluyendo con el célebre análisis del proceso de formación de la clase obrera moderna (de la “clase en sí” a la “clase para sí”), dimensión ausente en la perspectiva de Lallemant.

El aforismo de Lallemant tiene, por otra parte, un eco en un proceso histórico posterior: el que pronunció Lenin en noviembre de 1920 a propósito del plan de electrificación de la URSS (GOSPLAN): “el comunismo es el poder soviético más la electrificación del país”. Pero la situación en la Argentina de 1890 es exactamente la inversa a la de Lenin treinta años después: las esperanzas del líder bolchevique venían dadas porque para él la electrificación crearía las condiciones materiales que hasta entonces habían faltado en Rusia para la transición al socialismo, a pesar de que la toma del poder por la vía revolucionaria había tenido lugar tres años antes...

Esta perspectiva “objetivista” lleva a Lallemant a adoptar, en años inmediatamente posteriores, una posición ante el fenómeno emergente del *imperialismo* que, en principio, puede parecer paradójal. Lallemant no sólo no ignora el carácter dependiente del capitalismo argentino, sino que probablemente haya sido el primero en usar esta categoría en un sentido marxista en la Argentina. Por ejemplo, cuando analiza la crisis capitalista de 1883, señala críticamente “que nuestros grandes terratenientes buscaban capital móvil, con

cuyo fin hicieron que el Estado contrajese grandes empréstitos, los cuales han hecho del país un tributario del capital inglés. Se enajenó la Nación. La independencia política nacida en 1816 se vendió, y resultó nuestra dependencia económica actual” (“El carbón de piedra en la República Argentina”, en *La Agricultura*, 1894, transcripto en Ferrari, 1993: 128).

En un artículo que publica en *Die Neue Zeit* de Kautsky, denominado precisamente “Imperialismo europeo en América del Sur”, Lallemant muestra con cifras el endeudamiento argentino en relación a Inglaterra. Entendía que el nuevo imperialismo económico era mucho más eficaz que el colonialismo: “Sin conquistas políticas, sin barcos ni cañones, el capital inglés exprime, pues, de la Argentina, en valor relativo, 17 veces más de lo que extrae a sus súbditos indios”. Lallemant no olvidaba la perspectiva de clase y señalaba que la crisis agravaba aún más la explotación capitalista: “Es, pues, fácil de comprender que la explotación del proletariado prácticamente no conozca límites, que cese la inmigración y que tome cada vez mayor incremento la emigración. Pobreza y miseria crecen hasta el infinito. El país ya no soporta la carga y se hunde bajo el peso del imperialismo británico y de su propia administración irresponsable” (*DNZ*, t. I, 1902-1903, en Lallemant, 1974: 189)

En otro artículo en la misma revista, presenta asimismo un cuadro dramático de la penetración del capital estadounidense en Bolivia. Pero su conclusión, lejos de ser adversa al imperialismo, lo hace aparecer como “progresivo”: “no obstante todas las protestas, es presumible que la bandera estrellada flameará pronto sobre una parte de este continente; los destinos de estas miserables repúblicas que son totalmente incapaces de gobernarse a sí mismas, serán entonces determinadas por la Casa Blanca en Washington. Cuanto antes esto suceda tanto mejor, porque únicamente de esta manera es posible pensar que Sudamérica pueda alguna vez ser abierta a la cultura y a la civilización” (“La política expansionista de Estados Unidos en América Latina”, *DNZ*, I, 1902-1903, transcripto en Lallemant, 1974: 190 y ss.).

Lallemant adhiere al panamericanismo, como lo había hecho años atrás, a propósito el conflicto limítrofe entre Chile y la Argentina: “A los adversarios del militarismo únicamente se les presenta



Dirk Kerst Koöpmans

una lejana esperanza: la posible intervención de Estados Unidos. El desarrollo liberal burgués de Sudamérica, su liberación del sistema de violencia dominante de las oligarquías que todo lo absorben, será posible únicamente cuando el panamericanismo extienda sus alas en este continente. La oligarquía es un enemigo a muerte del panamericanismo” (“Chile y la Argentina”, en *DNZ*, I, 1895-1896, en Lallemant, 1974: 174-179).

Lallemant critica la violencia, la usura y los innumerables sacrificios que para los pueblos representa el imperialismo, pero lo considera en última instancia, “civilizador” y progresivo (Díaz, 1997: 138-139). En verdad, no podría juzgarse a Lallemant por desconocer el debate marxista sobre el imperialismo, que nacía en Europa inmediatamente después que moría Lallemant.³ La mirada del ingeniero germano-argentino sobre el imperialismo estaba inspirada, aquí también, en la concepción del “marxismo ortodoxo” hegemónico en la Segunda Internacional.

Replica aquí, seguramente sin conocerla en forma directa, la perspectiva planteada por Marx en los artículos del *New York Daily Tribune* a principios de la década de 1850 sobre la penetración del capital británico en la India, perspectiva que se había convertido, repitámoslo, en patrimonio del marxismo de la Segunda Internacional. Marx intenta pensar el problema desde una dialéctica del progreso, articulando al mismo tiempo que una condena moral del colonialismo inglés y de sus efectos destructivos en la India, una justificación histórica de la expansión capitalista en nombre del progreso. Marx no desconoce los horrores de la dominación occidental: “la miseria ocasionada en el Indostán por la dominación británica ha sido de naturaleza muy distinta e infinitamente superior a todas las calamidades experimentadas hasta entonces por el país”. Lejos de aportar un “progreso” social, la destrucción capitalista del tejido social tradicional ha agravado las condiciones de vida de la población. Sin embargo, en último análisis, a pesar de sus crímenes, Inglaterra ha sido “el instrumento inconsciente de la historia” al introducir las fuerzas de producción capitalistas en la India y provocar una verdadera revolución social en el estado social (estancado) del Asia (Marx, 1853/1973: 24-30).

En un artículo ulterior, “Futuros resultados de la dominación británica en la India”, Marx explicita

su postura: la conquista inglesa de la India revela, de otro modo, “la profunda hipocresía y la barbarie propias de la civilización burguesa”. Sin embargo, la célebre conclusión de este texto resume perfectamente la grandeza y los límites de esta primera forma de la dialéctica del progreso: “Y sólo cuando una gran revolución social se apropie de las conquistas de la época burguesa, el mercado mundial y las modernas fuerzas productivas, sometiéndolos a control común de los pueblos más avanzados, sólo entonces habrá dejado el progreso humano de parecerse a ese horrible ídolo pagano que sólo quería beber el néctar en el cráneo del sacrificado” (*Ibid.*: 71-77).

Como ha señalado Michael Löwy, Marx percibe claramente la naturaleza contradictoria del progreso capitalista y no ignora en absoluto su costado siniestro, su naturaleza de Moloch exigiendo sacrificios humanos; pero él no cree menos en el desarrollo burgués de las fuerzas productivas a escala mundial —promovido por una potencia industrial como Inglaterra— y, en último análisis, históricamente progresista en la medida en que prepara el camino a la “gran revolución social”. Se hace aquí patente la impronta hegeliana, histórico-filosófica, de la concepción marxiana del progreso: la “astucia de la razón” —una verdadera teodicea— permite explicar e integrar todo acontecimiento (aún los peores) en el movimiento irreversible de la Historia hacia la Libertad. Esta forma de dialéctica cerrada —ya predeterminada por un fin— parece considerar el desarrollo de las fuerzas productivas —impulsadas por las grandes metrópolis europeas— como idéntico al progreso, en la medida en que él nos conduce necesariamente al socialismo (Löwy, 1996: 197).

El Prólogo de Marx a la *Crítica de la Economía Política* de 1859 parecía establecer una visión progresista y secuencial de modos de producción sucesivos y *El Capital*, como se ha señalado, parecía confirmarlo, al mostrar cómo los “países industrialmente más desarrollados no han más que poner por delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir” (*El Capital*, 1867/1946, I: XIV). La puesta en cuestión de esta concepción histórico-filosófica fue llevada a cabo por el marxismo crítico a partir de la décadas de 1920 y 1930, de Lukács a Karl Korsch, de Gramsci a Mariátegui, de Benjamin a Adorno. Retomando estas preocupaciones, investigadores

contemporáneos exhumaron nuevos textos y revelaron los esfuerzos de Marx, tras la publicación de *El Capital*, por desautorizar las tentativas de “convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa Occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren”. Su método, aclara el propio Marx, consiste en estudiar en su especificidad los diferentes medios históricos para luego compararlos entre sí, y no en la aplicación de la “clave universal de una teoría general de filosofía de la historia, cuya mayor ventaja reside precisamente en el hecho de ser una teoría suprahistórica” (Marx, 1877-78/1980: 63-65). Pero quizás el síntoma más evidente de cierto desajuste existente entre la teoría histórica tal como Marx la concebía y lo que comenzaba a institucionalizarse como Filosofía marxista de la Historia, fue el malestar y el extrañamiento del propio Marx ante los “marxistas” que creían ser fieles a su maestro reduciendo la historia a un relato preconstituido de matriz economicista: “Todo lo que sé es que yo no soy marxista”.

Ahora bien, en 1890 o en 1900, no sólo en el San Luis de Lallemand sino en la Stuttgart de Kautsky, en la Ginebra de Plejánov o en el San Petersburgo de Lenin se ignoraban absolutamente estos esfuerzos de Marx por repensar su concepción de la historia a la luz de un desarrollo desigual y no lineal y expansivo del capitalismo (Tarcus, 2000). Fue aquel razonamiento teleológico y eurocéntrico el que sirvió de base para la llamada doctrina “marxista ortodoxa” de la Segunda Internacional, con su concepción determinista del socialismo como resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas productivas (en contradicción creciente con las relaciones capitalistas de producción (Löwy, 1996: 199).

La apelación a la cientificidad, con todo, no estaba necesariamente reñida con una concepción mesiánica de la revolución. El propio Kautsky, en su influyente comentario de *Die Neue Zeit* sobre el Programa de Erfurt, interpretaba el papel de la socialdemocracia como una “iglesia combatiente” y el del socialismo como una “buena nueva” o un “nuevo evangelio”. El triunfo del socialismo aparecía como inevitable: “Lo que no puede ser motivo de duda para quien haya seguido el desarro-

llo económico y político de la sociedad moderna, especialmente durante el último siglo, es la necesidad de la victoria final del proletariado” (“Das Erfurter Program”, *DNZ*, 1891, en Salvadori, 1978/1980).

La semejanza con la perspectiva de Lallemand es enorme: “Es la fuerza inconsciente, que aparece en toda la historia del género humano como una directriz, que determina el rumbo en que debe evolucionar el desarrollo. Somos nosotros los obreros socialistas los primeros portadores conscientes de la idea progresista histórica. En este carácter consiste nuestra absoluta invencibilidad. El Congreso argentino nos oirá, y aunque se opongá el infierno a ello, dictará la ley que solicitamos (“Presentación de la Federación Obrera. Al honorable Congreso (continuación)”, *EO* n° 9, 21/2/1891).

Lallemand: ¿un marxismo sin sujeto?

El 7 de abril de 1894 aparecía el primer número de *La Vanguardia* y como un eco directo de *El Obrero*, se titulaba “periódico socialista científico, defensor de la clase trabajadora”. En la portada, bajo el título de “Nuestros predecesores”, se le rendía homenaje a Lallemand y su periódico: “Debemos un recuerdo honroso a los que nos han precedido aquí en la propaganda socialista. *El Obrero*, semanario que apareció en diciembre de 1890, ha sido el primer periódico de la clase trabajadora argentina. Fue órgano de la Federación Obrera, y contribuyeron muy principalmente a sostenerlo los compañeros Lallemand y Kühn” (*LV* n° 1, 7/4/1894, p. 1).

Pocas semanas después, se publicaba una carta de Lallemand al director de *La Vanguardia* bajo el título “Los obreros en la República Argentina. Una opinión digna de ser escuchada”. El copete indicaba: “El ciudadano Germán A. Lallemand, que ha sido uno de los iniciadores del movimiento socialista entre nosotros como fundador de *El Obrero*, a cuyo sostenimiento contribuyó tanto con su inteligencia como con su dinero, y que ahora es asiduo colaborador del *Vorwärts* y de *La Vanguardia*, nos ha escrito una carta de la cual a continuación damos algunos párrafos. Ellos muestran la conformidad de ideas que tiene con nosotros en lo que se refiere a la necesidad de que también en este país los obreros socialistas

entren en la lucha política” (LV n° 5, 5/5/1894: 1).

La prédica de *El Obrero* había dado, pues, sus frutos. Juan B. Justo lo reconocía como el primer precedente de *La Vanguardia*. Un joven socialista de la nueva generación como José Ingenieros, en su folleto “¿Qué es el socialismo?” (1895), recogía lo sembrado por Lallemant en *El Obrero* y *La Agricultura* y lo citaba como una autoridad científica y ética a la hora de demostrar la pertinencia de la “cuestión social” en la Argentina (Ingenieros, 1895). En la asamblea del Partido Socialista Obrero Argentino del 9 de febrero de 1896 es elegido uno de los cinco candidatos socialistas a diputado para las elecciones parlamentarias de abril de 1896.

Sin embargo, Lallemant no reconocerá paternidad alguna con la generación socialista emergente. No dará continuidad a sus colaboraciones en *La Vanguardia* más allá de estas jornadas iniciales ni volverá a ocupar cargos en el Partido Socialista. Asimismo, su crítica vitriólica al folleto de Ingenieros en las páginas del *Vorwärts*, es un testimonio por demás elocuente de su distanciamiento: “los obreros —escribe Lallemant en 1896— notan en el folleto del señor Ingenieros que a los estudiantes les falta mucho por aprender” (transcripto en Reinhardt, 1974: 100). Paradójicamente, el ingeniero Lallemant se ampara en el carácter obrero del semanario *Vorwärts* desde el cual escribe para construir un imaginario colectivo proletario e impugnar el socialismo “pequeño-burgués” de Ingenieros. Sin embargo, el joven Ingenieros lidera entonces un grupo estudiantil (el Centro Socialista Universitario) que formará parte activa del proceso de constitución del Partido Socialista Obrero Internacional, mientras el *Verein Vorwärts* aparece por momentos replegado a una función de integración cultural y social de la comunidad alemana en la Argentina.⁴

A menudo se ha entendido su distanciamiento del socialismo argentino por sus diferencias con el socialismo “revisionista” de Justo. En efecto, en una corresponsalía de 1896 a *Die Neue Zeit*, aprueba en líneas generales la agitación socialista del partido argentino “en el terreno práctico”, pero censura el eclecticismo de su política editorial, así como la política de traducciones de *La Vanguardia*, por la difusión de autores como Enrico Ferri y Acchille Loria (“El movimiento obrero en la Argentina”, *DNZ* 1895-1896, en Lallemant,

1974: 167). En una corresponsalía de 1908, el distanciamiento crítico ha aumentado: la acción del partido, señala allí, difícilmente puede ser “más tranquila y cautelosa. Los jefes han pasado casi sin excepción al campo de Turati... son ideólogos burgueses que no están dispuestos a cruzar un determinado Rubicón” (Lallemant, 1974: 205).

Sin embargo, si vamos un poco más allá de las enunciaciones doctrinarias y atendemos a la concepción que cada uno se había forjado del socialismo así como de la sociedad argentina y su lugar en el capitalismo internacional, se pone en evidencia que la oposición Justo/Lallemant es una construcción en parte debida a Kühn, pero sobre todo a los comunistas y sus epígonos (Paso, Ratzer, etc.). Es más: puede afirmarse que Justo es el discípulo cabal de Lallemant, aunque éste no reconociese su paternidad político-intelectual. Es indudable que Justo no adscribía al “marxismo ortodoxo” al estilo de un Kautsky o un Lallemant, considerando a Marx dentro de un universo de autores socialistas compartido con un Ferri o un Loria (Aricó, 1999). Esto no impide que ambos adscriban a un socialismo con un fuerte énfasis científicista, objetivista y evolucionista, defiendan como “civilizatoria” la expansión del capitalismo, sostengan para la Argentina una política económica favorable al libre comercio y estén animados por la misma confianza en que el progreso —identificado con el desarrollo tecnológico— colocará al proletariado moderno en los umbrales del socialismo.

Y si alguno de los dos está más próximo a atisbar una salida a este rígido paradigma, ése es Justo y no Lallemant. Es, precisamente, su rol de organizador político y dirigente partidario —ausente en Lallemant— el que lleva a Justo a argumentar brillantemente contra este paradigma cuando precisamente Enrico Ferri, en su célebre conferencia de 1908 en Buenos Aires, la vuelve contra el Partido Socialista. La política ha enriquecido y problematizado el socialismo objetivista y evolucionista de Justo, pero esta es una dimensión ausente —más allá de ciertos enunciados generales— en Lallemant.

Las corresponsalías de Lallemant en *Die Neue Zeit* se fundan, sin duda, en la complicidad doctrinaria (marxista “ortodoxa”) con Kautsky a expensas del “revisionismo”. Pero esta “ortodoxia” paga el precio oneroso del elitismo y el nacionalismo

cuando busca asociar a los obreros inmigrantes alemanes con la cultura y la conciencia socialistas, en franco contraste con la imagen que construye de “los obreros italianos y españoles, que forman la gran mayoría” del proletariado de la Argentina, escasamente ilustrados y politizados. Lallemand sólo se asemeja a Kautsky en dicha identidad doctrinaria; en verdad, no se ajusta a la figura de un marxista clásico: responde más a la imagen de un “sabio” al estilo decimonónico que a la de un político socialista del nuevo siglo. Es acaso, como Kautsky, un teórico marxista, pero con la diferencia crucial de que el autor de *La cuestión agraria* es el tutor doctrinario de un partido político de masas (el Partido Socialdemócrata Alemán), mientras Lallemand —salvo el breve lapso de colaboración con los socialistas argentinos— es un marxista sin sujeto. Tanto más lejos se situaba de la política, tanto más patente se hacía su socialismo objetivista. Un sabio devenido socialista, un alemán en un país periférico, un marxista sin proletariado, un Kautsky sin partido.

¿Era, pues, inevitable su ulterior distanciamiento del socialismo argentino? En modo alguno: de estar animado por una voluntad política, pudo jugar su enorme prestigio político-intelectual ocupando, acaso, un lugar de maestro, como Engels lo fue respecto de Kautsky, Bernstein y tantos otros, cuestionando lo que entendía eran las flaquezas de los jóvenes, pero también orientándolos, aconsejándolos y promoviéndolos. Pudo transformar su autoridad intelectual y moral en autoridad política, como lo hizo Justo. E incluso poner su prestigio político-intelectual al servicio de una línea interna anti-revisionista, al estilo de un Kautsky.

Pero esto implicaba, sin duda, su instalación en Buenos Aires, lanzándose de lleno al único terreno que no había rastreado este explorador consumado: el de la política. Su recolocación implicaba una (auto)transformación que Lallemand no supo o no pudo hacer. Es así que aquel sabio germano-argentino de carácter intempestivo, hosco y solitario como un Robinson en su San Luis adoptiva, escogió en cambio el camino de la “crítica científica”, severa, inexorable... Es así que luego de colaborar en los primeros dos años de la experiencia de *La Vanguardia* y de aceptar su candidatura socialista a diputado, se automarginaba de los que iban a poner en movimiento al

Partido Socialista argentino aquel hombre notable que había dado lo mejor de sí para nutrir de una doctrina emancipatoria al naciente proletariado argentino.

Referencias bibliográficas

- Andreucci, Franco (1980), “La difusión y vulgarización del marxismo”, en *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, vol. 3.
- Aricó, José (1999), *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Bauer, Alfredo (1989), *La Asociación Vorwärts y la lucha democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Fundación F. Ebert/Legasa. Introducción de Emilio Corbière.
- Chávez, Fermín (1993), “Un marxista alemán en San Luis”, en *Todo es Historia* n° 310, mayo de 1993.
- Díaz, Hernán (1997), “Germán Avé Lallemand y los orígenes del socialismo argentino”, en *En defensa del marxismo* n° 17, Buenos Aires, Julio de 1997.
- Ferrari, Roberto A. (1993), *Germán Avé-Lallemand. Introducción a la obra científica y técnica de Germán Avé Lallemand (c. 1869-1910)*, San Luis, Instituto Científico y Cultural “El Diario”.
- García Costa, Víctor O. (1985), “Introducción” a: *El Obrero: selección de textos*, Buenos Aires, CEAL.
- Haupt, Georges (1979), “Marx y marxismo”, en *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, vol. 2.
- Hobsbawm, Eric (1983) [1974], “La difusión del marxismo (1890-1905)”, en *Marxismo e historia social*, Puebla, UAP.
- Ingegnieros, José (c. 1927), “¿Qué es el socialismo?”, Buenos Aires, 1895. Citamos de la 2° ed: Buenos Aires, Los Pensadores, s/f.
- Klima, Jan (1974), “La Asociación bonaerense Vorwärts en los años ochenta del siglo pasado”, en *Ibero-Americana Pragensia*, a. VIII, Praga.
- Kühn, Augusto (1916), “Apuntes para la historia del movimiento obrero socialista en la República Argentina”, en *Nuevos Tiempos. Revista de Buenos Aires*, n° 1-6, Buenos Aires.
- Labastíe de Reinhardt, María Rosa (1975), “Una polémica poco conocida. Germán Avé Lallemand-José Ingenieros (1895-1896)”, en *Nuestra Historia* n° 14, Buenos Aires, abril de 1975.
- Lallemand, Germán-Avé (1888), *Memoria descriptiva de San Luis. Presentada al Concurso de la Exposición Conti-*

mental de 1882, San Luis, Imprenta de "El Destino", 1888.

——— *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina* (1974), Buenos Aires, Testimonios, sel. de textos de L. Paso.

- Löwy, Michael (1996), "La dialectique marxiste du progrès et l'enjeu actuel des mouvements sociaux", en *Congrès Marx International. Cent ans de marxisme. Bilan Critique et prospectives*, Paris, Actuel Marx Confrontation/PUF.
- Marx, Carlos (1847), *Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, Signos, 1970.
- (1867, 1885, 1894), *El Capital. Crítica de la Economía Política* (1946), México, FCE, 3 vols.
- (c. 1877), "Carta a la redacción de *Otiéchestvienné Zapiski*", en Marx/Engels, *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa*, México, PyP, 1980.
- Mondolfo, Rodolfo (1915), *El materialismo histórico en F. Engels y otros ensayos*, Buenos Aires, Raigal, 1956.
- Paso, Leonardo (1974), Introducción a: *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*, Buenos Aires, Testimonios.
- Ratzer, José (1970), *Los marxistas argentinos del '90*, Córdoba, Pasado y Presente.
- Salvadori, Massimo (1978), "Kautsky entre ortodoxia y revisionismo", en Hobsbawm y otros (eds.), *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, vol. 4, 1980.
- Shanin, Teodor (ed.) (1984), *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*, Madrid, Revolución, 1990.
- Tarcus, Horacio (2000), "¿Es el marxismo una Filosofía de la Historia? Marx, la teoría del progreso y la 'cuestión rusa'", en *Realidad Económica*, n° 174, Buenos Aires, agosto/setiembre 2000.
- Terán, Oscar (2000), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires, FCE.
- Thompson, E. P. (1978), *La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona, LAIA, 1981, 3 vols.

- 1 El tema no está agotado. Un rastreo exhaustivo de los cientos de artículos de Lallemant dispersos en una docena de publicaciones periódicas, especialmente el *Vorwärts*, quizás permita hallar referencias del propio autor a su autobiografía político-intelectual. Se ha señalado reiteradamente que Lallemant mantuvo correspondencia con Engels y con Kautsky. Hasta el presente no se ha hallado ninguna de sus cartas en los archivos europeos que albergan los Fondos de estas dos figuras, cartas que, de existir, sin duda arrojarían nueva luz sobre la recepción del marxismo por Lallemant.
- 2 "Aus der Pampa" en *La Plata Monatschrift*, 1873, transcrito y traducido en: Ferrari, 1993: 110-111
- 3 Por citar los primeros hitos de este debate: *El Capital Financiero* de R. Hilferding apareció en Viena en 1910, *La acumulación del capital* de R. Luxemburg es de 1913 y el clásico folleto de Lenin, "El imperialismo, etapa superior del capitalismo", de 1915.
- 4 Cuando en abril de 1894 tres agrupamientos socialistas — *Les Egaux*, *Fascio del Laboratori* y la Agrupación Socialista— constituyen el Partido Socialista Obrero Internacional, el *Verein Vorwärts* se abstiene de participar. Pocos meses después, pidió su adhesión.

Publicaciones periódicas

- *Vorwärts. Organ für die Interessen des arbeitenden Volkes* (Buenos Aires, 1886-1901). Varios directores sucesivos. Colección microfilmada en la biblioteca Central de la UNLP y en el CeDInCI.
- *El Obrero. Defensor de los intereses de la clase proletaria. Órgano de la Federación Obrera* (Buenos Aires, 1890-1892). Dir.: Germán Avé-Lallemant, luego a cargo de Augusto Kühn. Colección microfilmada en la biblioteca Central de la UNLP y en el CeDInCI.

Campeones del proletariado.

**El periódico
El Obrero
y los comienzos
del socialismo
en la Argentina**

Ricardo H. Martínez Mazzola



Frans Masserel

El periódico *El Obrero* y las posiciones y discursos que desde él se sostenían, en particular los de una figura como la de Germán Avé-Lallemant, han recibido más atención a fines de los años sesenta y principios de los setenta que en los años recientes. Las interpretaciones al respecto no surgieron desde el campo historiográfico sino desde el político, proviniendo de militantes que apelaron al antecedente del grupo de *El Obrero* para fundar sus posiciones en las luchas políticas de la hora.

El trabajo que con más detalle se ha concentrado en el discurso y las posiciones políticas sostenidas desde *El Obrero*, es sin duda el de Ratzer (1969), quien reconstruye las posiciones “revolucionarias marxistas” del grupo nucleado en torno a Lallemant, a los que denomina “marxistas argentinos del ‘90”, para contraponerlas con las “reformistas” que caracterizarían posteriormente al Partido Socialista conducido por Juan B. Justo.¹

Entre los trabajos más importantes se encuentra también el estudio inicial con que Leonardo Paso acompaña una compilación de artículos de Lallemant, publicado en 1974, en el que este autor, vinculado a las posiciones del Partido Comunista, destacaba el componente anti-imperialista, el detallado análisis de las fuerzas sociales y de la realidad nacional, así como la preocupación por la situación de los trabajadores rurales, del pensamiento del alemán.² En sus trabajos acerca de la historia de los partidos políticos, Paso (1983 y 1988) vuelve sobre las posiciones de *El Obrero* analizando las iniciativas que, desde el periódico y al interior de la Federación, se daban para constituir un partido político. Al respecto, rechaza (1983: 377) la afirmación de Ratzer que vincularía la fundación del Partido Socialista con una polémica entre sectores revolucionarios y reformistas, mostrando el papel que en dicha fundación tuvieron tanto Justo como Lallemant o Kühn.

En cambio, en el conjunto de los trabajos que en los últimos años tratan acerca del desarrollo de las ideas y organizaciones socialistas en la Argentina, las referencias al periódico *El Obrero*³ ocupan un lugar secundario, que contrasta con el creciente interés en la historia y las organizaciones de izquierda. Esto se debe a que los trabajos que se han ocupado de los orígenes del Partido Socialista, alejándose de la mirada fuertemente

negativa con la que se había caracterizado la política socialista desde el pensamiento de la izquierda nacional y la izquierda revolucionaria, se han concentrado en el período posterior a la organización del partido y en las ideas de Juan B. Justo. De todos modos, estos trabajos, aunque no hacen del período previo su tema principal, al acentuar la radicalidad de la ruptura planteada por Justo delimitan otra lectura, más crítica, del período anterior.

Esta lectura crítica es explícita en el trabajo señero en esta tarea de recuperación del pensamiento de Justo, “La hipótesis de Justo”, en donde José Aricó (1999: 41), continuando con su esfuerzo de reconstrucción de los avatares de la recepción e interpretación de las ideas marxistas en América Latina, subraya que la mayoría de los marxistas en Latinoamérica fueron incapaces de ver las cada vez más difíciles relaciones entre la “perspectiva palingenética” y la práctica de un partido de masas. El marxismo fue adoptado como una ideología del desarrollo en el marco de una insuprimible lucha de clases en la que los socialistas eran el partido del progreso. En este juicio Aricó abarca aún a “socialistas lúcidos” como Lallemant, quien, aunque consciente de las dificultades para la acción socialista en el subcontinente, habría sido incapaz de plantear propuestas que vincularan socialismo y democracia, por lo que habría confiado la realización del socialismo a una futura resolución en manos de las fuerzas de la historia.⁴

Del conjunto de trabajos que, siguiendo en parte las ideas de Aricó, analizan diferentes aspectos del pensamiento de Justo destacaremos dos que explícitamente subrayan la diferencia con las posiciones del grupo de *El Obrero*. El primero de ellos es el de Juan Carlos Portantiero (1999: 17-18), para quien la inclusión de Justo marca un punto de viraje en la historia del movimiento socialista argentino en lo referente a dos cuestiones: por un lado “su presencia abrió las puertas para la incorporación de una camada importante de jóvenes de origen nativo”; por el otro, Justo, que no era estrictamente marxista, desplazó al grupo marxista ortodoxo, el grupo de Lallemant y *El Obrero*, de la dirección del movimiento socialista al que intentó impulsar en una dirección más pragmática. El segundo trabajo es el de Geli y Prislei (1993), donde, a la lectura de Lallemant

que valora a la Unión Cívica Radical como una fuerza que debe realizar la “revolución burguesa” reencauzando el proceso de modernización frenado por la “oligarquía caudillera”, se contraponen la mirada de Justo, quien temía la ausencia de una etapa burguesa clásica, que se explicaría por la eficacia de la manipulación deformante del poder político sobre las desorganizadas fuerzas burguesas y democráticas; frente a esta situación, Justo consideraba que la única fuerza que podía tomar en sus manos las tareas democráticas y transformadoras era el propio Partido Socialista, el que para ello debía transformarla en eje de una alianza de clases.

Si bien estos trabajos permiten hablar de una profunda cisura entre las líneas maestras de la política del Partido Socialista con respecto a las sostenidas previamente por el grupo de *El Obrero*, ellos no avanzan en el análisis de las posiciones políticas específicas sostenidas por este grupo, sus transformaciones y sus conflictos internos. Este análisis tampoco ha sido emprendido, a pesar de la mayor atención prestada al grupo, por Ratzer, Paso o García Costa, a los que, la centralidad de los imperativos políticos de la hora, habría llevado a dos limitaciones (en ambos casos, una excepción parcial la encontramos en Paso): en primer lugar, a colocar en un segundo plano las tensiones internas y las transformaciones en el tiempo dando al discurso sostenido desde el periódico una unidad y permanencia inexistente; y en segundo lugar, a una anacrónica identificación de la propia tradición con el marxismo mismo, desatendiendo la complejidad de los debates del movimiento socialista internacional y su fundamental influencia en las posiciones adoptadas por los socialistas en nuestro país.

En este trabajo nos proponemos avanzar en el análisis de algunas de las líneas políticas fundamentales sostenidas desde *El Obrero*: su concepción de las tendencias del desarrollo capitalista, de las clases sociales y de la acción política, teniendo en cuenta sus modificaciones en el tiempo y la influencia de los debates del movimiento socialista internacional. Nos proponemos también, partiendo de estas transformaciones en la estrategia política, avanzar en la reconstrucción del proceso que tendría como resultado la división del periódico y el surgimiento de los “her-

manos-enemigos”: *El Obrero* (segunda época) y *El Socialista*.

***El Obrero* y la difusión del socialismo científico**

Aunque *El Obrero* no es el primer periódico socialista de nuestro país⁵, su publicación constituye un hito fundamental en la historia de esta tendencia, en primer lugar por el carácter institucional del mismo, que no era órgano de una sociedad de resistencia o de un club, sino de la naciente Federación Obrera⁶ que se había propuesto nuclear tanto a sociedades de resistencia como, en la “Sección Varia”, a militantes socialistas. Este carácter ambiguo de la Federación se potenciaría en el periódico, a la vez órgano de la Federación y tribuna política de los socialistas. Esta segunda dimensión se impondría, haciendo de *El Obrero*, junto con la “Sección Varia”, uno de los principales núcleos desde donde impulsar la construcción de un Partido Socialista.

El segundo motivo por el cual la publicación de *El Obrero* constituye un hito fundamental en la historia del socialismo en la Argentina, es su adhesión explícita al “socialismo científico” —es decir, a una concepción marxista del socialismo— cuyas categorías intentó emplear para analizar la situación social y política local. Desde su primer número, los redactores de *El Obrero* se embarcaron en un esfuerzo orientado a exponer y difundir los postulados teóricos marxistas. Así, ya en el artículo que inaugura este número inicial, titulado “Nuestro Programa”, se sostiene:

“Venimos a presentarnos en la arena de la lucha de los partidos políticos en esta República como campeones del Proletariado que acaba de desprenderse de la masa no poseedora, para formar el núcleo de una nueva clase que, inspirada por la sublime doctrina del socialismo científico moderno, cuyos teoremas fundamentales son la concepción materialista de la historia y la revelación del misterio de la producción capitalista por medio de la supervalía (sic) —los grandes descubrimientos de nuestro inmortal maestro Carlos Marx—, acaba de tomar posición frente al orden social vigente” (*EO*, 12/12/1890).

En este párrafo encontramos algunas de las cuestiones fundamentales en las que se centrará la tarea propagandística de *El Obrero*: la concepción materialista de la historia, el vínculo del proletariado con otras clases y la necesidad de la acción política; en cambio, no será un componente central de su prédica —tal vez por lo “abstracto” del tema— “la dilucidación del misterio capitalista a través de la superválía”. Con respecto a la primera cuestión, es también en el número inicial que encontramos el artículo “La crisis económica y Financiera”, en el cual, partiendo de la noción de que “las condiciones de la vida material son las que dominan al hombre, y (...) determinarán siempre las costumbres, las instituciones sociales, económicas, políticas, jurídicas, etc.”, se deduce la Revolución del '90 y la evolución futura de la política local de la situación económica y, más en particular, financiera.

A la certeza de poseer el instrumento preciso de interpretación de la realidad, se aunaba la confianza en las tendencias que se leían en dicha realidad; así, dirigiéndose a los compañeros que desesperaban de la proximidad del cambio revolucionario, el periódico sostenía:

“Y sin embargo, si observamos atentamente el desastroso rumbo que está tomando el mundo capitalista de hoy, la tremenda concentración acelerada que experimenta el capital en manos de unos pocos individuos, la generalización de la miseria en masas del pueblo trabajador, el crecimiento continuo del ejército de reserva del trabajo, la ruina de los Estados, gracias a las deudas públicas, la rapidez con que las crisis industriales y comerciales se siguen una tras otra, siempre en intervalos más cortos y de intensidad más pronunciada, entonces no puede haber duda de que pocos, muy pocos años nos separan de la gran revolución social... La próxima transformación inevitable de los ejércitos permanentes en milicias armadas, va a ser seguramente el primer paso de la caída del sistema capitalista, y esta transformación está en la atmósfera, tiene que ser un hecho dentro de muy poco con absoluta necesidad fatalista” (*EO*, 17/1/1891).

El carácter determinado de las tendencias históricas, del proceso de desarrollo “al que no lo ataja, no lo paraliza nadies (sic)”,⁷ colocaba en un lugar central la distancia del proletariado con res-

pecto al resto de las clases sociales, en particular de la pequeña burguesía. Por otro lado, la centralidad de la tarea educativa y organizativa orientada al momento revolucionario, llevaría a enfatizar la importancia de la lucha política y la necesidad de constituirse en partido para ello, así como la prioridad del partido así constituido sobre las formas de organización sindical.⁸

La crisis del '90. Hacendados, caudillos y gran capital

En el artículo-manifiesto que abría el primer número del periódico, se planteaba que en la Argentina había predominado desde su origen “el régimen del caudillaje”, sistema que se apoyaba en el sistema de las encomiendas y la esclavitud, las que, abolidas de derecho, permanecían sin embargo en las zonas menos “civilizadas” (en cursiva en el original) en las que no tenía peso el elemento extranjero. La referencia al elemento extranjero no era solamente —ni centralmente— a la población sino al capital, el que, en búsqueda de nuevos mercados, estaba llevando adelante la obra civilizatoria, que implicaba tanto organizar la producción de acuerdo a las leyes capitalistas como realizar “en el orden social las instituciones del liberalismo democrático burgués, como única organización social adecuada al máximo desarrollo de la libre competencia o concurrencia”. Este capital inicialmente habría utilizado a la “oligarquía del caudillismo” para ingresar al país, pero cuando ésta última abusó del poder del Estado, violando las leyes de la competencia y de la sociedad democrática burguesa a través del “Unicato”, debió declararle la guerra. Así, la Bolsa, se argumentaba, se enfrentó al “gobierno caudillero” y “siguiendo la acción civilizadora del capital se alzó la Unión Cívica, levantando la bandera del régimen puro de la sociedad burguesa”. La llamada hoy Revolución del '90, es vista así como “la revolución de la burguesía argentina por excelencia” y, aunque se plantea que el caudillismo se habría recuperado con Pellegrini, se confía en su pronta rendición. El elemento central de este artículo programático está dado por el supuesto de la necesaria correspondencia entre fuerzas sociales y régimen político, entre predominio de la producción capitalista y realización del régimen democrático liberal. El capital, que es visto como la

fuerza modernizadora en la estructura económica y social, es también la fuerza que impulsa, a través de la Unión Cívica, la democratización política: el “régimen burgués puro” es así saludado, ya que en él están los gérmenes “de la futura sociedad comunista”.

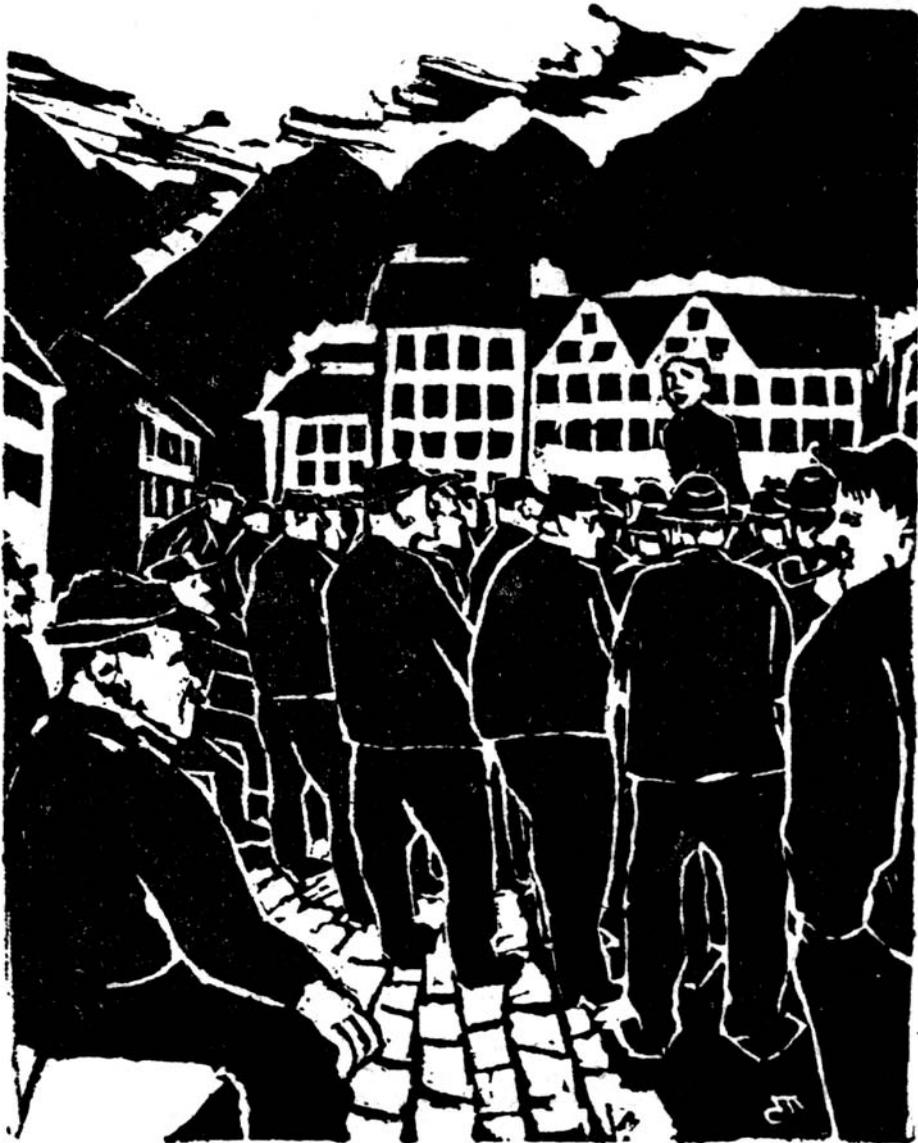
En el mismo número inicial encontramos un artículo titulado “La crisis económica y financiera”, en el que se explica el alzamiento de la Unión Cívica como un movimiento de la pequeña burguesía frente a la bancarrota desatada por el caudillaje. La caracterización de la pequeña burguesía y de la fuerza que, se considera, la representa, es menos halagüeña, pero más explícita con respecto al vínculo con el capital extranjero. La pequeña burguesía habría apoyado esperanzada las ilusiones del progreso patrio proclamadas por el caudillismo hasta que, al ver amenazada su posición, habría recordado a “la patria en peligro” y los valores de justicia y libertad. Es así que esta clase, incapaz de ver sus intereses, levanta las banderas cívicas, que son las de la “República democrática burguesa”; creyendo salvar la patria acabará con el caudillismo, pero no impedirá la ejecución por parte de los acreedores que establecerán “un sindicato ejecutivo para la administración de la hacienda pública, exactamente como los mismos capitalistas europeos lo hicieron en Egipto”. La planteada semejanza con la intervención británica en Egipto es retomada en una nota en la “Revista del Interior” donde, más allá del carácter irónico de la comparación, se percibe una apuesta por la simplificación y la progresiva transparencia de la dominación⁹, que hace preferir un gobierno de clase frente a “los intermediarios ladrones” del caudillismo.¹⁰

La explicación más detallada de la estructura social argentina se encuentra en la serie de artículos titulada “Los elementos de la producción en la República Argentina”, que fue publicada en *El Obrero* entre enero y marzo de 1891. En ella, luego de exponer los conceptos fundamentales del análisis marxista de la estructura del capitalismo, y explicar los principios de la división internacional del trabajo que fundan la imposibilidad del desarrollo industrial de países como la Argentina, se realiza una descripción más detallada de la estructura social local. La fertilidad del suelo, se sostiene, es casi la única ventaja del país y es en

base a ella que debe orientarse el trabajo productivo; el problema es que esa ventaja, que no es natural sino resultado del trabajo social de generaciones, es apropiada por la clase de los terratenientes, los que, empleando la fuerza pública, se han apropiado del uso del suelo. A continuación se analizan las características “retrógradas” de la clase de los estancieros, se distinguen las difíciles relaciones que establecen con los puesteros y los peones, y se identifica a la clase de los colonos y labriegos con la pequeña burguesía, con la que compartiría las ilusiones con respecto a las posibilidades de la pequeña propiedad y la posibilidad de apelar al Estado en su defensa. Frente a ello, el pronóstico es claro: “semejante régimen industrial agrícola supone la división de la tierra y el fraccionamiento de los demás medios de producción; supone pues un grado de desarrollo imperfecto de la producción capitalista siendo sólo compatible con un estado restringido y mezquino de la producción y la sociedad.”. La pequeña producción es incapaz de competir con “el régimen capitalista de los cultivos en grande escala” que se va imponiendo a nivel internacional; por ello, se sostiene, “el sistema de explotación de nuestra pequeña agricultura, apenas nacido, ya está condenado a ser, y será en efecto muy luego, aniquilado. La diminuta propiedad de los colonos y chacareros será convertida en propiedad colosal capitalista, por medio de la dolorosa y terrible explotación del pueblo trabajador”. La concentración capitalista en la agricultura que, siguiendo la ortodoxia de la Internacional, se suponía inevitable, daba por resultado la simplificación social. Así, se afirmaba:

“Los miembros de la clase de los pequeños agricultores serán entonces naturalmente echados a los rangos del proletariado y arruinados completamente. Esta ruina ha principiado a realizarse ya, e irá consumiéndose rápidamente... O el elemento extranjero se sobrepone y reforma el país o la ejecución de los banqueros europeos cambiará radicalmente las condiciones económicas del país. De la manera retrógrada como hoy se lleva adelante el proceso de producción no podemos continuar” (21/2/1891).

Aunque la prognosis parece plantear una alternativa, un pequeño lugar para la acción política encarnada por los extranjeros, la probabilidad y



Clement Moreau

las fuerzas de la historia vuelven a estar puestas en el papel del gran capital extranjero, el que de todos modos acabará con las formas retrógradas de la producción. La confianza en el papel progresivo del capital internacional, el que realizará el “régimen burgués puro”, reaparece en un artículo publicado en el nº 13:

“La clase burguesa se haya dividida aquí en Buenos Aires como ya hemos dicho varias veces, en la clase alta *high-life* de los grandes estancieros, gran hacendados, que gobiernan el país en absoluto desde la independencia por medio del caudillaje, de la pequeña burguesía, cuyos miembros son honrados por los de la clase alta con el sobrenombre de *los compadritos*, y en los partidarios del *capital internacional*, especialmente europeo” (EO, 21/3/1891).

La crisis económica en curso es interpretada como “una verdadera revolución económica y social, que ha de ser muy benéfica al país”; en ella, el papel fundamental lo tiene el capital internacional “en cuya dependencia de facto nos hallamos desde el primer empréstito contraído, y a la cual se ve arrastrada la pequeña burguesía”. Se establece así una lucha entre el capital internacional y la pequeña burguesía por un lado, y el caudillaje político, instrumento de los terratenientes, por otro, lucha que, se confía, dará el triunfo a los primeros, instalando el “régimen burgués puro”, que los intereses del capitalismo exigen. Es frente a esta sociedad burguesa que dará la lucha el proletariado.

La presión del capital internacional, sostiene el nº 24 de *El Obrero* (8/6/1891), sometía a los gobiernos aliados a los grandes hacendados —a los que, apelando al término acuñado en París, se denominaba “*rastaquouères*”— a difíciles dilemas, como el que introdujo el proyecto presentado por el diputado Morena proponiendo gravar las haciendas. Los ingresos públicos, se sostiene, se basaban en el sistema de contribuciones directas que liberaba a los grandes hacendados, recargando a la clase media y proletaria. Se explicaba que “*rastaquouères*” como Pellegrini, Roca y López, mantendrían con gusto la política impositiva sobre este sostén, pero “los que ya nada tenían nada o muy poco tienen no pueden pagar, aunque les azoten, y los capitalistas ingleses insisten con el pago de la deuda. Qué dilema! El

proyecto Morena es la manzana de la discordia tirada a la clase *high life*, y es el principio de la guerra civil que no tardará mucho en estallar.” Volvemos a encontrar aquí cierto papel progresivo de los capitales extranjeros los que, para poder cobrar, necesitan del establecimiento de un sistema más “racional” de impuestos y que, para obtenerlo, entablan la lucha con los hacendados.

El papel de la pequeña burguesía y la Unión Cívica Radical

Hemos visto que en las intervenciones del primer número de *El Obrero* la Revolución del '90 es presentada como una revolución burguesa. El motor de la misma sería la tendencia expansiva del gran capital obstaculizado por los gobiernos caudillistas asociados a los grandes hacendados. En esta lucha considerada necesaria y progresiva, la pequeña burguesía habría puesto “las manos y la sangre”: movida por la situación económica y no por banderas de democracia, libertad y justicia, este sector social se había sublevado y creado a su campeón, la Unión Cívica, a la que cubrió con velos ideales. De todos modos, la caracterización no es del todo negativa: la Unión Cívica no realiza “la” justicia social o “la” revolución social, pero a través de “su” revolución, favorece el establecimiento del imperio del capital y del “régimen puro de la sociedad burguesa”, condición necesaria para el futuro triunfo proletario.

Pero la mirada se hizo más negativa al hacerse pública la postulación de Mitre como candidato de la Unión Cívica para las elecciones presidenciales de 1892. La pequeña burguesía no habría cumplido el papel de destruir “el caudillaje unido en el *rastaquouèrismo* político”, y se habría dejado “embaucar y ahorcar sin resistencia alguna”. La Unión Cívica habría defraudado la expectativa de realizar la revolución burguesa, pasando a representar a los terratenientes en forma más directa aún que el roquismo, al que se liga con la intermediación política.

Así, las primeras expectativas positivas con respecto a la posibilidad de una revolución pequeño-burguesa encabezada por la Unión Cívica fueron reemplazadas por duras críticas, y luego por cierto desinterés con respecto a dicho sector. En un artículo publicado en el nº 4, titulado “La industria nacional”, se explica que la pequeña bur-

guesía, a la que se identifica con “la clase media”, es el lacayo de los grandes hacendados. La existencia de la pequeña burguesía es “la piedra angular sobre la que descansa el edificio del estado burgués moderno”. El optimismo se basa en las tendencias históricas que marcarían la condena de esta clase media, llevando a la polarización social, las que no pueden ser percibidas por la pequeña burguesía, que confía en salvarse con soluciones mágicas, como la de “levantar la industria nacional”.

Estas críticas centradas en las ilusiones de la pequeña burguesía disminuyen en mayo de 1891, momento en que se hacen más explícitas las tensiones dentro de la Unión Cívica, y desde *El Obrero* se depositan mayores esperanzas en el papel revolucionario del ala “radical”. Así, encontramos un análisis de esa “interna” en el que se contraponen a la figura de Mitre —al que se asocia con la clase de los hacendados *high life*— con las de Alem y Del Valle —quienes, se destaca, son empujados “por sus clientes, la pequeña burguesía, a quienes la crisis va llevando sus capitalitos y el hambre corriendo sobre los talones”, a oponerse a “los ladrones”— (16/5/1891). Esta línea es acentuada en el número siguiente del periódico, donde se comenta un manifiesto de Alem que declara “que en ningún caso aceptará proposiciones que habiliten a los *representantes del oficialismo* para continuar en punto alguno de la república ‘el funesto régimen que hemos combatido y seguiremos combatiendo’” (24/5/1891); ante ello, la posición de *El Obrero* es elogiosa, se aplaude el proceder de Alem y se caracteriza a la Unión Cívica como un partido democrático que, por lo tanto, “no puede pactar con Roca ni tampoco con Mitre”.

A mediados de julio, siendo ya clara y pública la división de la Unión Cívica y el surgimiento de la Unión Cívica Radical, el articulista no oculta su satisfacción: “Se separaron en fin definitivamente de la U.C. los sostenedores y clientes de la clase de los grandes hacendados y del caudillaje, bajo la bandera de Mitre-Roca. Los demócratas bajo Alem, quedaron los fumados.” En esta ocasión el engaño no aparece como destino ineludible de la pequeña burguesía, sino como posibilidad de un aprendizaje, preguntándose si “¿al fin habrá aprendido algo la pequeña burguesía en esta campaña vergonzosa? ¿O hallará otro traidor co-

mo Mitre otra vez?”. Esta duda reaparece al comentar el fracaso del pacto entre Mitre y Roca:

“Pero no nos entreguemos a ilusiones sobre el partido radical de la Unión Cívica tampoco. Los discursos de sus prohombres y el contenido de sus diarios (véase sobre todo un desencantador artículo del Dr. Irigoyen en *El Argentino*) revelan incontestablemente que la U.C. sigue navegando como siempre en las aguas de la pequeña burguesía, sin darse cuenta de lo que alrededor de ella pasa. Los discursos y contemplaciones publicados en ocasión de la celebración de la revolución del Parque el 26 de Julio, revelan como los compadritos no son capaces de criticar, ni de avalorar en toda su magnitud histórica los acontecimientos políticos y económicos contemporáneos, y que inconscientemente se dejan llevar por las circunstancias como la caña por el viento, y siempre con las miradas de respecto (sic) humilde hacia la clase de los grandes hacendados y con el aire de odio menospreciativo para con las masas del pueblo trabajador. El Compadrito nunca aprende algo, pero sin saberlo está obrando obedientemente bajo el impulso de la tendencia histórica, que está empujando el mundo entero hacia la instalación de la Sociedad comunista irreversiblemente” (*EO*, 8/8/1891).

En el fragmento aparece claramente expresada la ambigüedad de la visión, no sólo sobre el radicalismo y dirigentes como Bernardo de Irigoyen, sino también sobre la pequeña burguesía, con respecto a la cual se insiste en su “inconsciencia”.

Si las críticas a la Unión Cívica habían disminuido al anunciarse la escisión de los “radicales” —en cuyo papel revolucionario, que acabaría con el caudillismo y los intereses de los terratenientes, se depositaban ciertas esperanzas—, la disipación de esas ilusiones llevaría en un inicio a una caracterización más negativa del radicalismo¹¹, y luego a cierto desinterés por el papel de esta fuerza. Las referencias al rol del radicalismo prácticamente desaparecen en los últimos números de *El Obrero*, en los que el análisis se plantea más directamente en términos de conflictos entre “Agrarios y Bolsistas-Financistas”¹², conflicto que, además de aparecer como confrontación directa entre fuerzas sociales sin referencias a su media-

ción política, se desdibuja el papel de la pequeña burguesía con la que se identifica al radicalismo.

Pequeños burgueses y proletarios

Esta transformación en la mirada acerca del radicalismo y la pequeña burguesía se vincula también con la adopción de una versión más estricta de la teoría de la simplificación social como condición de la revolución, que acentuaba la distancia entre el proletariado y la clase de los pequeños propietarios. Estas posiciones coincidían con el programa que la Socialdemocracia alemana (SPD), el partido faro del movimiento socialista internacional, había adoptado en el Congreso que, en el mes de octubre de 1891, había tenido lugar en Erfurt. El programa tendría gran influencia en el movimiento socialista internacional, y su carácter “modélico” se haría sentir fuertemente en el grupo editor de *El Obrero*, formado fundamentalmente por emigrados alemanes.¹³

El programa fue rápidamente traducido y publicado en *El Obrero* (12/12/1891), a menos de dos meses de haber sido aprobado, pero aún antes de esto las posiciones en él adoptadas fueron recogidas en el periódico en dos artículos que acentuaban la distancia entre el proletariado y el resto de las fuerzas sociales. En el primero de ellos, titulado “Pueblo y proletariado” (28/11/1891), se explica que la idea de “pueblo” dejó de tener importancia con la caída del absolutismo que dividía la sociedad entre pueblo y gobierno. “Pueblo”, se afirma, pasó a ser una apelación de “los politicastos burgueses”, un concepto sin sentido ya que reúne a varias clases con intereses antagónicos. Si los Socialistas apelan al “pueblo”, explicaba el artículo, lo hacen en reemplazo del proletariado comprendiendo por tal al “trabajador asalariado de la época capitalista”. El proletariado es sólo una parte del pueblo y, se reconocía, una minoría de la población que, aunque creciente, aún estaba lejos de ser mayoritaria, ya que muchos de los pequeños burgueses y labradores no caían en el proletariado sino que pasaban a ser “buhoneros y pulperos” —aún pequeño-burgueses—, o caían en el “atorrantismo”, calificación autóctona para el lumpenproletariado. La importancia del proletariado —se resaltaba con argumentos que seguían casi textualmente lo afirmado en Erfurt—, no venía de su número sino

de su carácter absolutamente indispensable, y la conciencia de esa “indispensabilidad” era la que inspiraba al proletariado su energía, su valor, “la persuasión de que en él se encarnan las grandes aspiraciones y elevados propósitos de la humanidad entera”, y la certeza de que en su lucha es absolutamente invencible.

En el número siguiente, *El Obrero* continuaba estas reflexiones con un artículo titulado “Democracia y Proletariado” en el que se afirmaba que las instituciones democráticas suponían “un robustecimiento de todo el pueblo, no solamente del proletariado, sino también de sus enemigos y opositores”. Si bien estas instituciones permitían emprender la lucha donde antes era necesario sufrir pasivamente, ellas no llevaban por sí solas al triunfo. Éste, se afirmaba, era favorecido por la división de los burgueses que luchaban entre sí, y por el “carácter ambiguo de la pequeña burguesía”, la que, según las condiciones momentáneas de la lucha “tan pronto se conduce de burgués, como se enfila al ejército proletario”. Esta clase, se afirmaba, suele ser políticamente decisiva y eliminar muchos obstáculos del camino del proletariado pero, se advertía, constituye un elemento inseguro y sólo el proletariado consciente de su misión y el partido revolucionario podían conquistar el triunfo.

La confianza en las tendencias históricas y en la proximidad de la revolución llevaban a rechazar la necesidad de una alianza con la pequeña burguesía para realizar una revolución democrática. Estas ideas fueron puestas de manifiesto en un artículo publicado a principios de enero de 1892 en el que, tratando de la constitución del “Partido Reformista”, se declaraba simpatía y a la vez se criticaba lo limitado de su horizonte. Frente al carácter “nacionalista” de este programa se contrastaba la posición de “los Socialistas (quienes) fundamos nuestra esperanza para la realización de nuestras aspiraciones en la República Argentina, sobre todo en el giro que tomarán las cuestiones económicas y políticas en Alemania, Francia e Inglaterra. Allí se halla el centro del mundo civilizado, y es allí donde se juega la suerte de la humanidad entera”. Los procesos que allí se desarrollan, se explicaba, hacen que la “gran cuestión” que ocupa a la humanidad ya no sea la “cuestión democrática” sino la “cuestión social”. Así, la pequeña burguesía que siente ardores por

la resolución de la cuestión democrática llega tarde ya que “antes que el partido reformista haya logrado constituirse en partido fuerte y poderoso, la revolución social en Europa habrá barrido a la burguesía capitalista de la faz de la tierra, con todas sus miserias, y sus democráticas hipocresías, también a la burguesía argentina, a la gran capitalista como a la de los compadritos”. Observamos aquí un importante cambio con respecto al etapismo preponderante en los primeros artículos: la inminencia de la revolución socialista en Europa torna anacrónica la realización de la revolución burguesa que resolvería la cuestión democrática. Los desajustes temporales del modo de producción capitalista permitían pensar en una revolución socialista que no pasara por la etapa de la “democracia burguesa pura”, con lo cual la importancia de la pequeña burguesía, y su principal representante, la Unión Cívica Radical, se desdibujaba. Un ejemplo de estas posiciones se encuentra en un artículo que, luego de pasar revista a los fundamentos de las tendencias que llevan a la concentración de capitales y a lo infructuoso de los esfuerzos que por oponérsele realizan el Estado o asociaciones de particulares, concluía: “No hay salvación para el pequeño burgués industrial. El cimiento económico sobre el que se funda su existencia está socavado, y el desarrollo económico lo hunde, lo arroja sin piedad a las filas del proletariado”(16/4/1892).

El artículo explicaba el motivo por el cual se proclamaba con alegría la tendencia al predominio de los grandes capitales: a través de ella se realizaba la simplificación de la sociedad, se socavaba “la piedra angular” del Estado burgués moderno, y se acercaba el día de la revolución. Sin embargo, explicaba otro artículo, aunque la concentración de capital se haya realizado en una escala avanzada “no llegó todavía al punto de hallarse la sociedad dividida definitivamente en dos clases rigurosamente alejadas y opuestas la una a la otra, a saber, en una clase de propietarios capitalistas, y en una segunda clase de expropiados proletarios” (7/5/1892). A continuación se sostenía que la presencia de otros sectores sociales “una clase agraria o de grandes hacendados privilegiados, de la pequeña industria manufacturera, de la agricultura por el sistema colonial y chacarero y de otras formas económicas y

sociales, prueban la conservación de tales restos del orden feudal.”

Desde esta perspectiva el progreso histórico se identifica absolutamente con la simplificación social que lleva a la sociedad burguesa en estado puro; de hecho, se continúa exponiendo, serían las propias clases dominantes las que, “obedeciendo a sus instintos de conservación e impulsados por el temor ante la clase oprimida de los proletarios, se ven obligadas a otorgar miles de concesiones a favor de la clase media, de la pequeña burguesía, con el objeto de impedir el pronto desenlace definitivo de la guerra de clases, que tendrá lugar infaliblemente en el momento en que la clase media haya perdido su influencia preponderante en la evolución política y social”. Aunque estos esfuerzos “diplomáticos y estratégicos” de las clases dominantes nada pueden ante el “curso natural” de la evolución económica, el proletariado debe tomarlos en cuenta y recordar que tanto “el capital grande y el chico, el gran hacendado y el grande industrial, tanto como el pequeño patrón maestro de taller, son nuestros enemigos natos”. En base a estas posiciones es imposible pensar un vínculo positivo con la pequeña burguesía o los chacareros, ambos enemigos del proletariado; el artículo concluye llamando a distinguir cuál de ambos es el elemento productivo, y en base a ello emprender la acción como partido revolucionario. En sintonía con lo resuelto en el Congreso de Erfurt, las fuerzas del progreso se identifican aquí claramente con las fuerzas que despliega el capitalismo, y así con la lógica expansiva del gran capital, la que no debe ser obstaculizada por el proletariado en defensa de intereses condenados y reaccionarios como los de la pequeña burguesía.

La polémica con el Vorwärts y la división de *El Obrero*

La adopción de una versión más ortodoxamente marxista también desató tensiones al interior del movimiento socialista, en particular entre *El Obrero* y la asociación que había sido su principal impulsora: la Asociación *Vorwärts*. Así, en el nº 56 (13/2/1892), se responde al periódico de la misma, también llamado *Vorwärts* —que había calificado a los redactores de *El Obrero* como “fanáticos, utopistas y teoréticos”, reclamando para sí el



Frans Masereel

calificativo de “hombres prácticos”— con una cita de Marx para quien dichos “prácticos” serían “sobresalientes en la estupidez humana”.

La polémica se acentúa en el mes de marzo, al publicarse un artículo que reivindica al “compañero Malorny”, quien estaba a cargo de las suscripciones de *El Obrero* en la provincia de Santa Fe, quien, en un artículo en el *Vorwärts*, discute con “la teoría anti-federativa” que dicho club y dicho periódico sostenían. Esta, decía el artículo de *El Obrero*, se basa en la “absurda doctrina” que defiende las “sociedades de resistencia aisladas y no socialistas que deben recomendarse aún a los obreros más estúpidos porque les traerían ventajas materiales”. Frente a ello se enfatiza la importancia de la propaganda socialista y la coordinación entre las sociedades de resistencia.

En el n° 61 (19/3/1892), *El Obrero* vuelve sobre la caracterización de lo “práctico”, asociándolo al “pequeño burgués” o “burguesito”, cuya filosofía, explica, es el individualismo y su única regla, “cínica y descarada”, el utilitarismo. El “hombre práctico” es así igualado con el “filisteo”, con el pequeño burgués que es incapaz de comprender los problemas de su época y para quien sólo existe su negocio. Esta caracterización, concluye el artículo, vale no sólo para el pequeño burgués sino “para el proletario ofuscado por las ideas de la pequeña burguesía en aquellos momentos en que posee más de lo que precisa en la vida”. Vemos así que los “hombres prácticos” con los que se identifica a los miembros del *Vorwärts* se asocian a la pequeña burguesía o a la aristocracia obrera, sectores ambos rechazados por un socialismo que cada vez más se pretende marxista y dispuesto a interpelar al cuerpo principal del proletariado.

Semanas después se sienta posición respecto a si la clase obrera debe tener o no participación política. Para hacerlo, se distingue entre la política parlamentaria, “juego de intrigas entre los partidos burgueses”, de la política propuesta por los socialistas:

“Lo que comprendemos bajo la palabra *política*, es constituirnos independientemente de los partidos burgueses, en un partido aparte, un partido socialista proletario obrero, con el propósito de defender y guardar los intereses de nuestra clase en el Estado y conquistar al

fin el poder, para poder realizar los fines enumerados en nuestro programa. Si queremos obrar en consonancia con nuestro programa, tenemos que empeñarnos en la creación de una fuerte Federación obrera de secciones gremiales con carácter socialista, y en la constitución de un partido socialista obrero” (*EO*, 16/4/1892).

El primer elemento destacado es la afirmación del espíritu de escisión de los trabajadores, la necesidad de constituir “un partido aparte”, que defendería los intereses de clase al tiempo que afrontaría la conquista del poder, de modo que la coincidencia entre las prácticas reformistas y los fines revolucionarios aparecen como no problemáticas. El segundo elemento importante estaría dado por la declaración de la necesidad de dos organizaciones: una federación gremial y un partido socialista, los que se dividirían las tareas económicas y políticas hasta el momento fusionadas en la Federación Obrera.

La polémica con el *Vorwärts* se torna virulenta en los últimos números de *El Obrero*. Así, el n° 84 (27/8/1892), presenta un duro artículo contra los anarquistas, “los peores enemigos de la clase obrera” a los que se considera “patrocinados por la prensa” que da publicidad a sus actividades, para después tener un pretexto para realizar persecuciones dirigidas fundamentalmente a los socialistas. Prensa burguesa, policía y anarquismo forman, concluye el artículo, “la sacrosanta trinidad” contra la que lucha el socialismo. En el mismo número se critica la publicidad que dan “los diarios burgueses” a las fiestas dadas en sociedades obreras, fundamentalmente de carácter étnico, entre las que se nombra al *Verein Vorwärts* junto a sociedades republicanas italianas y españolas. En éstas, la burguesía introduce a sus miembros que “gracias a los medios pecuniarios de que disponen, se apoderan de la dirección de la sociedad, o influyen de tal modo en su seno, que paulatinamente estas sociedades adoptan tendencias burguesas muy pronunciadas.” Así *El Obrero* denuncia que el *Vorwärts* y las otras sociedades habrían perdido su carácter obrero, y estarían copadas por la burguesía que, plantea el artículo, ha aprendido esa táctica de los anarquistas asociados, nuevamente, con la policía y la prensa burguesa. Frente a esta labor de “traidor envenenamiento de las sociedades obreras” por

parte del anarquismo, cuyo acabado ejemplo sería lo sucedido en el *Vorwärts*, “soi-disant socialista”, *El Obrero* declara permanecer en “la vanguardia, luchando contra el enemigo de la humanidad”.

En el nº 86 (10/9/1892) se discute con un artículo publicado en el periódico *Vorwärts* —que aconseja a la redacción de *El Obrero* “transformar las ideas a la práctica”, tachando a la misma dirección como contraria a los intereses de *El Obrero*—, ante lo cual se repite que la reivindicación de “lo práctico”, idea ligada a lo individualista y utilitario, no puede ser defendida por “individuos que escriben para un periódico que se dice socialista”, con lo que se plantea la duda de que el *Vorwärts* lo sea. Y es el final. El último número de la primera época de *El Obrero* es el nº 88, publicado el 24 de septiembre de 1892.

Federación o Partido

Cuando *El Obrero* vuelve a aparecer, el 4 de febrero de 1893, más allá de los esfuerzos por mantener la continuidad —que se manifiestan en la numeración correlativa y en el empleo de las mismas consignas—, resulta evidente que es otro periódico.¹⁴ A su cabeza está Gustavo Nohke, en cuya zapatería se encuentra la dirección del periódico, junto a Esteban Jiménez, dos de los miembros del antiguo periódico que se habían opuesto a la línea política que privilegiaba la construcción del partido sobre la continuidad de la Federación.

La continuidad de la Federación es defendida ardientemente en los pocos números del nuevo periódico y la polémica con los partidarios de construir un partido llena las páginas, dejando poco espacio para otras cuestiones. Así, entre el nº 92 y el 95, se publica un largo artículo titulado “Federación y Partido” en el que se sienta posición combatiendo “la peregrina idea de fundar un Partido cuando no hay terreno preparado”. La consideración acerca de los tiempos marca su argumentación, la Federación trabaja por conseguir, “hoy”, la mejora de las condiciones de vida del proletariado, tarea para la cual éste debe permanecer unido, de modo de llegar “mañana” al fin deseado: la emancipación del proletariado y la sociedad comunista. En el presente lo fundamental es dar unidad al proletariado, se afirma en dis-

cusión implícita con los que se alejan de la mayoría, para luego avanzar hacia la conquista del poder político. La perspectiva de esta conquista, se explica en el número siguiente, no desaparece, pero la necesidad de la lucha política no implica la necesidad inmediata del Partido, ya que mientras éste “se dedica únicamente a la lucha política, la Federación batalla tanto en el terreno económico como en el político”. El problema es que mientras que la lucha política llevada adelante por el Partido implica “afiliados conscientes instruidos, que conozcan la justicia de la causa por ellos defendida, la Federación sólo exige a sus miembros buena voluntad, deseo de mejorar sus condiciones de existencia y espíritu de solidaridad”. Aunque, se reconoce, hay “un núcleo algo respetable de obreros conscientes y decididos”, éste núcleo no cuenta con “elementos suficientes para formar un Partido”; de esta forma, la táctica no puede pasar por la separación de ese grupo de conscientes sino por la difusión de las ideas socialistas a través de la formación de sociedades de resistencia que formen una gran Federación, “la cual puede sustituir al Partido dando lugar a éste mañana”. En el presente prima la inmadurez de “la clase proletaria argentina”, situación en la que el Partido, que necesariamente debe basarse en la instrucción y la adhesión consciente, sería sólo “un grupito de individuos sin medios de acción”. En cambio, se explica, los obreros inconscientes pueden ser un elemento propicio para las sociedades de resistencia en su lucha económica ya que, aunque no tengan la conciencia de su derecho, “el instinto de conservación -que puede más en nosotros que todas las sensaciones y todos los pensamientos- les obliga a parar mientes sin quererlo en su estado social y les inclina a unirse para resistir al explotador de su fuerza de trabajo”. La intensidad de los males, plantea el artículo acentuando un determinismo que permite colocar en un segundo plano la preocupación por la conciencia y los factores ideológicos —“obra en su ser a manera de reactivo y vuelven a la vida los corazones yertos por el indiferentismo”—, la violencia de la explotación capitalista hace nacer “aún en los obreros más ignorantes” el deseo de liberarse de ella. Se da así una “educación política negativa” en base a la cual los obreros no pueden aún formar parte del Partido Socialista, pero sí de una Federación de Sociedades Gremiales.¹⁵

En el calor de la polémica los argumentos se han ido radicalizando y el artículo concluye declarando, anticipando posiciones del “sindicalismo”, que “las sociedades gremiales serán la base de la futura Sociedad Socialista”. Estas anticipaciones también se dejan sentir en la afirmación de que “la Federación con fines económicos y políticos es el más firme baluarte del proletariado en lucha por su emancipación”. Esta noción reaparece en el artículo publicado en el mismo número que, pretendiendo dar fin a la polémica se titula “Punto Final”, y que reconstruye las causas de la disolución de la Federación por parte de los miembros de la “Sección Varia”, para concluir planteando que aunque la Federación muriera “mañana se levantará con más bríos, para honra y provecho de nuestra causa, la *Unión general de los trabajadores de la República Argentina*, cuya constitución apoyaremos con todos los medios a nuestro alcance”. En esta formulación final la forma de la Federación no era planteada como un expediente momentáneo en tanto no se dieran las condiciones para constituir un partido, sino como la forma perfecta de organización que concluía siendo planteada en términos cercanos a los del “sindicalismo”.

Mientras tanto, la mayor parte de los redactores del antiguo *El Obrero*, identificados con los postulados de la socialdemocracia alemana que subrayaba la centralidad de la lucha política y la consecuente necesidad de constituir un partido socialista, comenzaron, a partir del 11 de marzo de 1892, a publicar *El Socialista*; bajo el nombre, un subtítulo aclaraba que el periódico era “Órgano del Partido Obrero” y no de la “Federación Obrera”, como manifestaban tanto el antiguo como el nuevo *El Obrero*.

El primer número de *El Socialista* comenzaba con una afirmación de continuidad con el antiguo *El Obrero* —sosteniendo “Volvemos nuevamente a la lucha”— y con una explicación de los motivos de la desaparición de ese periódico, la que era dirigida al grupo opositor: no todos los que se dicen socialistas lo son, muchos “supuestos socialistas” no habían sido solidarios adeudando importantes recursos. El artículo concluye afirmando que sólo la propaganda de las teorías del “socialismo científico” —lo que deja implícito que no la participación en asociaciones gremiales—, permitiría formar un proletariado consciente, por lo que el pe-

riódico dedicará todos sus esfuerzos a esta propaganda. Esta tarea es abordada a continuación en un artículo destinado a fundamentar la necesidad de que el proletariado argentino siga el ejemplo de los “compañeros en Francia, Alemania e Inglaterra” y se prepare para la revolución. Esta, se afirma, está muy cerca: el capitalismo está socavando sus propias posiciones, llevando al “derrumbe” del sistema. A continuación se expone en forma ortodoxa el modelo de polarización de la sociedad que, se sostiene, ha llegado a su límite. El artículo concluía, en una velada intervención con respecto a la herencia de *El Obrero*, afirmando que quienes habían leído ese periódico conocían las tendencias e ideales que se propugnaban desde *El Socialista*. La polémica reaparecía en un diálogo en el que, a través de preguntas y respuestas, se daban las razones de la escisión explicando que los miembros del “Partido Socialista Obrero” también eran favorables a la existencia de una Federación Obrera, pero que se diferenciaban del grupo que ahora publicaba *El Obrero* porque proponían “separar la agitación política por el momento en el seno de las sociedades de resistencia, dejándoles en plena autonomía y contribuir con ellos para propagar la guerra de clases”. La distinción entre organismos políticos y gremiales, con la implícita prioridad de los primeros, posición que caracteriza tanto a la socialdemocracia como a la posterior línea del Partido Socialista, era afirmada frente a posiciones que enfatizaban el papel de los organismos gremiales.

También en línea con los postulados de la socialdemocracia se discutía con la visión anarquista de la revolución, afirmando que “la evolución de las cosas aumenta el poder influyente del socialismo sobre la sociedad existente hasta poder lanzarse a la revolución con éxito seguro”. Los socialistas científicos, explicaba siguiendo formulaciones canónicas, eran más “evolucionistas” que los utópicos y conspiradores, con los que se ligaba al anarquismo, por eso serían “más revolucionarios cuando el desarrollo de las cosas, o sea la evolución, habrá llegado (sic) el momento en que la revolución nacerá de la misma evolución”.¹⁶

Esta transformación, afirmaba el manifiesto publicado el 1º de mayo de 1893 en el último número de *El Socialista*, se daba fundamentalmente por medios pacíficos:

“para eso no usaremos ni del puñal, del incendio, ni de la dinamita, solo usaremos de las armas que nos dio la civilización, la libertad de imprenta, la unión de los trabajadores, y el sufragio universal, trinidad sacrosanta, credo social que nos llevará a la conquista de las últimas posiciones burguesas. Iremos a los Municipios, trabajadores a enseñarles la moral administrativa, iremos a la legislatura a enseñarles a legislar con equidad e independencia, e iremos al Poder Ejecutivo de la Provincia y de la Nación a enseñarles como se cumplen y ejecutan las leyes hechas por el pueblo representado en las Cámaras con legalidad y orden” (*ES*, 1/5/1893).

En este párrafo vemos esbozado un programa de acción política reformista el cual, de la misma forma que sucedía en la socialdemocracia alemana, no se contraponía a la idea de la necesidad del momento revolucionario. Las tendencias de la evolución histórica darían el triunfo al proletariado, el cual, empleando las “armas de la civilización” iría conquistando los poderes públicos desde los que se desencadenaría la obra de regeneración social.

El manifiesto concluía afirmando “Por el Partido Socialista Obrero, la Agrupación Socialista de Buenos Aires”. Era un reconocimiento de que el partido aún no existía y que era necesario emprender su formación. Esta tarea no sería emprendida por *El Socialista*, que dejaba de salir en esa fecha, y tampoco sería criticada por *El Obrero*, cuyo último número había aparecido el día anterior. En realidad, en sus últimos números, la polémica entre ambos había callado, y las críticas se habían concentrado en las posiciones anarquistas.¹⁷ De hecho, de las reuniones para editar un nuevo periódico socialista en agosto de 1894 participarían tanto Augusto Kühn, editor de *El Socialista*, como Esteban Jiménez, uno de los principales redactores del segundo *El Obrero* así como un joven médico, quien se convertiría en la principal figura del futuro Partido Socialista: Juan B. Justo. El nuevo periódico, que se denominaría *La Vanguardia* y comenzaría a publicarse en abril de 1894, haría de la importancia de la participación política y la necesidad de constituir un Partido Socialista, dos tópicos fundamentales de propaganda.¹⁸

Conclusiones

Como vimos, la posición predominante en *El Obrero* —y después en *El Socialista*— no se distanciaba de la línea en ese momento predominante en el movimiento socialista internacional, sostenida por la socialdemocracia alemana, y en particular por su principal teórico, Karl Kautsky. En esta concepción la revolución era entendida como la coronación de tendencias evolutivas, las que eran vistas como férreas leyes, que llevaban al fin de la pequeña propiedad, a la simplificación y polarización social y, lo más importante, al crecimiento numérico, la homogeneización y organización del proletariado. Estas tendencias orientadas a convertir al proletariado en clase dominante se coronarían con el acceso, no necesariamente violento, al control del Estado y los poderes públicos, desde los que se llevaría adelante la reorganización de la sociedad. En esta perspectiva fuertemente determinista de la revolución no había lugar para una alianza con clases como la pequeña burguesía, a la que se consideraba condenada.

En el caso de *El Obrero*, estos supuestos deterministas se expresaron tanto en la asignación de un papel progresivo al gran capital extranjero, como en la idea de un necesario desarrollo del capitalismo agrario, opuesto tanto a los grandes hacendados como a los pequeños propietarios y chacareros. De esta forma —se confiaba— se daría una simplificación que acabaría con los restos feudales, entre los que se ubicaba a los terratenientes, pero también a la pequeña burguesía urbana y rural, instalándose un régimen burgués puro contra el cual el proletariado daría su lucha. En este esquema la “simpatía” hacia la Unión Cívica Radical, fuerza a la que se considera representante de la pequeña burguesía, se explica por el papel, poco consciente, de esta fuerza en el combate contra grandes hacendados y gobiernos caudillistas. Pero, como para llevar adelante este lucha la pequeña burguesía contaba con el impulso de la fuerza dinámica del gran capital extranjero en su combate con los grandes terratenientes y los gobiernos caudillistas, no necesitaba del apoyo del proletariado. El carácter determinado del proceso hacía así innecesarias las alianzas políticas. Como vimos, esta caracterización módicamente positiva de la pequeña burguesía comenzaría a debilitarse al afirmarse, en consonan-



Frans Masereel

cia con las resoluciones de Erfurt, la confianza en un triunfo del proletariado en los países centrales, lo que permitiría saltar por sobre la “etapa democrática”. La tarea del proletariado, entonces, era prepararse para ese día.

Referencias bibliográficas

- Aricó, José (1999): *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- García Costa, Víctor (1985): “Introducción” a *El Obrero: selección de textos*, Buenos Aires, CEAL.
- Geli, Patricio y Prislei, Leticia (1993): “Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo” en *Entrepasados. Revista de Historia*, a. III, n° 4-5, Buenos Aires.
- Falcón, Ricardo (1984): *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL.
- Kautsky, Karl (1978): *La revolución social. El camino del poder*, México, Pasado y Presente.
- Paso, Leonardo (1974): “Introducción” a *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina. Selección de Artículos de Germán Avé Lallemand*, Buenos Aires, Anteo.
- (1983): *Historia de los partidos políticos en Argentina*, Buenos Aires, Directa.
- (1988): *Origen histórico de los partidos políticos*, Buenos Aires, CEAL.
- Portantiero, Juan Carlos (1999): *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna*, Buenos Aires, FCE.
- Ratzer, José (1969): *Los marxistas argentinos del '90*, Córdoba, Pasado y Presente.

Fuentes consultadas

- *El Obrero*, 1ª época. Números 1(12/12/1890) al 88 (24/9/92). Disponible en el CeDInCI.
- *El Obrero*, 2ª época. Números 89(4/2/1893) al 98 (30/4/93). Disponible en el CeDInCI.
- *El Socialista*. Números 1 (11/3/1893) al 6 (1/5/1893). Disponible en el CeDInCI.

1 Como plantea Aricó (1999) el trabajo presenta “una visión fuertemente ideologizada y anacrónica de los términos del debate en el interior del Partido Socialista”. Creemos que

este carácter anacrónico se explica por la polémica indirecta que Ratzer sostenía, a través de este trabajo, con la conducción del Partido Comunista, planteando que así como la línea marxista revolucionaria fundadora presente en los orígenes del PS y silenciada luego, reapareció luego en la fundación del PC, esta línea (revolucionaria) nuevamente silenciada, estaba pronta a reaparecer. Esta lectura suponía, en primer lugar, la existencia de una línea atemporal que podría ser definida como “marxista revolucionaria” y en segundo lugar, que esta línea atemporal podía ser identificada con las posiciones del marxismo leninismo, lo que hacía imposible comprender diferentes posiciones (por ejemplo, con respecto al papel del gran capital, la “cuestión agraria” o la política de alianzas) sostenidas desde el grupo marxista que, obviamente, no partía de posiciones leninistas sino más bien de un determinismo económico como el que en ese momento era impulsado por figuras como Kautsky.

- 2 En este estudio inicial, Paso discute con las posiciones de teóricos de la “izquierda nacional”, en especial con Juan José Hernández Arregui. Al planteo de éstos, que sostenían que los “primeros marxistas” eran un grupo de extranjeros que no habían logrado comprender la cuestión nacional y que no se habrían interesado en la organización de los sectores populares del interior, tareas tomadas en sus manos por el yrigoyenismo y, sobre todo, posteriormente por el peronismo, Paso responde subrayando las críticas de Lallemand al imperialismo inglés y germánico, y su preocupación por la situación de los trabajadores del interior del país. Aunque Paso reconoce ciertos problemas en la caracterización del papel del capital extranjero y de las posibilidades de desarrollo de la pequeña propiedad, su mirada concluye valorando las posiciones de Lallemand con respecto a las del “reformismo” que posteriormente adoptará el Partido Socialista.
- 3 Una excepción la encontramos en el estudio inicial con el que Víctor García Costa (1985) acompaña la publicación de una selección de artículos de *El Obrero*. Este trabajo, concentrado en los rasgos biográficos de Lallemand y su papel en el desarrollo de *El Obrero*, comparte los rasgos predominantes en el período previo: su carácter hagiográfico y los motivos de polémica política. Así, se enfatiza la firme oposición al “revisionismo bernsteiniano” que habría teñido posteriormente al Partido Socialista, posición con la cual, en lo que considera su encarnación por la conducción histórica del Partido Socialista Democrático, García Costa está discutiendo.
- 4 Sin embargo, Aricó encuentra un pensador socialista latinoamericano que afrontó el desafío de construir un pensamiento que entroncara al socialismo con las particularidades de las sociedades latinoamericanas: Juan B. Justo, separado del grupo de socialdemócratas alemanes, por su esfuerzo por pensar al socialismo en continuidad con las luchas populares argentinas y por su rechazo a la creencia en la existencia de contradicciones que llevarán al capitalismo al derrumbe ineluctable. En base a estas ideas, sostiene Aricó, Justo formuló una original propuesta de transformación socialista a la que denomina la “hipótesis de Justo”, la que se impuso gradualmente como estrategia

política socialista.

- 5 Falcón señala que en el período posterior a Caseros y paralelamente al crecimiento de una capa de trabajadores ligados al creciente mercado de consumo urbano, se constituyen las primeras sociedades mutualistas y con ellos los primeros diarios socialistas como *El Proletario*, publicado por la comunidad negra y mulata, *El Artesano*, que profesaba una ideología socialista, reformista y republicana. En el desarrollo posterior de la prensa socialista tiene un rol fundamental el gremio de los tipógrafos, quienes no sólo crean la primera sociedad mutual y llevan adelante la primera huelga, sino que, a través de sus *Anales*, periódico enviado en 1870 al Consejo General de Londres, establecen los primeros contactos con la Asociación Internacional de Trabajadores (Falcón, 1984).
- 6 La Federación Obrera nació como consecuencia del llamado que el Congreso de París de 1889 realizó a los movimientos de diversos países para realizar actos el 1º de mayo en reclamo de la jornada de 8 horas. Siguiendo esto, el Club *Vorwärts* convocó el 30 de mayo de 1890 a una reunión organizativa en la que se decidió constituir una Federación, publicar un periódico y enviar una petición al Congreso Nacional. Finalmente, el acto fue convocado conjuntamente por el *Vorwärts*, tres sociedades de resistencia y varias asociaciones de extranjeros, y en él participaron junto a los socialistas algunos anarquistas. Meses después se reunieron y fundaron la Federación de los Trabajadores de la Región Argentina que realizó su congreso en 1891, donde adoptó un programa y formuló un pliego de reclamos para ser presentado al Poder Ejecutivo, al Congreso, al Consejo Deliberante y a las legislaturas provinciales. Se decidió también, crear un periódico: *El Obrero*.
- 7 En ocasiones, el carácter determinado y fatal era presentado en formas más vinculadas a los postulados positivistas. Un ejemplo lo encontramos en el artículo titulado "La misión del proletariado", en el que esta misión se fundamenta en tendencias evolutivas que, se sostiene, marcan un paralelo entre historia natural e historia social (2/1/1891).
- 8 En el texto que abre el primer número, se sostiene que *El Obrero* tiene como objetivo "defender en primer lugar el salario para facilitar una existencia humana a los trabajadores asalariados y (...) en segundo lugar, ser propagandistas de la sublime doctrina del socialismo científico, que enseña al proletariado como él está llamado a ser el poderoso agente por cuya acción la humanidad conquistará el máximo grado de libertad posible." Se manifiestan aquí las dos dimensiones, la de la lucha económica y la política, la inmediata y reivindicativa y la programática y orientada al futuro, que entrarán en tensión posteriormente en la división entre los defensores de la Federación Obrera y los que propongan constituir un Partido Socialista.
- 9 Esta apuesta es explícitamente fundamentada en un artículo publicado en el nº 9, que versa sobre la petición presentada al Congreso reclamando leyes de protección a los trabajadores. En él se plantea que una vez que se instale "un régimen democrático puro en lugar del miserable caudillaje actual la legislatura se verá obligada a dictar las le-

yes que pedimos, no obstante de los esfuerzos que en sentido contrario harán nuestros enemigos más implacables, los miembros de la clase de los grandes hacendados". El artículo concluye llamando a los proletarios a unirse en una poderosa asociación para obligar a sus enemigos a reconocer sus derechos. Podemos observar aquí que las tendencias históricas llevan a la imposición del régimen burgués puro y al debilitamiento del dominio de los grandes hacendados, por lo que el reconocimiento del carácter de "enemigos más implacables" de éstos, no lleva a la formulación de una estrategia de alianzas con otros sectores sociales, sino a enfatizar el fortalecimiento de los órganos de clase.

- 10 En la sección "Revista del Interior" correspondiente al nº 4 (*EO*, 17/1/1891) se reconstruye el manejo que Pellegrini y su ministro de Hacienda hacen de la situación económica. Se pronostica que en base al curso económico fijado "vamos a pasos agigantados a la ejecución por los banqueros ingleses". La evaluación es explícita: "¡Tanto mejor!". En el nº 20 del periódico, publicado en mayo de 1891, un artículo titulado "Nuestros amos", comenta el descontento de los banqueros ingleses por los atrasos en los pagos de la deuda, y concluye reafirmando la perspectiva de una intervención directa ligada a los grandes capitales extranjeros: "Algún día vendrá en que Buenos Aires verá una nubecita en el horizonte, y ésta será la escuadra inglesa".
- 11 Esta mirada sólo sería interrumpida por esporádicas intervenciones que reivindicarían en términos morales a la figura de Alem o al radicalismo puntano, con el cual Lallemand tenía lazos no sólo políticos sino también familiares.
- 12 En los últimos números de *El Obrero* la reconstrucción del conflicto al interior de las clases dominantes ocupa un lugar central. Así, en el nº 86 se contraponen a los "chacareños, hortelanos y verduleros (que) pagan un 90% de la renta que da la tierra en contribuciones" con los grandes hacendados que "no quieren pagar contribuciones, como debían". Se explica a continuación que "la Sociedad Rural, y la Nueva Liga Agraria, sociedades para la defensa de los intereses de los grandes hacendados, se han fusionado para resistir al recargo de la contribución directa con que les amenaza el gobierno" forzado por los acreedores ingleses a aumentar los impuestos. En el número siguiente (17/9/1892) se comenta la "fusión" entre ambas organizaciones, después de la cual "La Liga Agraria pues es un partido poderosísimo. El partido de los bueyes gordos. ¿Quién podrá luchar con ellos?". La respuesta nuevamente no se encuentra en las filas de la pequeña burguesía o el mismo proletariado. "¿Quién? Los acreedores ingleses y los próceres de la bolsa de efectos, la alta finanza, bien pronto tomarán posiciones para hacerles pagar a los bueyes gordos su parte correspondiente de la deuda pública. Pues los hombres de la Bolsa forman un partido no menos fuerte que el de los grandes hacendados (...) Muy pronto veremos entablarse la guerra abierta entre los Agrarios y los Bolsistas- Financistas con saña tenaz". Observamos aquí la caracterización de las fuerzas sociales como partidos, las que, se espera confiando en la progresiva transparencia de las relaciones políticas, llevarán adelante pronto la guerra entre sí. En el número siguiente

(24/9/1892) se cree asistir al comienzo de la guerra en un informe del ministro de Hacienda, el señor Hansen, que plantea que el sistema proteccionista no es favorable para el país, que encarece los artículos de consumo y aumenta la explotación de los obreros. Ante esto, la redacción del periódico no sólo recuerda que ellos sostienen lo mismo desde hace dos años sino encuentra en ello una defensa exclusiva de los intereses agrarios: “Resulta a la vista que el S. Hansen es Agrariopuro. La clase de los grandes hacendados y sus intereses son aquellos que deben según él gozar, expresivamente de la protección del Estado. La industria cría la explotación de los niños y el despotismo patronal. El S. ministro quiere que solamente los gran-hacendados tengan el derecho de explotar y oprimir a sus peones (...) Muy bien S. ministro! Los Agrarios le agradecerán y sabrán tirar inmediatamente provecho de este informe, que contribuirá en grado superlativo para que se pronuncien más los antagonismos entre los gran-hacendados y los industriales capitalistas. Por primera vez que en la Argentina una clase social, la que dispone del poder del Estado, declara la guerra tan franca y genuinamente a una otra. Agrarios contra industriales! Conservativos contra liberales! Nosotros los proletarios socialistas saludamos con júbilo esta declaración de guerra.”

13 El Partido Socialdemócrata alemán había crecido fuertemente en la década de 1880 a pesar (o a causa de) las leyes antisocialistas impulsadas por Bismarck. Durante este período el partido, en el que el sector encabezado por Bebel y Liebknecht e identificado con el marxismo había obtenido el liderazgo, no había podido reunirse y modificar el ambiguo programa adoptado en el Congreso de Gotha de 1875. Una vez que estas leyes fueron levantadas -en 1890-, el partido decidió cambiar dicho programa. En vistas a ello, Engels publica en 1891, en *Die Neue Zeit* el órgano de discusión dirigido por el principal teórico del partido Karl Kautsky, un texto conteniendo las críticas que Marx había formulado al viejo programa (la hoy famosa “Crítica al Programa de Gotha”). En los meses siguientes, Engels, Kautsky y Bernstein formulan los puntos principales del proyecto de programa, que es aprobado por el Congreso de Erfurt en el mes de octubre de 1891; el texto del programa y su explicación por parte de Kautsky constituirían la versión canónica de la política socialdemócrata hasta la Gran Guerra. El programa estaba compuesto por una primera parte de exposición doctrinaria en la que se planteaban las leyes de tendencia histórica del capitalismo que conducían necesariamente a la revolución proletaria — aunque no había referencias al carácter violento de la misma—, y una segunda parte que incluía una amplia gama de reformas inmediatas de carácter económico, social y político. De la parte teórica del programa se desprende una gran confianza en el carácter férreo de las leyes de tendencia de la evolución del capitalismo, las que estaban llevando al crecimiento absoluto y relativo del proletariado, a su mayor homogeneidad (eliminando las tendencias particularistas de la aristocracia obrera), las que por tanto aseguraban el triunfo del Partido Socialdemócrata, el que sólo debía educar al proletariado y mantenerlo unido. Se planteaba así la actitud de espera confiada que sería sintetizada por Kautsky (1978: 211) en su “Catecismo”: “la so-

cialdemocracia es un partido revolucionario; no es un partido que hace revoluciones.” El triunfo socialista sólo podría provenir de una revolución, pero ésta no podía ser iniciada voluntariamente, sino que su momento estaba determinado por la necesidad histórica. El carácter determinado de las tendencias históricas colocaba en un lugar central la distancia del proletariado con respecto al resto de las clases sociales, en particular con respecto a la pequeña burguesía. Por otro lado, la centralidad de la tarea educativa y organizativa orientada al momento revolucionario, llevaba a enfatizar la importancia de la lucha política y la necesidad de constituirse en partido para ello, así como la prioridad del partido así constituido sobre las formas de organización sindical.

14 La discontinuidad se hace explícita en la reivindicación que en el n° 90 se hace del periódico *Vorwärts*, tan criticado en los últimos números de la primera época, del que se elogia su disciplina. El artículo recuerda que el *Vorwärts* había aportado en 1890 la mayor parte de los recursos necesarios para la fundación de *El Obrero*, planteando una veldada crítica hacia los que posteriormente alejaron el periódico de la institución que lo apoyó. El artículo concluye apelando a la unidad y a la disciplina, llamando a respetar el voto de las mayorías, el que se acusa no se respetó al disolver la Federación y a convencerse de que “no basta ser socialistas... *de pensamiento!* Hay que serlo también, *de obra*”, en contraposición a la anterior prédica contra “los hombres prácticos” y la importancia de la teoría.

15 Encontramos aquí otra señal de discontinuidad con el antiguo *El Obrero*, ya que los argumentos empleados para explicar la imposibilidad de constituir un Partido y la necesidad de reforzar la Federación son similares a los que habían sido ridiculizados desde el periódico en polémica con el *Vorwärts* (en el n° 60 antes comentado).

16 No existían, se explicaba, diferencias de principio entre el socialismo revolucionario y el evolucionario, sino que mientras “el primero se contenta con esperar que venga el momento oportuno en que el proletariado estará suficientemente fuerte para lanzarse a la revolución social, entretanto que el segundo opina que mucho antes que de aquel momento, el proletariado podrá hacer valer su influencia para conseguir ciertas reformas que facilitarán la transformación del modo de producción en el sentido como él lo anhela, y acortaría el tiempo hasta la revolución notablemente.” Frente a las “locuras revolucionarias que peroran los anarquistas”, “griterías” que favorecían a la burguesía, se afirmaba la idea de que era la evolución —el desarrollo capitalista—, la que había creado al proletariado, y era ésta evolución la que “tomará la forma de la revolución”, de modo que la producción capitalista se transforme en socialista.

17 En el anteúltimo número de *El Obrero* se publica una dura crítica a “los compañeros de la escuela anárquica”, en la cual se rechaza la idea de una espera del momento revolucionario, así como la de una reacción automática originada en la miseria, ideas que se planteaban en anteriores intervenciones. Frente a ello, se reivindica el uso de los derechos reconocidos en el orden burgués para desarrollar la

fuerza que dará el triunfo al proletariado. Esta, se explica, es la táctica del Partido Socialista Obrero, el que aquí no aparece contrapuesto a la Federación.

18 Por otra parte, las diferencias no se disolvieron tan rápidamente, por lo cual el club *Vorwärts* no participa de la fundación del Partido Socialista Obrero Internacional que, en abril de 1894, surge de la confluencia de la "Agrupación Socialista", el club *Les Egaux* y el *Fascio dei Lavoratori*. Sin embargo, en 1895 el *Vorwärts* decidió incorporarse — lo mismo sucede con el Centro Socialista Universitario. Su local será la sede, en junio de 1896, del Congreso fundador del Partido Socialista Obrero Argentino.

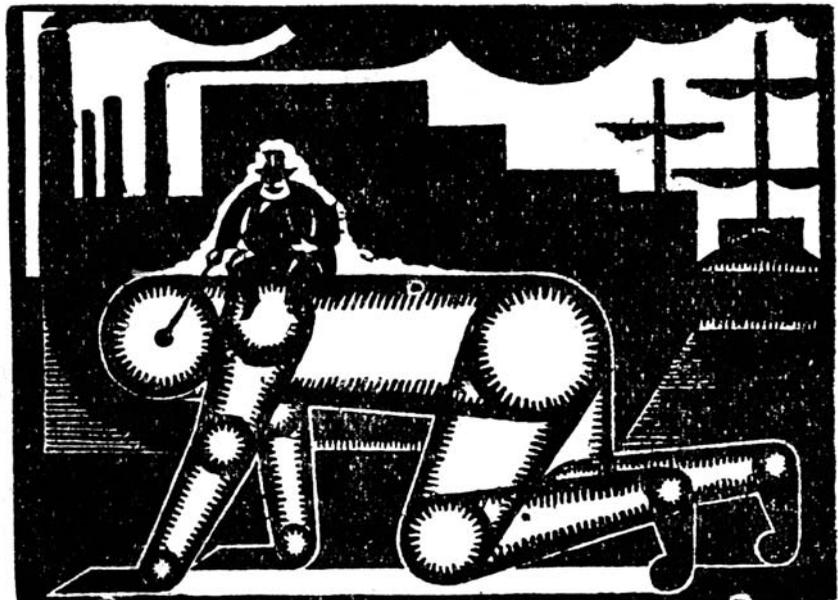


Walter Quirt

**De coimeros, marxistas
y privatizaciones
en el siglo XIX.**

El Obrero y la crisis del '90

Israel Lotersztain



Albert Daenens

Los lectores del nº 29 (del 18 de julio de 1891) del primer periódico marxista argentino, el apasionante *El Obrero*, se deben haber sentido impactados con el titular que encabezaba uno de sus principales artículos: "Jaque mate. El ex Presidente Juárez Celman y su Ministro del Interior Eduardo Wilde denunciados por coimeros". Y pese a que pasaron tantos años no podemos menos que meditar que, cuando Argentina debe renegociar a comienzos del siglo XXI contratos y tarifas con las empresas privatizadas de servicios públicos de nuestro país, puede resultar muy instructivo recordar en base a *El Obrero* lo ocurrido unos cien años atrás.

Y debemos comenzar por recordar que la de 1990 no fue la primera ola privatizadora que la Argentina debió soportar a lo largo de su historia: la llegada al poder de Miguel Juárez Celman casi exactamente un siglo antes, en 1886, trajo consigo una actitud similar y basada en idénticos argumentos: que el Estado es un pésimo administrador, que el dinero de las ventas de los activos públicos podría ayudar a cancelar la elevada deuda externa, que el privado que se haría cargo del servicio sin duda lo brindaría con mucha mayor calidad y en forma más eficiente, etc., etc. La similitud de argumentaciones tan conocidas para nosotros realmente asombra y hasta abruma cuando se leen los diarios de la época, pero lo que llama la atención con referencia a 1886 es que por entonces no existía ese clima de histeria privatizadora que invadió a las clases medias y altas argentinas en 1990. Si bien algún ferrocarril estatal funcionaba por aquellos años inadecuadamente, otros, como el Ferrocarril Oeste, los trenes eran un ejemplo unánimemente reconocido de un excelente servicio, buen trato al pasajero, con las tarifas más bajas del mercado y constantes ganancias aportadas al tesoro provincial. Pero lo que más llama retrospectivamente la atención y más resistencias provocó en su momento, fue la privatización de las Obras Sanitarias de la Ciudad de Buenos Aires. La opinión pública estaba masivamente en contra de la idea, las Obras Sanitarias (las primeras en Sudamérica) eran una especie de orgullo local. Es que proyectadas y dirigidas en Argentina, avanzaban rápida y eficientemente en su ejecución y funcionaban por demás adecuadamente, las tarifas eran razonables, etc. El mismísimo Julio A. Roca, ex Presidente y

líder del oficialista PAN, se expresaba elocuentemente en su correspondencia: "es un proyecto desgraciado. Yo aconsejé en contra pero no me hicieron caso. Las bullas y resistencias que se han levantado me prueban que yo tenía razón. *A estar por estas teorías de que los gobiernos no saben administrar llegaríamos a la supresión de todo gobierno por inútil y deberíamos poner bandera de remate a la Aduana, al Correo, al telégrafo, a los puertos, a las oficinas de renta, al Ejército, y a todo lo que constituye el ejercicio y los deberes del poder...*" (el subrayado es mío).

Pero, y por razones que analizaremos al final de esta nota, contra todo lo que parecía sensato, fue imposible detener el ímpetu privatizador de Juárez Celman, quien envió al Congreso a su mejor colaborador y quizá por entonces el polemista argentino más brillante, el Ministro del Interior Eduardo Wilde, quien tuvo ante sí la ímprobable tarea de convencer a los legisladores para que aprobaran el proyecto. Y pese a su elocuencia y a la aplastante mayoría oficialista muchísimos diputados se rebelaron (especialmente entre los porteños y bonaerenses) y el proyecto sólo pudo ser aprobado por un escaso margen. La concesión por 45 años la recibió en junio de 1888 una empresa inglesa subsidiaria de la Baring: The Buenos Aires Supply and Drainage Co., a cambio de 21 millones de pesos oro. La casa bancaria se comprometió a suscribir el empréstito necesario para el pago de esta suma en tres cuotas y para proveer los fondos requeridos para la continuación de las obras.

La privatización fue un fracaso por muy diversas razones, no sólo locales sino también extranjeras. En Londres, Lord Baring intentó una peligrosa maniobra especulativa reteniendo por largo tiempo los títulos antes de lanzarlos al mercado, esperando una suba que le produjera enormes beneficios. Pero tuvo realmente mala suerte: cuando finalmente los puso a la venta, llegaban a Londres las primeras noticias de la crisis argentina que terminaría por estallar en 1890 (y cuya gravedad recuérdese que dio origen a la fallida Revolución y a la apresurada salida de Juárez Celman del poder). Por ello, Lord Baring tan solo pudo colocar un 35% de las acciones de la emisión y debió afrontar el resto con fondos propios. Esto, unido a la fuerte exposición de la tradicional Casa Bancaria en títulos de nuestro país, la hizo

tambalea fuertemente al producirse la debacle argentina, y tuvo que intervenir el Banco de Inglaterra para salvarla, pero la tercera cuota para completar los 21 millones no pudo ser abonada.

En Buenos Aires, por otro lado, la actitud de la población hacia el proyecto era pésima. Todos estaban convencidos de que se trataba de un gigantesco negociado, se negaban a aceptar las elevadas tarifas exigidas por la empresa (del mismo modo que ciento diez años más tarde, el concesionario pretendía cobrar en divisas frente a la devaluación de la moneda local), se discutía la calidad del servicio, las denuncias (entre otros, las que sistemáticamente aparecían en *El Obrero*) sobre la falta de salubridad del agua corriente eran una constante, etc. Finalmente la concesión tuvo que ser rescindida y la administración Pellegrini arribó en 1891 a un trabajoso acuerdo en tal sentido con la empresa adjudicataria.

Pero también por entonces la Argentina estaba en *default* (y lo estaría técnicamente por otros 15 años), y un arreglo con un país en *default* es inevitablemente muy poco satisfactorio y en particular en este caso implicaba el pago en dudosos bonos de largo plazo que, dada la delicada situación de la Casa Baring, ponían en peligro toda la inversión de los que habían adquirido el 35% de la emisión. Estos accionistas, como era habitual en Londres por entonces, se reunieron furiosos para protestar y recibir explicaciones en un local de la Bolsa londinense destinado a tal efecto, el Westminster Hall. El *South American Journal*, un periódico de los “yuppies” de la época dedicado a los inversionistas en Sudamérica, envió a un cronista a la acalorada reunión. El número de mayo de 1891 transcribe el informe de ese cronista, en letra pequeña y sin darle mayor trascendencia. El reportero detallaba las distintas intervenciones de los participantes del debate y entre ellas la de un tal Mr. Burstall, quien revisando las rendiciones de cuentas presentadas por los directivos de la empresa interrogó entre muchas otras cuestiones a su Presidente, el Honorable H.R. Grenfell (designado en el cargo por Lord Baring), si “las 322.000 libras esterlinas pagadas a Mr. Celman y Mr. Wilde podrían ser recuperadas”. La respuesta del Honorable no fue, como pudiera esperarse, “¡Señor, no sé de qué me está Ud. hablando!” sino infinitamente más sugestiva y teñida de la tan característica flema y humor inglés: “Creo que es

lo mismo que preguntar si el Rey James I devolverá lo recibido por la concesión del New River Canal” (informemos que esta última devolución era altamente improbable ya que el Rey James I, hijo de María Estuardo y sucesor en el trono inglés de Isabel I, había muerto tan solo unos 270 años antes de los sucesos que aquí relatamos...).

Curiosamente parece que esta irónica respuesta de Mr. Grenfell indignó, pero tan solo por su ignorancia sobre el pasado británico, a la dirección del *South American Journal*, quien la calificó en el siguiente número de “Historical Blunder”, algo así como un disparate histórico. Y justificaban tan violento calificativo relatando que el New River Canal, que atraviesa hasta el día de hoy desde el Támesis buena parte de Londres, fue una concesión por peaje otorgada por Isabel I a un tal Hugh Middleton para construirlo. Este inició las obras pero resultaron más costosas de lo previsto y se quedó sin recursos para finalizarlas. A consecuencia de ello interesó al respecto al sucesor de Isabel, James I, quien aportó del tesoro real los fondos para terminar el Canal y comenzar a cobrar los beneficios derivados del tráfico a través del mismo. En consecuencia y tal como correctamente explicaba el periódico, James para nada fue un coimero sino un socio inversor, un accionista, que cobraba a medida que entraban las ganancias, y en tal carácter siguieron cobrando sus herederos. En cambio, según el periódico, “Mr. Celman y Mr. Wilde” prefirieron tener su parte en “prompt cash”, a sea estrictamente por adelantado y en efectivo... Y señalaba el detalle obvio que tan sólo retiraron, no invirtieron.

El *South American Journal*, tal como señaláramos, no le dio ninguna trascendencia al tema y lo trató tan solo como una curiosidad histórica. Evidentemente a nadie en Londres podían sorprenderle por entonces sobornos en Sudamérica, pero cuando finalmente un barco trajo algunos ejemplares del periódico a Buenos Aires es de imaginarse el escándalo que aquí se produjo. Como vimos nadie dudaba de que se trataba de un gran negociado, pero que el tema se manejara con tanto desprecio en Europa no podía menos que herir el orgullo de las élites argentinas. *El Obrero*, en su lenguaje peculiar y combativo, lo señalaba con mucha sorna y particular elocuencia:

“La interpelación de Mr. Burstall importa una jugada de JAQUE al rey, a los miembros de la clase cuyos intereses defiende el partido gobernante, clase mas diabólica que no pudiera haber inventado el seso del mismo Satanás.. ¿La liga oficialista Pellegrini, Roca, Mitre seguirá garantizando la impunidad de los coimeros y de los ladrones públicos? Es que si no los defendieran terminarían por acusarse a sí mismos, pero si los siguen protegiendo piso-tean el honor del país y lo arrastran por el fango. De uno u otro modo están perdidos. JAQUE y MATE, señores caudillos. Se acabó el juego”.

Como sabemos los quizá ingenuos marxistas de entonces estaban muy equivocados y lamentablemente el juego estuvo lejos de acabarse. Los dirigentes políticos argentinos absorbieron como tantas otras veces el papelón y continuaron adelante con sus tropelías. El tema de las Obras Sanitarias empero siguió dando bastante que hablar en el futuro, resultando particularmente graciosas las respuestas del *South American Journal* a cartas de Juárez Celman pidiendo que se retractaran de la acusación de coimas. El ex presidente (y ex catedrático de Derecho en la Universidad de Córdoba) le señalaba a sus redactores que de no hacerlo los demandaría y que ellos inevitablemente perderían el juicio ya que, según les explicaba este prohombre del Derecho, “el soborno es siempre indemostrable, pues requeriría para comprobarlo el testimonio de quien pagó, quien a su vez con ello se autoincriminaría”. Con humor británico la réplica no demoró: “En Argentina, Mr. Celman, quizá sea indemostrable un soborno... Pero le aclaramos que aquí es diferente, se ha hecho muchas veces y los culpables están en la cárcel...”. Otra repercusión curiosa y que llama la atención es lo ocurrido con los títulos que como vimos debían saldar la deuda con los Baring. Era tal el desprestigio de la operación que asumido el nuevo gobierno de Luis Sáenz Peña (extraño personaje que le dio más de un dolor de cabeza a los acreedores argentinos) este había paralizado su entrega. La demora puso extremadamente nerviosos a los banqueros ingleses y a quienes eran sus garantes ante el Banco de Inglaterra: la casa Rothschild, quienes no vacilaron en solicitar al gobierno inglés el envío de algunos barcos de guerra para hacer entrar en razones a los incumplidores argentinos. La respuesta del li-

beral Primer Ministro Gladstone fue empero por demás elocuente: “El gobierno de Su Majestad no intervendrá con las armas para beneficiar a los súbditos que invirtieran imprudentemente en el extranjero”.

Y nos queda luego de tan sugestivas similitudes históricas y a título de reflexión final analizar los motivos de Juárez Celman para su política de privatizaciones que, como vimos mas arriba, era bastante inexplicable en la época y tantas resistencias generó. Diversos historiadores de las ideas, de todo el espectro ideológico, desde la derecha a la extrema izquierda, atribuyen a la ideología liberal del juarismo la motivación fundamental de esta actitud. Y lo ilustran con los numerosos y floridos discursos y artículos de los juaristas, que tan a tono con la época los matizaban con reiteradas citas de Spencer y demás filósofos del liberalismo y a la consiguiente necesidad de que el Estado interviniera lo menos posible en la economía. Los hechos que hemos descrito nos permiten, sin embargo, suponer que las motivaciones de la élite argentina de fines del siglo XIX (y no tan solo de entonces) probablemente tuvieron su origen en razones más pragmáticas, más contundentes que las ideologías. En el caso de las Obras Sanitarias por ejemplo, quizá 322.000 veces más contundentes.



Dirk Kerst Koopmans

Notas de investigación



De cómo el "júbilo creador" se trastocó en "desfachatez"

El pasaje de Maldonado
y los concretos
por el Partido Comunista.
1945-1948*

Ana Longoni y Daniela Lucena



Marina

Durante años cruciales del desarrollo de la vanguardia concreta en Buenos Aires (cuyo inicio puede fijarse en la aparición de la revista *Arturo* en el verano de 1944), varios de sus integrantes, entre ellos Tomás Maldonado, se suman con entusiasmo al Partido Comunista Argentino (PCA), atribuyéndole a esta organización política –entre otras energías– la afirmación del “júbilo creador” que proclamaban los manifiestos concretos. Este artículo reconstruye y documenta las peripecias de ese vínculo –escasa o nualmente considerado por la historiografía del arte– que se prolongó por tres años, implicó una serie de producciones, intervenciones y debates, derivó en la expulsión de Maldonado decidida por un tribunal partidario, y tuvo como triste corolario una nota en la prensa partidaria que entre otros apelativos tilda de “desfachatados” a los artistas concretos y madí. Se repone aquí el contexto internacional en que este tránsito ocurre y se desentraña: el fin de la Segunda Guerra Mundial y los comienzos de la Guerra Fría, el recrudescimiento del dogma del realismo socialista en la URSS entre 1946 y 1948, y las polémicas y purgas que ello desencadenó en otros partidos comunistas, particularmente en el italiano (PCI), que influyó directamente en las posiciones adoptadas por el propio Maldonado. Ana Longoni es coautora de los libros *Del Di Tella a Tucumán Arde* (Buenos Aires, El cielo por asalto, 2000) y *De los poetas malditos al video-clip* (Buenos Aires, Cántaro, 1998). Dirige el equipo de investigación “Artes plásticas e izquierdas en la Argentina del siglo XX”, del cual la socióloga Daniela Lucena es integrante.

El júbilo creador

En el periódico *Orientación* —órgano oficial del PCA— el 19 de septiembre de 1945, en la página literaria y artística, bajo el título “Artistas adhieren al comunismo” se lee el siguiente texto:

“Los artistas y escritores del Movimiento Arte Concreto se afilian al Partido Comunista: Porque el Partido Comunista es una fuerza nacional al servicio del bienestar, la libertad y el desarrollo cultural de nuestro pueblo; porque ha luchado y lucha a diario, abnegada e inteligentemente, contra las tendencias regresivas que envilecen la existencia humana y traban su desenvolvimiento físico y espiritual; porque el pensamiento marxista-leninista, que el PC practica, exalta la grandeza y la capacidad realizadora del hombre y niega las ficciones que, en todos los campos, lo humillan y esterilizan, y, finalmente, porque el P. Comunista afirma la fraternidad y el júbilo creador, amplía y densifica el espíritu, ensancha al infinito sus posibilidades inventivas y prefigura nuevas formas de sensibilidad y de vida.”

Firman la declaración, en orden alfabético, Edgar Bayley, Manuel Espinosa, Claudio Girola, Alfredo Hlito, Tomás Maldonado y Aldo Prior. Esta pertenencia —sostenida a lo largo de los años siguientes— es paralela a una serie de intervenciones de los artistas concretos en el campo artístico (producción de obras, manifiestos y textos teóricos, muestras grupales e individuales, divisiones y reagrupamientos, la publicación de la revista *Arte Concreto-Invención*).

Su participación en el PC asumió distintas formas, entre las cuales la más evidente es la colaboración de los concretos en la prensa partidaria, en la que publican notas sobre arte, y desde donde promocionan a través de avisos y comentarios sus muestras.¹ Esta estrategia de (auto)legitimación a través de la prensa partidaria puede leerse como una respuesta frente al vacío y los ataques virulentos por parte de la crítica de arte (en medios especializados o masivos) ante las manifestaciones del Arte Concreto.

Por otra parte, los artistas concretos aparecen agrupados en un bloque común junto a otros artistas afiliados o simpatizantes del comunismo, que en el campo artístico estaban en una posición distinta e incluso antagónica.² Es el caso de

la declaración colectiva “¿Exposición de Arte Español Contemporáneo? Un manifiesto de artistas argentinos”, publicada el 3/12/1947 en *Orientación*, que denuncia las exclusiones promovidas por el franquismo:

“¿Dónde están Juan Gris y Pablo Picasso, por ejemplo, que tanto contribuyeron a la renovación de la pintura en nuestro tiempo? ¿Dónde están tantos pintores que sostienen por el mundo, el prestigio de la pintura española? No están, desde luego, en la muestra actual del Museo Nacional de Bellas Artes de esta capital. Ellos, aunque hubiesen quizá querido los organizadores, no podrían estar en esta exposición oficial, porque la repudian. (...) El arte español de nuestros días se desarrolla viva y plenamente como en las mejores épocas, pero quienes lo realizan no están representados en esa exposición, y estos artistas a que nos referimos están repartidos por diversos países de Europa y América. (...) Faltan además, obras de los escultores Emiliano Barral y Pérez Mateos, muertos en la guerra civil española, en defensa de Madrid y de la democracia.

Firman, entre otros, esta declaración: Berni Antonio, Caride Vicente, Brughetti Romualdo, Castagnino Juan C., De Lorenzo Miguel, Espinosa Manuel Oscar, Falcini Luis, Fernández Albino, Hlito Alfredo, Inga César, Juárez Horacio, Lozza Raúl, Maldonado Tomás, Pacenza Onofrio A., Pérez Penalba Alicia, Pellegrini Luis, Viladrich Wilfredo, Fucks Saúl, Monsegur Raúl, etc.” (el subrayado es nuestro).

Libertad de creación

Hasta los inicios de la posguerra, convivía eclécticamente dentro del Partido Comunista una diversidad de propuestas estéticas, que iban del realismo a la abstracción. Como muestrario de esta apertura, en el mismo año 1946 en *Orientación* se reivindica a Wolf Bandwek porque “pinta la realidad tal cual es”, mientras otras notas dan cuenta de la concepción “ampliada” del realismo que se promueve entonces,³ e incluso se publica el texto de Bayley “Sobre arte concreto”⁴ en el que expone su programa artístico-político. Expresión de este eclecticismo, una iniciativa vinculada a la órbita partidaria como el TEAP (Taller Escuela de Artes Plásticas) dirigido por Cecilia Marcovich, postula “un nuevo realismo en el arte”, y promueve que

"el punto de partida imprescindible debe ser el estudio de la 'realidad objetiva' (...) no como copia o imitación". "El TEAP sigue el camino trazado por la gran tradición plástica, camino que ha sido redescubierto y esclarecido por la revolución técnica cubista". Se mixturán, entonces, realismo y abstracción, tradición y vanguardia.⁵

Como es evidente en esta publicación partidaria, los concretos ocupan un lugar visible pero no hegemónico dentro de la plástica comunista. La presencia de otros artistas y estéticas es notoria tanto en las ilustraciones⁶ como en las notas de y sobre artistas.

¿Cómo convivían en las filas del PC proyectos enfrentados en el campo artístico como el "nuevo realismo" berniano y el del arte concreto? Aún no era tiempo de la imposición de un dogma estético único. La apertura a distintas estéticas es explícita en la siguiente declaración (que aparece sin firma): "Defenderemos, por encima de toda discrepancia estética, la libertad de expresión sin la cual es imposible la creación artística, y señalaremos, en consecuencia, con rigor, todos aquellos factores de perturbación que conspiran contra su libre desenvolvimiento".⁷

En ese marco es que la participación de los concretos fue aceptada o al menos tolerada por el PCA. En los artículos que publican los artistas concretos en la prensa comunista no aparecen solicitudes o presiones para que se pronunciaran a favor del realismo. Pero en cuanto a las producciones visuales nunca se publicaron obras "concretas" en *Orientación*. El Partido demandaba de ellos otro tipo de imágenes. Ya en 1944 se publican en *Orientación* ilustraciones figurativas hechas a pedido para ilustrar notas específicas (escritas por V. Codovilla y por R. Ghioldi, figuras centrales del PCA), firmadas por Juan Molenberg y Benicio Núñez. Ambos artistas concretos, si bien nunca se afiliaron al PC e incluso no firmaron la adhesión ya citada de 1945, colaboraron de éste y otros modos con el Partido.

El mismo Maldonado firma dos fotomontajes realizados puntualmente para ilustrar números especiales de *Orientación*. El primero apareció el 6/11/46, en un número extraordinario en homenaje a la Revolución de Octubre, ilustrando una nota de Ghioldi, titulada "La Unión Soviética, líder de la paz". Consta de varias fotos recortadas (y

superpuestas) de hombres del pueblo, mujeres y niños marchando, saludando, sonriendo, portando banderas y de sus líderes dirigiéndose a la multitud. El otro fotomontaje aparece el 8/01/47, en otro número extraordinario, esta vez dedicado al 29º aniversario del PCA, y muestra escenas del acto y de los líderes del PCA.

Molenberg recuerda que a Maldonado también le fue encomendada la tarea de realizar en un gran mural un retrato figurativo de Ghioldi (de 4 o 5 metros de altura), que decoró el escenario durante un acto realizado en el Luna Park. Esta obra magníficamente realizada por el artista –según el testimonio de Molenberg– fue una de sus "últimas concesiones" al PC. Podría pensarse que no la concebían (ni el artista ni los solicitantes) como una "obra de arte", sino más bien como el pedido de una decoración (u "ornamentación") para la que se recurría a la habilidad técnica, artesanal, de Maldonado, puesta al servicio de la necesidad de la gráfica política.

También debe decirse que a excepción de la ya mencionada nota de Edgar Bayley que explicita el programa del arte concreto y su dimensión política, no aparecen ni en la gráfica ni en los demás textos sobre arte publicados en las publicaciones partidarias huellas inequívocas del programa del arte concreto.

Sin embargo, en el mismo período, los artículos publicados por los concretos en su propia revista hacen hincapié en la politicidad radical del programa del arte concreto. Maldonado llega a afirmar que "el arte concreto será el arte socialista del futuro"⁸ y que "unidos del materialismo dialéctico que es la filosofía viva de Marx, Engels, Lenin y Stalin, que confirmaba y confirma nuestras búsquedas, llegamos a formular una estética materialista concreta".⁹ Más tarde, evaluará este ideario: "Nuestras ambiciones iban bastante más allá del arte. [Nuestro movimiento] deseaba constituirse sobre todo en el elemento conductor de un programa de renovación de la cultura, de la vida cotidiana y de la sociedad en su conjunto".¹⁰ Los concretos concebían la actividad creadora en términos de una subversión de la avanzada, indisociablemente intelectual y política. La pregunta es si existía, incluso considerando el clima de apertura que aún reinaba, espacio para una radicalidad tan acendrada dentro del Partido Comunista.

Las purgas rusas

Para poder responder esa cuestión, será necesario reponer aquí, sintéticamente, la historia del vínculo entre el Estado soviético, el PCUS y los artistas, en particular los de vanguardia.

Los años inmediatamente posteriores al triunfo de la revolución de octubre de 1917 vieron la eclosión de vanguardias en literatura, música, artes visuales, cine, arquitectura, diseño y teoría. Desde el nuevo Estado socialista se reclamaba un arte vinculado a la revolución y con ese horizonte compartido convivieron tendencias diversas dispuestas a generar un arte nuevo para una nueva sociedad.

El movimiento concreto argentino se sintió interpelado por esta experiencia inédita de articulación entre vanguardia artística y política, en particular por el constructivismo.¹¹

A partir del entronizamiento de Stalin en el poder, se empieza a definir una política del Partido (y del Estado) en materia estética. Pero aún en 1925, una resolución del PCUS propicia la libre competencia de escuelas y tendencias, sin que ninguna fuera tendencia oficial o dominante. Recién entre 1932 y 1934 se consagra el realismo socialista “como el método creador soviético”.¹² Sin embargo, “incluso después de que el Partido adoptara una política para el arte, la estética oficial permanecía relativamente poco sistematizada. (...) Fundamentalmente como resultado de un discurso pronunciado durante la guerra fría en 1947 por Zhdánov, Secretario del Comité Central del Partido Comunista (...) fueron realizados los esfuerzos oficiales más sustanciales para sentar las bases de una estética stalinista completa”.¹³

A partir de entonces, se desataron purgas en el aparato cultural comunista (no sólo soviético) “a fin de que los hechos culturales estuvieran en línea con el nuevo espíritu nacionalista y la nueva política exterior antiburguesa”.¹⁴ Los tópicos desde los que defiende el realismo socialista (lo natural, la belleza, la verdad, la tradición clásica, lo orgánico, el materialismo) lo enfrentan por oposición a toda manifestación formalista (patológica, fea, falsa, idealista, inorgánica). Las vanguardias son acusadas de formar parte de una élite antipopular, vinculada a las manifestaciones más decadentes de la burguesía occidental.

En defensa de Picasso (y de Stalin)

El 7/8/1946, en la página literaria y artística de *Orientación* aparece el siguiente anuncio: “Esta página contará, a partir del presente número, con una sección de artes plásticas (...) no sólo sobre todo lo que tenga atingencia con la plástica nacional e internacional, sino también sobre el estado actual de las investigaciones marxistas en torno al delicado problema de la pintura social”.

En esa sección aparecieron dos artículos de Maldonado (hasta ahora nunca reeditados), ambos centrados en la polémica suscitada en la URSS en torno a la figura de Picasso, afiliado al Partido Comunista tres años antes.

La nota “La Falange contra Picasso”, firmada por T.M. (en *Orientación*, el 7 de agosto de 1946), responde a un ataque contra el artista cubista publicado en el periódico falangista *Arriba*. Maldonado argumenta: “Esto de la ‘pintura por encargo’ es una de las tantas patrañas que se han inventado para desprestigiar a la URSS. En la Unión Soviética *no se ha obligado a ningún pintor a hacer lo que no era de su agrado*. Los que trabajaron en la pintura de propaganda lo hicieron por propia voluntad y porque así lo exigían sus convicciones estéticas; pero *los que prefirieron otro tipo de actividad estética han sido igualmente respetados y considerados*”.

Un año después, Picasso vuelve a ser el centro de una gran polémica cuando en *Pravda*, vocero del régimen soviético, se publica un editorial, el 11/8/1947, que afirma que la Unión Soviética no puede tolerar a los formalistas Picasso y Matisse, “adoradores de un arte burgués decadente”, que “contaminan el aire puro del arte soviético”.¹⁵

Este ataque repercute en el medio comunista en diversas partes del mundo. Casi simultáneamente, la nota traducida en *Les Lettres Françaises*, reaviva la polémica sobre el realismo y genera defensas como las de Paul Eluard, quien publica en esa misma revista, el 23 de octubre de 1947, un artículo homenajeando al artista titulado “Picasso, bon maitre de la liberté”.¹⁶

Maldonado demuestra estar muy al tanto de éstos y otros debates¹⁷ en el artículo publicado en *Orientación* el 19/11/1947: “Picasso, Matisse y la libertad de expresión”. Allí critica a la prensa “megáfono del imperialismo”, que proclama que di-

chos artistas han sido excomulgados de "los Soviets", y que el régimen stalinista ha realizado una nueva purga. Lejos de cuestionar las declaraciones de *Pravda*, considera beneficiosa la polémica desatada; para él las últimas controversias no hacen más que demostrar la libertad de expresión reinante en la URSS. Insiste: "En verdad, no hay una estética oficial del comunismo; no puede haberla. Hay, sí, una ética comunista que el artista militante no puede de ningún modo desoír —no es posible ser comunista y cantar a la desesperación, al nihilismo, al sueño o a los parques desolados—, pero no una estética". Lo insólito de su planteo sea, quizá, que aquella ética que un artista comunista no puede encarnar haya sido caracterizada justamente mediante calificativos recurrentes (desesperación, nihilismo, etc.) en el ataque del realismo socialista a las vanguardias.

La polémica Vittorini-Togliatti

En 1948 Maldonado viaja a Europa y es testigo de la instancia final de los debates entre Palmiro Togliatti, dirigente indiscutido del PCI, y Elio Vittorini, reconocido escritor comunista, que derivó en su alejamiento del partido. Durante su estadía, el artista argentino visita a Vittorini en varias oportunidades, asiste a sus conferencias, se involucra con la polémica que circulaba en las revistas. Reconstruimos sintéticamente los trazos más sobresalientes de esas discusiones y el contexto específico en el que se desarrollaron.

A causa de su destacado papel en la lucha contra el fascismo, el PCI era, junto al francés, el más influyente en la Europa no comunista tras la Segunda Guerra. Su preponderancia entre intelectuales y artistas italianos fue muy notoria y persistió por décadas, hasta que acontecimientos como la represión a la revolución húngara provocó la renuncia de muchos (entre ellos, el escritor Ítalo Calvino).

En 1947 surgía un grupo de artistas abstractos italianos en torno a la revista *Forma*, cuyo programa se establece en similares coordenadas al que venían desarrollando los concretos en Buenos Aires. En su primer manifiesto (15/3/1947) explicitan su rechazo al realismo socialista, sin dejar de reclamarse marxistas: "Nos proclamamos formalistas y marxistas, en la creencia de que los términos marxismo y formalismo no son irreconciliables, es-

pecialmente hoy, cuando los elementos progresistas de nuestra sociedad deben mantener posiciones que sean revolucionarias y vanguardistas, sin deslizarse al error de un realismo conformista y gastado. Las más recientes manifestaciones de éste, en la pintura y la escultura, han demostrado lo estrecho y limitado de su camino".¹⁸

Unos meses antes (octubre de 1946) nueve artistas —en su mayoría abstractos aunque también los había realistas— agrupados en *Nuova Secessione Artística* (luego denominado *Fronte Nuovo delle Arti*) plantean reemplazar "una estética de la forma por una dialéctica de la forma".

Si bien el artista argentino podría haber sintonizado con esos planteos, lo que lo impactó durante aquel viaje y sigue recordando ahora, casi sesenta años después, fue la polémica entre Vittorini y Togliatti.¹⁹

Elio Vittorini era escritor de ficción y ensayo,²⁰ reconocido militante comunista²¹, y en ese momento director de la revista *Il Politecnico*²².

Palmiro Togliatti, otrora discípulo de Gramsci en la Universidad de Turín, se convirtió en el dirigente más importante del PCI durante la resistencia al fascismo y la posguerra, años en que su partido alcanzó cierta influencia de masas.

La polémica entre ambos comenzó cuando en el número 5/6 de *Rinascita*, publicación oficial sobre política y cultura del PCI, dirigida por Togliatti, se publicó una nota crítica sobre *Politécnico* firmada por Mario Alicata. Vittorini le responde en *Il Politecnico* n° 31/32 (julio-agosto 1946) a través de una carta abierta titulada "Política y cultura". Allí afirma "Mi amigo y compañero Mario Alicata, escritor que puedo considerar exponente oficial del PCI, ha escrito negativamente sobre nuestro *Politecnico* en *Rinascita*, revista que puede considerarse oficial del PCI. (...) Se ve en *Politecnico* un órgano del Partido Comunista. Se excluye que alguien (Alicata) pueda tener sobre una cierta cuestión un parecer personal. Se excluye que un comunista, yo mismo, pueda desarrollar una actividad cultural que no esté sujeta al control político del partido. Es esto lo que se presume que el PC habría intentado realizar, a través de Alicata, con *Il Politecnico*. El error principal, naturalmente, es considerar a *Il Politecnico* comunista por el hecho de que su director sea comunista".



Esta defensa de la autonomía de la revista respecto de la línea partidaria fue respondida nada menos que por Palmiro Togliatti en *Rinascita* (nº 10, octubre de 1946), a través de una extensa carta a Vittorini titulada "La batalla de las ideas". Allí critica el tono de su respuesta: "puede arribarse a un punto tal por el cual una revista comunista no podrá expresarse críticamente a propósito de una publicación cultural hecha por comunistas sin que se abra una ridiculísima campaña sobre nuestra intolerancia y el sofocante control que nosotros pretenderíamos ejercitar sobre la actividad cultural".

En el nº 35 de *Il Politecnico* (enero-marzo de 1947) Vittorini vuelve a la carga con una larga carta a Togliatti titulada también "Política y cultura", en la que le señala "algunos problemas nacidos en nuestro Partido o en torno a él que me parecen abiertos todavía a las soluciones más diversas y por eso todavía sentidas, en torno a nuestro partido, con incerteza, con incomodidad, o con desconfianza, con hipocresía, con aversión, con temor".

El ida y vuelta de cartas entre el escritor y el dirigente continúa, y a él se suman otros militantes,²³ hasta el alejamiento de Vittorini del PCI en 1948. La polémica gira en torno al cruce entre cultura y política, la posición de la política comunista frente a la cultura de avanzada, qué concepciones del marxismo están en juego, y qué lugar debe desempeñar un intelectual dentro del Partido.

Dos estrategias

En esta discusión, según Michele Rago²⁴, se enfrentan dos estrategias políticas: por un lado, Vittorini encarnaría la de "frente único" antifascista que había sostenido el PCI durante la guerra, y, por el otro, frente a la crisis de la posguerra, Togliatti proponía "un movimiento que, desde la cultura, lograra articular la sociedad italiana entera". El dirigente sostenía "la necesidad de contribuir a hacer revivir programáticamente en la pequeña burguesía y la clase subalterna italiana la experiencia histórica de la revolución burguesa occidental vivida a partir del protestantismo, en tanto ese momento implicó una avanzada democrática de la que Italia no había participado". En cambio, Vittorini plantea la hipótesis de "una simbiosis dinámica 'entre cierto desarrollo de la democracia americana y la gran conquista del socialismo'"²⁵

que apunta hacia una plataforma unitaria proyectada en el pluralismo ideológico y no inmediatamente caracterizada en dirección "socialista".

Quedan delimitadas dos estrategias, que pueden resumirse así: la democraticidad interna de la cultura en contraposición con la hipótesis de una cultura revolucionaria. En el contexto de un partido que viraba a la perspectiva de una ruptura violenta, el "gradualismo radical" de Vittorini fue entendido como una manifestación de reformismo.²⁶

La polémica Vittorini-Togliatti podría sintetizarse en algunos núcleos o ejes.

Primero, Vittorini defiende la autonomía de la cultura respecto de la política en estos términos: "Las dos actividades me parecen estrechamente ligadas. Pero es cierto que son dos actividades, no una sola; y cuando una de ellas es reducida (por razones internas o externas) a no tener el dinamismo que le es propio, y a desarrollarse y devenir en el sentido de la otra, en el terreno de la otra, no se puede negar que deja un vacío en la historia". La defensa del momento "autónomo" del arte (la defensa de la espontaneidad, el instinto del escritor) no se contradice con el empeño o la voluntad de hacer de él un "poeta civil" o "patriótico". En la confrontación crítica puede formarse el intelectual y devenir en un revolucionario.²⁷

A su vez, Vittorini no deja de señalar la politicidad de la cultura. Define la política como "cultura que se hace acción".²⁸ Y considera que "es indispensable, sin duda, que la cultura tenga una comprensión también política de la realidad histórica en la cual se encuentra radicada; tanto cuanto es indispensable para la política sentir los problemas sufridos por la cultura y estar preparada para hacerlos propios a medida que maduran, (...) pero esto no significa que la cultura deba identificarse con la política".²⁹

Segundo, otra de las cuestiones en discusión es el vínculo de los intelectuales con el corpus de la teoría marxista: dogma sagrado o materia viva, paradigma inquebrantable o flexible, ortodoxia o heterodoxia. Vittorini considera que "nuestro trabajo no puede ignorar el marxismo, porque ningún trabajo cultural puede ignorarlo. Pero es trabajo de marxistas y de no marxistas en conjunto, y el plano sobre el cual se desarrolla no puede, por eso, ser marxista".³⁰

Vittorini reivindica su origen obrero y no universitario, su condición autodidacta (reconoce haber entrado al Partido sin haber leído ni una página de Marx) y evita definirse como un “marxista”: “Para llamarme marxista deberé estar en situación de aportar alguna cosa al marxismo (...), de ser agua viva que fluye en el agua viva del marxismo”. En una entrevista postula que el marxismo “ha enseñado la necesidad del recurso colectivo para alcanzar la libertad individual”.³¹

Contra su poco ortodoxa versión del marxismo, el mismo Togliatti le responde, apelando a la cita de autoridad del marxismo-leninismo: “Tú partes de Lenin, o sea de un titán del pensamiento y de la acción y por eso te metes en una camisa de once varas porque ¿cómo se hace para confrontar con su acción la modesta acción nuestra?”.³²

Para Rago, quedan aquí enunciadas implícitamente dos concepciones del marxismo: una que, simplificándose ideológicamente, intenta esconder su propia debilidad y así la perpetúa, a la que Vittorini le opone el marxismo dinámico de la originalidad teórica.³³

Tercero, otro núcleo central de la discusión refiere a la posición que ocupa el intelectual y su actividad específica en relación con el Partido. Vittorini defiende la independencia de su proyecto cultural (*Politécnico*) más allá de la filiación de su director (él mismo) al PCI, e impugna la ingerencia partidaria sobre la revista.³⁴ Togliatti responde, frente a la demanda de autonomía del intelectual, reivindicando la “libertad” del Partido de opinar sobre los asuntos culturales.³⁵

Pero, ¿qué era lo que incomodaba al Partido Comunista en *Il Politécnico*? Togliatti escribe a Vittorini: “Cuando surgió *Il Politécnico*, (...) nos parecía que debía ser útil una acción como la emprendida”. Pero remarca su extrañeza ante la aparición de una “*tendencia a una especie de ‘cultura’ enciclopédica, donde una investigación abstracta de lo nuevo, de lo diverso, de lo sorprendente*, tomaba el lugar de la elección y de la búsqueda coherente con un objetivo, y la noticia, la información (quiero decir, con un feo término periodístico la ‘variedad’) dominaba el pensamiento. Y es esto, y sólo esto, lo que hemos dicho, recordando vuestro programa primitivo”.³⁶

Para Vittorini, el diálogo con una “cultura enciclopédica” y la búsqueda de lo nuevo no eran

desvíos sino un programa consciente: “desarrollar su tarea en dos frentes: por un lado, la vanguardia, y por otro, el contacto con las masas, (...) a fin de lograr una divulgación que conserve en sí misma una interrogación crítica”,³⁷ la confrontación autónoma con la cultura burguesa más avanzada de su tiempo.

Vittorini se pregunta por qué “la cultura es ‘libre’ en la sociedad burguesa”, y propone que “la cultura burguesa ha producido valores que la exceden infinitamente. Comenzando por Marx. (...) Nuestro trabajo es ciertamente ése: encontrar cómo salvar la totalidad de la cultura sin retardar el movimiento de la historia. Por eso, si hay un peligro Proust, nuestro trabajo es encontrar el antídoto crítico respecto de Proust, que permitirá hacer pasar al capital humano todo lo que hay de positivo en él. Y seguir así. (...) Y ved ya cómo los comunistas en el mundo entero están con la vanguardia de la rebusca en cualquier parte donde se trate de valores no sujetos a mistificación. ¿Qué comunista en tanto que comunista estaría contra Picasso, contra Schoenberg? Pensad en el papel de esos poetas surrealistas yugoslavos o checos en la vida pública de sus países. Desde ahora, todo lo que no es sujeto a mistificación, los comunistas lo aceptan inmediatamente, sin crítica previa. Pero someten y deben someter a la crítica todo lo que es sujeto a mistificación”.³⁸

Esta defensa de la cultura burguesa de avanzada puede leerse en contrapunto con la afirmación final de la segunda carta de Vittorini a Togliatti, en la que se desliza una crítica a la oscilación del modelo cultural soviético: “Los escritores revolucionarios que militan en nuestro Partido deberán refutar la tendencia estética de la URSS”, por tratarse de un camino hacia el socialismo “que no será el modo de la construcción italiana o francesa”.

Rago señala, por otra parte, que no todos los puntos de la polémica entre Togliatti y Vittorini se evidencian en la disputa escrita.³⁹ En el debate oral fue contundente la posición del Partido —defendida por Emilio Sereni— respecto de la necesidad de un centralismo absoluto detrás del Estado-guía del campo socialista, la URSS. La impugnación de las vanguardias formalistas es coherente con el alineamiento de los PC tras el dogma oficial soviético del realismo socialista.

La polémica francesa

Aunque no podamos expandirnos aquí en este punto, es necesario señalar que la polémica italiana entre Vittorini y Togliatti se producía paralela y entrecruzadamente a las purgas en la URSS y también a uno de sus más inmediatos coletazos: los debates que se llevaron a cabo en el PC francés.

Serge Guilbaut ubica justamente en 1948 el "cambio súbito en las páginas de *Les Lettres Françaises*, cuando la política artística del periódico pasó de manera radical del eclecticismo y la apertura, a una línea realista dura".⁴⁰ La imposición de una estética única, encabezada por el pintor André Fougeron y el poeta otrora surrealista Louis Aragón, encontró algunas resistencias. Roger Garaudy escribe (y su nota fue reproducida en *Politécnico* y comentada en *Rinascita*): "quien pretenda que nosotros (los comunistas) impongamos un uniforme o un rostro a nuestros pintores, a nuestros músicos o a los demás, es un necio o un imbécil". Aragón le responde en *Les Lettres Françaises* (29/11/1946), alertando crudamente contra el "peligroso liberalismo artístico contenido en sus tesis". Las presiones fueron efectivas. En la misma revista (13/12/1946), Garaudy reconoce haber dado una respuesta "mal formulada": "la libertad sólo comienza a tener un significado cuando el hombre participa conscientemente del movimiento progresivo de la historia". O sea: del Partido Comunista.

Ecos argentinos

Las purgas soviéticas y las polémicas francesa e italiana fueron seguidas de cerca por los comunistas argentinos. Dar cuenta de su amplia repercusión en las publicaciones del PCA (en las que se transcribieron fragmentos, se glosaron y se comentaron) merece un capítulo aparte. Sólo mencionaremos aquí que la revista *Expresión* (que apareciera entre 1946 y 1947 dirigida por Héctor Agosti) dedica un espacio sostenido a reseñarlas. En el n° 3 (febrero de 1947) resume: "realismo, formalismo, arte puro, el arte por el arte, la 'libertad del escritor', literatura 'comprometida' y otros conceptos por el estilo son el motivo de acaloradas disputas en los medios artísticos franceses".

También a *Orientación*, llega la polémica italiana: traduce el reportaje a Vittorini publicado en

Les Lettres Françaises. Una "Nota de la Redacción" informa que el italiano "recientemente, en un viaje a Francia, tuvo ocasión de discutir largamente acerca de problemas relacionados con la suerte de la cultura en esta hora del mundo. Los escritores franceses Jean Gratien y Edgar Morin recogieron sus palabras en una larga entrevista (...). Estos conceptos de Vittorini suscitaron algunas respuestas polémicas en los medios intelectuales comunistas de Francia e Italia".

Dando cuenta del tono cada vez más excluyente que estaba adoptando la discusión europea, que de alguna manera preconiza el de su versión local, el 28/4 aparece también en *Orientación* una nota titulada "El partido comunista y los intelectuales", firmada por Pietro Sechia (director de *Unità*): "ciertas obras contribuyen a difundir el escepticismo, el pesimismo, la corrupción: contribuyen a desarmar y a debilitar las fuerzas democráticas y progresistas. (...) En el momento en que la lucha se convierte en elemento decisivo para el porvenir de las fuerzas populares, la tendencia del intelectual a aislarse, a encerrarse en sí mismo, a engañarse pensando que el experimento o la búsqueda individual de la 'verdad' es el camino justo, se convierte en deserción".⁴¹

Un retorno convulsionado

Maldonado vuelve a la Argentina a mediados de 1948 trayendo consigo, entre otras muchas cosas, información del debate italiano. A poco de llegar pone en discusión los términos de la posición de Vittorini⁴² en agosto de ese año, en una prolongada reunión plenaria de intelectuales comunistas convocada por Ghioldi, justamente para promover un canon estético realista único entre los artistas comunistas y denunciar a las formas modernistas por propagar "el irracionalismo, el antihumanismo, la reacción".

La resolución de las diferencias se precipitó. La dirección partidaria pidió la sanción de Maldonado a través de un tribunal de disciplina interno. Encabezada por la artista Alicia Pérez Penalba, esta comisión define la expulsión del artista.⁴³ Junto a él se alejan Hlito, Bayley y otros artistas concretos.

Como corolario, el 29 de septiembre de ese mismo año aparece en *Orientación* una nota firmada por Julio Notta, en la que se ataca duramente a los concretos y a los madí. El autor califica la exposición que se estaba realizando en un

local de la calle Florida como una “lamentable farsa”, e incluso se pregunta si esos trabajos fueron realizados por “alumnos de una escuela de retardados”: “Se trata de una exposición organizada por los cultores del ‘arte’ llamado concreto-invencción, madi o cualquier otra denominación de las que corresponde a las distintas cofradías en que se ramifica el ‘arte-purismo’. Evidentemente, la exposición no deja de tener un mérito. Y es el de mostrar hasta qué abismos de depravación artística, estupidez y desvergüenza puede llegar el hombre cuando partiendo de una concepción filosófica idealista llega a romper todo vínculo con la vida y el pueblo. (...) ¿Los guerrilleros griegos luchan heroicamente en las montañas de su patria contra el invasor yanqui? El ‘concreto’ trazará tres rayas perpendiculares y punto. ¿El pueblo español asombra al mundo con la infatigable actividad del movimiento clandestino antifranquista? El señor ‘madi’ retorcerá el armazón de un paraguas. (...) El asunto es hacer cualquier cosa con tal de reflejar nada, absolutamente nada de lo que pasa en la vida de lo hombre”.

Notta reafirma que la capacidad artística debe ser puesta siempre al servicio del pueblo, ofreciendo a la clase obrera sensaciones estéticas que fortifiquen su espíritu de lucha. El artículo concluye aludiendo a la “traición” de quienes no siguen estos parámetros estéticos: “Y, más aún, lo que debe rechazarse con indignación es la *desfachatez* de aquellos que pretenden invocar la ideología del proletariado, al marxismo-leninismo-stalinismo, para cubrir con esa gloriosa bandera el contrabando de su desesperación, su traición o su cobardía”.⁴⁴

Los tiempos habían cambiado, evidentemente. La misma publicación que manifestara su beneplácito ante la adhesión de los concretos, difundiera su actividad y publicara sus artículos en los últimos tres años, era ahora tribuna de su mayor descrédito.

Maldonado y los artistas concretos no fueron los únicos atacados en aquella contienda. Cayetano Córdova Iturburu, el poeta y crítico de arte proveniente de la vanguardia martinfierrista, se atrevió a sostener ante Ghioldi que “no es posible un arte revolucionario, nuestro, comunista, sin la utilización de los elementos estéticos y técnicos proporcionados por la gran experiencia artística y literaria de nuestra época”. Luego de catorce años de militancia, fue separado del PC a comienzos de 1949 a causa de “sus posiciones estéticas reaccionarias”.⁴⁵

Resta estudiar aún qué impacto tuvo en las producciones y en las ideas de los artistas concretos su expulsión del PCA. Es evidente que ese año marcó un hito, como Maldonado mismo lo señala: “Hasta 1948, las obras eran para ilustrar teoría, ideas. Después del ’48, Hlito y yo vivimos un retorno a la pintura, al placer de pintar, que fue leído como una recaída reaccionaria”.⁴⁶

También está pendiente revisar hasta qué punto el dogma del realismo socialista impactó efectivamente sobre las imágenes que produjeron los artistas plásticos que en los años siguientes persistieron en el ámbito de influencia del PCA (desde Berni hasta Lozza).

Éstas y muchas otras preguntas quedan abiertas en un capítulo de la historia de las relaciones entre artes plásticas e izquierdas en la Argentina que recién empieza a escribirse.

* Esta investigación fue escrita como parte de un volumen en homenaje a Tomás Maldonado, editado por Mario H. Gradowczyk, que publicará próximamente *Ramona. Revista de Artes Visuales*. Agradecemos su autorización para adelantarlo en *Políticas de la Memoria*.

1 Entre otros avisos, aparece en *Orientación* del 24/9/1946, un anuncio en la cartelera de exposiciones: “Tomás Maldonado en la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos”. En la misma página se publica un artículo de Edgar Bayley: “Tomás Maldonado y M. O. Espinosa”, en el que insiste en los tópicos de la “madurez” y la “seriedad” de la empresa concreta: “Las pinturas (...) constituyen un claro testimonio del grado de evolución alcanzado por nuestra joven pintura. Ambos pintores manifiestan (...) una madurez realizadora y de concepción que habla elocuentemente de la seriedad de sus propósitos estéticos y de su acendrada vocación. (...) Maldonado construye sus obras, de una impresionante limpidez, sobre la base de colores vivos y formas predominantemente regulares, donde no falta a veces, un inteligente equilibrio entre líneas puras. En esas obras nada nos aparta, en realidad, de la percepción de sus cualidades plásticas, y, apenas hayamos admitido el influjo de sus tonos, sus colores y sus formas, resultará clara para nuestro espíritu la intención que les dio su nacimiento”.

2 Refiriéndose a Berni, Urruchua, Spilimbergo y Castagnino, Maldonado mismo declara: “Entonces, discutíamos con los que iban a pintar la cúpula de las Galerías Pacífico”. Conferencia, Fundación Proa, Buenos Aires, 26 de junio de 2003.

3 Héctor Agosti publica en 1945 su libro *Defensa del realismo*, en el que postula para el arte la asunción de un “nuevo realismo” de bases ampliadas. Gramuglio lo analiza en estos términos: “Al corpus tradicional, que se centraba en

- Marx, Engels y Plejanov, le aportó una combinación novedosa de algunas ideas de Ortega y Gasset sobre la 'deshumanización del arte' con las categorías de Lukács. Los juicios negativos de éste sobre las vanguardias eran compartidos por Agosti, como lo atestiguan las expresiones con que se refiere a ellas: 'epígonos', 'delirios irracionales', 'subjetivismo orgulloso', 'secuaces'. M.T. Gramuglio, *El imperio realista*, Buenos Aires, Emecé, 2002, p. 35.
- 4 *Orientación*, 20 de febrero de 1946.
 - 5 La reivindicación se limita a una zona de los movimientos históricos de vanguardia: el cubismo se distinguiría del "impulso destructivo", del "instintivismo del expresionismo y del fauvismo".
 - 6 Ilustran, Antonio Berni, Juan C. Castagnino, Víctor Rebuffo, Kantor, Raúl Monsegur, Susana Ratto, Orlando Pierri, Andrés Calabrese, Norberto Berdía, entre muchos otros.
 - 7 *Orientación*, 24/9/1947.
 - 8 "Los Artistas Concretos, el 'Realismo' y la Realidad", en: *Revista Arte Concreto-Invencción* nº 1, agosto de 1946.
 - 9 "Lo abstracto y lo concreto en el arte moderno", en: *Revista Arte Concreto-Invencción* nº 1, Buenos Aires, agosto de 1946.
 - 10 En: *Flash Art* nº 151, verano 1989, reportaje reproducido en *Escritos Preulmianos*, Buenos Aires, Infinito, 1997.
 - 11 "No éramos solamente una élite artística, sino que poníamos el acento en cambiar lo social, igual que el constructivismo ruso", declara Maldonado, en la conferencia ya citada.
 - 12 Donald Drew Egbert, *El arte en la teoría marxista y en la práctica soviética*, Barcelona, Tusquets, 1973, p. 57.
 - 13 *Ibid.*, p. 34.
 - 14 *Ibid.*, p. 76
 - 15 Uitley, Gertje, R., *Picasso. The Communist years*, Londres, Yale University Press, 2000, p.136.
 - 16 *Ibid.*
 - 17 Menciona las diversas polémicas sobre formalismo y abstracción que estaban teniendo lugar dentro del Partido Comunista: León Degand y Georges Limbour, el comunista inglés F.D. Klingender criticando a la pintura soviética, y las objeciones de Henri Mopin, etc.
 - 18 Citado en: *Art since 1945*, Nueva York, 1962.
 - 19 Agradecemos a Natalia Nemiña el rastreo en bibliotecas italianas y la traducción de la mayor parte de los artículos de la polémica publicados en *Politécnico* y en *Rinascita* aquí citados. Otros fueron consultados en la hemeroteca del CeDInCI (Buenos Aires).
 - 20 Entre otros títulos, es autor de "Solaria", *Conversazione in Sicilia, Americana, ¿Hombres o no?*
 - 21 En la nota final de su novela *¿Hombres o no?* (editada en Buenos Aires por Losada en 1949), Elio Vittorini afirma: "No porque sea, como todos saben, un militante comunista, debe creerse que este es un libro comunista. (...) mi afiliación al Partido Comunista indica, pues, lo que yo quiero ser, mientras mi libro puede indicar sólo lo que efectivamente soy" (p. 215-216). El período de su mayor actividad política fue entre 1942 y 1948. Durante la guerra, su activismo lo llevó a repartir en bicicleta por las calles de Milán publicaciones y panfletos clandestinos. Lector de Gide, Proust, Kafka y Joyce, de los norteamericanos Hemingway, Wright, Dos Passos y Farrell, "presta toda su atención a lo 'nuevo' en literatura y en la vida". Michele Rago.
 - 22 Más adelante dirigió las revistas *Gettoni* e *Il Menabó*.
 - 23 Por ejemplo, Felice Platone, quien se suma a la polémica con una extensa nota titulada "La política comunista y el problema de la cultura" en el nº 7 de *Rinascita*.
 - 24 Michele Rago, "La Battaglia di Vittorini nella politica culturale della sinistra italiana", en *Il Menabó* nº 10, Torino, 1967, p. 118. (La traducción es nuestra.)
 - 25 *Ibid.*, p. 119.
 - 26 *Ibid.*
 - 27 *Ibid.*, p. 124.
 - 28 Elio Vittorini en *Politécnico* nº 35 (enero-marzo de 1947).
 - 29 *Ibid.*
 - 30 *Politécnico* nº 31/32 (julio-agosto 1946).
 - 31 Reproducida en *Orientación*, 21/4/48.
 - 32 Palmiro Togliatti en *Rinascita* nº 10, octubre de 1946.
 - 33 Rago, op. cit., p. 124. Con el mismo espíritu, el francés Roger Garaudy, en la revista *Arts de France*, se pregunta: "¿Qué es un 'marxista'?, ¿las búsquedas de 'vanguardia' o el 'tema'? Ni lo uno ni lo otro. Lo uno y lo otro".
 - 34 *Politécnico* nº 31/32 (julio-agosto 1946)
 - 35 Palmiro Togliatti en *Rinascita* nº 10, octubre de 1946.
 - 36 *Ibid.*
 - 37 Rago, op. cit., p.121.
 - 38 "Vittorini y la función del escritor revolucionario" en *Orientación*, 21/4/48.
 - 39 Rago, op. cit.
 - 40 Serge Guilbaut, *Sobre la desaparición de ciertas obras de arte*, México, Curare-Fonca, 1995.
 - 41 Pietro Secchia, "El partido comunista y los intelectuales", en *Orientación*, 28/4/1948.
 - 42 En conversación reciente con Mario Gradowczyk, Maldonado reconoce que "la importancia de Vittorini radica que fue la primera vez que se abría ese debate dentro del PCI".
 - 43 Maldonado recuerda que la artista, años más tarde, cuando se cruzaron en el museo Louvre, le pidió perdón por aquel episodio y le confesó: "te hice expulsar del PC". Conferencia ya citada.
 - 44 *Orientación*, 22/9/1948.
 - 45 Según informa *Orientación*, el 6/4/1949. Para una ampliación del caso de Córdova Iturburu, puede consultarse el artículo de Horacio Tarcus y Ana Longoni "Purga antivan-guardista", en revista *Ramona* nº 14, junio 2001.
 - 46 Conferencia ya citada.

La cuestión nacional en el marxismo: una historia de encuentros y desencuentros*

Guillermina Georgieff



Lo que sigue es una introducción al estudio sobre el “problema nacional” en la izquierda argentina de los años sesenta, que la autora aborda en su tesis de doctorado “El debate en torno a la Nación. 1960-1970”, inscripta en la Universidad Nacional del Sur.

El 13 de febrero de 1994 apareció en el *New York Times* un artículo de Richard Rorty titulado “The unpatriotic Academy” en el cual el pensador norteamericano se enfrentaba con la izquierda académica tildándola de “antipatriótica” por ser partidaria de la “política de la diferencia” tendiente a exaltar la particularidad radical de todo grupo étnico como garantía de realización personal y de justicia, rechazando la idea de una identidad nacional norteamericana y menospreciando el valor emotivo del orgullo nacional. El artículo desencadenó una polémica en la que intervinieron algunos de los principales intelectuales de la izquierda norteamericana que devino en un debate publicitado como “la querrela entre patriotas y cosmopolitas”. Marta Nussbaum, enrolada en el último grupo, contestaba que acentuar el patriotismo era moralmente peligroso y que en última instancia debilitaba estos mismos valores. Los autodenominados “cosmopolitas” negaban que la pertenencia a la nación tuviera un valor moral, en tanto que los “patriotas” replicaban que sin nación no era posible el ejercicio de la ciudadanía democrática.¹ Esta controversia, que sólo a un desprevenido que pensara ortodoxamente en el internacionalismo marxista lo tomaría por sorpresa, era la decantación de una problemática que está en los orígenes del campo marxista, a saber, qué actitud tomar para con la nación y los nacionalismos.

En realidad, la tensión entre lo nacional y lo internacional, y la “cuestión nacional” como problema en el campo de las izquierdas, se remonta al período anterior a 1917 cuando se desarrolló en el seno del marxismo una importante discusión

sobre el estado-nación y el nacionalismo que abarcó desde las formulaciones de Marx y Engels, pasando por el enfoque cultural de los marxistas austríacos como Otto Bauer y Karl Renner, y la posición de “izquierda radical” de Rosa Luxemburgo, hasta los juicios de Lenin y Stalin en las primeras décadas del siglo XX. A pesar de todo lo escrito y deliberado, el paso de la discusión filosófica-teórica al campo de la praxis y la puja política europea devino en la oclusión de las ideas directrices del marxismo respecto a la cuestión nacional y el internacionalismo. El hundimiento de la Segunda Internacional en 1914 significó el abatimiento del principio del internacionalismo proletario y el triunfo del nacionalismo: cuando llegó la guerra, la “nación” se impuso por encima de la “clase”. También el desastre de la Primera Guerra esclareció la naturaleza del socialismo europeo. Detrás de las propuestas marxistas se había desarrollado un socialismo que era al mismo tiempo reformista y nacional.

Y si la experiencia de 1914 cuestionó la propuesta marxista en el campo socialista, la de 1917 y los años que siguieron relativizó el internacionalismo del comunismo europeo. Desde su comienzo la Internacional Comunista tuvo en consideración dos cuestiones esenciales: si era posible realizar y afirmar a largo plazo la independencia política y económica de la Rusia socialista con respecto al imperialismo, y si la independencia nacional de la Unión Soviética podía tener algún sentido o función que la justificase históricamente desde el punto de vista del socialismo internacional. Los “radicales de izquierda” (L.

Trotsky, R. Luxemburgo) negaron la viabilidad de la liberación nacional de los pueblos dependientes con base en sus propias fuerzas. Stalin, por el contrario, afirmó la posibilidad de asegurar la independencia nacional de la Unión Soviética, y que ésta era necesaria pues era viable construir el socialismo primero en un solo país. La lucha nacional revolucionaria de la Unión Soviética para preservar su soberanía se convirtió en la lucha entre capitalismo y socialismo. Denegando su carácter nacional se la transformó en lucha internacional de clases e inclusive en “factor principal” para la liberación de las naciones oprimidas y el proletariado mundial.² Así, la Tercera Internacional estuvo dominada por un partido nacional único que pronto desarrolló su propia ideología nacionalista. La “revolución internacional” giró hacia el “socialismo en un solo país” y los acontecimientos de Rusia arrojaron más luz sobre el desarrollo de la relación entre socialismo y nación.

El balance luego de la primera mitad del siglo XX no se hizo esperar. Fueron muchas las obras que se escribieron acerca de la “cuestión nacional” y el marxismo desde dentro y fuera del campo de la izquierda a lo largo del siglo. La obra de Tom Nairn *Los nuevos nacionalismos en Europa* (1977) con su sentencia de que “la teoría del nacionalismo representa el gran fracaso histórico del marxismo” dio lugar a una notable discusión en el seno del marxismo inglés.³ Nairn expuso la conexión que existía entre nacionalismo y el concepto de desarrollo desigual del capitalismo: la expansión del capitalismo se había difundido y había aplastado las antiguas formas sociales que había a su alrededor dejando líneas de fisura que se referían a la nacionalidad y no a divisiones de clase, aunque a veces ambas se confundían. Aún como ideología o falsa conciencia el nacionalismo había tenido una funcionalidad en el desarrollo moderno tal vez más importante que la formación y la conciencia de clase dentro de las naciones-estados individuales. Para Nairn el socialismo se había convertido en la principal arma ideológica para la marcha forzada de toda una nueva categoría de territorios subdesarrollados. Se había fundido con los nuevos nacionalismos antes que con la conciencia de clase de los trabajadores de los países desarrollados. El nacionalismo había derrotado al socialismo en las zonas de alto desarrollo expulsándolo a sucesivas áreas

atrasadas, donde estuvo destinado a convertirse en parte de su enorme impulso por salir adelante, en una ideología del desarrollo o de la industrialización más que una ideología de la sociedad poscapitalista; ocupando esta posición dentro de la economía mundial se había convertido en un aliado subordinado del nacionalismo. La obra de Nairn revelaba que la adaptación entre nacionalismo y socialismo en los movimientos periféricos del corazón del capitalismo no era inferior a la que tenía lugar en la periferia global. Esta idea sería sostenida de forma similar por los teóricos de los movimientos separatistas radicalizados de diferentes países europeos, que trataron de descifrar en otras claves la relación entre izquierda y nacionalismo.⁴

Ahora bien, como correctamente había notado T. Nairn la discusión marxista sobre el problema nacional se había complejizado con el devenir del tiempo. El siglo XX fue testigo de cómo la continuación del proceso de descolonización africano y asiático coincidió con posturas y políticas nacionalistas-antimperialistas en la mayoría de los países del Tercer Mundo. No obstante, había una diferencia entre el nacionalismo europeo y el nacionalismo anticolonialista: la Revolución Bolchevique. A partir de 1917 Rusia ofreció dos cosas a los países descolonizados: respaldo al principio de la autodeterminación a los “movimientos de liberación” que se sumaban a la ideología socialista; y además, una teoría que demostraba que el socialismo y el nacionalismo compartían intereses comunes en la lucha antiimperialista. Las variantes sobre la teoría del imperialismo leninista penetraron profundamente en los nacionalistas periféricos modernos, ya que ofrecía un marco explicativo que ponía de manifiesto que el atraso y la pobreza no eran privativos de las sociedades marginales sino de la expansión imperialista que cifraba el crecimiento desigual del capitalismo, y también evidenciaba que autogobierno o independencia nacional no equivalía necesariamente a la autodeterminación.⁵

Si los nacionalismos de posguerra de los países del Tercer Mundo no tenían el mismo signo que los europeos, algo similar ocurría con las izquierdas del mundo periférico. Las ideas marxistas comenzaron a difundirse en algunos países de Latinoamérica en los últimos años del siglo XIX. La expansión de las relaciones capitalistas y



Frans Maseerel

el correspondiente incremento del movimiento obrero dio origen a los primeros partidos socialistas. Éstos, adheridos a la Segunda Internacional, fueron ganados por las tendencias reformistas y en consonancia con lo resuelto por la Internacional Socialista, dieron escasa importancia teórica y política al problema del imperialismo, el cual sería conceptualizado como una política expansiva de ciertos estados y no como una etapa específica del desarrollo del sistema capitalista, bloqueándose la posibilidad de un planteo correcto de la “cuestión nacional” en dichos países.⁶

La Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa constituyeron el fermento de un vasto proceso de activación ideológica en los países periféricos. Se constituyeron partidos comunistas en la mayor parte de los países que adhirieron a la Tercera Internacional. Más allá del giro doctrinario que asumió, esta nueva proliferación marxista planteó bajo nuevos términos los problemas del socialismo en el mundo periférico, especialmente los que se referían a las relaciones entre las luchas antimperialistas y la revolución socialista. La adopción por parte de la Internacional Comunista de un eje estratégico sustentado en las ideas de que el socialismo era integralmente realizable en un solo país y de que la contradicción principal del período histórico abierto por la Revolución Rusa era la que oponía la URSS al conjunto del mundo capitalista restó atención a los problemas específicos del resto de las naciones, “quedando clausurado el campo teórico del reconocimiento nacional y del análisis diferenciado como sede privilegiada para una traducción latinoamericana del marxismo”.⁷

El debate en América latina

En América latina excepción a esta trama ideológica fue sin duda José C. Mariátegui, quien independizándose del dogma stalinista de diferenciación entre marxismo y nacionalismo revolucionario, realizó un esfuerzo por hacer una recomposición crítica del marxismo, al que convertiría en un instrumento apto para el análisis y la transformación de la realidad peruana, capaz de dar cuenta de los problemas nacionales específicos. El descubrimiento del problema primario del Perú señalaría el punto de partida de una “nacionalización” del discurso de Mariátegui y de una refundación

de su marxismo competente para el estudio diferenciado del proceso peruano, distanciándose de la concepción de la “cuestión nacional” de la Internacional Comunista, traducida en la liberación de las nacionalidades irredentas o en la autodeterminación de las naciones oprimidas, como así también de las posiciones indigenistas que sostenían la creación de una nueva cultura peruano-americana sustentada en las fuerzas raciales autóctonas.⁸ La “cuestión” nacional devino entonces en el pensamiento mariáteguiano, en el problema de la incorporación de las masas marginadas a un proceso constitutivo de la nacionalidad, que debía fusionarse necesariamente con un proyecto socialista.⁹

Ahora bien, la crisis del cuadro teórico y político del marxismo latinoamericano sobrevino a fines de la década de los ‘50 y comienzos de los ‘60, temporalmente coincidente con la emergencia de una nueva lectura europea de Marx. Aparecieron diversas claves de interpretación y tópicos de discusión que se autonomizaban progresivamente del *Diamat* y de los análisis europeos. El maoísmo y la ruptura chino-soviética (1958-1963), la Revolución Cubana y el castrismo, los movimientos de liberación del Tercer Mundo, dieron origen a divergencias políticas y teóricas que contribuirían a la proliferación de interpretaciones disímiles acerca de la manera de llegar al socialismo, a la reivindicación de una multiplicidad plurilínea de vías alternativas para el desarrollo histórico, haciendo posible, desde un contexto antiimperialista, “la unidad de la liberación socialista y la nacional”. Varios autores coinciden en señalar que las izquierdas en los países periféricos se identificaron con los discursos de orientación nacionalista, en tanto enfatizaron la necesidad de conformar estados-nacionales política y económicamente independientes, junto a la exigencia de analizar las condiciones externas de desarrollo de cada sociedad nacional en particular y de las regiones en general.¹⁰

La imposibilidad de reducir el ejemplo de la Revolución Cubana a los modelos clásicos, su heterodoxia teórica, con la adopción del marxismo por un lado, y la continuación del pensamiento martiano por el otro, obligaron a la izquierda latinoamericana a un análisis de la estructura social de los países de América Latina, a revisar la “cuestión nacional” con relación al rol de las distintas

clases sociales, a reconsiderar el etapismo en la teoría marxiana, a discutir si la revolución proletaria la encabezarían los partidos comunistas o los movimientos nacionales. Su impacto dio lugar a la construcción de un discurso marxista en clave voluntarista que recuperaba el humanismo marxista, la ética revolucionaria, la función del mito en la constitución de la voluntad nacional, del hombre como productor de la historia.¹¹ La perspectiva de la formación del sujeto revolucionario desde la confluencia de contingentes políticos diversos en sus identidades en la lucha por el poder y en el empleo del marxismo como instrumento conceptual, determinados por el fenómeno mundial de la “conciencia socialista”, fue una de las consecuencias renovadoras que introdujeron los revolucionarios cubanos.¹²

Como resultado de este desplazamiento de los centros de gravedad tanto del nacionalismo como del socialismo de su base europea hacia Asia, África y Latinoamérica, encontramos peculiares combinaciones de ambas ideologías que dieron lugar a una propagación de nacionalismos marxistas y de marxismos marcadamente nacionalistas. La concurrencia de concepciones nacionalistas y socialistas en las ideologías de los movimientos y partidos de izquierda se dio en la mayor parte de la América de habla latina y en el Caribe anglófono, posibilitando la emergencia de los denominados “comunismos nacionales” o “socialismos nacionales”. En ellos convergieron componentes ideológicos tradicionalmente nacionalistas como el énfasis en la necesidad de conformar un estado poscolonial, política y económicamente independiente de agentes externos, la importancia de una identidad nacional definida, propuestas antiimperialistas o anticolonialistas, el cuestionamiento del papel de las corporaciones transnacionales y de los intereses estratégicos de los Estados Unidos en el hemisferio. Conjuntamente, ideas socialistas que contuvieron mayores o menores dosis de radicalismo y que fueron desde un mayor control por parte de los trabajadores de los recursos y beneficios de la economía nacional hasta la imposición de una “dictadura del proletariado” por parte de un partido revolucionario. La imagen de una construcción fragmentaria e inconclusa de la nación y una conciencia nacional frágil, junto a la afirmación de una correlación entre indefinición nacional y cambio social, estuvo li-

gada en muchos casos a la problemática étnica. Así, los discursos de ciertos socialismos nacionales giraron alrededor de la problemática indígena o negra. La adaptación ideológica y práctica entre socialismo y nacionalismo operada en América Latina al promediar los años sesenta permitió pensar el cambio de situación de los sectores marginados y étnicamente diferentes ligado al “rescate de la nación”, amalgamándose de este modo, las tareas de constitución de la nación con las de la liberación popular y la construcción del socialismo.

La controversia en la izquierda argentina

En los campos político e intelectual argentinos la discusión sobre el “problema nacional” en los años sesenta y setenta se centró en intelectuales políticos de diversas corrientes marxistas y nacionalistas revolucionarias: Juan José Hernández Arregui, John William Cooke, Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, Héctor Agosti, Silvio Frondizi, Milcíades Peña e Ismael Viñas, instalaron entre ellos una serie de controversias en torno a dicha cuestión que permitieron el establecimiento de las claves de lectura de lo nacional dentro del campo de las izquierdas argentinas de esas décadas. Anunciaremos brevemente aquellas que nos parecen más sobresalientes.

El trazado de las líneas de discusión que construyeron los nuevos discursos sobre la nación exigió preliminarmente, o mejor dicho, tuvo como condición previa la resolución de tres problemáticas dentro del campo de la izquierda que se orientó en dirección crítica del pensamiento de los partidos tradicionales (Socialista y Comunista): **primera**, cómo entender el proceso político, y específicamente el fenómeno peronista, discusión que se tornó circular pues se afirmaba que no se había entendido el peronismo porque no se comprendía el problema nacional, y a su vez se sostenía que sólo una correcta caracterización del peronismo podía precisar la “cuestión nacional” argentina; **segunda**, cómo leer la teoría marxista en un país semicolonial; y **tercera**, cómo elaborar un pensamiento de izquierda en Argentina. Las respuestas fueron disímiles y en función de ellas se edificaron las distintas representaciones sobre lo nacional que pese a sus diferencias con-

vergieron en el tratamiento de ciertos elementos diacríticos que cruzaron la polémica.

En primer lugar, el imperialismo fue el “otro” explicativo del drama nacional que la izquierda instaló en su discurso como categoría central capaz de explicar toda la trama de la historia nacional. Encuadrar la problemática nacional dentro del marco de los procesos de liberación nacional requirió una definición del hecho imperialista y del devenir de la nación argentina en ese contexto. Un diagnóstico común desde una matriz conceptual marxista definía la historia de la nación como un producto de la Modernidad, y en ese sentido, era inherente a su configuración el proceso de unificación económica a través del crecimiento de un mercado interno que posibilitara el desarrollo de un capitalismo autónomo. Empero, la construcción del estado-nación argentino había estado condicionada desde un principio por el hecho colonial que había determinado que la conformación de la nacionalidad argentina –y de las americanas en general– tuvieran la particularidad de ser procesos inconclusos y divergentes de los producidos en Europa. La organización del país como unidad política y económica se había cumplido en función de factores exógenos. En consecuencia, el principio de las nacionalidades en América Latina estaba signado por el estatus semicolonial de las mismas, estatus que aún en la actualidad impedía la consagración de los países americanos como naciones reales ya que sólo existían naciones formales o nominales, frutos de una aparente independencia político-jurídica que velaba la verdadera condición dependiente de los estados americanos. La discusión se centró en la dilucidación sobre si el imperialismo era un agente conspirativo externo o interno, que actuaba en distintos planos al unísono: económico, político, cultural.

El carácter estratégico de la revolución nacional, junto a la naturaleza y el rol que le cabría a la burguesía nacional en dicha revolución constituyeron otro tópico común de esos debates. El grado de dependencia o independencia de las burguesías nacionales frente al imperialismo y sus posibilidades progresistas (entendidas como la capacidad para llevar a cabo las tareas democráticas nacionales inconclusas), estableció una línea divisoria entre aquellos que participaron de la idea de que la burguesía industrial argentina te-

nía intereses contrapuestos al imperialismo, y los que consideraron que la burguesía argentina era antinacional y contrarrevolucionaria por estar ligada a los intereses “oligárquico-imperialistas”.

La articulación de los conceptos “pueblo” y “nación” fue un tercer nudo problemático. Se construyó un imaginario –compartido por buena parte de la izquierda latinoamericana– organizado sobre la identificación normativa entre pueblo y nación, y el reconocimiento de las élites como externas a la nación. ¿Quiénes componían el campo de la nación? La respuesta a esta pregunta fue resuelta en consonancia con las tradiciones ideológicas de las que se procedía, inclinándose algunos por una definición política y cultural, y otros, por una caracterización social.

El reconocimiento de la vinculación entre política e historiografía en el rescate del papel de la historia para el registro de la nación, y la problematización del pasado como instancia de legitimación de un orden social deseado fueron observaciones compartidas por estos intelectuales políticos. Un pasado antiguo o primordial era esencial a la empresa de formar la nación. Restablecer una cronología para los hechos trascendentes del devenir de la nacionalidad, identificar a los auténticos hacedores de la nación, permitiría no sólo relacionar el pasado con el presente sino, más importante aún, con el futuro. De esta manera, los referentes de las izquierdas argentinas se aprestarían una vez más, al redescubrimiento, a la reinterpretación y regeneración del relato del devenir de la nación, deconstruyendo la historia que había permitido la consolidación de la nación “oligárquica-liberal”.

Por último, la discusión sobre la “cuestión nacional” remitió a la idea-fuerza de la integración latinoamericana. Desde las formulaciones de Ramos y de Hernández Arregui que consideraron a Latinoamérica como nación inconclusa y en cuyos abordajes la indagación de lo argentino constituía un episodio de una búsqueda más amplia, la de los senderos de la Revolución Nacional Latinoamericana; hasta las propuestas de integración económica y política de Agosti, Puiggrós, Peña o Frondizi, asistimos a la preocupación por articular las instancias nacional y continental. Si bien en Hernández Arregui y Ramos esas reflexiones se autodesignaban deudoras de una tradición dentro del pensamiento político argentino ini-

ciada por Manuel Ugarte, que había propagado la idea de la unidad latinoamericana, fue en esta problemática donde la Revolución Cubana adquirió toda su significatividad al ser concebida como vanguardia de la segunda emancipación americana.

En suma, si bien ya en las décadas inmediatamente anteriores el “problema nacional” fue tema de reflexión en algunos sectores de izquierda, fue a partir de fines de los años cincuenta cuando comenzó a intervenir como un elemento organizador de la cultura de izquierda argentina, y la nación como “tarea inconclusa” sería la empresa que concite la atención e impulse la acción y los proyectos de muchos sectores del campo marxista de nuestro país. _

* Quiero destacar la importancia de la existencia del Ce.D.In.C.I. para la consecución del trabajo. Allí he consultado numerosas publicaciones, entre ellas, las revistas *Izquierda Nacional*, *Nueva Era*, *Cuadernos de Cultura*, *Pasado y Presente*, *Estrategia*, *Liberación nacional y social*, *Liberación*, *Peronismo y Liberación*; como también el semanario *Lucha Obrera* y el periódico *Nuestra Palabra*. A esas lecturas se ha sumado la de volantes, folletos y libros imprescindibles para el tema abordado.

- 1 AAVV, *Cosmopolitas y patriotas*, Buenos Aires, FCE, 1997.
- 2 Mármora, J., *El concepto socialista de nación*, México, Pasado y Presente, 1986.
- 3 Nairn, T., *Los nuevos nacionalismos en Europa*, Barcelona, Península, 1979. Una crítica interesante a su tesis es la de E. Hobsbawm en *Política para una izquierda racional*, Barcelona, Crítica, 1993.
- 4 Sádaba, J., *Euskadi. Nacionalismo e izquierda*, Madrid, Talasa, 1998.
- 5 Jay, R., “Nacionalismo”, en AAVV, *Ideologías políticas*, Madrid, Tecnos, 1993, p. 204.
- 6 AAVV, *El marxismo en América latina*, Buenos Aires, CEAL, 1972.
- 7 Aricó, J., “Marxismo latinoamericano”, en Bobbio, N., Matteucci, N. y G. Pasquino, *Diccionario de política*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1995, Tomo II, p. 949.
- 8 Mariátegui, J. C., “Tesis ideológicas. El problema de las razas en América Latina”, en J. C. Mariátegui, *Obras*, La Habana, Casa de las Américas, 1982. Tomo II, pp. 169-185.
- 9 Terán, O., “Mariátegui: la nación y la razón”, en Oscar Terán, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos Editora, 1986.
- 10 Castañeda, J., *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, Buenos Aires, Ariel, 1994; Servin, A., “Socialismo y nacionalismo en la ideología de la izquierda del Caribe de habla inglesa”, en *Revista Occidental. Estudios Latinoamericanos*, A. I, nº 4, 1984; A. W. Wright, op. cit.
- 11 Aricó, J., “Marxismo latinoamericano”, op. cit., p. 956.
- 12 Villamor, C., “Nacionalismo revolucionario y marxismo-leninismo. Cooke y el ‘Che’”, en *Seminario Científico Internacional. El pensamiento revolucionario del ‘Che’*, Buenos Aires, Dialéctica, 1988, p. 103.



Mario Venturi

**Notas para una historia
de la lucha armada
en la Argentina.**

Las Fuerzas Argentinas de Liberación

Gabriel Rot

Esta nota reconstruye exhaustivamente, recurriendo a documentos y testimonios, la historia de una de las organizaciones guerrilleras más importantes y menos estudiadas de la Argentina: las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL). El relato avanza desde los grupos que dieron origen a esta formación, recorre las fusiones y rupturas que la atravesaron, y analiza las concepciones políticas y organizativas que definieron su accionar. Gabriel Rot es autor del libro *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina* (Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000).

*El evocador es quien remueve las cenizas
y hace brotar las llamas.*

George Sorel

Entre fines de 1959 y mediados de 1964 tuvieron lugar las primeras experiencias guerrilleras en nuestro país. En diciembre de 1959, un grupo de orientación peronista denominado Uturuncó –*hombre tigre*, en quechua–, se estableció en las cercanías del cerro Ocachuma, en Tucumán. Dirigido por Enrique Manuel Mena, el comando se presentó en sociedad asaltando una comisaría en la localidad de Frías, Santiago del Estero, pero tan sólo 30 días después era desarticulado por las fuerzas represivas. Tres años más tarde, en las serranías de Orán, Salta, Jorge Ricardo Masetti encabezó un nuevo intento, esta vez desde una perspectiva guevarista. Como se sabe, el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) también tuvo una vida efímera y sólo alcanzó a operar desde mediados de 1963 hasta abril de 1964, cuando su derrota se tornó inapelable. Finalmente, en julio de ese mismo año, el estallido de un arsenal acumulado en un departamento de la calle Posadas 1068 de la Capital Federal reveló la existencia del grupo liderado por el ex dirigente trotskista Ángel “Vasco” Bengoechea, quien se proponía establecer una columna insurgente en Tucumán

como parte de una estrategia de lucha armada que incluiría, presumiblemente, también el desarrollo de la lucha urbana.

Esta primera sucesión de tentativas guerrilleras dejó un balance desalentador: a la vez que exhibieron enormes limitaciones para prosperar en sus propósitos, alinearon el accionar de las fuerzas de seguridad e inteligencia del Estado, quienes, como era presumible, extendieron la represión sobre un amplio espectro del activismo sindical, estudiantil y de izquierdas.

La tragedia de la calle Posadas representó, en verdad, mucho más que el fin de una experiencia frustrada antes de nacer: simbólicamente constituyó la clausura de una primera etapa de la lucha armada en nuestro país, signada por la experimentación de prácticas político-militares que se vertebraron tanto alrededor de estrategias insurreccionalistas y foquistas como de singulares formas combinadas, sin que prevalezca hegemónicamente una en particular.

Sin embargo, esta sucesión de fracasos no fue el único saldo que dejó aquel perturbante 1964. Si bien el fenómeno guerrillero era aún una realidad embrionaria en nuestro país, varios elementos confluyeron para sostener su anclaje en el panorama político nacional, entre los que se destacó el desarrollo de una *Nueva Izquierda* que replanteó –más por el ejercicio práctico que por la elaboración teórica– la cuestión del poder y los métodos de acción directa. Y así como las recientes frustraciones develaron, de alguna manera, hasta dónde se había avanzado en aquella dirección, la creciente influencia de la Revolución Cu-

baña dejó abierto el interrogante acerca de la gestación de nuevos intentos.

En efecto, a los primeros fracasos le continuó la silenciosa y pertinaz cristalización de un nuevo período en la concepción y organización de la lucha armada en la que los nuevos reagrupamientos fueron modificando paulatinamente algunas de las características primigenias de la guerrilla argentina.

Ahora bien: la reiterada apelación a la presencia de la *Nueva Izquierda* contribuye, en parte, a explicar la proliferación de las guerrillas en los sesenta, pero no el cambio sustancial que operó en su accionar desde la segunda mitad de la década, cuyo elemento distintivo lo constituyó la irrupción de la guerrilla urbana en casi todo el continente.

Sería ingenuo creer que dichos cambios fueron producto de un repentino descubrimiento de la estructura económica y social de varios países de América latina donde, como en la Argentina, la mayoría explotada estaba constituida por trabajadores urbanos. Si bien es cierta que dicha caracterización es subrayada en los pocos documentos producidos por las nuevas organizaciones guerrilleras, no es menos cierto que la misma ya había sido ampliamente difundida por otras organizaciones de la izquierda no armada, constituyendo una certeza aceptada mayoritariamente. La explicación, sin dudas, está en otro lado.

En efecto, desde aquella afirmación del Che, en 1961, consagratoria de la guerrilla rural como método de lucha revolucionaria por excelencia,¹ y la declaración de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), en agosto de 1967, en donde dicha referencia puntual desapareció,² se desarrollaron dos procesos que propiciaron la implantación de la guerrilla urbana: en primer término, la inocultable secuencia de fracasos de las guerrillas rurales, inclusive en países con grandes concentraciones campesinas; en segundo lugar, el curso que siguió la Revolución Cubana a partir de su incorporación a la órbita de la Unión Soviética.

En los primeros sesenta, no menos de quince guerrillas, casi todas especialmente entrenadas en Cuba, comenzaron a operar en Panamá, Nicaragua, Ecuador, Perú, Guatemala, Honduras, Paraguay, República Dominicana, Venezuela, Santo Domingo, Brasil y Argentina. En todos los casos

—en algunos países las experiencias fueron reiteradas—, culminaron en estrepitosas derrotas y con la enorme mayoría de sus combatientes muertos o presos.

Paralelamente a esta sucesión de derrotas, y tras la llamada *crisis de los misiles*, la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética estableció un precario equilibrio que incorporó, como una de sus monedas de cambio, tanto la inviolabilidad del territorio cubano como el fin de la “exportación” revolucionaria.

El reflejo inmediato de este complejo proceso implicó, en la dirección de la Revolución Cubana, un rápido repliegue a posiciones más conservadoras que se evidenciaron en su defensa de la revolución fronteras adentro. La posición internacionalista representada por el Che, que convocaba a la lucha armada en todo el continente y contribuía con su desarrollo práctico, quedó en franca soledad.³ Justamente, su representación más dramática la constituyó la desesperada búsqueda de Guevara por encender una nueva hoguera revolucionaria. Los resultados le fueron adversos: la guerrilla que inspiró en la defensa de la Revolución Cubana, el internacionalismo y la reivindicación del *hombre nuevo* representó sus últimos actos en las campañas del Congo (abril-noviembre de 1965) y de Bolivia (octubre 1966-octubre 1967).

Desde entonces, la hegemonía de las posiciones soviéticas y su política de coexistencia pacífica dentro de la dirección cubana —aún con notorios conflictos internos—, y el abrumador peso de las derrotas guerrilleras (particularmente las del Che), promovieron en los nuevos movimientos armados cierto proceso de *nacionalización* de sus contenidos que implicó un intento por descifrar, aunque muy precariamente, los principales factores económicos, sociales y políticos de los procesos revolucionarios locales. Las reivindicaciones generales y amplias de las primeras guerrillas nómades dieron paso a un rediseño de la estrategia guerrillera y la gestación de *políticas armadas*, basadas en la relación con los sujetos sociales propios del país. Tras el período foquista puro, entonces, se abrió una etapa transicional que culminó con la formación de las llamadas “organizaciones político-militares”. No se trató de un cambio logístico, sino de orientación política y, por lo tanto, organizacional. No es de extrañar que en los años ‘70, cuando el nuevo rumbo quedó defi-

nitivamente afirmado, las organizaciones consagradas a la lucha armada contarán con trabajos en frentes de masas, organizaciones de superficie y numerosos medios de difusión, impensables en sus predecesoras sesentistas.

En este marco de grandes tensiones y profundos cambios estratégicos dentro de las organizaciones revolucionarias surge y se desarrolla una de las más importantes organizaciones guerrilleras de nuestro país: las Fuerzas Argentinas de Liberación.

Tres momentos

Una primera aproximación a las FAL nos permite señalar tres momentos en su desarrollo, claramente diferenciados.

El primero corresponde al proceso de constitución y consolidación del núcleo originario; se inició hacia fines de 1958 y se prolongó hasta mediados de la década siguiente. Por entonces, los primeros militantes se organizaron detrás de una propuesta que pretendía superar las limitaciones del reformismo comunista y socialista y el elitismo de las diferentes expresiones de lo que consideraban la *izquierda académica*. Para ello apostaron a redoblar el trabajo en el seno de la clase obrera, profundizar en la formación teórica y política y acumular una vasta experiencia militar con vistas a sumarse en un futuro proceso insurreccional de masas. Las primeras dos aspiraciones, con algunas diferencias de matices, eran, al fin y al cabo, compartidas por casi todo el universo de la izquierda no reformista; la cuestión armada, planteada como táctica más o menos inmediata, en cambio, tenía un carácter novedoso, más aún al tratarse de un grupo que no se reconocía como guerrilla.⁴ En efecto, para ellos la cuestión armada no giró en torno a la teoría del *foco* de inspiración guevariana ni del proceso cubano⁵ que acontecía en paralelo a su formación; su propuesta, en la más pura clave leninista, apuntó como estrategia final a la formación de un Estado Mayor de destacamentos insurgentes. La tarea que impuso Lenin “sin perder un solo minuto”⁶ a las puertas mismas de la Revolución de Octubre, fue tomada a pie juntillas por sus jóvenes seguidores argentinos, quienes, sin más preámbulos, se lanzaron a llenar el vacío con una célula disciplinada y entregada por entero al arte de la insurrección.

El curso de la situación política argentina contribuyó a sostener el nuevo rumbo. En efecto, entre enero de 1959 y marzo de 1960 la agitación obrera y estudiantil dio muestras de serios retrocesos, en especial por la ocupación por parte del Ejército de las instalaciones del Frigorífico Municipal de Buenos Aires, las derrotas sindicales de los trabajadores bancarios, petroleros, ferroviarios y el decepcionante desenlace de la agitación estudiantil a favor de la educación laica. La implementación del represivo Plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado), el 13 de marzo de 1960, constituyó el corolario que marcó, en la naciente organización, un mayor repliegue sobre las estructuras clandestinas, el relegamiento de las esporádicas intervenciones en los frentes de masas y la dedicación casi exclusiva a la realización de operaciones tendientes a obtener recursos económicos y acopio de armamentos. La minuciosidad en la preparación de sus acciones y el éxito alcanzado en la mayoría de ellas contribuyó a la instalación de cierto culto de la técnica y la logística que, a la vez que reforzó la práctica militar, limitó su incorporación a los frentes de masas. No es de extrañar entonces que, a pesar de haber estructurado una organización de varias decenas de militantes y simpatizantes, carecieran de un nombre que los identificara y de un órgano de difusión, inequívocas señales de su creciente divorcio con la práctica social de la política.

A esta primera etapa le continuó otra, entre 1965 y 1969, que podríamos definir de transicional, en el curso de la cual el grupo abandonó su original proyecto militar insurreccionalista y adquirió una clara identidad de guerrilla urbana. Por entonces, en el marco de una intensa lucha interna, dos tendencias se disputaron la hegemonía de la conducción: una, la de la dirección original, continuaba apostando a una selecta preparación militar y a un crecimiento larval, cuidando de mantener el más absoluto secreto sobre su existencia; la otra, fuertemente influenciada por el guevarismo y alentada por algunos de los miembros más jóvenes de la organización, propiciaba romper con la paciente espera y multiplicar el accionar guerrillero, al que entendían como un generador de conciencia. Durante los dos primeros años predominó cierto inmovilismo que puso al borde de la fractura a la organización; las cosas comenzaron a cambiar en 1968, cuando los jóve-

nes impusieron su predominio numérico y político. La nueva conducción aceleró los tiempos, propició el acercamiento a otras organizaciones afines y la realización de algunos de los golpes más resonantes de la década, como la ocupación de un vivac del ejército en Campo de Mayo, el 5 de abril de 1969.

Entre fines de 1969 y mediados de 1971, el pequeño grupo de combatientes experimentó una mutación aún mayor. En esta última etapa la organización se hizo pública, transformó su estructura y alcanzó su máximo desarrollo. En efecto, el acercamiento a otros grupos con planteos análogos fue conformando una virtual unión de todos ellos, legitimada por una misma elección de la forma de lucha. Sosteniendo la llamada *teoría de los afluentes*, pretendieron llevar a cabo una experiencia inédita en nuestro país: conformar un comando único revolucionario para centralizar la acción de numerosas vertientes independientes, pero dispuestas a construir en el transcurso de la lucha los instrumentos (partido, frente de liberación y ejército popular) que consideraron decisivos para llevar adelante la revolución.⁷ La ocasión de operar conjuntamente no tardó en presentarse y en abril de 1970, con el secuestro del cónsul del Paraguay en la Argentina, dos grupos sellaron su sociedad bajo la sigla FAL.⁸ La magnitud que alcanzó la operación y el planteo de crear un frente político militar de características no excluyentes —“no queremos una revolución de élites armadas”, decían⁹— operó como un efectivo catalizador, y en unos pocos meses varias agrupaciones se estructuraron bajo el mando de una dirección colegiada.

Sin embargo, el fino hilo de la unión, limitado al puro accionar, muy pronto reveló sus límites y la organización entró en una vertiginosa crisis terminal, disgregándose en un mar de críticas, cuestionamientos y deserciones disparadas por la falta de definiciones, propuestas y consensos políticos comunes.

A partir de entonces y hasta poco después del golpe militar de 1976, la sigla FAL continuó apareciendo con algunas variaciones (FAL Che, FAL 22 de agosto, FAL América en Armas, etc.) pero no ya identificando a columnas autónomas de una misma federación, sino a organizaciones guerrilleras que hicieron propia la trayectoria de la organización madre desaparecida.

Pero volvamos al principio.

Al principio fue ... la fracción

A mediados de la década de 1950, la intensa actividad política e intelectual que venía desarrollando el profesor Silvio Frondizi y unos pocos estudiantes que lo acompañaban trocó en la formación de un nuevo agrupamiento revolucionario. Frondizi, parejamente distante de las organizaciones de la izquierda tradicional, creyó oportuno reconvertir su primigenio grupo *Praxis*, inclinado al análisis y la elaboración teórica, y relanzarlo hacia la intervención política práctica, formando una nueva organización, el MIR-Praxis, que a fines de la década contaba con un centenar de militantes.¹⁰

Hacia 1958, en Lomas de Zamora, zona al sur de la ciudad de Buenos Aires, el MIR-Praxis contaba con una pequeña pero entusiasta célula donde se destacaban cuatro militantes: el delegado bancario Juan Carlos Cibelli, el profesor de química Juan Gerardo Pouzadela y los estudiantes Jorge y Ricardo.

Pouzadela y Ricardo se habían iniciado políticamente en las filas del Partido Comunista donde habían cimentado una sólida formación política. No es de extrañar que fueran ellos quienes impulsaran la aparición de la revista *Llamada*, una encendida publicación mimeografiada que apareció, no sin dificultades, durante esos meses. También se encargaron de despejar cualquier duda sobre su identidad e inspiración política; bajo el volcánico título que presidía a la edición, aparecía una significativa frase de Lenin: “*Perecer o lanzarse adelante a todo vapor*”. Todo un presagio de lo que se avecinaba.

Durante la segunda mitad de aquel año, en el marco de las primeras tribulaciones del gobierno frondizista, la pequeña célula experimentó un considerable crecimiento. La llamada *Batalla del Petróleo*, desencadenada en julio como consecuencia de los convenios firmados entre el Estado y varias empresas extranjeras, provocó intensos debates sobre la soberanía nacional y la necesidad de contar con proyectos de desarrollo independientes. Por otra parte, los coqueteos iniciales del gobierno con los gremios peronistas comenzaron a deshilvanarse con rapidez y los

primeros conflictos sindicales ganaron las calles de la mano de los médicos, el personal de la justicia y los bancarios. Cuando en setiembre los estudiantes se sumaron a la protesta, la célula de *Praxis* creyó tocar el cielo con las manos. En unos pocos meses habían reunido a unos 15 simpatizantes.

También por entonces comenzaron las divergencias entre la dirección de la célula y la del MIR-*Praxis*. Los primeros, embriagados por el calor de las luchas estudiantiles y gremiales en las que se hallaban envueltos, miraban con creciente recelo a su conducción nacional, a la que relacionaban más con la elaboración intelectual en un gabinete de estudio que con la práctica revolucionaria “concreta”. “Silvio, que en el panorama local era todo un adelantado” —señalan algunos de los pioneros— “nos había marcado definitivamente, legándonos la impronta de ser nosotros mismos. Y nosotros, siguiendo ese mandato, arremetimos contra la dirección a la que acusamos de quietista, teórica y profesoral. Para nosotros, había que dejar todo eso atrás y marchar con los obreros”.¹¹ El planteo, sin dudas, se hacía eco de algunas de las tensiones que atravesaban a la izquierda argentina y en especial cuestionaba el lugar que se le otorgaba a la teoría y a la práctica en el proceso revolucionario nacional.

De esta manera quedaron delimitadas dos posiciones. Mientras que para Silvio Frondizi el MIR-*Praxis* venía trabajando firmemente “para poner en línea de batalla al mejor equipo doctrinario del país”¹², para Cibelli y sus compañeros, en cambio, la organización se confinaba al campo de las ideas, alejándose por completo del “movimiento real”. Desde esta perspectiva, plantearon su radical cambio de rumbo “abandonando lo culturoso, para ir al barro y embarrarse”.¹³

Semejante formulación antiintelectual no era nueva dentro de los grupos marxistas, pero en los albores de los ‘60 representó el antecedente más inmediato de lo que sería uno de los puntos de apoyo de la *Nueva Izquierda*.

La apelación a la búsqueda de un sujeto revolucionario con el que poder identificarse debía enfrentar, sin embargo, una seria dificultad: las masas peronistas. En efecto, la postura frente al peronismo dividió aguas en la izquierda local. Silvio Frondizi, apoyándose en la categoría de bonapar-

tismo, se había distanciado de las formulaciones reaccionarias ensayadas por los partidos Comunista y Socialista que, sin medias tintas, caracterizaron al peronismo como un particular movimiento neofascista. Curiosamente, los principales animadores de la regional sur de *Praxis* coincidieron con estos últimos, por lo que a la vez que formulaban un ir hacia los trabajadores, se distanciaban del grueso de ellos. Su planteo de “embarrarse”, pues, implicaba una notable contradicción. Pero mientras esta contradicción se abría paso paulatinamente, el antiintelectualismo del planteo inicial forzó la ruptura.

Ahora bien, basados en el planteo de que la influencia del peronismo en las masas impedía que éstas conformaran una herramienta de clase independiente, concebían la “garantía” revolucionaria en una organización cerrada de cuadros marxistas; en su imaginario, sobre éstos recaía la responsabilidad de llevar a buen puerto el proceso revolucionario, en donde la organización de la violencia tenía un lugar preponderante. Su formulación de acumular experiencia militar, entonces, estaba estrechamente relacionada con la certeza de contar sólo con la propia organización profesional: ésta, en definitiva, era quién intervendría con la suma del saber y la experiencia en el momento oportuno. El antiintelectualismo obrerista de los inicios cedió rápidamente su lugar al fetichismo de la organización.

A fines de 1958 Cibelli y Ricardo expusieron estas posiciones en un plenario de *Praxis*. La propuesta, como era previsible, fue desestimada por una abrumadora mayoría. La dirección de *Praxis* prefirió no intervenir ni tomar medidas especiales en la regional y dejó que sus militantes eligieran en libertad de acción los pasos a seguir; éstos, en bloque, optaron por separarse de la organización.

Consumado el cisma en *Praxis*, la dirección rupturista delineó con rapidez el nuevo curso a seguir. Su pretendida crítica radical, sin embargo, encerraba una vuelta a formas organizativas tradicionales. En efecto, decididos a estructurar una organización clandestina de viejo cuño leninista, optaron por dar un lugar en la nueva formación a los militantes más disciplinados y entregados a la revolución que, según su curiosa interpretación, eran sólo ellos mismos. Impugnaron, pues, la participación de la gran mayoría de sus compañeros a quienes despidieron alegando una su-



León Poch

puesta autodisolución. Era la segunda fractura que propiciaban en pocos días. La organización que alentaban nacía bajo el signo de la exclusión.

En la primera semana de enero de 1959, mientras en la lejana Cuba las milicias castristas sacudían la política internacional, Cibelli, Pérez, Ricardo y Pouzadela se reunían en una modesta casilla de madera que éste último había conseguido en el Camino de Cintura, a la altura de La Salada, y formalmente daban vida a una nueva agrupación.

Desde entonces, destinaron cada fin de semana al estudio de los más diversos temas, desde la actualidad nacional hasta la historia del PCUS. Consumían ávidamente libros y folletos, aunque la guía fundamental seguía siendo *El Estado y la revolución*. Además, adoptaron el organigrama de Praxis de contar con un “especialista” en cada una de las principales áreas de análisis. Así, Cibelli se encargó de las cuestiones económicas, Jorge Pérez de la realidad latinoamericana, y Ricardo y Pouzadela, quien por entonces adoptó el poco modesto seudónimo de Lemar (Lenin-Marx), se ocuparon de analizar el panorama político local y de trazar las tareas prácticas.

A la par que profundizaron su preparación intelectual, desarrollaron su primera “actividad sindical”, consistente en proveer alimentos a los trabajadores en huelga de un frigorífico de Monte Grande. La actividad no era muy consagratoria para la pequeña célula de revolucionarios, pero los acercó, de alguna manera, a su ansiada meta de “embarrarse”. Sumaron, además, los contactos bancarios de Cibelli y algunos trabajadores ferroviarios, lo que contribuyó a reforzar los ánimos.

Por lo demás, el grupo se movía en la más absoluta clandestinidad. No sólo carecían de nombre, sino también de una publicación periódica, y sólo con el tiempo emprendieron la edición de boletines y gacetillas de exclusivo uso interno.

El crecimiento era lento. Los simpatizantes eran sometidos a rigurosas pruebas de filtro y tras un período de examinación —que podía llegar a durar más de un año— los “elegidos” accedían a la categoría de militante.

La dirección creía no dejar nada al azar. Disponía de todos los datos referidos a la vida del simpatizante y llevaba un minucioso registro de sus horarios y actividades para su posible utilización

cuando la organización lo creyera oportuno. El control de los contactos llegaba a niveles paroxífticos. Por ejemplo, simulando ser policías de civil —con documentación y armas reglamentarias— “detenían” en la calle a los aspirantes, generalmente a la salida de alguna reunión, para evaluar si conocían correctamente lo que denominaban *el minuto conspirativo*, una suerte de respuestas preparadas ante una eventual detención por parte de las fuerzas de seguridad. No era esta la única ficción pensada por el núcleo dirigente. Los contactos, por ejemplo, recibían una descripción de las fuerzas de la organización por completo sobredimensionada, con el ánimo de crear en ellos una suerte de mística sobre el poder y alcance de su estructura.

Entre 1959 y 1960 iniciaron su preparación militar. Para ello, y siguiendo la simple idea de elegir un territorio agreste y despoblado, escogieron como campo de entrenamiento la laguna Vitel, próxima a la de Chascomús. Allí realizaron caminatas con pesadas mochilas, prácticas de supervivencia y ejercicios físicos. Tiempo después, cuando los cubanos los invitaron a la isla para recibir entrenamiento en tácticas de guerra de guerrillas, declinaron el ofrecimiento alegando serias diferencias políticas. En especial, descreían de la guerrilla como único método revolucionario, y en el campesinado como sujeto revolucionario por excelencia. Por el contrario, planteaban una revolución hegemónicamente obrera y apostaban al estallido de una insurrección en las ciudades en donde precisarían un poder de fuego mucho mayor que el necesario en el campo o las montañas. Su meta no era la constitución de focos guerrilleros, sino de grupos operativos que debían acumular fuerzas y experiencias para un enfrentamiento en gran escala. Desde su concepción, el entrenamiento deseado era para dirigir grandes unidades militares, artillería pesada, blindados e, inclusive, aviones de combate, cuyo manejo, coordinado con la insurrección urbana, constituiría la llave de acceso al poder. Por supuesto, todo esto era incompatible con el proyecto cubano, y Cibelli y sus compañeros continuaron, cada tanto, entrenando en su laguna.

Por otro lado, el grupo siguió trabajando modestamente con la gente de los barrios y de las zonas asoladas por las inundaciones, como Lanús, donde en 1961 incorporaron a Alejandro Bal-

dú, quien tanta gravitación tendría dentro de la organización en los años venideros. Las tareas se combinaban con charlas teóricas, donde se diferenciaban tanto de trotskistas y comunistas como de peronistas, “un mal que había que negar, lo que las masas no tardarían en descubrir”.¹⁴

Los primeros operativos

Las acciones iniciales tendieron a satisfacer una acumulación primitiva de armamentos, carencia que reñía con su identidad de embrionario “Estado Mayor”. Si bien la dirección era audaz y se planteaba acceder a los centros neurálgicos del enemigo, por el momento decidió comenzar por sus inmediaciones y el primer blanco escogido fue el Instituto Geográfico Militar, ubicado en Cabildo al 300 de la Capital Federal.

La planificación de la operación implicó casi un año de trabajo en el que realizaron planos internos y chequearon innumerables veces los horarios de vigilancia. También monitorearon el tránsito vehicular y peatonal en las calles y aceras cercanas y hasta apostaron parejas de militantes contra los muros del IGM para comprobar la reacción de los guardias. Finalmente, a fines de mayo de 1962, tras dar por concluidas las tareas de inteligencia y control, realizaron una reunión general en la casilla de La Salada para revisar y pasar en limpio el operativo. “Era la primera vez que todos se veían las caras” –recuerda uno de los participantes–. “Fue impresionante y emotivo ¡éramos tantos!, pero sólo la dirección sabía que esa era toda la organización. El resto pensaba que era sólo una parte”. Los dirigentes dieron muestras de una obsesiva planificación “llaves, planos, fotos... ¡faltaba Lenin!”.¹⁵

En la madrugada del 16 de junio se puso en práctica lo que tan cuidadosamente se había orquestado. Una escalera de sogas sobre el muro de una calle lateral permitió escalar hasta los alambres de púas que coronaban la medianera y, tras cortarlos, ingresaron al establecimiento en dos grupos.

Ya adentro, constataron que oficiales y conscriptos dormían, y se dirigieron directamente a la Sala de Armas, de donde sacaron un valioso botín: 42 pistolas 11,25 mm; 2 FAL y 5 ametralladoras PAM y Halcón. Presurosamente cargaron las armas en varios bolsos, salieron y los deposita-

ron en el único vehículo –un taxi– que tenían esperando.

Tras media hora de trabajo, el objetivo se había cumplido. Sólo restaba un singular colofón. En efecto, el plan incluía hacer pasar la operación como un robo realizado por la misma fracción del ejército que dirigía el IGM, para provocar un recalentamiento en la interna de la Fuerza que venían sosteniendo “azules” y “colorados”. Para ello, dejaron en el piso un boleto de tren marcado con el nombre de una localidad donde residían varios oficiales “colorados”, entre ellos el jefe de la institución, como “prueba” de su culpabilidad. La anécdota no es un detalle menor; por el contrario, señala hasta dónde las especulaciones “logísticas” más ingenuas ocupaban la mente de algunos de los primeros dirigentes guerrilleros del país.

La operación, mantenida oficialmente en la más absoluta reserva, pasó desapercibida para los medios. Sólo el diario *Clarín*, ocho días más tarde, publicó unas pocas líneas informando sobre la desaparición del armamento.

Pero no todo fue indiferencia. En el IGM hubo un prolijo interrogatorio a cada uno de los conscriptos y oficiales que allí cumplían alguna tarea, aunque la inteligencia militar no llegó a ninguna conclusión contundente. Del otro lado, los festejos fueron profusos. Se había sorteado con exactitud, seguridad y éxito la primera gran prueba. Y ahora contaban con sobrado armamento para realizar sus prácticas.

A partir del operativo del IGM el grupo experimentó una auténtica explosión demográfica. La idea dominante acerca del rol aglutinante de la acción halló su más resonante certificación. Varios militantes solicitaron ingresar en la organización, y los contactos y simpatizantes se multiplicaron a tal grado que la dirección creyó conveniente estructurar una red de casas donde deberían funcionar las nuevas células. Para sostener tal estructura gestaron un ambicioso cronograma de “operativos financieros” que les brindarían los necesarios recursos económicos. Y en poco tiempo, combinando contactos bancarios y gráficos, lograron reproducir formularios de pedidos de chequeras de cuentas especialmente seleccionadas, con las cuales realizaron abultados retiros de fondos en los bancos Provincia y Nación.

El aumento de las operaciones de acumulación

económica y de sustracción de armas a agentes de la policía, que por entonces se implementaron como parte de la preparación, planteó la necesidad de crear un “santuario” de protección para los militantes con probables o declarados problemas de seguridad. A tal fin, se montó una regional con todos los elementos necesarios (dinero, casa, documentos) para recibir a los militantes amenazados. Se escogió crearlo en la provincia de Tucumán, en donde una serie de contactos aseguraban una implantación más o menos rápida. Sin pausa, la organización multiplicaba su estructura. Desde entonces, el camino de la acción militar no conocería retorno.

Pero no todo marchaba sobre rieles.

Paulatinamente, el grupo fundador había dejado de funcionar como una dirección homogénea. *Lemar* y Jorge se habían retirado de la organización: el primero, manifestando desacuerdos con la realización del operativo del IGM; el segundo, alegando incompatibilidades políticas, había emigrado hacia el grupo que alentaba Jorge Rearte. Por otra parte, Cibelli sufrió un serio problema de salud que lo obligó a guardar reposo absoluto durante un año. Sólo Ricardo se mantenía activo, pero también él manifestaba cambios que influirían seriamente en la organización.

En efecto, una sensación de sospecha permanente se instaló en el único referente “histórico” de la organización, quien no dejó de oponerse a la realización de casi todos los nuevos operativos. Todo lo que cuidadosamente se planificaba, terminaba inexorablemente abortado por sus presunciones de infiltración, seguimientos y hasta probable delación. Paulatinamente, la inactividad y la impotencia ganaron terreno, sobre todo en los cuadros medios, que vieron frustradas sus intenciones de actuar. La suspensión de uno de los operativos mejor planificados, el asalto al Banco Popular, funcionó como detonante y varios militantes plantearon la necesidad de reorganizar al grupo.

Un sector de la organización, formado entre otros por Baldú, Bjellis y Caribello, forzó la separación de Ricardo de la dirección, se hizo cargo de la misma y dispuso, en un acto refundacional, la reactivación del viejo operativo contra el Banco Popular. Todo fue cuidadosamente pensado y revisado, una vez más. Finalmente la acción se

realizó con éxito y les deparó una millonaria cifra. Todo indicaba, pues, que se podía volver a la actividad.

Un cambio de táctica

Hacia 1968, el panorama político nacional comenzaba a dar muestras de una renovada espiral de protesta. La sucesión de conflictos sindicales y estudiantiles ganaba, una vez más, el plano central de la situación. Paralelamente, los cambios suscitados en la dirección del grupo implicaron la reorientación del mismo. Los nuevos dirigentes dieron por terminada la etapa primitiva de silenciosa acumulación de experiencia para dar paso a otra, de presentación pública, declarada, y donde la acción del grupo combatiente aceleraría el ritmo de la concientización de las masas y del proceso revolucionario.

En términos operativos, había que pasar a otra etapa del enfrentamiento. Se imponía un ataque frontal al corazón mismo del aparato militar: ni más ni menos que el Regimiento nº 1 de Infantería de Patricios, en Campo de Mayo, donde se hallaban almacenados alrededor de 600 FAL. La operación era de una audacia inédita y constituyó la primera vez en el país que una organización de izquierda intentó la toma de un cuartel de las Fuerzas Armadas. Si creyeron estar preparados para dar un salto cualitativo en el desarrollo de la organización, la magnitud del blanco escogido acompañaba sus expectativas.

El operativo implicaba un enorme esfuerzo logístico, pero los recursos obtenidos en el asalto al Banco Popular allanaron el camino. Alejandro Baldú fue el encargado de adquirir todo el material necesario, que no fue poco ni modesto. Bajo la identidad de Héctor Albano compró al contado un camión Mercedes Benz y un jeep similar a los utilizados por el ejército. También adquirió cuatro gomas nuevas para el camión y encargó un contenedor con 1.800 kilos de caramelos, que sería utilizado para esconder las armas capturadas hasta su traslado a una casa en Mar del Plata, recientemente alquilada.

El 5 de abril de 1969, a las tres de la madrugada, el camión y el jeep –mimetizados con papel autoadhesivo verde oliva– irrumpieron por la puerta nº 4 del cuartel y se detuvieron junto a la

carpa de guardia. El cortejo llevaba un curioso batallón formado por un teniente coronel, un capitán, dos tenientes, un sargento y varios soldados, todos vestidos con uniformes comprados en la sastrería militar.

-“¡Quién está a cargo de este lugar!”, gritó el falso teniente coronel, con estudiada voz de mando. Los guardias de turno se sobresaltaron y en la confusión fueron rápidamente reducidos por el resto de los guerrilleros. El operativo marchaba según lo planeado, pero la decepción fue mayúscula cuando fueron en busca de los FAL: en efecto, los fusiles habían sido retirados el día anterior, previendo la frágil seguridad de su custodia durante el fin de semana siguiente, coincidente con la celebración de la Semana Santa. El saldo de la operación fue por demás magro: sólo siete armas. Pero había dejado una enseñanza colosal: desde una perspectiva puramente militar, se podían vulnerar los centros mismos de las Fuerzas Armadas.

La pérdida del botín no fue el único problema que debieron afrontar. En su escape dejaron numerosas pistas que condujeron a la inteligencia militar directamente hacia Baldú. Comenzaba a tejerse una nueva trama que concluiría con las primeras detenciones que sufriría el grupo. Baldú, por el momento, logró escapar a sus perseguidores, pero se investigaron sus relaciones y compañeros de trabajo, y poco a poco se fue dibujando el armado del comando. En poco tiempo más se identificó a Carlos D'Arruda, Carlos Alberto Malter Terrada y Sergio Bjellis, todos visitantes médicos, como aquél. Por otra parte, sin sospecharlo, la madre de Baldú brindó una nueva pista a las fuerzas de seguridad: los reiterados viajes de su hijo a Tucumán, que coincidían repetidamente con el de otro individuo: Juan Carlos Cibelli, quien fue localizado y detenido el 7 de mayo de 1969.

El operativo contra el vivac de Campo de Mayo fue para el grupo toda una presentación en sociedad. Aunque aún carecían de nombre oficial, la prensa hablaba de una “célula terrorista” (la banda de los “visitadores médicos”), con posibles vinculaciones políticas con el maoísmo y de una decisión y osadía fácilmente advertibles.

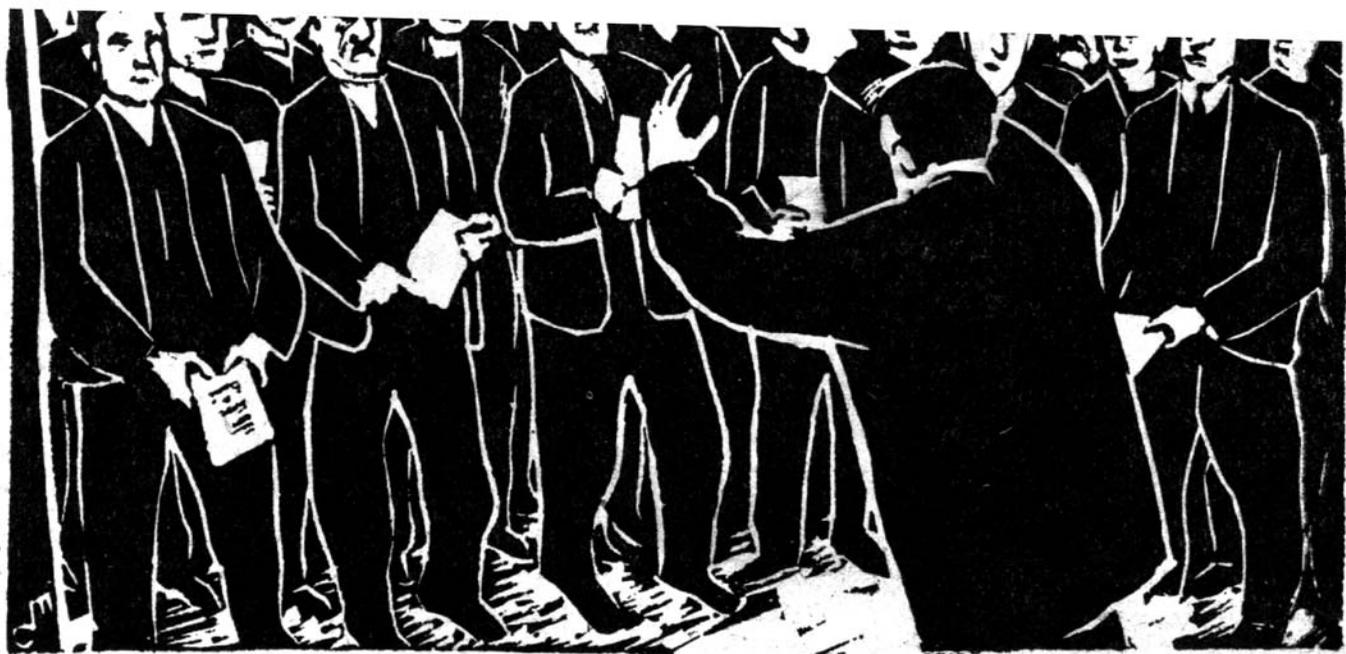
La era de las grandes operaciones urbanas había comenzado.

Los afluentes

a) El grupo Aguirre

Durante 1967 el proceso de crisis interna del Partido Comunista produjo su fracción más importante cuando varios sectores de la FJC (Federación Juvenil Comunista) y el MENAP (Movimiento Estudiantil Nacional de Acción Popular) se agruparon alrededor de cuatro puntos: 1) crítica al Comité Central del PC por sus prácticas burocráticas; 2) oposición a la política de oportunismo sindical, manifestado en el seguidismo a la burocracia de la CGT; 3) oposición a encuadrarse en salidas políticas negociadas con los diferentes partidos y sectores de la burguesía y 4) militancia a favor de una política independiente de la clase obrera. El nuevo reagrupamiento se sostenía en la poderosa *fracción de Medicina*, originada en 1963, cuya influencia trató infructuosamente de ser neutralizada por medio de la expulsión de sus dirigentes más destacados. Cuando en setiembre de 1967 el secretario general de la FJC, Athos Fava, comunicó la decisión oficial de intervenir a toda la juventud partidaria y expulsar a los principales animadores de la fracción, la ruptura se consumó: el 6 de enero de 1968 quedó formado el Partido Comunista Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria (PC-CNRR) que, al constituirse, asumió dos nuevas diferencias con el Comité Central del PC: su apoyo a la OLAS y a la vía armada en la revolución argentina.

La formación del PC-CNRR implicó un largo proceso de confrontación ideológica que alcanzó a distintos sectores de la novísima agrupación, canalizada a través de debates internos y por medio de la difusión de numerosos boletines y publicaciones que abordaban cuestiones de teoría y orientación práctica. En uno de estos textos, de noviembre de 1968, se destacaba el rechazo a la vía pacífica de acceso al poder, la reivindicación de la lucha armada y la posición insurreccionalista sostenida en sus recientes “Tesis para el XIII Congreso” del Partido Comunista. El nuevo informe señalaba las limitaciones de la preparación militar propia y la necesidad de superarlas rápidamente, pero hacía especial hincapié en la subordinación a la teoría insurreccional de la clase obrera. A la vez, destacaba la negatividad de “las influencias foquistas que toman formalmente la construcción en la clase del Partido y la importan-



Clement Moreau

cia de que éste encabece los combates reivindicativos y políticos del proletariado, por cuanto piensan que, en definitiva, esas tareas serán resueltas por la simple instalación de un foco guerrillero”.¹⁶ La arremetida contra el foquismo no era casual. Por el contrario, intentaba salir al cruce de las posiciones sostenidas por un sector interno de creciente influencia, cuyo dirigente más importante era Luis María Aguirre.

Aguirre, médico delegado del Hospital Rawson, se había afiliado a la FJC en los inicios de los años ‘60, y realizó sus primeras tareas para el aparato partidario integrado a la célula de Retiro. Entre 1962 y 1963 viajó a Cuba, y a su regreso se incorporó a la estructura militar de la juventud, participando en los Comandos de Defensa Estudiantil Universitaria y en pequeñas acciones de preparación y acumulación de experiencia militar, como atentados a colectivos y trenes.

Sumado a la fracción de Medicina, profundizó su formación teórica en los cursos de marxismo que daba *Mote* Malamud; también de esos años son las primeras notas que escribieron juntos y firmaron como Camilo y Gervasio Zárate, respectivamente.

Cuando se oficializó el PC-CNRR, se integró a su incipiente equipo militar.

En marzo de 1969, como corolario de un extenso artículo, los Zárate dejaron planteada su posición: rechazaban de plano cualquier intento de “importar” los esquemas de las experiencias cubana, china y vietnamita, en tanto fueron sostenidas por una base social campesina inexistente en la Argentina. Subrayaban, sin embargo, la necesidad de “actualizar” dichas experiencias teniendo en cuenta las características propias del país.

Aunque no renegaban de la insurrección obrera como escenario fundamental para el triunfo de la revolución, caracterizaban de “espontaneísmo” la no preparación militar de la misma, preparación que atribuían a una vanguardia de revolucionarios profesionales.

Proclamaron, pues, la “necesidad de operar militarmente con anterioridad al momento de la insurrección” y, por tanto, la “necesidad de la creación previa de un ejército popular”. Para ellos había llegado la hora de “la formación técnica para la lucha armada” y del “dominio de las leyes de la

guerra de movimiento y guerra de guerrillas... arbitrando desde ya los medios que aseguren la integridad territorial mínima”. En ese contexto, el trabajo clandestino debía “triplicar sus recaudos”.¹⁷

En las instancias previas al primer Congreso Nacional del Partido Comunista Revolucionario (PCR, ex PC-CNRR) y en el marco de las jornadas de protesta del Cordobazo, el grupo de Aguirre planteó su premisa fundamental: la creación de un Ejército Revolucionario que, operando como guerrilla urbana, fuera incorporando comandos obreros preparados para enfrentar la represión organizada desde el Estado, y a la inminente intervención extranjera que, según sus análisis, desencadenaría la insurrección revolucionaria.

A la vez, paralelamente a sus planteos oficiales, llevaron a cabo una sostenida captación de cuadros militantes del partido, y realizaron pequeñas acciones de acumulación financiera y militar para garantizar su funcionamiento independiente. El accionar del grupo parece haber sido importante ya que un informe partidario subraya “que llegó en determinado momento a hacer peligrar la unidad del partido, por cuanto existieron posibilidades concretas de ruptura a nivel nacional y de varios comités de zona...”.¹⁸

Cuando las evidencias acumuladas de esta actividad fraccional fueron abrumadoras, se realizó “un tribunal revolucionario” y el grupo fue expulsado.

Tras su separación del PCR, Aguirre solidificó sus relaciones con el grupo de Baldú y Bjellis —a quienes conocía desde un tiempo atrás— planteando la posible fusión en una misma organización y colaborando en operaciones armadas conjuntas. Los acontecimientos que acompañaron la preparación de una de ellas precipitaron la unificación.

En efecto, a principios de 1970 ambos grupos diseñaron un plan para asaltar a un tren pagador en la localidad bonaerense de Luján. El operativo “Carola” era audaz: un comando de varios guerrilleros disfrazados de obreros ferroviarios cortaría el paso a la formación e indicaría el momento oportuno para que otro grupo redujera a la guardia y asaltara el vagón donde se hallaba el dinero; finalmente, se marcharían vestidos con uniformes de la aeronáutica en camionetas que prepararían especialmente para hacerlas pasar como propias de la fuerza. Pero mientras la operación

coabraba cuerpo, un hecho intervino en forma inesperada, frustrando todos los planes.

El 18 de marzo la policía allanó un galpón ubicado en la calle San Vicente 116, en Luján: buscaban reducidos de autos, tras una denuncia realizada por los vecinos. La sorpresa fue mayúscula cuando se encontraron con dos camiones similares a los que utilizaba la Fuerza Aérea, explosivos y numerosos uniformes militares. En el allanamiento fue detenido Carlos Dellanave, posteriormente sindicado como ex militante del PCR. Ante el descubrimiento, la policía dejó emboscados a algunos agentes, quienes a la noche siguiente detuvieron a Alejandro Baldú.

La detención de Dellanave fue rápidamente oficializada por la policía; la de Baldú, en cambio, negada sistemáticamente, auguraba un dramático desenlace. Las versiones indicaban que Baldú, torturado salvajemente, había muerto durante el interrogatorio o estaba en muy malas condiciones físicas, lo que impedía su presentación ante la justicia. El tiempo, pues, apremiaba. Sus compañeros entendieron necesario realizar una acción que echara luz sobre el caso y contribuyera a asegurar la vida de los detenidos.

Por entonces se había difundido el *Minimanual del guerrillero urbano*; escrito por el brasileño Carlos Marighella, constituía la más importante guía de acción de los grupos armados. En uno de sus puntos subrayaba: “El secuestro es la captura y custodia en el local secreto de un agente policiaco, un espía norteamericano, una personalidad política o un enemigo notorio y peligroso del movimiento revolucionario. El secuestro tiene por fin el canje o la liberación de compañeros revolucionarios presos, o la suspensión de torturas en los calabozos de la dictadura militar”.¹⁹ Es de creer que los guerrilleros argentinos conocían la “recomendación” de Marighella y se aventuraron a realizar, en una acción coordinada de ambos grupos, su primer secuestro.

Los primeros tramos de la operación resultaron un palmario fracaso. Escogieron como víctima a un miembro del cuerpo diplomático de Alemania en la Argentina, pero su escolta repelió a los tiros el intento de secuestro, y los guerrilleros se quedaron con las manos vacías. La prisa conspiraba contra una buena preparación del operativo. Faltaban datos de los posibles blancos, horarios,

movimientos, conocimientos de turnos de guardespaldas, etc., en síntesis, no se podía garantizar una acción exitosa contra una personalidad *notoria*. Restaba sacrificar la resonancia del nombre a favor de la rapidez y seguridad de la acción.

En este contexto, un aviso clasificado apareció en el diario del 24 de marzo constituyó una auténtica “bendición”. Waldemar Sánchez, cónsul paraguayo en Ituzaingó (Corrientes) ofrecía en venta un auto Mercedes Benz. Ese mismo día dos hombres se presentaron en un hotel del centro porteño donde Sánchez residía, con la intención de adquirir la unidad. Tras dar unas vueltas con el rodado, supuestamente para comprobar sus cualidades, el cónsul y su chofer fueron reducidos y amordazados; el segundo fue liberado de inmediato, Sánchez, en cambio, quedó en cautiverio. Pocas horas después, detrás del espejo del baño de damas de El Ibérico, un café de la Av. Córdoba, apareció el primer comunicado de la organización, intimando a la policía a mostrar frente al periodismo a los dos compañeros detenidos. “¿Cómo firmamos el comunicado?” había preguntado uno de los comandos. “Frente Argentino de Liberación”, sugirió Bjellis²⁰. Fue el acta de nacimiento de la nueva organización.

En un nuevo comunicado, del 27 de marzo, los guerrilleros subrayan: “Nuestra intención de capturar al cónsul paraguayo fue (...) solamente lograr que se presentara a la prensa a los compañeros Dellanave y Baldú, como un intento de parar la tortura y el asesinato. Llegamos tarde. Era evidente a esta altura de los acontecimientos que la dictadura asesina eliminó al compañero Baldú en la cámara de torturas...”.

Ese mismo día, la respuesta del gobierno de Onganía no se hizo esperar: desconoció el paradero de Baldú y ratificó la detención y el procesamiento de Dellanave, acusado de robo, asociación ilícita y conspiración para la rebelión.

Al día siguiente, las FAL liberaron a Sánchez. El plan se había cumplido sin obtener los resultados deseados.²¹ Baldú jamás apareció y Dellanave continuó detenido. Pero había emergido una nueva organización a la vida política argentina que, en breve, volvería a la primera plana de los diarios.

b) La Brigada Masetti

El proceso que se le inició a los guerrilleros del EGP, detenidos tras la debacle del foco salteño, generó cierto reagrupamiento en pos de organizar la solidaridad con los combatientes presos. Roberto Ciro Bustos, sobreviviente de aquella campaña, contribuyó a la tarea estableciendo los primeros contactos entre las dispersas fuerzas, y en poco tiempo dejó constituido una pequeña célula que tomó como preciada herencia la experiencia de Masetti. En esta etapa embrionaria de su formación, asistieron a los presos del EGP, difundieron sus proclamas y hasta inspeccionaron nuevamente la región salteña para evaluar un posible relanzamiento foquista, aunque finalmente desistieron de hacerlo.

Entre 1964 y 1966 el grupo mantuvo un perfil austero, de preparación física, acumulación cuantitativa y experimentación de sus rudimentarios conocimientos guerrilleros, realizando pequeñas acciones de propaganda armada como la colocación de explosivos de escaso poder, a las que llamaban *semillas*, que causaron más ruido que destrozos. En cambio, la primera acción de cierta envergadura –la voladura de un puente ubicado en la ruta 2– debió postergarse, frustrándose también la aparición pública de un nombre tentativo de la organización: Grupo Urbano de Resistencia (GUR), nombre pionero al admitir el cambio de la estrategia rural por la lucha en las ciudades. Pero, por el momento, también la nominación quedó para más adelante.

En esos años iniciales comenzaron a encolumnarse los primeros militantes tras un planteo guevarista elemental: revolución, liberación nacional, el *hombre nuevo* y la lucha armada. Eso bastaba para inflamarlos y unirlos.

En términos generales provinieron de diversas corrientes políticas y de la Resistencia. Los más hicieron su experiencia en los partidos Comunista y Socialista. Además, también contaron con la incorporación de los primeros presos del EGP de Masetti que recuperaron su libertad, como Carlos Bandoni y Carlos Bellomo. De esos años datan sus relaciones con otros grupos, como el MNRT (Movimiento Nacional Revolucionario Tacuara) de Fianza y la ANDE (Agrupación Nacional de Estudiantes). Las diferencias políticas poco importaban y solían zanjarse a partir de la pura ac-

ción. También es la etapa de su intensa preparación física en las zonas pantanosas de las localidades de Otamendi (Paraná) y Las Catonas (Moreno), un lugar poco poblado que contaba con la invaluable presencia de un arroyo. Como en casi todos los grupos armados de aquellos años, el entrenamiento militar incluía el “levantamiento” de automóviles y la extracción de armas a agentes de la policía, generalmente efectuados por inexpertos militantes acompañados por los “veteranos”.

La presencia del Che en Bolivia conmocionó al pequeño grupo que no tardó en prestar su colaboración en la confección de documentos para Tania, la emblemática guerrillera que por entonces estaba en Córdoba, y para Roberto Ciro Bustos, y aunque no hay testimonios de su posible incorporación al ELN en formación para apoyar a la guerrilla del Che, seguramente no hubieran desoído el convite.

En 1967, algunos integrantes del grupo viajaron a Cuba donde mantuvieron estrecha relación con Emilio Jáuregui, Faustino Stamponi y algunos militantes del grupo Cristianismo y Revolución, que dirigía Juan García Elorrio. La influencia cubana debió ser notable porque, tras su regreso de la isla, la organización modificó su estructura. Se hizo más orgánica, tendió a especializar militarmente sus células (explosivos, inteligencia), diseñó y efectuó operaciones de mayor complejidad y privilegió las relaciones con diversas organizaciones hermanas. También comenzó a editar boletines donde definieron cuestiones de preparación militar y seguridad. En poco tiempo contó con disciplinados militantes organizados en dos columnas urbanas cuyo sostenido crecimiento alimentaba sus expectativas: en el cálculo de algunos de sus miembros alcanzaron a contar con alrededor de 70 combatientes y un número mayor de colaboradores que brindaban apoyo en diferentes tareas.²²

Entre 1968 y 1970 la relación que mantuvieron con otras formaciones similares comenzó a dar sus frutos. Muy pronto se les sumó una agrupación de estudiantes cristianos de Rosario y otra de la ciudad de La Plata, que había roto recientemente con el MIRA. También estrecharon relaciones con otro grupo platense: “Los perritos”, nombre que recibieron por su táctica de secuestrar perros de raza para pedir rescate por ellos

Un elemento que los caracterizó fue su enfático rechazo a las teorizaciones políticas, subrayando la preeminencia de la acción práctica sobre la elaboración teórica; destacaban su “reacción contra todos esos mamotretos en los que se definía todo”, a la par que reivindicaban, casi como una garantía revolucionaria, que “teníamos muy poco elaborado”.²³ La acción los convocaba con urgencia y dejaron, para las generaciones venideras, el análisis, el estudio y la teorización del proceso que transitaban. El desapego, que en algunos casos llegó a ser un palmario desprecio, por acompañar la acción revolucionaria con una teoría revolucionaria se mantuvo inalterable.

Pero, por otra parte, la falta de precisiones y definiciones políticas que exhibieron en la llamada “línea no explícita” que animaban, les dio una amplitud ideológica inédita en la izquierda vernácula. Su permeabilidad al populismo peronista —al cual evitaban definir para no ser excluyentes con críticos y seguidores— y su rechazo a todo dogmatismo se expresaba claramente en las citas —de Eva Perón y los evangelios, por ejemplo— que, ajenas a los santuarios de la izquierda revolucionaria, publicaban en sus boletines, sacando de quicio a los marxistas más ortodoxos.

En los primeros meses de 1970 la dirección del grupo definió su incorporación a la recientemente creada FAL, organización con la que venían sosteniendo discusiones en vistas a una posible unificación. La diversidad de matices políticos propios le permitió priorizar el acto mismo de la unión y dejar para más adelante el proceso de conciliación de ideas. Por el momento, les bastaba la conciliación en las acciones. Finalmente la fusión se concretó e incorporaron dos militantes a la dirección unificada.

Poco después, el 25 de setiembre de 1970, asaltaron el vagón postal de El Rosarino, lo que constituyó su primera acción de envergadura como columna independiente de las FAL.

La operación, firmada como Comando Juana Azurduy de las FAL, les deparó una sustanciosa cantidad de dinero y la invaluable seguridad de contar con una sólida capacidad de planificación y ejecución. También fue aprovechada para rubricar, comunicado mediante, el camino emprendido: “El dinero con el que ellos corrompen, que utilizan para pagar traidores, adulones, asesinos y

burócratas, que usan para perpetuar un sistema de explotación del hombre por el hombre, al que desfachatadamente denominan mundo occidental y cristiano; ese dinero, decimos, ha comenzado a servir, a través de las FAL y de otras organizaciones hermanas, para liberar al hombre, para arrancarlo, incluso, de su pérfida influencia. Asimismo, prometemos que las armas, que como ésta pasan a manos del pueblo, no se han de oxidar. Servirán para destruir a la dictadura que ha montado un vasto dispositivo de acción destinado a embretar a los argentinos en una nueva farsa electoral. Ni golpe ni elección: revolución”²⁴.

La incorporación formal a las FAL y la acción de El Rosarino marcaron un cambio sustantivo en la organización: de la acumulación primitiva de fuerzas se pasó a formar parte de un proyecto de mayores dimensiones políticas, y de las pequeñas acciones de propaganda al enfrentamiento desembozado. Para la mayoría de sus militantes el período de clandestinidad absoluta había terminado; los servicios de inteligencia estaban alertados del creciente accionar de los diversos grupos guerrilleros y mantener el secreto sobre sus actividades —concluyeron— ya no tenía sentido.

A las 11 de la noche del 8 de octubre de 1970 realizaron su segunda operación pública: tomaron la radioemisora Music House, en pleno centro de la capital de Córdoba, y obligaron a sus operadores a pasar la Marcha de San Lorenzo y una proclama.

“Hoy, a tres años de la muerte del Che” —decían— “el mejor homenaje es reafirmar en la lucha sus principios e ideales revolucionarios. Ante la dictadura no hay que dejarse llevar por posturas electoralistas o participacionistas, o aperturas o antiimperialismo de palabra; hay gente que no quiere en el fondo otra cosa que utilizar al pueblo para seguir conservando el capitalismo y la dominación extranjera, y no tiene problemas en utilizar hasta al Che, claro está, para sus fines”. Y expresaban una convicción que no tardaría en desatar las primeras convulsiones internas: “Aquí la cuestión no es peronismo o antiperonismo o comunismo versus socialismo, es seguir realmente la línea del Che. La lucha armada sin cuartel, con las masas independientes de las opciones burguesas, organizándonos desde abajo en forma clandestina, en las fábricas, en la universidad, en las escuelas secundarias, en el campo, aprendiendo

a utilizar la violencia que vaya cimentando el camino hacia el socialismo, hacia la organización única revolucionaria y un gran ejército popular. Continuar elevando la ofensiva armada y consolidando la organización de masas contra el régimen. Buscar lo que ata y nos une y no tomar lo que nos divide. Ante la mentira y las falsas opciones, Ejército popular hacia la revolución socialista. Saludamos a los compañeros que están en este camino”.²⁵

La acción fue realizada como Grupo Operativo Táctico Ricardo Masetti de las FAL, desde entonces más conocido como Brigada Masetti. Las tantas veces postergada nominación del grupo finalmente se había resuelto.

La acción como estrategia

Como ninguna otra organización de la Nueva Izquierda armada, las FAL cultivaron la unidad de acción como elemento fundante de una nueva praxis revolucionaria, subordinando a ella toda identificación ideológica y política. Para ellos, el “hacer” constituyó la necesaria y efectiva conjura contra lo que caracterizaban el mayor vicio de la izquierda argentina: el ejercicio obsesivo de la discusión teórica, a sus ojos origen y síntoma del prolongado divorcio entre las organizaciones revolucionarias y las masas. Una particular lectura de recientes experiencias en el continente abonaba la apuesta: “No descubrimos nosotros esta forma de relacionar la teoría con la práctica” —decía un documento elaborado en una de las columnas—. “Es precisamente así como, desde la revolución cubana en adelante, se construyen en América Latina los movimientos revolucionarios que se inspiran en el castrismo. Es así como en la guerrilla boliviana el Che prohibió terminantemente ciertas discusiones ideológicas, como lo dice su diario de campaña. Y es así también como se construyó la organización de los Tupamaros, que son para nosotros el ejemplo de guerrilla urbana más avanzado y más cercano”.²⁶ La fórmula “Las palabras nos dividen, los hechos nos unen” —popularizada inicialmente por los guerrilleros uruguayos— se convirtió en el norte de la nueva organización.

Sin embargo, a principios de los ‘70, la sola apelación a la acción directa resultó insuficiente para vertebrar una estrategia revolucionaria que

respondiera a las complejidades del conflictivo escenario político nacional. En efecto, el proceso abierto por el Cordobazo y la crisis del Onganiato puso en cuestión numerosos interrogantes sobre el curso de la lucha revolucionaria y generó, dentro de las organizaciones de la Nueva Izquierda armada, una urgente búsqueda de soportes teóricos que sustentaran su intervención práctica.

En este marco, el surgimiento de nuevos grupos guerrilleros se convirtió en un elemento determinante en el desarrollo particular de cada uno de ellos no sólo porque en conjunto contribuyeron a que el emergente guerrillero despertara simpatías en importantes sectores de la sociedad —ya sea por ser portadores de grandes núcleos de afinidades políticas (como las de orientación peronista), o por su activa participación en las luchas populares—, sino porque establecieron, entre las llamadas “organizaciones hermanas”, cierta “competencia” por la hegemonía de influencias en el campo político de las luchas populares.²⁷

En este escenario, las FAL oscilaron entre el rechazo a la teorización y la reivindicación del marxismo como “guía medular” de “una práctica política científica, sin lograr anclar en una seria indagación de las complejidades del proceso revolucionario en general y el de la Argentina en particular, cuyas dimensiones parecen haberse agotado, desde su perspectiva, en una serie de generalizaciones compartidas, en gran parte, por todo el universo de la izquierda. Así, en uno de sus primeros documentos, señalaban:

- “1°- El proletariado, por su posición en el sistema productivo, es la única clase capaz de encarar un proceso consecuente de lucha por el socialismo.
- 2°- Que sólo una estrategia mundial puede hacerle llegar a su triunfo.
- 3°- Que los ‘eslabones débiles’ se producen hoy en los países dependientes.
- 4°- Que la principal dificultad para el desarrollo de una estrategia común surge del abandono del marxismo-leninismo por parte de la mayoría de los PPCC tradicionales (el revisionismo soviético, en parte el chauvinismo chino, y sus secuelas en sus partidos seguidores).
- 5° Que el imperialismo yanqui ha orquestado una política mundial que tiene por objetivo final la

destrucción del campo socialista y la derrota de los Movimientos Nacionales de Liberación y Social, para los que recurre a una política de *stato quo...*²⁸

Sosteniéndose en estos presupuestos y en la caracterización de la formación económica-social argentina como capitalista dependiente con subsistencia de rasgos de producción precapitalista, concibieron “la etapa como la dictadura de las capas motrices de la revolución con la hegemonía del proletariado que cohesiona y destruye al capitalismo monopolista y a sus aliados nativos, los terratenientes y las capas parcialmente interesadas que no puedan ser neutralizadas”.²⁹

No se avanzó mucho más. En nombre del poder transformador de la acción desistieron de ampliar los presupuestos teóricos, desestimaron por ideologista la discusión sobre diferentes aspectos de la lucha revolucionaria y consagraron el imperio de una línea que, en su amplitud, incorporaba las más variadas posiciones políticas. En consecuencia, y conciliando las propuestas de sus diferentes afluentes, alentaron como estrategia la formación de un Frente de Liberación Nacional por el Socialismo, de un Ejército Popular y de su “médula”, el Partido Marxista-Leninista, cuya construcción reivindicaron como una “condición *sine qua non* para la toma del poder.”³⁰ Las diferencias que los distintos afluentes de la organización tenían acerca de las características de estas herramientas y del momento oportuno de su construcción quedaron saldadas, en un primer momento, en nombre de la participación conjunta del proceso mismo de lucha, donde “confluyen luego de haber confrontado en la práctica la voluntad de lucha, la bondad o no de los dirigentes, confrontación y polémica ideológica y haber conseguido, en fin, una confianza mutua e interna de los afluentes que permitan construir sobre una base de cohesión sólida”.³¹

En términos prácticos, las FAL se plantearon desarrollar la lucha en dos direcciones convergentes. Por un lado, concibieron un proceso que caracterizaron de “desgaste indirecto” de la burguesía, a través de actos de sabotaje, atentados y expropiaciones que, según su perspectiva, a la vez que haría “sentir a la patronal y a la dictadura, el rigor de la violencia proletaria organizada”,³² contribuiría a desencadenar el enfrentamiento de clases en forma abierta. En su imaginario, este

enfrentamiento correría el velo del “caparazón” ideológico de la burguesía en el seno de la clase obrera, permitiendo mutar la lucha economicista de los trabajadores en lucha política. Sólo así, advertían, el espontaneísmo de experiencias históricas como el Cordobazo y el Viborazo podría evolucionar hacia un estadio superior de confrontación: “Los cotidianos golpes armados son una muestra de ello”.³³ Pero carentes de relaciones orgánicas con los movimientos sociales, entendieron este paso a través del enfrentamiento armado llevado a cabo por grupos tutelares, a los que le otorgaban el rédito de representar la vanguardia armada de la clase.

En la misma clave, ignorando el alcance político y las expectativas sociales de una salida institucional, entendieron la lucha electoral como un obstáculo que confunde y distrae a las masas de la visualización del enemigo central: “Las elecciones libres, son el *engaña pichanga* de las clases oprimidas” –señalaban– “La sangre de los caídos no será negociada en ninguna urna tramposa; la clase obrera, sus militantes más combatientes, junto a los revolucionarios, preparan su partido, no para ninguna elección, sino su partido político militar instrumento necesario que encabeza la lucha de los oprimidos; mientras tanto se van gestando comandos y grupos armados que son el embrión de las Fuerzas Armadas del Pueblo; el próximo encuentro los sorprenderá con un pueblo en armas”.³⁴

Consecuentemente, llevaron adelante una radical oposición a posibles salidas electorales realizando atentados contra registros civiles en Córdoba y la Capital Federal, donde quemaron papeles y documentos.

En forma paralela a este “desgaste indirecto” de la burguesía, las FAL alentaron su “desgaste directo” a través de la disminución moral y física de sus fuerzas armadas, operatoria que, según entendían, contribuiría a evidenciar la vulnerabilidad del Estado y a limitar su capacidad de represión, a la vez que a poner de manifiesto el poder de las fuerzas revolucionarias. En este camino, realizaron algunas de las más audaces operaciones contra destacamentos policiales, regimientos militares y miembros de las fuerzas armadas y de seguridad, a muchos de los cuales les ocuparon sus casas durante varias horas para abandonarlas atiborradas de leyendas revolucionarias en cada una de sus paredes.



Hasta dónde sus enfáticas apelaciones contra el sectarismo y a favor de un trabajo político en los sectores populares se develaron como una expresión de deseos fue algo que la praxis misma de la organización se encargó de clarificar. En efecto, sin una militancia orgánica en frentes barriales, sindicales y estudiantiles, y sin políticas para intervenir en el seno de los movimientos sociales y frentes de masas, se confinaron a la clandestinidad y a la pura acción. A falta de organizaciones de superficie y prensa, se especializaron en levantar automóviles renovando permanentemente una flota de varias unidades que mantenían en talleres mecánicos propios; montaron imprentas donde hacían volantes, documentos, sellos y registros de conducir y talleres de carpintería, donde fabricaban “embutes” para esconder armas; también construyeron “cárceles del pueblo”, lo suficientemente bien acondicionadas como para mantener durante varios días a más de una persona.

Vertiginosamente, se convirtieron en una de las organizaciones guerrilleras más activas: en 1970 realizaron más de 30 acciones y sólo entre marzo y julio del año siguiente, según las estadísticas recogidas por Géze y Labrousse, otras 26, siendo después del ERP la organización más operativa.³⁵

La consigna “acelerador y metra”, popularizada por Aguirre, terminó manifestando dramáticamente la degradación de un proyecto huérfano de raíces políticas y sociales.

Del principio de unidad a la unidad sin principios

Hacia mediados de mediados de 1970 las FAL estaban integradas por varios grupos que operaban con gran autonomía política y militar, pero centralizados por una dirección colegiada conformada por dos representantes de los tres afluentes pioneros. El entusiasmo era grande y correspondía al crecimiento: en unos pocos meses se habían sumado las columnas “La Plata” y “Norte”, el “Comando Benjo Cruz”, el grupo “Parral” y los frentes “Estudiantil secundario”, “Obrero” y “Villas”

La mayoría eran células de unos pocos militantes. Sobresalían, en cambio, el grupo Parral y el Comando Benjo Cruz. Los integrantes del prime-

ro provenían del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) de Ismael Viñas, organización que fraccionaron hacia 1967 tras plantear la senda de la lucha armada; tal vez emulando a las vanguardias literarias de Boedo y Florida, adoptaron como nombre el de la calle donde hacían sus reuniones. Por su parte, el Comando Benjo Cruz estaba formado por varios militantes platenses a los que se le sumaron unos pocos sobrevivientes de la guerrilla boliviana de Teoponte, quienes propusieron utilizar el nombre de Benjo Cruz, guerrillero muerto en aquella experiencia, como símbolo de la unión y lucha de los guerrilleros de ambos países.

El cambio cuantitativo aparejó, también, el de la nominación original: Frente Argentino de Liberación. En el último término hubo manifiesto acuerdo; se cuestionaron, en cambio, los dos primeros. Para algunos, “Frente” no transmitía certezas sobre la propuesta armada de la organización; para otros, “Argentino” distorsionaba la prédica internacionalista, detrás de una identificación puramente nacional. Buscando no variar la sigla FAL ensayaron la denominación Fuerzas Armadas de Liberación, pero una nueva impugnación —esta vez por la similitud con la denominación del enemigo— rubricó el definitivo Fuerzas Argentinas de Liberación. Aunque los debates no habían llegado a mayores, cierta disparidad de posiciones afloró tempranamente en la superficie. No pasará mucho tiempo más para que la armonía deje de acompañarlos.

La primera señal de graves disidencias internas estalló en agosto de 1970, cuando uno de los dirigentes de la Columna La Plata planteó sus posiciones respecto al peronismo. En un documento que elevó a la dirección subrayaba la caracterización negativa que los dos primeros afluentes de las FAL tenían del peronismo, al que “le desconocían todo significado histórico progresista y hasta negaban la existencia de una corriente revolucionaria surgida en su seno...”.³⁶ Aunque reconocía la modificación parcial de tales posiciones, criticaba el *ideologismo* que llevó a esos afluentes “a empezar por la reivindicación del marxismo-leninismo en su formulación universal, para a partir de ahí interesarse por la realidad nacional”³⁷, proceso que advertía distinto al de otros afluentes que, en cambio, se nutrían de un corpus político “nacional” y mantenían una especial

expectativa en algunas corrientes internas del peronismo.

El documento, pues, ponía en cuestión dos cuestiones fundamentales: por un lado, cuestionaba el método de fusión que, en virtud de la unidad en la lucha, desestimaba la falta de afinidades ideológicas y políticas, apostando a crearlas durante la lucha misma. Por otro lado, dejaba manifiesta certeza de que en la organización dos tendencias internas no hallaban sitio para la convivencia, posición frente al peronismo mediante. “En estas condiciones” —concluye— “la posición en el FAL, al mismo tiempo que nos obliga a hacernos cargo de definiciones que no nos conciernen, nos obliga también a renunciar a definiciones que sí nos conciernen. Esto se refiere concretamente a nuestra actitud ante el movimiento peronista, porque la autocritica del FAL en este punto no es lo suficientemente profunda como para coincidir plenamente con nuestra posición de siempre”.³⁸ El conflicto no se resolvió y un sector de la Columna La Plata optó por separarse de la organización. La falta de una identidad común en los múltiples aspectos de la lucha revolucionaria cobraba sus primeras bajas.

Aunque en lo inmediato la crisis no devino en nuevos planteos, una profunda inquietud se instaló en los distintos afluentes. Las declaraciones, pintadas, volantes y comunicados con las que cada columna expresaba sus puntos de vista, pero siempre bajo la denominación FAL que involucraba al conjunto, despertó agudas controversias internas, en especial cuando hacían alusión al peronismo, problemática siempre latente en la organización.

La inquietud se volvió malestar con la aparición de unas obleas atribuidas a la Brigada Masetti en las que aparecía, con la sola firma FAL, la leyenda “Sólo el pueblo salvará al pueblo”, en la que varios sectores de la organización creyeron divisar la perniciosa influencia del populismo. Poco después, tras la toma del Music House de Córdoba donde la Brigada Masetti difundió una proclama destacando como falsa la opción peronismo-antiperonismo, las críticas arreciaron desde los afluentes de origen marxista contra aquellos que, según su perspectiva, no llevaban hasta las últimas consecuencias la lucha contra la influencia ideológica de la burguesía en el seno del proletariado.³⁹

La dirección de las FAL, por su parte, desoyó los síntomas, evitó socializar el debate sobre las diferencias, se esmeró en conciliar posiciones y apeló a la acción como amalgama de todas las columnas. Y en diciembre de ese mismo año puso en marcha un ambicioso plan en el que participarían coordinadamente varias columnas: el asalto a un vagón transportador de caudales.

El “Operativo Elsitá”, tal el nombre del conjuro, resultó un palmario fracaso que dejó como balance no sólo graves deficiencias organizativas.⁴⁰ Fue también el disparador final de una profunda crisis que terminó arrasando la unidad.

En efecto, el desacierto operativo dio paso a los enfrentamientos políticos que sumieron a las FAL en un estado de deliberación permanente: debates en el interior de cada afluente, documentos de crítica contra la dirección de casi todas las columnas, respuestas cruzadas, alianzas unilaterales entre grupos y desplazamientos de dirigentes acompañaron el desarrollo de la vertiginosa crisis. Todas las columnas coincidieron en la gravedad del caso, aunque difirieron notoriamente en sus diagnósticos. La Brigada Masetti expresó claramente a los sectores cuyas críticas giraban alrededor del funcionamiento de la dirección, en la que reconocían “contradicciones ideológicas”. Mantenían, sin embargo, la férrea postura de continuar la unidad de acción. “Pensamos que las posibles diferencias políticas no son el nudo del problema. Pensamos que son contradicciones en nuestro seno organizativo que no deben conducir a una separación sino a una profundización de las mismas por medio de la práctica y la discusión de conjunto. No se trata de que en la organización haya militaristas, oportunistas, trotskistas, teoristas, procesistas, comunistas, peronistas y/o esclarecidos” —enfaticaban—. “Nadie es dueño de la verdad ni tiene la precisa. La verdad, como el marxismo y la práctica política” —concluían— “se gesta y desarrolla en el proceso de lucha que implica también una lucha constante contra lo equivocado, lo falso y los malos métodos”.⁴¹ Otras columnas, en cambio, subrayaron el origen ideológico y “de clase” de la crisis y cuestionaron abiertamente la unidad. “La conciliación de ideas por un lado y la no expresión de ideas por otro para mantener la ‘unidad’, —se sostenía desde otro afluente— “el desarrollo separado de lo militar y lo político, el verticalismo, el tabicamiento político y

no orgánico, el manoseo y la utilización de compañeros, el descuido y la destrucción de los bienes de la organización, la falta de vigilancia revolucionaria con respecto a la incorporación y colocación de militantes, etc. Todos estos no son errores casuales, sino que expresan un cuerpo de ideas políticas que hizo de esta organización una cosa heterogénea, que quizá tiene más de embrión de frente que de embrión de partido político-militar del proletariado”.⁴²

La respuesta de casi todas las columnas a la crisis fue, curiosamente, unánime en un punto: la necesidad de organizar el más amplio debate interno, garantizando la publicación y discusión de los documentos presentados por cada afluente. Algunos sectores fueron aún más lejos y apuntaron a la realización de un primer congreso. La crisis política barría la clandestinidad y el tabicamiento; un verdadero estado de asamblea con absoluta democracia interna se multiplicaba en todas las columnas.

El esfuerzo, sin embargo, no pudo con las abismales diferencias políticas presentes. Los sectores “marxistas-leninistas” chocaron con los “populistas” y todos contra la dirección. Por otra parte, un elemento determinante cristalizó durante la debacle y, de alguna manera, la coronó: la nula influencia de la organización en el desarrollo de las luchas populares. Algo de ello percibieron dos militantes cuando escribieron: “Esta situación estalla porque la lucha de clases en nuestro país comienza a sacudirle el piso a todo el mundo”.⁴³ En este contexto, las FAL se hallaban deambulando por los suburbios de los movimientos sociales sin tener la menor presencia en sus luchas.

Hacia mediados de 1971 las FAL fueron devoradas por su crisis interna. Los afluentes se fueron disgregando, uno a uno, para continuar su lucha en forma independiente o para fundirse en otras organizaciones mayores. La Brigada Masetti eligió la autodisolución, entregando sus armas en forma proporcional al PRT-ERP y a Montoneros; sus militantes siguieron un camino similar. “Parral” perdió un sector de sus militantes quienes, agrupados con otros desprendimientos, formaron las FAL 22 de agosto; el resto siguió la lucha como FAL América en Armas. El sector de Aguirre, finalmente, se agrupó como FAL Che, última columna en mantener la sigla original.⁴⁴

Lejos, en verdad muy lejos, las luchas populares se multiplicaban sin percibir, siquiera, el fracaso de un proyecto sin política ni sujeto social.

Bibliografía

- *América Latina en armas*, selección de documentos y reportajes, Buenos Aires, Ediciones M.A., 1971.
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*, Buenos Aires, Norma, 1997.
- Anzorena, Oscar R., *Tiempos de violencia y utopía (1966-1976)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.
- Brocato, Carlos A., *La Argentina que quisieron*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985.
- Flaskamp, Carlos, *Organizaciones político militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2002.
- Gilly, Adolfo, *La senda de la guerrilla. Por todos los caminos/2*, México, Nueva Imagen, 1986.
- Lutzky, Daniel y Hilb, Claudia, *La Nueva Izquierda argentina: 1960-1980*, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- Löwy, Michael, *El marxismo en América Latina (de 1909 a nuestros días) Antología*, México, Nueva Era, 1982.
- Pereyra, Daniel, *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*, Madrid, Los libros de la Catarata, 1994.
- Torres Molina, Ramón Horacio, *La lucha armada en América Latina*, Buenos Aires, Tercer Mundo, 1968.

Diarios y revistas

Clarín (1969-71), *La Prensa* (1969-71), *La Opinión* (1969-71), *Primera Plana*, *Panorama*, *Así*, *La Rosa Blindada* (1964-1965), *Cristianismo y Revolución* (1967-1970), *América Latina* (1969-1971), *Monthly Review*, selecciones en castellano.

1 En Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?, Ernesto Guevara señala: “La posibilidad del triunfo de las masas populares de América latina está claramente expresado por el camino de la lucha guerrillera, basada en el ejército campesino, en la alianza de los obreros con los campesinos, en la derrota del ejército en lucha frontal, en la toma de la ciudad desde el campo, en la diso-

- lución del ejército como primera etapa de la ruptura total de la superestructura del mundo colonialista anterior". *Obras completas*, Buenos Aires, CEPE, 1974, tomo V, p. 109.
- 2 El congreso de la OLAS reunió a todas las organizaciones partidarias de la Revolución Cubana. Su declaración puntualizaba: "El desarrollo de la organización y de la lucha depende de la justa selección del escenario donde librarla y del medio organizativo más idóneo", en Lowy, Michael, *El marxismo en América latina*, México, ERA, 1982, p. 294.
 - 3 Gilly, Adolfo, *La senda de la guerrilla. Por todos los caminos/2*, México, Nueva Imagen, 1986, pp. 41 y ss.
 - 4 En algunas organizaciones, como el Partido Comunista, el planteo de la cuestión armada no era del todo desconocido aunque sí relacionado más con la autodefensa que con una estrategia insurreccional a largo plazo. Por su parte, en el grupo trotskista Palabra Obrera, los primeros planteos sobre la necesidad de formar un aparato militar "permanente" datan de 1957; para el caso ver: González, Ernesto (coord.), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, Buenos Aires, Antídoto, 1999, Tomo III, p. 353.
 - 5 Como buena parte de la izquierda argentina, en un comienzo, también ellos tomaron relativa distancia de la Revolución Cubana, en la que vislumbraban rasgos similares al peronismo.
 - 6 V. I. Lenin, *El Estado y la revolución*, Buenos Aires, Cartago, 1974, p. 433.
 - 7 Procesos similares ocurrieron en Venezuela (1960), Guatemala (1962, 1965), Perú (1965) y Chile (1965, 1969). Aunque es muy probable que los inspiradores vernáculos desconocieran tales experiencias, es notoria la similitud en la búsqueda por superar las limitaciones de las clásicas formaciones guerrilleras.
 - 8 Los primeros comunicados se firmaron Frente Argentino de Liberación. También circuló la denominación Fuerzas Armadas de Liberación hasta que se optó por el definitivo Fuerzas Argentinas de Liberación. La diversidad de nombres no es un detalle menor, pero sobre esto volveremos más adelante.
 - 9 "Reportaje a la guerrilla argentina", en *Cristianismo y Revolución*, N° 24, junio 1970, p. 59.
 - 10 Para una profundización en el MIR-Praxis, ver Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996.
 - 11 Testimonio colectivo de ex integrantes de las FAL, diciembre 2000.
 - 12 Frondizi, Silvio, "Interpretación materialista dialéctica de nuestra época", conferencia de julio de 1959, luego editada como folleto, Buenos Aires, Liberación, 1960.
 - 13 Testimonio colectivo de ex integrantes de las FAL, diciembre 2000.
 - 14 Testimonio colectivo de ex integrantes de las FAL, junio 2000.
 - 15 Ibid.
 - 16 PC-CNRR, "Los comunistas revolucionarios ante la actual situación política nacional e internacional", noviembre de 1968, p. 22.
 - 17 "Ciencia y violencia", en *Teoría y Política*, n° 2, marzo-abril de 1969, pp. 51-52. Poco después Malamud desistió de la lucha política dentro de la organización, aunque continuó dando batalla en el campo de las ideas.
 - 18 "Balance de la actividad del Partido", en *Primer Congreso del PCR*, Córdoba, diciembre de 1969, p. 56.
 - 19 *Tricontinental*, n° 16, La Habana, enero-febrero de 1970, p. 45.
 - 20 Testimonio colectivo de ex integrantes de las FAL, junio 2000.
 - 21 Poco después, la organización saldó cuentas con los torturadores de Baldú. El 15 de noviembre de ese mismo año mataron al comisario Sandoval, sindicado como el responsable de la muerte de su compañero.
 - 22 Testimonio colectivo de ex integrantes de la Brigada Masetti, mayo de 2001.
 - 23 Ibid.
 - 24 *La Razón*, 26 de setiembre de 1970.
 - 25 *Así*, n° 235, 17 de octubre de 1970.
 - 26 Pablo, "Informe y propuesta a los militantes", mimeografiado, 13 de agosto de 1970. Un año más tarde, cuando una crisis terminal atravesaba a toda la organización, una de sus columnas seguía sosteniendo que: "Muchas de las agrupaciones existentes actualmente" (...) "discuten largamente sobre problemas tales como el tipo de partido, carácter de nuestra revolución, caracterización del peronismo, etc., poniendo muchas veces la necesidad de la incorporación de cientos de obreros a la lucha revolucionaria como cuestión secundaria, transformándose estas agrupaciones en grupos de estudio". Comando Máximo Mena; *América Latina*, n° 14, año V, noviembre de 1971, p. 57.
 - 27 Entre 1969 y 1971 operaron no menos de 15 grupos armados y un número indefinido, pero numeroso, de solitarios comandos que, tras realizar una o dos acciones, se disolvían en organizaciones mayores.
 - 28 "Documento 1", sin indicación editorial, s/f, mimeografiado, p. 3.
 - 29 Ibid, p. 17.
 - 30 Ibid, p. 20.
 - 31 Ibid.
 - 32 Ibid, p. 18.
 - 33 Ibid. En un conocido reportaje señalaban respecto al Corobazo: "Lo vemos como un hecho fundamental pero que también demostró que el espontaneísmo no es suficiente. Que se necesita la organización de una vanguardia armada del pueblo. Creemos que esto se está entendiendo...El crecimiento nuestro y de otras organizaciones revolucionarias"

rias no es casual...La masa cuando ve una opción clara, de violencia revolucionaria organizada, no pregunta mucho sobre el origen, la estrategia, etc.; pregunta si se está o no en la lucha y se suma". "FAL. El marxismo en la caruchera", en *Cristianismo y Revolución*, nº 28, abril de 1971.

34 Ibid.

35 En dicho período, sobre un total de 316 acciones, 120 le correspondieron al ERP, 26 a las FAL, 16 a los Montoneros, 4 a la FAP y 137 no fueron firmadas, o su autoría se le atribuyó a pequeñas organizaciones, mayoritariamente peronistas. Ver Anzorena, Oscar, *Tiempos de violencia y utopía (1966-1976)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988, pp.137-138.

36 Pablo, "Informe y propuesta a los militantes", mimeografiado, 13 de agosto de 1970.

37 Ibid.

38 Ibid.

39 Testimonio colectivo de ex integrantes de Parral y FAL 22 de agosto, agosto 2001.

40 La operación culminó con cinco heridos de bala, algunos de cierta gravedad. A la hora de acudir a la posta sanitaria –responsabilidad del grupo de Aguirre– la misma no estaba organizada. El liderazgo del histórico dirigente de las FAL quedó definitivamente lesionado.

41 Brigada Masetti, "Carta a los compañeros" (Sección B, col. 2), mimeografiado, 15 de febrero de 1971.

42 "Documento de la sección Buenos Aires", 15 de marzo de 1971, en *Boletín General* nº 2, mimeografiado, s/f.

43 "Carta de Chiche y Jacinto", 11 de marzo de 1971, en *Boletín General* nº 1, mimeografiado, s/f.

44 Las FAL 22 de agosto actuaron en varias acciones junto con los Comandos Populares de Liberación (CPL); la mayor parte de sus militantes terminaron absorbidos por el PRT-ERP. Las FAL-América en Armas permanecieron activas hasta 1974 y posteriormente se incorporaron a la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO). Las FAL Che, por último, también se fusionaron con el PRT-ERP donde Aguirre fue destacado como jefe militar de la célula de Peugeot. Poco después, tras la desaparición de su compañera Marina Malamud, murió en un enfrentamiento.

Los exiliados uruguayos y los derechos humanos: ¿un lenguaje de denuncia o un programa emancipatorio?

Vania Markarian*



Este breve pero sugerente artículo sintetiza la tesis doctoral *“Uruguayan Exiles and the Latin American Human Rights Networks, 1967-1984”*, defendida en mayo de 2003 en Columbia University. En ella se estudia el proceso por el que los exiliados uruguayos, de manera comparable a otros casos de la izquierda latinoamericana, incorporaron en los años ‘70 un lenguaje político tradicionalmente asociado al discurso anticomunista de la Guerra Fría y muy distinto de la retórica revolucionaria que había definido su militancia hasta los años ‘60. Si durante la dictadura ese tránsito fue parte de las circunstancias represivas acuciantes que los impulsaron a integrarse a las redes transnacionales de derechos humanos, en los años de la transición devino en un “discurso de la memoria”, testimonial, en el que los militantes de izquierda aparecieron simultáneamente como víctimas de la dictadura y héroes de la democracia.

Hacia mediados de los años setenta, los exiliados uruguayos de izquierda comenzaron a usar el lenguaje de los derechos humanos para combatir al régimen que los había expulsado del país. Como otros sudamericanos que huían de dictaduras de derecha, estos militantes unieron esfuerzos con grupos como Amnistía Internacional y la Washington Office for Latin America para condenar las prácticas represivas en sus países frente a gobiernos extranjeros y organismos internacionales. Esta colaboración dio origen a una red transnacional de denuncia que cumplió un papel esencial en la consolidación del sistema internacional de derechos humanos tal como lo conocemos hoy en día.

Esta colaboración fue posible, entre otros motivos, porque los exiliados uruguayos incorporaron un lenguaje político tradicionalmente asociado al discurso anticomunista de la Guerra Fría y bastante alejado de la retórica revolucionaria que había definido su militancia hasta los años setenta. Hasta ese momento, la gran mayoría de la izquierda había visto en los derechos humanos una forma de extender la influencia del modelo político y social del capitalismo occidental, un lenguaje contrario a cualquier proyecto emancipador de carácter socialista. No hay editoriales, actas de congresos o manifiestos donde el cambio de actitud de estos grupos aparezca en toda su dimensión política y complejidad ideológica. Durante el primer período del exilio, principalmente en Buenos Aires en los años del retorno peronista, este silencio puede atribuirse al mantenimiento de cierta expectativa sobre el desarrollo revolucionario de la región. De hecho, la urgente necesidad de actuar para precipitar un proceso que parecía inminente todavía a principios de los setenta prevaleció sobre los llamados, que también hubo, a reconsiderar tácticas y estrategias de la militancia de izquierda. Así como los cambios posteriores deben entenderse en diálogo con las nuevas realidades políticas en que les tocó vivir, los primeros años del exilio sólo adquieren sentido en el contexto regional más inmediato (Uruguay, Argentina, Chile).

A medida que el espacio para la acción revolucionaria se fue cerrando en el Cono Sur, especialmente después del golpe en Argentina en marzo de 1976, las urgencias se modificaron. Al leer las publicaciones y documentos de los gru-

pos de exiliados, se ve cómo la percepción de la escalada represiva desatada en la región los llevó a recurrir a todos quienes podían ayudarlos a salvar sus vidas y libertades. Es claro entonces que su progresiva integración a las redes transnacionales de derechos humanos fue más el producto de circunstancias políticas acuciantes que de una revisión ideológica premeditada. Pero en los años siguientes, cuando muchos exiliados se volvieron expertos en el manejo de los mecanismos internacionales de denuncia, tampoco hubo demasiadas reflexiones explícitas sobre el significado de esta nueva militancia para su antigua concepción de la acción política. Es necesario entonces analizar cuidadosamente las formas en que los exiliados procesaron este cambio para entender mejor uno de los procesos políticos que más afectó a la izquierda latinoamericana en las últimas tres décadas de siglo veinte.

Cualquiera que recuerde la retórica revolucionaria de fines de los sesenta y principios de los setenta puede advertir hasta qué punto le era ajeno el lenguaje que usaban los grupos de derechos humanos que por entonces estaban apareciendo en Europa y Estados Unidos. A riesgo de simplificar muchos de los matices y diferencias entre estos grupos, así como al interior de las fuerzas de izquierda, voy a repasar algunos de los asuntos que distinguían esa retórica del lenguaje de los derechos humanos y luego explicar cómo la izquierda uruguaya hizo suyo este lenguaje.

Para empezar, resulta evidente que un movimiento dedicado a la defensa de un núcleo reducido de derechos individuales de raíz liberal no se ajustaba a la idea del cambio social y la acción política de la mayoría de los partidos y grupos de izquierda. Dejando de lado los diferentes grados de adhesión a los principios rectores del marxismo-leninismo, se puede decir que la mayoría de la izquierda uruguaya coincidía en señalar la oposición “oligarquía/pueblo” como la “contradicción esencial” para entender “los problemas estructurales” del país y rechazaba cualquier intento alternativo de explicación. La gran preocupación era cómo construir una herramienta política que expresara esta contradicción y fuera capaz de conducir el proceso revolucionario, logrando de esta forma enriquecer la discusión sobre la pertinencia de la lucha armada. La izquierda buscaba así defender a los sectores que estaban siendo

obligados a pagar los costos de la crisis social y económica del país. Pero basta pensar en las conversaciones entre tupamaros y militares en 1972 o en las reacciones ante los comunicados nº 4 y nº 7 emitidos por las Fuerzas Armadas en febrero de 1973 para ver hasta qué punto esta forma de pensar impidió a muchos entender la naturaleza cambiante del régimen autoritario que se estaba instalando, advertir las consecuencias últimas de este proceso, comprender quién era quién en medio de la vorágine.

En el ambiente de inminencia vivido a finales de los sesenta y principios de los setenta, la confianza en el cambio revolucionario como garante exclusivo de la emancipación se enfrentó, de hecho, con la idea de los derechos individuales de alcance universal. Consecuentemente, la acción política era entendida como una carrera por tomar el centro del poder y subvertir la estructura de clases, lo cual llevó en muchos casos a desdén las garantías mínimas para la actividad política que los uruguayos tanto habían celebrado durante décadas. Hay que decir también que estas garantías habían sido notoriamente limitadas en los años que llevaron al golpe de estado con la aplicación reiterada de medidas prontas de seguridad, clausuras de medios de prensa, muertos y heridos en manifestaciones callejeras, presos y torturados en dependencias policiales y militares, entre otras expresiones de violencia gubernamental. Aún así el heroísmo y el sacrificio por la causa eran presentados como inherentes al verdadero compromiso revolucionario. Ningún militante de izquierda habría aceptado en esos años el rótulo de “víctima”, reservado para la masa que ignoraba aún el curso inexorable de la historia y se negaba por tanto a precipitarlo.

Muy lejanas estaban estas ideas de la concepción de la política en términos de “víctimas” y “victimarios”, del desinterés por los fines últimos de unos y otros, de la preocupación por la integridad física del cuerpo y del enaltecimiento de las garantías legales que caracterizaban a los grupos de derechos humanos que por entonces aparecían en Europa y Estados Unidos. Muchos en la izquierda veían en estas premisas más una forma de limitar la lucha por el cambio revolucionario que de asegurar un ambiente propicio a toda actividad política. Además, estos grupos se relacionaban estrechamente con una serie de organis-



Victor Rebuffo

mos internacionales como la OEA y gobiernos extranjeros como el norteamericano cuyas políticas eran resistidas abiertamente por la izquierda latinoamericana. La promoción de un balance entre los principios de no-intervención y autodeterminación, por un lado, con la creación de mecanismos internacionales para castigar a los gobiernos que violaran los derechos humanos de los ciudadanos, por otro, no formaba parte de las preocupaciones centrales de estos militantes.

Desde su exilio en Buenos Aires, Zelmar Michelini (ex senador y ministro del Partido Colorado que se había sumado a la coalición de centro-izquierda Frente Amplio en 1971) fue quizás el primero en acercarse a estas ideas y recurrir a grupos transnacionales y organizaciones internacionales para tratar de poner fin a los aspectos más acuciantes de la represión en Uruguay, seguramente porque pudo recurrir con facilidad a su pasado de político liberal para explicar sus experiencias recientes como militante de izquierda. En los años inmediatamente anteriores a su asesinato, Michelini centró su agenda política en la denuncia de las violaciones a los derechos humanos por parte de la dictadura uruguaya tratando de conectarse con todos quienes pudieran ayudarlo en este emprendimiento. Empezó a usar un lenguaje nuevo que describía la represión menos para resaltar el heroísmo de quienes la sufrían que para caracterizar al gobierno que la practicaba, tal como hacían los grupos de derechos humanos de la época.

Las audiencias ante el Congreso de Estados Unidos a mediados de 1976, donde se decidió la suspensión de la ayuda militar a Uruguay por sus patrones represivos, fueron en gran medida un resultado de sus esfuerzos, aunque fue el ex candidato presidencial del Partido Nacional Wilson Ferreira Aldunate quien finalmente participó como testigo (Michelini fue asesinado en Buenos Aires en mayo de 1976 por efectivos de las fuerzas represivas conjuntas). La decisión del Congreso de revertir el apoyo a éste y otros gobiernos autoritarios de derecha no podría explicarse sin el extendido rechazo a la política exterior estadounidense en América Latina por parte de sectores importantes de la ciudadanía de ese país, especialmente luego del golpe en Chile. Pero, también, Michelini supo conectarse con esos sectores y sacarle provecho a la relación.

Luego de su asesinato, otros grupos de exiliados advirtieron que los militares tenían intenciones de permanecer en el poder y se hicieron paulatinamente expertos en los mecanismos internacionales de denuncia. De esta forma pudieron aprovechar un momento muy particular en las relaciones internacionales marcado por el cambio en la política exterior de Estados Unidos, en efímera respuesta a la ola de protestas internas originada en la guerra de Vietnam. Las peticiones presentadas a las comisiones de derechos humanos de las Naciones Unidas y la OEA a fines de los setenta muestran que miembros del Partido por la Victoria del Pueblo (PVP), comunistas y tupamaros, para nombrar a tres de los grupos más afectados por la represión, ya manejaban hábilmente todos los aspectos formales que estas organizaciones requerían, y sabían usar ese lenguaje para plantear sus propias demandas.

Estos y otros grupos coincidieron muchas veces en sus esfuerzos de denuncia, pero fracasaron repetidamente en el intento por crear un frente común de lucha contra la dictadura en base a los derechos humanos. La adhesión casi unánime al llamado lanzado por el Secretariat International de Juristes pour l'Amnistie en Uruguay (SIJAU) en 1978 fue lo más parecido a una plataforma común en estos términos, pero no resultó suficiente para establecer un frente opositor. En general, los grupos y partidos de izquierda parecían separar los dos aspectos de su lucha: tomaban a los derechos humanos como una forma eficaz de denunciar a la dictadura frente a audiencias amplias a nivel internacional pero no solían considerar su potencial como un programa emancipatorio de más largo alcance. Aún a riesgo de simplificar nuevamente los debates internos, es posible decir que la gran mayoría de la izquierda no logró en estos años una nueva síntesis político-ideológica entre sus concepciones revolucionarias y su prédica por los derechos humanos limitándose con frecuencia a plantear programas a corto plazo de reconquista de la democracia formal y propuestas a largo plazo de cambio socialista. Las discusiones en torno a la reorganización del Frente Amplio en el Exterior y de la Convergencia Democrática del Uruguay reflejaron estas dificultades.

Hacia los años ochenta aparecieron algunos análisis que intentaban articular ambas preocupaciones pero casi ninguno examinaba realmen-

te la profunda transformación implicada en la adopción del discurso de los derechos humanos como principal instrumento de denuncia de la dictadura. El PVP hizo quizás el esfuerzo más sostenido por plantear la idea de “terrorismo de estado”, mientras los comunistas intentaron asimilar sus actividades internacionales a las políticas de alianzas antifascistas. Pero luego del plebiscito de 1980, cuando las oportunidades de participación política se abrieron en Uruguay, la gran mayoría de los exiliados volcó totalmente su atención hacia lo que pasaba adentro del país y declaró que su actividad estaba ahora centrada en apoyar la movilización interna. Mientras Ronald Reagan ponía fin a una época en la política exterior de Estados Unidos y los derechos humanos perdían trascendencia en el ámbito internacional, las actividades internacionales de denuncia de los exiliados uruguayos parecieron también disminuir su importancia. Además, en 1981 se fundó en Uruguay el Servicio Paz y Justicia, el primer grupo de derechos humanos en sentido estricto de la escena nacional, en contraste con los otros países del Cono Sur donde estos grupos actuaban prácticamente desde la instalación de las dictaduras. Ante todo esto, la recuperación del espacio político en el país se transformó en el foco de atención de la izquierda uruguaya. Si las elecciones internas de 1982 mostraron la divergencia de opiniones entre algunos exiliados y sus compañeros adentro del país, las estrategias posteriores dejaron en claro el predominio de estos últimos en la toma de decisiones.

Grandes conflictos internos marcaron la definición de la estrategia de la izquierda en la transición, pero terminó imponiéndose una postura que subordinaba los reclamos de verdad y justicia sobre violaciones a los derechos humanos a las necesidades de un pronto tránsito a la democracia. Para convertirse en un interlocutor legítimo en la mesa de diálogo con los militares, la mayoría de la izquierda decidió dejar de lado ciertas demandas que parecían excesivas. Lo interesante de este nuevo giro fue que los derechos humanos ya no funcionaban como una forma moderada de ganar la simpatía de amplias audiencias sino como un discurso de connotaciones radicales en la escena política nacional. En esta etapa, la izquierda política hizo de los derechos humanos un “discurso de la memoria”, es decir más una forma

de difundir las experiencias que muchísimos militantes habían vivido en los últimos años que un planteo sobre las consecuencias legales para quienes eran responsables de la represión. En este discurso testimonial, los militantes de izquierda aparecían simultáneamente como víctimas de la dictadura y héroes de la democracia, en una interesante reformulación de la retórica heroica revolucionaria para legitimar el compromiso democrático de la mayoría de los grupos de izquierda en los años ochenta.

La izquierda uruguaya siguió usando este lenguaje en los años posteriores e hizo de los derechos humanos una de sus principales banderas en el período democrático reclamando, ahora sí, verdad y justicia. Al mismo tiempo, el derrumbe del socialismo real pareció confirmar la necesidad de buscar nuevas formas de expresar su viejo anhelo emancipador. ¿Sería el lenguaje de los derechos humanos capaz de cumplir ese papel? Aunque esta pregunta pertenece más claramente a un capítulo posterior en la historia de la izquierda, me parece importante destacar el aporte del exilio en esa búsqueda.

* vm119@columbia.edu

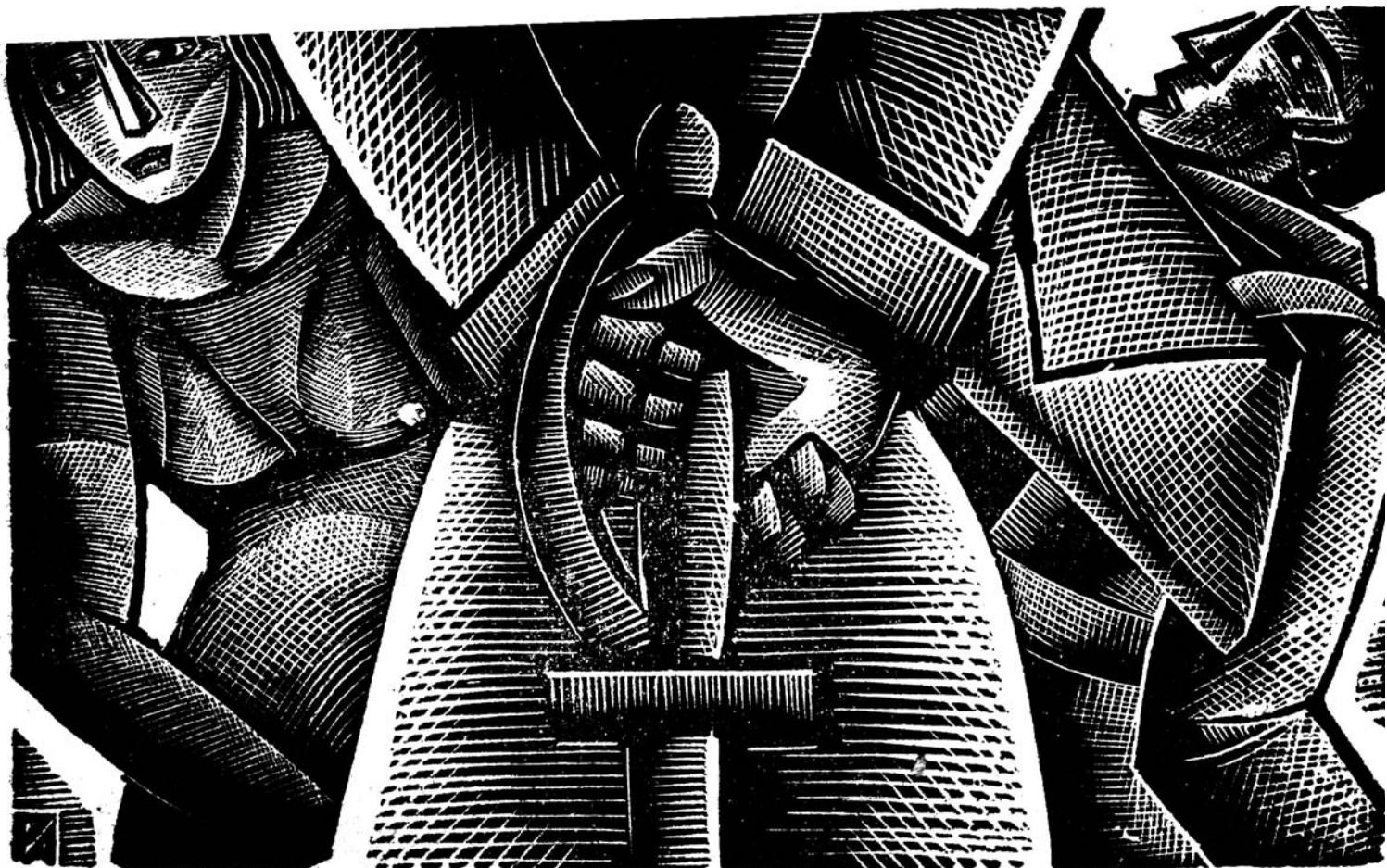
Documentos inéditos



**A la búsqueda de
un sujeto político:**

las afinidades electivas de Carlos Astrada

Guillermo David



Pompeyo Audivert

Del epistolario inédito de Carlos Astrada, ofrecemos veintisiete cartas intercambiadas por el filósofo argentino con diversas personalidades de la cultura y la política —desde Raúl Sciarreta a Joseph Gabel, pasando por Mario Roberto Santucho—, casi todas de los últimos años de su vida. Fueron rescatadas, editadas y presentadas por Guillermo David, autor de una extensa biografía de Astrada de próxima aparición en Ediciones El Cielo por Asalto. Guillermo David es ensayista, autor entre otras obras de *Witoldo o la mirada extranjera* (Colihue, 1998) y director de la Biblioteca “Carlos Astrada” de Bahía Blanca.

A Armando Vites, librero de ley.

La presentación de estas cartas correspondientes a la última década de vida de Carlos Astrada, el mayor filósofo argentino del siglo XX, requiere de una explicación. Sobre todo por lo sorpresivas, debido a las usuales incomprensiones que se han ceñido sobre su figura, que han de resultar en un primer momento las fluidas relaciones que sostuvo con personalidades en apariencia tan distantes, como en el caso de Mario Roberto

Santucho. En realidad, de muy larga data proceden las vinculaciones vitales e intelectuales de Astrada con lo más granado de la izquierda nacional e internacional. Repasemos algunos jalones de esa deriva.

En 1918, al calor de la conmoción que significó la revolución rusa, la sagrada insurrección de la Reforma Universitaria adquirió para el joven Astrada el valor de un *Renacimiento del mito* (así titularía entonces el primer texto marxista de su larga producción, en el que llama a Lenin “el mis-

tico del Kremlin"). Ya para entonces la redención social era concebida por Astrada como el resultado de la conjunción de las potestades históricas de los pueblos originarios con las fuerzas espirituales que proponían ingentes aporías al pensar contemporáneo, al cual urgía dotar de una filosofía emancipada de las ciencias y los trascendentalismos, y que él mismo encontraría personalmente, en su viaje iniciático a la Alemania de entreguerras, formulada en las palabras y las obras de Scheler, Husserl y Heidegger. A su regreso, Astrada llamaría a la constitución de un marxismo culturalista, tendiente a la revaloración del hombre como sujeto libre regido por una nueva tabla de valores —precursión del *hombre nuevo* sesentista y guevariano— en una audaz escaramuza conceptual que capitalizaba las axiologías y filosofías existenciales operantes en la conciencia crítica como un llamado perentorio a la intervención decidida en la historia. Pero la dificultad que implicaban los discursos de la metafísica alemana para el ordinario marxismo estalinista en ciernes así como para las variantes más heterodoxas del pensamiento socialista impedirán su aceptación por las izquierdas locales, mayormente inficionadas de un doctrinarismo ramplón y meramente vicario. El tipo de operaciones de articulación de tradiciones cuando no desencontradas, al menos diversas, propuesta en los textos astradianos, solo resultarían admisibles —aunque parcialmente, y no sin escándalo— en la segunda posguerra con el auge del existencialismo sartreano. Desacomodación que al argentino le granjearía una permanente incompreensión por parte de sus contemporáneos, cuando no lisa y llanamente el anatema, así como le permitirá esgrimir sus precursiones cuando la historia las confirmase, en orgulloso ademán genealógico, ante la mirada incrédula de sus interlocutores. Así sucederá, entre otras, con sus anticipaciones sobre Nietzsche, Lukács, Heidegger, Schelling, Hegel o Marx, cuyos textos pondrá en endiablado diálogo con el tronco de la filosofía occidental a la que guiará hacia una perspectiva de liberación.

Su conferencia *Heidegger y Marx*, brindada el año '33 en el Colegio Libre de Estudios Superiores a instancias de Aníbal Ponce (quien un par de años antes escribiera una reseña elogiosa de su trabajo *Hegel y el presente*) traza un punto de inflexión en su evolución intelectual, en la medida

en que indica un sendero que sólo dos décadas más tarde ha de recorrer plenamente: el de la deconstrucción de la tradición metafísica occidental en vistas a la constitución de una filosofía vernácula que llamaría *Humanismo de la libertad*. Si bien en ella se dan cita los resultados de la pesquisa previa, como buen dialéctico Astrada conservará relevadas ciertas nociones en su pasaje al marxismo: una idea radical de la subjetividad del sujeto, ontológicamente fundada; una noción de acontecimiento que le permitirá recusar los teleologismos decimonónicos que lastran la concepción del progreso histórico, aunado a un diagnóstico sobre el nihilismo como condición de la época que le dará mayor ductilidad a la hora de considerar las especificidades históricas; y, ligada a ello, una interrogación por la técnica que lo mantendrá al margen —aunque no sin ambigüedades— de las expectativas emancipatorias cifradas en el despliegue de las fuerzas productivas guiadas por la tecnología. De su lectura de Hegel, además, preservará —en el pensamiento marxista sólo Ernst Bloch, que fuera su discípulo en la Alemania de entreguerras, y a quien visitaría en el '56 en la RDA, lo seguirá en esto— la teoría de la unidad de sujeto/objeto en el proceso de conocimiento, con la que zanjará, para escándalo de la ortodoxia administrativa del marxismo oficial representado en la Argentina por Ernesto Giudici, el empantanamiento en el mecanicismo positivista del Lenin de *Materialismo y empiriocriticismo*. Ayuno de dialéctica, devenido canon de interpretación por el estalinismo, Astrada le opondrá el Lenin hegeliano de los *Cuadernos Filosóficos*, en cuya escansión el argentino puntuará la confusión del problema ontológico con el problema gnoseológico que lo afecta, empantanándolo en el debate contra el idealismo de modo de impedirle la asunción del problema de la subjetividad.

De aquellos años juveniles data su vínculo con figuras notorias del marxismo local, aún no domado del todo por las canonjías obligatorias que impondrá la regimentación estaliniana. Emilio Troise, Deodoro Roca, Gregorio Bermann, entre otros, se contarán entre sus amistades de entonces que permanecerán intactas mientras dure la existencia de cada uno de ellos.

Pero de las aulas alemanas ha traído además otras preocupaciones: la idea de construir una filosofía de redención nacional, como la que ha

visto surgir en Friburgo de parte de una camada que en Heidegger dio su expresión mayor pero que tuvo en sus amigos y discípulos a los más notorios exponentes. Astrada se concebirá como el destinado a hacer en su país la misma operación que Heidegger ha hecho en relación a la tradición filosófica alemana: la institución de un pensar radical que fundamente un nuevo período histórico, que él leerá como un nuevo humanismo adviniente tras una instancia de remoción a la que llama, siguiendo a Nietzsche, *nihilismo activo*. Mas cabe destacar que en Friburgo formó parte de lo que podría denominarse la izquierda heideggeriana: Karl Löwith, Hans Georg Gadamer, Nicola Abbagnano, Antonio Banfi, Richard Kroner, Martin Buber, Ludwig Landgrebe, Eugen Fink, Ernesto Grassi, los frankfurtianos Maximilian Beck y Herbert Marcuse, serán sus compañeros: en todos ellos encontrará interlocutores permanentes, a quienes con los años respaldará en su radicalización hacia el marxismo, en contra del ala más conservadora de ésta, la primera generación heideggeriana, representada por hombres como Enrico Castelli y Joseph Niedhere, entre otros.

Pero en la Argentina, a la que regresa en 1932, los aires se han enrarecido y la oferta cultural de las izquierdas no le resulta en absoluto atractiva. Aunque continuará colaborando con el Colegio Libre de Estudios Superiores y escribiendo en los órganos del progresismo —de *Valoraciones* y la revista *Sur a Trinchera*, de Glusberg, quien en 1933 editará *El juego existencial*, su primer libro, en el que, entre otras precursiones, aparece la primera mención crítica de Lúkacs —Astrada se irá deslizando por una cuerda, en busca de legitimidad académica, escasamente ligada a las tradiciones culturales de la izquierda vernácula, al tiempo en que irá privilegiando la interrogación por la argentinidad.

Su adhesión en la década del cuarenta al nacionalismo y su neutralismo durante la Segunda Guerra Mundial —una herejía sospechosa de nazismo, sobre todo en un discípulo declarado de Heidegger— y poco después la aceptación de la cátedra mayor de la filosofía argentina durante el peronismo, le granjearán el rechazo de plano de las izquierdas socialista y comunista, así como el ninguneo de los sectores del liberalismo oligárquico al estilo de la revista *Sur* y de las tradicio-

nes de la derecha católica, alineadas en bloque. El 1942 el Partido Comunista, con Isidoro Flaumbaum, Ernesto Giudici y Rodolfo Puiggrós a la cabeza, montará una operación —fallida— en la universidad para desplazarlo de las cátedras bajo la acusación de nazismo, debido a su relación, nunca interrumpida, con Heidegger.

Entretanto, Astrada prosigue su indagación personal en busca de un pensar que incida en la historia en un sentido liberador. Una década antes de que el existencialismo de las *caves* sartreanas campeara entre las juventudes izquierdistas francesa y argentina, Astrada, lectura de Hegel mediante, propiciará la salida, en dirección al marxismo, del enclave metafísico en que se ha envarado el existencialismo friburgués. Si el filósofo épico de *El mito gaucho* (1948) en el Congreso Nacional de Filosofía de Mendoza del '49 aparece defendiendo con énfasis militante la filosofía existencial en contra del neotomismo que pujaba por primar en el peronismo —cabe recordar que se avecinaba la Reforma Constitucional que sancionaría la separación de la Iglesia del Estado, por lo que resultaba clave el triunfo de una filosofía secular; de allí su acuerdo con Perón— al año siguiente la ruptura con Heidegger, al que ya califica como *Mitólogo del Ser*, se vería consumada en términos de un envío hacia una *Praxis histórico existencial*. Su libro de ruptura y transición al marxismo será *La revolución existencialista* (1952), que en un viaje europeo consagratorio, en el que ofrecería conferencias en Alemania, Italia, Francia y Austria, presentará en la cátedra del mismísimo Heidegger en la Albert Ludwig Universität. A su regreso, en 1953 dictará en la Universidad, en el marco de un curso sobre Nietzsche, las primeras nociones donde el marxismo será el punto de arribo: de allí provendrá su libro *El marxismo y las escatologías*. Mientras tanto, en la Argentina se han ido produciendo reagrupamientos políticos por izquierda que mostrarán un acercamiento al peronismo (el Partido Socialista de la Revolución Nacional, primera formación orgánica importante de la llamada *Izquierda Nacional*, con algunos de cuyos miembros Astrada dialogaría activamente, había hecho irrupción el año anterior en la política argentina). En ese momento es que nuestro filósofo recompondrá relaciones con el Partido Comunista a través de Berta Perelstein, joven intelectual colaboradora de *Cuadernos de*

Cultura, que cursaba con él varias materias. Desde entonces, Astrada se reunirá en forma asidua con hombres como Eduardo Astesano, J. J. Hernández Arregui, Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós, el joven Hugo Bressano —Nahuel Moreno, que había sido su alumno, al igual que Alicia Eguren y Rodolfo Kusch— además de frecuentar a sus viejos amigos Raúl Scalabrini Ortiz, Bernardo Kordon y Luis Franco. Es decir que ya de la primera mitad de la década del cincuenta datan sus vinculaciones estrechas con las izquierdas que conformarán un arco heterodoxo del que provendrán las nuevas formaciones culturales y políticas de la década del sesenta.

Tras el golpe del '55 Astrada se rehusará a la convalidación de sus títulos por las nuevas autoridades —instancia propuesta por su antiguo amigo y furioso enemigo de la última década, Francisco Romero— y se verá jubilado compulsivamente, lo cual le permitirá multiplicar su producción ya decididamente volcada hacia el marxismo. Sus libros *Hegel y la dialéctica* (1956), *El marxismo y las escatologías* (1957) y *Marx y Hegel –Trabajo y Alienación en la “Fenomenología” y los “Manuscritos”* (de 1958, primera escansión filosófica en español del complejo problema de las relaciones entre ambos autores, reescrito en 1965) serán el testimonio de su nueva posición, donde el acercamiento con el Partido Comunista no se hará sin discrepancias ni mutuas desconfianzas. Pues Ernesto Giudici, el mismo que propiciara su enjuiciamiento en la Universidad bajo la acusación de nazi, le saldrá al cruce de su crítica, formulada en *Hegel y la dialéctica*, a la intocable “teoría del reflejo” leninista, a la que Astrada opondrá la unidad de sujeto/objeto que, procedente de la *Doctrina de la Esencia* y del *Concepto* de la *Ciencia de la Lógica* hegeliana, constituye para nuestro autor la única fundamentación plausible del proceso de conocimiento.

Un nuevo episodio de su disidencia con el canon estalinista, en el momento de mayor acercamiento con el P.C., sería la dura discusión que sostendrá con los filósofos de la Academia de Ciencias de la URSS en torno de su aún por entonces inédito libro *El marxismo y las escatologías*, donde acusa de dogmatismo y teologismo encubierto al marxismo de la escolástica soviética oficial. Lo cual, obviamente, le cerró las puertas a la edición de sus obras y su difusión en los

poderosos aparatos de los países socialistas. Astrada no cedería a las presiones y no logrará acordar con los soviéticos; para colmo, su regreso se hará por Hungría, donde presenciara los dramáticos sucesos del '56 que lo confirmarían en sus posiciones. “Si no hay dialéctica, no hay marxismo”, será su diagnóstico, del que su prognosis de la restauración capitalista será el colofón. El maoísmo, con el que se encontrará en su segundo viaje a la URSS y a China en 1960, donde sostendrá su famosa entrevista con Mao Tse Tung, que glosará con fervor (aunque no sin matices: para él Mao es un buen conocedor de la filosofía europea, pero apuntará sutilmente su insuficiencia, radicada en su carencia de conocimiento de la forma superior de la dialéctica, la hegeliana) estará ya en ciernes en ese entonces. Su libro *La doble faz de la dialéctica* será su propia interpretación del maoísmo, en la que va más allá de lo que el canon admite en la medida en que presenta —o, más bien, construye— un pensamiento de la simultaneidad y multiplicidad de las contradicciones, con el que rompe el monismo que aqueja a la concepción ontológica del marxismo metafísico que tantos estragos produjo en su anudamiento a políticas estatales. Por esa época, paralelamente a este trabajo en el que se hace perceptible su vinculación programática con quien sería su principal discípulo, Alfredo Llanos, Astrada escribirá *Dialéctica y positivismo lógico*, un sagaz ajuste de cuentas, desde la lógica hegeliana, con el incipiente avance del neopositivismo en las facultades de filosofía argentinas. *La génesis de la dialéctica (En la mutación de la imagen de los presocráticos)* y *Dialéctica e historia*, ambos de 1968, y la reedición contextualizada en clave marxista de algunos de sus antiguos libros, como el *Nietzsche*, el *Heidegger*, y *El mito gaucho*, completará ese panorama.

A su vez, Astrada colaborará prácticamente en todos los órganos de las variadas izquierdas de entonces. Por ejemplo, la respuesta a Giudici en la polémica sobre la teoría del reflejo, ante la negativa de Agosti de publicarla en *Cuadernos de Cultura*, será editada por Milcíades Peña en su revista *Estrategia*. Artículos suyos verán la luz en *Por*, *El escarabajo de oro*, *Hoy en la Cultura*, *Propuesta*, *Liberación*, *Entrega*, *18 de marzo*, etc., nombres donde abundan los principales autores de la nueva izquierda sesentista, a los que suma-



León Poch

rá el de la propia *Kairós*, que instrumentará con Llanos y su hijo Rainer en 1967. Aunque Astrada, en su afán de independencia no dejará nunca de puntualizar sus diferencias: si en la revista de Peña escribirá contra Lefebvre, en la sartreana *Hoy en la Cultura* opinará contra Sartre, concertando una actitud que en un mismo movimiento lo distanciaba del nuevo público al que se dirigía.

Es en este enclave, de inicios de la década del sesenta, que se inscriben las cartas que editamos a continuación. En ellas se datan, en principio, sus esquivas ligazones con el campo cultural del gramscismo local, que provienen de mucho antes. En los años treinta, Astrada había gestionado el asilo e instalación en el país de figuras diversamente ligadas a la impronta gramsciana en Italia, como Renato Treves, Gerardo Marone y, sobre todo, Rodolfo Mondolfo, por quien intercedió ante la Universidad de Tucumán, y de quien lo separarían tanto motivo ideológicos como políticos y filosóficos, pese a que de hecho trabajaron problemáticas similares del humanismo marxista y la tradición clásica. Pero además Astrada, que había estudiado en Alemania con Ugo Spirito, Michele Sciacca, Antonio Banfi y Ernesto Grassi —de trayectorias similares a la suya—, y que conservara una vieja amistad con Emilio Troise —cuya inicial formación en el sorelianismo posee no pocas zonas de contacto con la filosofía astradiana como con el Gramsci de los *Quaderni*—, sería valorado por el propio Benedetto Croce, quien escribirá en dos ocasiones sobre él: una reseña de su trabajo (“Progreso y desvaloración en filosofía y en literatura, de Carlos Astrada”, en *La Crítica. Rivista di Letteratura, Storia e Filosofia*, Fasc. IV. Napoli, 20 julio de 1932), que Gramsci leyó en la cárcel, y en 1950 una nota sobre el número de los *Cuadernos de Filosofía* dedicado a Hegel, al que el viejo hegeliano de Nápoles consideró un hito en el renacimiento, en la alianza táctica con el afluente heideggeriano, del autor de la *Fenomenología del Espíritu*. Por lo demás, desde Giovanni Gentile como Luigi Pareyson y De Negri, hasta Galvano della Volpe, le enviarán sus libros; incluso en 1952 varios de ellos asistirán a sus conferencias italianas junto a Enzo Paci y Nicola Abbagnano, quienes además escribirán sobre él.

Asimismo, la amistad de Astrada con Gregorio Bermann provenía de su época reformista en Córdoba; el ilustre psiquiatra cordobés, miembro

orgánico del Partido Comunista, será quien en 1950 motorice la edición del primer libro de Gramsci al español —las *Cartas desde la cárcel*— al que dotará de un prólogo. A su vez, la ligazón con los crocianos argentinos data de los años ‘20: una polémica con el tucumano Lisondo Borda sostenida desde Friburgo en la revista *No nosotros* en torno de la *Estética* es el primer hito de ese diálogo que tendría otros interlocutores en figuras como Coriolano Alberini, Francisco González Ríos —traductor y editor de Croce para la editorial Imán—, Miguel Ángel Virasoro, y León Dujovne, consecuentes investigadores del filósofo italiano, quienes trabajarán junto a Astrada en la Facultad desde los años treinta. Por otra parte, Astrada sostendrá a partir de fines de los años cincuenta una relación de maestro a discípulo con Raúl Sciarreta, quien había traducido *Fenomenología y marxismo*, de Tran Duc Thao (en cuyo prólogo a la segunda edición lo mencionará como quien puntuara el carácter político de la disidencia de Husserl con el canon heideggeriano y la posibilidad de una apropiación de ciertos desarrollos para el marxismo), y *Los intelectuales y la organización de la cultura*, de Antonio Gramsci, en 1960. Sciarreta, que permanecería hasta el final de la década en el Partido Comunista, prodirá atentos comentarios a los libros de su maestro en distintos órganos partidarios. Pero no acordará, pese a su presunta heterodoxia ideológica, con las consecuencias de sus posiciones: sería en esa misma época el encargado de la expulsión de Oscar del Barco del partido por sostener ideas cercanas a las de Astrada sustentadas en torno de la filosofía de Gramsci, que le valieron la acusación de subjetivista; anatema que se extenderá no sin escándalo al conjunto del grupo cordobés de *Pasado y Presente* en 1963. La paradoja resulta elocuente de las contradicciones del período si se tiene en cuenta que Sciarreta encarnaba las posiciones más heréticas en filosofía dentro del PC que en el maoísmo guevarista, muy similar al astradiano, así como en la discusión del humanismo hegeliano-marxista, expuesto en términos de filosofía de la praxis, dio con su límite.

En ese período, en que entró en vigencia el plan Conintes, Raúl Sciarreta (que, además, era muy amigo del hijo de Carlos Astrada, cuyas *Obras Completas* planearía editar años después

durante el camporismo en EUDEBA a instancias de Puiggrós) fue encarcelado junto a miembros eminentes de la dirección del Partido Comunista; entre ellos, el propio Giudici, con quien Astrada había discutido y roto públicamente. En el consiguiente *Movimiento por la libertad de Ernesto Giudici* que organizó el Partido Comunista, Astrada fue incluido en forma inconsulta en la presidencia de su comisión ejecutiva, junto a otros intelectuales denostados por él, como Ezequiel Martínez Estrada —por lo demás, otra figura con la cual comparte muchos puntos de contacto. Incluimos la carta en que solicita a su hijo que interceda con Sciarreta para ser sacado de esa nómina, así como la esquila que Sciarreta le escribirá desde la cárcel.

Pero sus relaciones con el gramscismo local se prolongarán en la figura de Emilio Terzaga, quien se casaría con su hija Etelvina. Ligado a José Aricó, Terzaga escribirá en *Pasado y Presente* una reseña del volumen *Valoración de la Fenomenología del Espíritu* editado por Astrada en 1965. Aunque, a decir verdad, el filósofo de *El mito gaucho* no tendrá mucho aprecio por esta corriente de pensamiento, como se puede ver en las cartas; pues en general consideraba a la tradición italiana como una subsidiaria menor de la filosofía alemana, y terminaba matizando sus denuestos con improperios criollos de la vieja gauchopolítica. Para él, en suma, el gramscismo (particularmente en su voluble discípulo Sciarreta, tan permeable a las sucesivas modas filosóficas que en un tránsito errático lo llevaron del epigonismo de Gramsci al de Althusser y finalmente al de Lacan) era un capítulo lamentable del “cocoliche de tanos y verduleros de feria” (sic). Caracterización en la que englobaba desde Mondolfo a Codovilla, pasando por Agosti y sus díscolos sucesores cordobeses. Por lo demás, el núcleo de expulsados de *PyP*, que daría origen a Vanguardia Revolucionaria, funcionaría como red de apoyo de la incipiente guerrilla guevariana conducida por Masetti, el malogrado Ejército Guerrillero del Pueblo, que sería desbaratada en esos años. El propio Rainer Horacio Astrada estará lateralmente ligado a una peripecia ulterior de esa historia: junto a la escritora Iverna Codina, su compañera de entonces, que escribiría *Los guerrilleros* —una historia en clave ficcional de aquella guerrilla—, quedará desenganchado vagando por el norte argen-

tino cuando años después trate de dar con la pista del Che Guevara. La tarjeta postal que, desde Jujuy, le envía Codina a Carlos Astrada apenas un mes después del arribo del Che a Santa Cruz de la Sierra, en la que, según escribe, se propone “completar la aventura novelesca de mis personajes”, adquiere pleno sentido a la luz de esta circunstancia. Cabe acotar que por esos años Rainer sostendrá también una relación afectiva con Diana Guerrero, hija del gran amigo de su padre, el filósofo Luis Juan Guerrero, y autora de un importante libro sobre Roberto Arlt, quien se convertiría en una de las víctimas de la última dictadura militar. Asimismo, dos hijos de Etelvina, la hermana de Carlos Astrada, pertenecientes a uno de los grupos de guerrilla urbana de los setenta, serían abatidos en combate por las fuerzas represivas.

En agosto de 1962 Astrada ofrecerá una conferencia en la Universidad de Tucumán titulada “Autonomía y universalidad de la Cultura Latinoamericana”. Entre los asistentes se encontrará el hermano menor de un intelectual santiagueño amigo suyo, en cuya casa solariega suele pasar los inviernos desde hace años, de camino a las termas de Río Hondo donde lleva a su mujer a aliviar sus dolencias. Se trata de un joven de rasgos aindiados y recio carácter, llamado Mario Roberto Santucho.

En la conferencia, discutiendo los pronósticos de Hegel, Astrada pondera las culturas precolombinas como el sustrato mítico del cual ha de resultar, articulado con los ímpetus revolucionarios del momento, la futura liberación continental. En una nota a pie de página, añadida un lustro más tarde cuando publique el trabajo en *Kairós*, Astrada escribirá: “Francisco René Santucho ha tratado con perspicuo enfoque, en su ensayo *Integración de América Latina*, (Cuadernos *Dimensión*, Santiago del Estero, 1959) el problema que nos plantea la realidad supérstite de las estructuras étnicas aborígenes. Acertadamente escribe: ‘lo indoamericano es una unidad vasta y creo que perfectamente definida. De por sí existe como magnitud histórica, tanto por lo que importa como realidad, cuanto por lo que sugiere a la inteligencia, como proyección o como futuro’”. Pareceres, por lo demás, que están en escorzo en la relación de Astrada con su discípulo Rodolfo Kusch —otro de los asiduos conferenciantes de la librería *Dimensión*— cuya correspondencia publicamos aquí.

Las cartas entre Mario Roberto Santucho y Carlos Astrada se encuentran enmarcadas en un proceso donde el viejo filósofo corrobora la evolución del joven revolucionario en un sentido similar al suyo: el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP) y su sucesor el PRT, producto de la alianza con el morenismo que venía de la experiencia del entrismo en el peronismo —y cabe recordar que Nahuel Moreno había sido alumno del filósofo— será la forma institucional más cercana a la filosofía astradiana de entonces. Es natural que estos afluentes tan diversos se encontrasen en una coyuntura histórica tan compleja, que hoy, a la luz de los acontecimientos ulteriores, se reviste de un aura de víspera inminente. Por lo demás —y esto trazará una diferencia con el núcleo gramsciano de *Pasado y Presente*, del que Astrada se alejaría sin más— nos consta la permanencia de un diálogo fluido: la última carta de Santucho, fechada en 1968, apenas dos años antes del fallecimiento de Astrada, habla de una continuidad que el propio guerrero infatigado se encargaría de sostener. Como menciona María Seoane, en su primer encarcelamiento producido en 1972 Santucho leerá con fruición la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel ayudado con *La dialéctica en la filosofía de Hegel*, de Astrada, “su filósofo predilecto” al decir de su biógrafa. Aquel guerrero trágico —“el último de los guevaristas”, quien, al decir de Gombrowicz, que lo frecuentaría en Santiago del Estero, “había nacido con las botas puestas”—, estaba destinado a ser un lector privilegiado de su obra en la medida en que el núcleo de ideas que ambos detentaban enviaba la mística laica de la teluria originaria a una radical proyección revolucionaria. (Una corroboración siniestra de esto es el hecho de que el general genocida Acdel Vilas, encargado de librar la represión contra la compañía de monte del Ejército Revolucionario del Pueblo en Tucumán, detallará en su libelo la presencia de libros de Astrada en las mochilas de varios combatientes abatidos.) Asimismo, aunque prescindiendo del telurismo, durante los años setenta Alfredo Llanos entablaría una sólida relación con la vertiente morenista del PRT en la Facultad. Tras el retorno de la democracia unos pocos sobrevivientes de esa experiencia editarían sus libros, participarían de grupos de estudio sobre Hegel en su casa, y abogarían por su reintegración a las cátedras.

De los vínculos internacionales de Carlos Astrada con pensadores de izquierda, incluimos parte de la correspondencia mantenida con autores como Joseph Gabel, Luis Washington Vita, y Zdenek Kourim —un checo vinculado a Karel Kosik, atento lector de la filosofía latinoamericana, de quien Paidós publicaría *La dialéctica en cuestión* en 1972—, quienes, aisladamente, y en disputa con el canon oficial, al igual que Astrada, trabajaban en lecturas del marxismo humanista con fuerte impronta hegeliana. El suizo Ferdinand Gonseth, el mexicano Eli de Gortari, el rumano Athanasiou Joja (cuya obra *La lógica dialéctica y las ciencias* Astrada prologaría y haría publicar), el polaco Adam Schaff (con quien Sciarreta sostendría diálogo), los franceses Jacques D’Hont y Jean Brun y el inglés George Thomson (a los que Llanos traduciría), entre otros, conformarán un campo filosófico disperso, con el que Astrada sostendrá sólidas relaciones, en el que es dable percibir una problemática común con la suya propia. El esfuerzo por construir una lógica dialéctica autónoma tanto del positivismo como de la tradición idealista, y el recogimiento de la tradición especulativa desde sus albores griegos, se articulaban con una preocupación por la refundación de un marxismo radical y libertario, en los que el dilema de la construcción de la figura del intelectual orgánico, como se muestra en las cartas cruzadas con el brasileño Vita, configura la condición dramática de un decir filosófico que busca ahondar su soberanía sin perder pregnancia en el devenir histórico. Búsqueda, seducción, idilio, diferencia crítica, ruptura: es la secuencia que Astrada cumple casi sin excepción a lo largo de los últimos veinte años de su existencia en una deriva de alianzas tácticas dificultosas; la construcción de nuevos públicos, el hallazgo de nuevos interlocutores, se toparán rápida y penosamente con imposibilidades infranqueables, debidas a su propia voluntad de diferenciación, que harán de su destino póstumo un capítulo del olvido de una tradición que bien vale la pena recuperar, más allá de sus tonos menores, para un pensar futuro sobre la nación y la revolución.

De la correspondencia inédita de Carlos Astrada

I. De Gerardo Marone a Carlos Astrada.

París, 2 de mayo de 1950.

Estimado Astrada: Estuve en Nápoles con Croce y me hizo notar que en el último número de *Cuaderni della Critica*, 5, habla de usted y de Virasoro. Me dijo también que volverá a hablar de usted en la próxima entrega, a propósito de *La conciencia infeliz*¹ de Hegel. Será para contestarle, pero es ya una distinción que lo enaltece.

En Roma di en la Universidad una conferencia con éxito. El jueves próximo, 9 de mayo, doy otra aquí, en la Universidad de París. Regresaré luego a Italia para embarcarme a Buenos Aires.

Le estrecho la mano con mucha cordialidad y estimación.

Gerardo Marone

II. De Carlos Astrada a su hijo Rainer

Piriápolis, 18 de enero de 1962.

Querido Rainer:

Esta es la segunda de mis "Epístolas Uruguayas" que te envió. Epístolas exotéricas y trascendentes, sin que la primera haya tenido aún respuesta. Destino de los grandes epistológrafos; San Pablo dirigió sus *Epístolas a los Corintios* y no encontró eco en estos; Montesquieu pergeñó sus *Cartas Persas*, y los persas no se dieron por aludidos. ¡Pero esto no quiere decir que tú te hagas el corintio o el persa!

Leo los diarios mastodónticos de esa, y nada en concreto puedo sacar en limpio de la gelatina yancófila que baten respecto a la fantochada criminosa (convocada por el imperialismo norteamericano con sus lacayos tropicales) de Punta del Este². ¿Qué trama el malandra de Arturísimo?

Por Radio Nacional de Montevideo el Comité de Solidaridad con la Revolución Cubana hace una intensa campaña —bien programada— contra la Conferencia de las oligarquías sátrapas al servicio del amo yanqui. Mañana (mejor, hoy) se

inicia la marcha de los estudiantes y obreros hacia Punta del Este para apoyar a Cuba; ha habido ya varios actos públicos. Y ¿qué se hace entre esos veinte millones de cabrones?

(...) A la espera de tus noticias, y con recuerdos de tu mamá, te abraza afectuosamente,

C.A.

III. De Carlos Astrada a su hijo Rainer

Río Hondo, 3 de agosto de 1962.

Querido Rainer:

Anoche recibí tu expreso. Ya te imaginarás que la declaración que me adjuntas yo no la he firmado, por haber estado ausente, ni me han pedido la firma: es un abuso de esas personas que se escudan en la solvencia de mi nombre. Se los diré cuando vaya, ya que no puedo desmentir públicamente la inclusión de mi nombre. Si alguien te pregunta, puedes decir que, por mi ausencia de la Capital, no he podido firmar esa declaración.

Por las líneas de Bermann, veo que en *Presente* (o *Presencia*, del fraile Menvielle) ha salido una diatriba o "crítica" sobre mi *Nietzsche*... ¿Diste con la nota del suplemento de *La Prensa*?

Si tienes tiempo háblale a Sciarreta y le preguntas si consiguió que González Trejo le devolviese los dos artículos que me tiene, y debe devolverme. Al señor Speroni, no lo conozco ni sospecho para qué clase de revista me pide colaboración.³ Además le preguntas a Sciarreta si ya, con Raed, consiguieron las pruebas en galeras de *La doble faz de la dialéctica*.

Arturito y Susana vienen a visitarme el domingo. Juárez viaja a esa el sábado o domingo próximo. Vino por acá dos veces. Te pedirá un ejemplar de *Dialéctica*...; sobre mi escritorio hay uno corregido: se lo entregas.

A la espera de tus noticias, te abraza afectuosamente tu padre,

C.A.

N.B.: No olvides hablar por teléfono a la Editorial Lautaro.

Otra: la novela de Iverna Codina (serie de con-

trapuntos) es muy buena⁴. Su procedimiento tiene el don de la metáfora y la imagen original, incisiva y muy bella. Felicítala en mi nombre. (...) A Nunziata⁵ le telefonearé esta noche, y haré una disparada mañana a la tarde para despedirlo. El 22 voy a Punta del Este, para ojear desde fuera. Vale.

C.A.

IV. De Mario Roberto Santucho a Carlos Astrada

Santiago del Estero, 4 de enero de 1962.

Estimado profesor:

Desde hace cinco semanas estamos haciendo unos cursillos sobre la dialéctica. Utilizamos obras que usted ya conoce, y de las suyas *Hegel y Marx*, y *La doble faz de la dialéctica*. También los *Cuadernos filosóficos* y los *Manuscritos*. Hasta el momento hemos discutido las leyes de la dialéctica y los problemas de la alienación y la verdad. Su venida nos será tremendamente provechosa. Las reuniones son todos los lunes.

Espero su contestación. Mi hermano está en estos momentos en el interior. No han dejado de tener los infaltables problemas.

El material que recibí sobre sociología ha resultado de utilidad y he solicitado el envío de otras publicaciones.

Reciba el afecto de

Mario R. Santucho

V. De Carlos Astrada a su hijo Rainer

Río Hondo, 19 de agosto de 1962.

Querido Rainer:

Contesto la tuya del 15 de agosto (...) El artículo bibliográfico sobre Nietzsche... no apareció en *La Prensa* como me dijo Llanos, sino un jueves de la primera quincena de julio: trata de encontrarlo. No dejes de insistir ante Sciarreta por la devolución de los artículos que te dije. El jueves de esta semana di una conferencia (que la hice a patadas) en la Facultad de Filosofía de Tucumán: salió bien, a pesar de no disponer de bibliografía, ni

de mis trabajos; versó sobre *Hacia una cultura latinoamericana autónoma y su integración universalista*; me la prometieron retribuir (veremos). (...) La nota a que se refiere Bermann apareció en *Presente* de Barletta.

N.B.: Sciarreta y tú mismo deben decir que con desaprensión, o sin vergüenza, están usando, sin autorización, mi nombre⁶.

Otra: El país está en proceso de desintegración: los generales de opereta lo aceleran⁷. Espero llamado de Córdoba para fijar fecha de mi viaje. Puede que sea a fin de este mes.

C.A.

VI. De Mario Roberto Santucho a Carlos Astrada

Santiago del Estero, marzo de 1963.

Don Carlos:

No he recibido respuesta suya a la carta última mía. Quiero saber si usted vendrá en abril como había pensado. Es más fácil conseguir una casa, y enormemente más económica, que un departamento, aún en provincias.

Con respecto a la revista⁸ nos hemos demorado por varias razones, pero parece que este mes saldrá. Yo viajaré a Buenos Aires, según pienso, del 1° al 10 de abril. Esperamos sus noticias.

R.

Nota: sus libros han sido leídos por nuestra muchachada.

VII. De Mario Roberto Santucho a Carlos Astrada

Santiago del Estero, 1° de noviembre de 1964.

Don Carlos:

He recibido su carta y procedí de inmediato a sacar copia de su trabajo pues el original se halla en la linotipo preparando justamente estos días la edición de la revista. Es cierto que dicho número se ha retrasado mucho, pero ahora ya se empezó a imprimir.

Yo aquí siempre entre libros y papeles. Lo habíamos esperado este año pero por lo visto esta

temporada la pasó en otro lado. Dígame si piensa venir para combinar algunas charlas o conferencias con estudiantes de los profesorados (les interesaría seguramente el problema de la lógica). O, en caso contrario, si no tiene pensado se podría promover por parte de esos estudiantes alguna conferencia. Contésteme al respecto para darles así alguna información que me han pedido.

Con respecto a su libro *Dialéctica y positivismo lógico* formularé un pedido de ejemplares.

Otro tema que podría tocarse aquí sería un enfoque crítico de la filosofía contemporánea, porque casi toda la enseñanza de los alumnos de filosofía del Profesorado está girando alrededor de un conocido publicista italiano.⁹

En fin, creo que este tipo de charlas haría mucho bien a los estudiantes de aquí ya que se ven recluidos generalmente dentro de una perspectiva espiritualista muy estrecha.

Cordialmente,

R.

VIII. De Mario Roberto Santucho a Carlos Astrada

Santiago del Estero, 16 de [...] de 1968.

Don Carlos:

Recién puedo contestar su carta de hace meses. Al retomar su libro *Trabajo y alienación* para releerlo, y encontrar su carta, me apresuro a dar respuesta, justamente porque tenía presente que usted me decía en ella de la posibilidad que venga en invierno.

Le agradezco y estamos dispuestos para darle el bautismo pagano americano a mi chango, tal como usted lo quiere. También he leído su nota en *Kairós*, que como usted dice es la conferencia de Tucumán¹⁰. No sé si sigue saliendo la revista, que he recibido de [Librería] Platero, hasta el n° 2.

Si viene para la fecha indicada tengo interés en profundizar más el problema de la alienación y las interpretaciones que hay en Hegel y Marx, no por un prurito académico sino para ver mejor cómo actúa todo ello en la praxis americana y mundial. Se lo explicaría mejor en un encuentro personal.

Avíseme si, aparte de este libro, sacó algo nuevo sobre el mismo tema.

Es todo lo que quiero decirle por ahora, pensando que tendremos oportunidad de hablar personalmente si usted viene.

Afectuosamente,

R. S.

IX. De Raúl Sciarreta a Carlos Astrada

Buenos Aires, 31 de mayo de 1963.

Querido Dr. Astrada:

Hace ya una semana que nos encontramos a disposición del Poder Ejecutivo, que es lo mismo que estar sometido a lo irracional. Estamos detenidos y sin embargo, aunque impedidos y privados de nuestra libertad, comprobamos que todas las fuerzas unidas y aún centuplicadas de la reacción serían impotentes para quebrar el victorioso espíritu de camaradería que vivimos. La organización burguesa no sólo es insuficiente y caduca en la sociedad, sino que igualmente resulta inferior y torpe en el mismo régimen carcelario. En nuestra situación, nuestra organización "supera" la organización carcelaria, funciona como una "comuna", tiene sus autoridades, intendente, ecónomo, etc. Durante el día hay un programa que ordena el "tiempo libre" y el tiempo que se aprovecha colectivamente. Ya se han organizado los estudios, y comprobamos la previsión de aquel que dijo que las prisiones se convertirán, si es necesario, en unidades del pueblo.

Estamos encerrados físicamente, encerrados y privados de la libertad burguesa y no obstante nos sabemos y sentimos con una conciencia libre y una organización legal (esto es la libertad de la no-libertad, y la legalidad de la no-legalidad). Nunca hemos sentido tan intensamente el poder de la ideología del proletariado y el poder de su organización. Ésta es nuestra profunda realidad, nuestra racionalidad anticipadamente socialista. Este pabellón parece un microcosmos modelo. Hay un compañerismo tan auténtico que los "nuevos" casi no notamos el cambio.

La noche de nuestra llegada a Río Bamba, al entrar en el patio de los pabellones, todos los de-

tenidos políticos estaban en las ventanas y nos recibieron con una gran ovación, pronunciando nuestros nombres. Aquí nos encontramos con muchos compañeros y amigos. Estamos ya trabajando con los cursos de estudio. Es muy importante el contacto con obreros y dirigentes sindicales.

Con la portadora de la presente le envió un mensaje "muy reservado". También están cerca el Dr. Ortiz y otras personalidades amigas.

Con saludos de los muchachos y con un abrazo al maestro y amigo Astrada,

Raúl Sciarreta

X. De Raúl Sciarreta a Carlos Astrada

Buenos Aires, enero de 1967

Al Doctor Carlos Astrada:

Envío un abrazo afectuoso y hago votos para que también en este año nuevo la lucha por nuestro pueblo siga teniendo en usted al ardoroso y valiente soldado que con sus verdades y anticipaciones orienta particularmente a los jóvenes y los estimula a seguir la marcha.

Mis saludos a su esposa y a Rainer.

Raúl Sciarreta

XI. De Carlos Astrada a Joseph Gabel

Bs. As., 6 de julio de 1964.

Apreciado Dr. J. Gabel:

Por correo aéreo le he hecho remitir mi ensayo *Dialéctica y positivismo lógico*, segunda edición revisada y ampliada en varias partes. Esta edición ha aparecido en otra editorial (*Devenir*) debido a que aquella que la iba a publicar (*Ameghino*) quebró y tan solo llegó a editar dos libros. Esta pensaba dirigirse a usted para la traducción de su libro *La fausse conscience*, que usted tuvo la gentileza de enviarme. El gerente de la desaparecida editorial me dijo que hablaría al respecto con un miembro de la Primera Escuela Argentina de Psiquiatría. Después no he sabido nada más de este asunto. Desgraciadamente no tengo vinculación con ninguna editorial que publique libros de

su especialidad. Le sugiero mandar su trabajo a la Editorial Paidós, Cabildo 2459, Buenos Aires, que puede interesarle. Si lo hace le ruego no mencionar mi nombre.

Me ha interesado vivamente *La fausse conscience*. En particular me ha llamado la atención las lúcidas consideraciones con las que usted funda su tesis de que el esquizofrénico es un alienado en la objetividad (cristalización de su estado). Esto nos lleva a la noción de alienación de Hegel, para quien la alienación en general es una objetividad insuperable, y a la crítica de Marx respecto de la misma. Las consecuencias de esta disyunción entre alienación mental y alienación en el sentido de Hegel y Marx abre una nueva perspectiva plena de posibilidades en las investigaciones de su especialidad, tan brillantemente ahondadas por usted. (...).¹¹

C.A.

XII. De Zdenek Kourim a Carlos Astrada

Praga, 7 de setiembre de 1964.

Estimado señor profesor:

Me tomo la libertad de dirigirme a usted con una demanda un poco extraordinaria y por eso primero le ruego excusarme.

Me intereso mucho por el desarrollo de la filosofía en los países latinoamericanos. Actualmente preparo mi tesis sobre el pensamiento mexicano, casi desconocido en Europa.

Hace algunos días un amigo argentino me envió su libro *La doble faz de la dialéctica* que me parece un estudio sumamente importante. Quisiera conocer sus otras obras y su itinerario filosófico y político para poder informar más fielmente de éstos a nuestros lectores de la revista *Filosoficky Casopis*. Desgraciadamente, en las bibliotecas checoslovacas es imposible encontrar ninguno de sus libros. Dada esta circunstancia me decido a pedirle alguna de sus obras directamente a usted. Le quedaría muy obligado si pudiera mandarme también algunas indicaciones sobre su evolución filosófica.

En espera de su respuesta y con gracias anticipadas lo saludo muy atentamente

Zdenek Kourim

XIII. De Alfredo Llanos a Carlos Astrada

Buenos Aires, 15 de febrero de 1965.

Mi querido doctor Astrada:

Rainer me hizo llegar su amable carta. Espero que ésta los encuentre gozando perfectamente de la temporada veraniega. Por lo que sé los uruguayos padecen de nuestros mismos males: herencia españolísima, explotación anglonorteamericana ayudada por las católicas oligarquías locales soportada pacíficamente por un pueblo que tiene la abulia, la nesciencia del buey. La uniformidad de los problemas americanos es una ventaja para su solución; lo difícil resulta mover la voluntad de poblaciones que viven todavía en la infancia de la especie humana. Este infantilismo ve aflorar ahora con motivo de la celebración del sesquicentenario, propicio para las efusiones verbales de la casta ganadera que en 1810 puso una pica en Flandes con Saavedra y en Tucumán conquistó la libertad para depender de Inglaterra. Marx dice en su *Dieciocho Brumario* que los hechos históricos se repiten dos veces, como sostiene Hegel; pero la segunda vez la repetición es una farsa. Así nuestra revolución pretende reeditar a la de 1789 (...); el resultado fue la revolución de los hacendados con el aluvión inmigratorio posterior que debería servir para cimentar esa conquista. Este es el fondo, si no estoy obnubilado, de lo que se va a celebrar. Los gobiernos orilleros y el cretinismo parlamentario americano ayudan a perpetuar estas farsas en que la nacionalidad de estos inmensos Balkanes del nuevo mundo glorifican su suicidio político y económico. ¡Pobres diablos! Ignoran que detrás del muro que separa a América de la historia ha comenzado el ocaso de los viejos dioses.

Por mi parte estoy trabajando efectivamente con vistas a las nuevas tareas. Pero soy un profesor un poco paracaidista. A Mercado Vera le interesaba el desarrollo de la dialéctica. He pretendido tomar el problema desde los milesios, Heráclito, Zenón, Platón, Aristóteles, para rematar en Marx, siempre en tono académico, pero convencido que detrás del profesor está el hombre y que la época exige que la enseñanza sea concreta,

con preferencia a la historia vivida y pensada por los grandes filósofos. No sé si el cuero me dará para hacer lo que pienso, pero si teológicamente las intenciones se cuentan yo ya debo estar condenado.

En estética he comenzado por una génesis antropológica: el ser primitivo que se hace hombre por el dominio de la herramienta, o el trabajo, y llega a conquistar la naturaleza y se convierte en artista. Una buena exposición de Ernst Fischer me resultará útil y la pienso aprovechar literalmente. Después trataré de aterrizar entre los griegos, el nacimiento de su arte y luego la teoría de Platón y Aristóteles. Si queda tiempo y energía, algo de Kant y Hegel. Ignoro, por el momento, lo que opinarán los titulares. Un libro de Hauser sobre *Historia social del arte y la literatura* creo que ayudará bastante. En filosofía he conseguido dos volúmenes de Guthrie, *A History of Greek Philosophy*, que solo llega hasta Descartes y que me parece que está a la altura de los grandes eruditos alemanes por su valiosa información y amplitud.

De España llegó una separata de la revista *Documentación crítica iberoamericana*, de Sevilla, con una amplia nota sobre *Existencialismo y crisis de la filosofía*. Lo trata con seriedad y hasta con simpatía. Creo que en muchos aspectos no da en el clavo, pero dado el lugar y el país el resultado debe considerarse positivo.

En cuanto a las publicaciones Raed dice que andan bastante bien a pesar de la época. Lo demás está como entonces si se exceptúan las cosas que han empeorado como el pleito del peronismo sindicalista que parece empeñado en darle ventajas al gobierno.

Le envió algunos recortes de *La Nación* que revelan algunos síntomas particulares sobre la evolución de la izquierda en Italia y la aprensión del problema chino en EEUU.

Nuestros afectuosos saludos a su esposa y un abrazo para usted.

Alfredo Llanos

XIV. De Carlos Astrada a su hijo Rainer

Atlántida, 27 de enero de 1966.



Querido Rainer:

Esperamos que ya te encuentres completamente restablecido. (...) En cuanto al opio que aquí se toma, no te digo nada, lo combato con algunas lecturas y meditaciones. (...) Aquí sigo la marcha de las cosas internacionales y “nacionales”; leo *La Prensa*, *Marcha*, *Época* (ésta publicó íntegro el discurso de Fidel en la “Tricontinental”; oportuno el arreglo de cuentas con el trotskismo perturbador y al servicio al imperialismo). Estoy seguro que Llanos andará muy bien en Rosario; es cuestión de enfoque y de elucidar la jerigonza del “marxismo político” que proviene del marxismo vulgar (doctrinario), que han difundido la U.R.S.S. y los países socialistas. A la espera de tus noticias te abraza afectuosamente tu padre.

C.A.

XV. De Carlos Astrada a su hijo Rainer

Atlántida, 2 de febrero de 1966.

Querido Rainer:

Recibí la tuya con los recortes. Nos alegramos de la visita de los pibes, sintiendo no poder verlos. Es una cosa que se porten bien y estén contentos y deslumbrados con su “impresión” de Bs. As. Aquí leo diariamente *La Prensa*, y, los domingos, *El Mundo*; sigo *il imbrogljo* internacional en sus diversos aspectos inquietantes, sobre todo la guerra en Vietnam. Me afirmo cada vez más en mi opinión de que el comunismo occidental ha fracasado totalmente y que entre un mundo de posible estructura socialista, muy lejano todavía, y las etapas previas, tendremos una época de anarquía y confusión, en la que es probable que asistamos al fracaso de la tecnología; la U.R.S.S. ha dejado de ser una nación “progresista” (en el sentido de favorecer las luchas de liberación de los pueblos del Tercer Mundo); va a una alianza con U.S.A. y fracasarán juntos en su propósito de hegemonía mundial, pues no detendrán por mucho tiempo el proceso histórico mundial y quedarán a su margen trabadas por la tecnolatría. Mientras sus élites tecnocráticas “están en la luna”, en la tierra pasarán cosas terribles. Hay que esperar que China tome un impulso decisivo para equilibrar la balanza de los futuros aconteci-

mientos. Ahora, para colmo, le ha salido a ladrar (por un asunto de trueque) el gallego de Fidel Castro. La actuación de éste, hace mucho (antes de su seudo definición marxista) la consideré como una intromisión de la enana y criminosa España en Latinoamérica, y veo que, a la larga, no me he equivocado.

Me parece mejor que *Trabajo y Alienación* aparezca en marzo. (...)

C.A.

XVI. De Iverna Codina a Carlos Astrada

Jujuy, 5 de diciembre de 1966.

A Carlos Astrada y Sra., mi cariñoso recuerdo desde esta hermosísima geografía donde he venido a completar la aventura novelesca de mis personajes. Rainer colabora admirablemente — es un excelente conductor, tenemos un 4L— y además excelente compañero; está contento, tanto como para dejar el cigarrillo, no hay tiempo para fumar mientras maneja y contempla.

Iverna

XVII. De Carlos Astrada a Luis Washington Vita

Buenos Aires, marzo de 1967.

Mi estimado Washington Vita:

Debido a mi ausencia de la Capital durante dos largos meses, recién me encuentro con el recorte periodístico sobre *Trabajo y alienación*, y su carta adjunta.

Me veo en la necesidad de referirme sucintamente a su desahogo “crítico” para señalar sus errores y desvanecer la confusión que Ud. muestra acerca de mi posición y de los lineamientos de la problemática que desde hace años vengo desarrollando. Prescindo de la frase ramplona de Simone de Beauvoir (figura llevada y traída por el colonialismo cultural), que me aplica. Tampoco veo a qué viene el galimatías de su carta sobre el P.C., del cual no he salido por la sencilla razón de que jamás he pertenecido al mismo. Me atribuye Ud. erróneamente desconocimiento de la praxis

(como vehículo de las realizaciones históricas del marxismo), cuyo papel justamente he acentuado en todos mis libros, a partir de *El marxismo y las Escatologías* (1957). Me parece que ha leído muy por encima mi ensayo, pues de lo contrario hubiese reparado que el atenerme a los textos de Marx no es por “ortodoxia”, sino, en este caso, con un sentido polémico contra su distorsión por parte de Fromm, Hyppolite, Weil, etc., y, precisamente porque estos amputan la “doctrina revolucionaria de Marx” (*Trabajo y alienación*, pág. 10). En la página 76 señalo que la reacción crítica contra el idealismo hegeliano reside en la praxis revolucionaria marxista.

Al decir Ud. —con injustificado criterio infravalorativo— que fui “el más fanático de los heideggerianos” y “ahora el más estricto seguidor de Marx”, evidencia su falta de pulcritud discriminativa y deliberado desconocimiento de la problemática por mí explicitada. Efectivamente, en *El juego existencial* (1933), formule mi divergencia con Heidegger, porque contrariamente a éste, al problema ontológico de la existencia lo dejo abierto sobre lo histórico empírico. En este libro, con motivo de la concepción sociológica de Hans Freyer, señalo la vigencia de la dialéctica marxista (págs. 101-103). Trazo, ya entonces, en 1932, el paralelo Marx-Heidegger en “*La historia como categoría del ser social (Heidegger y Marx)*”, trabajo incluido en *Ensayos filosóficos*, pág. 237 y siguientes (1963). En la Introducción a *El juego existencial*, pág. 10, dejo aclarado que “la relación filosófica de discípulo con un gran maestro (Heidegger) implicaba la obligación de hacer mi propia lección”. ¿Dónde está mi “fanatismo” heideggeriano y después mi “sujeción estricta a Marx”? Es, pues, totalmente gratuita, por lo baldía, su afirmación. Usted confunde pasión inquisitiva por una problemática, con “fanatismo”. La toma de posición “pequeñoburguesa” y de “conciencia ingenua”, más concretamente de falsa conciencia (de acuerdo a la terminología filosófica, y no a la “jerga militante” inusual en la doctrina) es la suya, porque confunde “realización histórica del marxismo” con lo que es una mera ideología, una mitología política, cultivada en ciertos sectores del marxismo institucionalizado. Yo he recorrido dos veces, como escritor independiente, los países del mundo socialista, incluso China Popular, y en la URSS y en la casi mayoría de las democracias populares euro-

peas he comprobado esa mitología anclada en el slogan de la “etapa del tránsito necesario del socialismo al comunismo”. Me llama la atención que usted, con tanta facilidad, haga semejantes afirmaciones, adjudicándome una posición imaginada. Lo de “romanticismo” es una nueva frase como aquello de que hay en mí “residuos de idealismo”. En el pensamiento de los clásicos del marxismo existe una línea problemática constante que proviene del idealismo alemán: la actividad del sujeto. Asimismo es errónea su tesis de que el marxismo haya surgido de la negación de “la continuidad (ideal) de varios sistemas filosóficos entre sí”. Él no ha abolido, sino recogido y desarrollado la continuidad filosófica inaugurada por la dialéctica real de Leibniz, antecedente de la dialéctica histórico universal de Hegel, que metodológicamente es “la forma universal de toda dialéctica” (Marx), y, por lo tanto, de toda dialéctica. Lamento tener que puntualizarle estas cosas; pero es que su exabrupto periodístico — aunque me resisto a pensarlo— me suena a falta de ecuanimidad estimativa y a una autosuficiencia un tanto cegatona. No veo, pues, que su comentario sobre *Trabajo y alienación* sea constructivo. No obstante, lo que me he visto obligado a consignar respecto al mismo no debe afectarlo. Imagínese que mis apuntaciones a su “crítica” las hubiese publicado en alguna de estas farolas de aquí, dejando intactos la amistad y el aprecio que tengo por Ud.

Cordialmente,

Carlos Astrada

XVIII. De Luis Washington Vita a Carlos Astrada

San Pablo, 28 de abril de 1967.

Mi querido Carlos Astrada:

En respuesta a su carta del 23 de marzo (día de mi cumpleaños...) cúpleme decirle que concuerdo con casi todos sus términos: ¡Mea culpa! Pero se imponen algunas aclaraciones. Por ejemplo, cuando digo de que [sic] usted fue el más fanático de los heideggerianos, lo hago en una mención semiótica más de ironía que de énfasis, pues en el texto el adjetivo aparece en itálica. Por otro lado, si no conozco mal su producción anterior a 1957, creo que no exageraré —para quien ha

leído atentamente “Idealismo fenomenológico y metafísica existencial”— en la caracterización propuesta. Quién sabe si hubiese leído *El marxismo y las escatologías* (que, desgraciadamente, no poseo) diverso habría sido mi juicio.

Por otro lado, supe que Ud. pertenecía al P.C. por intermedio del prof. [Eugenio] Pucciarelli. Esta información —que, ahora, sé que es errónea— me llevó a conclusiones erróneas también. En verdad, todo esto en este momento me parece irrelevante, de modo especial de cara a la realidad socio-económica de mi pobre país, presa de intereses espurios. Inclusive yo jamás pertenecí al P.C., ni espero siquiera encajar en él, más por razones de índole personal o como consecuencia de mis prejuicios pequeño-burgueses. El “obrerismo” existente en el P.C. es una especie de aire pestilente para un intelectual más o menos acomodado, con excelente nivel de vida no muy distante de la dulce vida. Y esto no crea condiciones para el monólogo dialógico de los partidistas. Además, es al obrero al que le cabrá decir la última palabra, hacer la revolución o traicionarla. El intelectual ha de comportarse como siempre se condujeron los hombres de pensamiento: pensar. Y si esa contemplación revistiese algún peligro para la revolución, deberá callarse o hacer auto-crítica penitente, agradeciendo el respeto que el trabajador tiene por el intelectual, a riesgo de ser llevado al paredón. Las ideas son “medios” de la revolución proletaria, pero nunca su “fin”.

Esto está un poco confuso, reflejo de la confusión de que está presa la *intelligentzia* brasilera. Lo que mientras tanto importa es el gran aprecio intelectual que le profeso, y la certeza de mi amistad.

Afectuosamente,

Luis Wahington Vita

XIX. De Carlos Astrada a su hija Etelvina

Buenos Aires, 26 de junio de 1967.

Querida Lita:

(...) Mi linaje es impar: comienza con mí [sic] mismo. (...) Dicen que sos “comunista”. Te diré que también lo dicen de mí esos analfabetos de Córdoba. Yo nunca tuve afiliación a partido alguno. Recorrí dos veces los países del mundo socialis-

ta como escritor independiente. En uno de esos países por el cual fui invitado solo, personalmente me tocó un día viajar en automóvil con tres personas, que dijeron al acompañante, que les preguntó, que ellos eran del P.C.; al preguntarme a mí, contesté que pertenecía a un partido cuyo único adherente era yo mismo. Además, del cual era secretario general y que el comité ejecutivo estaba constituido por despliegues de mi propio yo. Que, en definitiva, era únicamente —y lo sigo siendo— astradista. (..)

C.A.

XX. De Carlos Astrada a su hija Etelvina

Buenos Aires, 22 de julio de 1968.

Querida Lita:

(...) Respecto a lo que me dices de *Presente y Pasado* [sic], ellos son “Pasado” (pero mucho) y “Presente”; en cambio yo soy Presente, y Futuro (pero poco). (...) Por otra parte, tu compañero [Emilio Terzaga] sabe que mi enfoque no puede conciliarse con un marxismo que “va del médico y viene de la Nona”.

C.A.

XXI. De Emilio Troise a Carlos Astrada

Buenos Aires, 7 de noviembre de 1967.

Mi querido Astrada:

En este día —en que se cumple el cincuentenario de la Revolución de Octubre— que inicia en el mundo la real y no verbal liberación del hombre, que —como usted sabe— sólo puede ser el corolario de un largo proceso de transformación radical de la sociedad, le hago llegar mi modesto libro, que, como usted verá, por la fecha en que le está dedicado, hace rato debiera haberlo hecho.¹²

Quiero, también, en este día, significarle en cuánto estimo que un hombre de su talento, integre en esta hora crucial del mundo nuestra gran columna en marcha hacia un porvenir luminoso y humano.

Cordialmente suyo,

Emilio Troise

XXII. De Emilio Troise a Carlos Astrada

Buenos Aires, 4 de noviembre de 1969.

Mi querido Astrada:

Tenía —desde hace días— listo para enviarle mi libro sobre Ponce¹³, cuando me llegaron hoy su *Génesis de la dialéctica* y *La libertad en la filosofía de Schelling*, con una dedicatoria que trasciende en mucho los muy escasos merecimientos de mi humilde persona que testimonian su generosidad espiritual e intelectual. Muchas gracias. Los leeré con el interés y el provecho que siempre despertará en mí todo lo que de usted viene.

Muy cordialmente suyo

Emilio Troise

XXIII. De Carlos Astrada a su hija Etelvina

Buenos Aires, 21 de diciembre de 1967.

Querida Lita:

El 26 viaja a esa Alfredo Llanos, que te visitará, pero antes te dará un golpe de teléfono. Regresa el 4 de enero. De modo que un viernes o sábado, las noches que ustedes tienen libres, los invitas a una *viande froid* en el jardín de tu casa (...) Tengo interés en que tú y Emilio [Terzaga] conozcan a Llanos. El Moro puede después ponerlo en contacto con Aricó, sólo con él. (...) Yo viajé bien (2 hs.), Rainer me esperaba en el aeropuerto (...)

C.A.

XXIV. De Álvaro Vieira Pinto a Carlos Astrada

Río de Janeiro, 16 de enero de 1970.

Muy ilustre amigo Carlos Astrada:

Perdóneme que le escriba con un retraso que sería indisculpable si no se debiera al exceso de trabajo que me impone mi actual situación, obli-

gado como estoy a preparar traducciones en volumen tal que me aseguren un reducido margen de rendimiento y además de no descuidar mi propia elaboración intelectual. Esta tiene que conformarse con el aprovechamiento únicamente de restos de tiempo, siempre en las horas más inadecuadas, para no cesar del todo. Tal es la condición en que me encuentro forzado a vivir en las presentes circunstancias. Quiero agradecerle la amabilidad del envío por intermedio de nuestro estimado amigo Cid Silveira de sus libros más recientes. Antes, cuando había un intercambio cultural, o por lo menos editorial, entre Argentina y Brasil, podíamos encontrar aquí gran parte de la producción argentina; ahora, empero, desaparecieron las publicaciones argentinas y por eso estamos reducidos a los raros y difíciles contactos personales. Soy afortunado en haber tenido la oportunidad de recibir sus trabajos, que he leído con la atención que merecen. Vienen a confirmar ampliamente el renombre que desde largo tiempo ha usted adquirido en el panorama intelectual latinoamericano. Su ensayo *Dialéctica e historia* me ha hecho sentir una vez más la fuerza de su dominio de los temas dialécticos. El constante retorno a Hegel, para de él arrancar en busca de creaciones dialécticas nuevas, me parece un ejercicio saludable e indispensable, si queremos utilizar el método dialéctico como instrumento de permanente investigación de una realidad que está siempre en variación y que a cada aplicación de los útiles exegéticos enriquece a estos y se manifiesta en inéditas e insospechables aspectos. Su preocupación en mostrar el continuado sentido del problema de la libertad a través de todo el idealismo alemán, siendo incluso en Marx una de las raíces del pensamiento de este filósofo, es un mérito de su obra que complace señalar. Creo que ésta es también su propia preocupación, y de hecho así debe ser para todos nosotros, porque en el núcleo de este asunto convergen todas las cuestiones fundamentales que pueden excitar nuestra reflexión. Claro está que no somos apenas nosotros, los pueblos de un mundo subdesarrollado y dominado, los que estamos obligados a meditar continuamente sobre la noción de libertad; pero para nosotros la significación de esta meditación es cualitativamente distinta y más importante, porque no se trata de discutir la libertad como concepto abstracto, ni siquiera de conquistarla en sus formas históricas

parciales, sino de ver en ella la realización de la totalidad de transformaciones que ansiamos. El concepto de libertad se escapa con facilidad para las esferas de la abstracción y se vuelve ideal, y por lo tanto inaprovechable, toda vez que empezamos a poseerla en sus manifestaciones prácticas iniciales, con las cuales tenemos la tendencia a satisfacernos, tan grande era el ansia que de ella sentíamos. Solamente en las situaciones sociales como las nuestras, en que todo se ha obliterado, es que llegamos a comprender que necesitamos conquistarla por entero, es decir en su carácter más auténticamente concreto. Para eso se hace indispensable la discusión como la que emprende usted, porque no hay modo de dar realidad a una condición objetiva si no tenemos claramente en vista el concepto de aquello que nos empeñamos por realizar. Su estudio sobre Schelling sirve al mismo propósito y tiene innegable interés, cuando es comprendido en esta perspectiva. Estamos todos embarcados en un mismo esfuerzo de liberación nacional y continental, y para eso el enfoque dialéctico del tema de la libertad, en la forma como lo hace usted, es el más rico aporte que podremos ofrecer, y creo que para los filósofos el único que les toca. Por estos motivos considero una feliz y preciosa adquisición el recibo de los trabajos que usted, en su bondadosa atención, se digna enviarme. Como sabe, he tenido la satisfacción de conocer a su hijo Rainer, quien me ha causado una profunda impresión por la madurez, claridad e inteligencia de su pensamiento. Lamento que haya sido breve el tiempo de su visita para que pudiéramos departir más largamente los innumerables asuntos que nos preocupan, pero estoy seguro de que estos encuentros han de repetirse y de todas maneras sigo nutriendo la esperanza de que también me será dado el agrado de encontrarme personalmente con usted. Le ruego aceptar los votos más sinceros que hago por su ventura en la certidumbre de que podré seguir esperando recibir nuevas creaciones de su vigoroso y siempre lúcido espíritu.

Álvaro Vieira Pinto

XXV. De Gregorio Bermann a Carlos Astrada

Córdoba, 3 de setiembre de 1970.

Querido Carlos Astrada:

De paso por Hamburgo encontré este periódico y pensé que podrían interesarle estas noticias sobre Hegel, que probablemente conocerá.

Me agradecería saber como están Ud. y su gente. Y que no me olvide cuando venga a Córdoba, que es obrera la del Cordobazo. Y algo tuvimos que ver nosotros en eso.

Afectuosamente,

Gregorio Bermann

XXVI. De Rodolfo Kusch a Carlos Astrada

Buenos Aires, 13 de mayo de 1970.

Dr. Carlos Astrada.

Capital.

Estimado profesor:

Le remito estas líneas porque me enteré que se efectuará un Congreso Nacional de Filosofía en Córdoba el año próximo. Tengo interés en presentarme y no tengo el aval necesario. ¿Podrá hacer usted algo por mí en ese sentido?

La organización del mismo parece estar a cargo de Caturelli y un tal Sosa López, si mal no recuerdo. No hay motivo para que ellos me inviten directamente, ya que no desempeño cátedras en las universidades sino sólo la de Estética e Historia de la Cultura en la Escuela Superior de Bellas Artes "Prilidiano Pueyrredón".

Mi interés en presentarme en el Congreso se debe a que estoy investigando sobre la posibilidad de un pensamiento americano. Los temas que estoy investigando son entre otros el del "así es" de los aymaras, al cual llegué después de mis investigaciones en el altiplano. Lo resumo en el libro *El pensamiento indígena y popular en América* que saldrá de un momento a otro en Cajica de México. El concepto del "Así darse" las cosas se vincula en gran medida con el de la *Vorhandenheit* de Husserl y tiene un fuerte sabor oriental, de tal modo que lo encuentro vinculado también con el "Así llegar" del budismo. Usted ya había insinuado en un trabajo sobre el *Martín Fierro* esta relación entre el pensar popular americano con el oriente.

Asimismo estoy explorando la posibilidad de

establecer una doble vectorialidad en el pensar humano. Me sirve para ello Levi-Strauss con sus conceptos de la diacronía y la sincronía. Agrego a ello mi viejo tema del “estar”, que está implícito en parte de la *Befindlichkeit* de Heidegger, aunque se orienta en otro sentido que en este autor. Y, finalmente, me preocupa seriamente el marxismo, aunque sólo como una simple decisión histórica para el hombre americano, ya en el terreno de la praxis. Encontré en dos libros suyos bastante material para esto último.

Intenté exponer mi pensamiento en la Hebraica y en este año en la Universidad Técnica de Oruro. Me parece que logro una filosofía adecuada a nuestro sentir americano. También en Oruro, este año, pude exponer, a 30 indígenas, su propio pensamiento, y hemos quedado muy de acuerdo en cuál era el pensar de éstos.

Pienso que mis investigaciones podrían ser útiles al Congreso y de ahí entonces el pedido que le formulo. Le ruego me haga llegar su opinión al respecto.

A la espera de su grata nueva, me despido de usted con un abrazo cordial.

Gunther Rodolfo Kusch
Cangallo 2646. P. 1 depto 15.
Bs. As.

XXVII. De Carlos Astrada a Rodolfo Kusch

Buenos Aires, mayo 18 de 1970.

Sr. Prof. Rodolfo Kusch:

Mi estimado Kusch, antes era un mal mecanógrafo, pero para todo acudía a la máquina y me había vuelto casi ágrafo. Ahora, después del ataque de *angina pectoris* a fines del 68, al no poder servirme de la máquina he quedado consignado a estos garabatos.

Ya sabe usted que he seguido con gran simpatía su labor, aunque no me haya sido posible asistir a sus disertaciones.

Preséntese al Congreso de Filosofía de Córdoba. Escríbale al profesor Alberto Caturelli, mencionando mi nombre: es una excelente persona y buen amigo. El comité del Congreso quiso incor-

porarme a una junta de honor (como profesor jubilado, o sea: muerto civil y robado por la Caja); pero yo no acepté, por no figurar entre unos tales y cuales, de allí y de aquí, que desprecio, incluidos los “tales Sosa López”, “activistas” de allí. No mencione esto que digo a Caturelli, pues vino aquí a visitarme (invitación que rechazé). Usted debe saber que mantengo una disidencia con Córdoba desde el momento mismo de su fundación, aunque la historia no consigne que yo me hice presente diciendo: “me opongo”. Usted sabe, puesto que conoce Amerindia, que donde había un pozo, allí se metían los hurdanos, fundadores de la subcultura hurdana. Respecto a Córdoba y sus proezas tri o cuatricentenarias y claustrales, soy enteramente inocente.

Al doctor Caturelli puede decirle que usted está signado por el pecado de haber sido alumno mío; hay que ser veraz y sincero, amigo Kusch. Si en su posible comunicación o entrevista con Caturelli hay un resquicio puede decirle que tanto usted como yo estamos en complicidad con los aborígenes porque a través de la espesa mugre de la transculturación son las únicas personas remanentes que hemos encontrado en el Subcontinente. Estoy deseoso de poder ir a tomar olor a coya o sea al asco y pulcritud originarias.

Ahí le envió esa ficha de inscripción, que me ha llegado.

Afectuosamente, lo abraza

Carlos Astrada

N.B.: creo que usted debe explicarle al profesor Caturelli que con categorías filosóficas europeas ensaya formular una filosofía americana. Vale.

- 1 Astrada tradujo y editó en separata ese capítulo de la *Fenomenología del Espíritu* en 1950.
- 2 Referencia a la Conferencia de la O.E.A. celebrada entre el 22 y el 30 de enero, en la que Argentina, finalmente, no votó la expulsión de Cuba del organismo.
- 3 Presumiblemente, José Daniel Speroni, que entonces preparó junto a Ricardo Piglia el lanzamiento de *Revista de*

Liberación, donde colaborarán Astrada y Llanos.

- 4 *Detrás del grito*, Buenos Aires, 1962.
- 5 Médico argentino, militante comunista, amigo de Carlos Astrada desde su juventud, con quien éste viajó a la URSS en 1956. En 1961 Nunziata marcharía a trabajar en Cuba, de donde regresaría desilusionado tras el apoyo a la invasión soviética a Checoslovaquia.
- 6 Alude a la aparición de su firma en el *Movimiento por la libertad de Ernesto Giudici*.
- 7 Referencia al enfrentamiento entre Azules y Colorados.
- 8 Presumiblemente se trata de *Norte revolucionario*, órgano del FRIP.
- 9 Así era como Astrada denominaba a Rodolfo Mondolfo.
- 10 "Autonomía y universalismo de la cultura latinoamericana", *Kairós* nº 2. Noviembre de 1967.
- 11 Tomada de un borrador manuscrito casi ilegible e inconcluso.
- 12 Presumiblemente la tercera edición de *Materialismo dialéctico* (Buenos Aires, Platina), aparecido en setiembre de 1966.
- 13 *Aníbal Ponce. Introducción al estudio de sus obras fundamentales*, Buenos Aires, Sílabas, 1969.



Siqueiros y la Argentina

Un documento inédito

Cristina Rossi
Diego Ruiz



Publicamos por primera vez una carta de David Alfaro Siqueiros, escrita en 1964, en la que instruye a sus contactos en Argentina acerca de *Ejercicio Plástico* (su historia, su técnica y sobre todo sus posibilidades de restauración). Se trata del único mural que pintó el mexicano en su viaje de 1933 a Buenos Aires, un hito crucial en su obra, que se deteriora desde hace años en un container en el puerto a causa de un interminable enredo judicial. Este valioso documento fue donado al Ce.D.In.C.I. por Mónica Tiffenberg.

Cerca de diez años después de la creación de *Ejercicio Plástico*, el célebre mural que realiza David Alfaro Siqueiros en la quinta de Natalio Botana en Don Torcuato, el mítico director del diario **Crítica** muere en un accidente automovilístico. Mientras tanto, Siqueiros, luego del fallido atentado contra León Trotsky en la capital mexicana, atraviesa un nuevo período de cárcel y exilio. El imperio de Botana se deshace y su propiedad en Don Torcuato, mural incluido, sigue el destino de los negocios inmobiliarios, pasando, inclusive, por las manos de Álvaro Alsogaray y asociados.

Ejercicio Plástico, realizado en el interior de una propiedad privada, parecía ya estar condenado a una interminable historia de olvidos y azares. Los cambios de dueño, los años de abandono, la extracción del sótano de la quinta por medio de una obra de ingeniería única y las posteriores cuestiones judiciales y económicas son parte de la historia ya conocida de esta obra. Setenta años de vida en los que sufrió los avatares políticos de nuestro país, las vicisitudes de sus dueños, los olvidos y memorias del propio Siqueiros, de sus compañeros del Equipo Poligráfico, de sus historiadores y críticos.

En la construcción del itinerario histórico de *Ejercicio Plástico* existe un primer momento de rescate e intento de conservación. En 1962, Miguel A. Vadell, entonces dueño de la quinta, quien contaba con una prestigiosa escribanía en Buenos Aires, contrata a Juan Carlos Castagnino para restaurar el mural. El pintor argentino recuerda en ese momento la creación de la obra y su importancia en una conferencia que dicta paralelamente a su trabajo.¹ Ese mismo año, Siqueiros es nuevamente encarcelado en México por sus actividades políticas. El gobierno de López Mateos lo acusó por el delito de “disolución social” y en nuestro país se formó el “Movimiento Argentino por la libertad de David Alfaro Siqueiros”, con sede en Uriburu 1530, cuyo secretario general era Castagnino y entre los participantes se contaban Antonio Berni, Demetrio Urruchúa, Luis Falcini, Rafael Alberti y Pablo Neruda, entre otros.

Liberado hacia mediados de 1964, Siqueiros escribe desde México pocos meses después una suerte de instructivo enviado a través de Mónica Tiffenberg a los argentinos Abel González y Alberto Rabilotta, quienes por entonces intentaban realizar una película acerca del mural. Tiffenberg, que donó recientemente copia de este texto al

Ce.D.In.C.I., es una antropóloga argentina que entonces residía en México y se había ofrecido para oficiarse de intermediaria ante Siqueiros.

Es interesante el recuerdo de Siqueiros respecto de los colores utilizados, ya que en obras posteriores dejó de emplear estos silicatos reemplazándolos por etílicos, que le permitían evitar ciertas “reacciones erráticas” que podían resultar de la combinación de tierras con los silicatos de Keim². La carta también destaca la restauración llevada a cabo por Castagnino y aconseja la consulta al resto de los integrantes del Equipo Poligráfico (Spilimbergo era el único que había fallecido). Al nombrar a León Klimovsky, el muralista no sólo nos recuerda la gran influencia que tuvieron el cine y la fotografía en su obra y su concepción del arte, sino que la exposición “bajo el patrocinio de la Intendencia Municipal” con fotografías de *Ejercicio Plástico* que rememora Siqueiros coincide con el anuncio en *Crítica* de la inauguración de una muestra sobre la obra del artista mexicano que se realizó en el subsuelo del Consejo Deliberante de Buenos Aires, quizás único espacio público y oficial que obtuvo aunque,³ paradójicamente, para ese momento Siqueiros ya había sido encarcelado e intimado a salir de nuestro país.

Con respecto a la ubicación de otras obras realizadas en su estancia en el Río de la Plata, señala como posibles contactos a Blanca Luz Brum, su compañera en la ruta rioplatense, y a María del Carmen de Jesualdo. En este último caso se trata de María del Carmen Portela, previamente casada (hacia 1933) con Rodolfo Aráoz Alfaro, intelectual que había escrito palabras elogiosas ha-

cia el mexicano en el diario *Crítica*.⁴ Esta escultora y grabadora argentina había presenciado gran parte del proceso creativo de *Ejercicio Plástico* en la quinta de Botana y mantuvo un intercambio epistolar importante con el mexicano apenas éste partió hacia los Estados Unidos.⁵ Por otra parte, junto a Aráoz Alfaro y a otros intelectuales, periodistas y artistas de diferentes posiciones de izquierda (Nydia Lamarque, Elías Castelnuovo, Raúl González Tuñón, Facio Hebequer, entre otros), Siqueiros organizó diversas actividades políticas que tenía vedadas oficialmente, en las que, inclusive, tomaban como punto de reunión la casa que los Aráoz Alfaro tenían en la Avenida Santa Fe al 2400 de Buenos Aires⁶.

En cuanto a “La Borde”, se trata del pintor uruguayo Guillermo Laborde, docente del Círculo de Bellas Artes de Montevideo, perteneciente a la denominada “escuela planista”, quien tuvo activa participación en la visita de Siqueiros por estas latitudes —integrando la comisión de recepción junto a otros intelectuales, artistas plásticos, arquitectos y escritores— y que fue, por otra parte, una de sus más estrechas amistades en su estadía montevideana.⁷

Aún cuando habían pasado más de treinta años de su realización, este documento muestra el interés del propio Siqueiros por preservar el estado y difundir esta peculiar obra, que muchas veces ha quedado en las sombras de su producción artística. Por otra parte, adquiere gran actualidad frente a los renovados intentos de rescate, restauración y exhibición pública que se suceden en estos días.

CARTA-INSTRUCTIVO DE D. A. SIQUEIROS SOBRE LA RESTAURACIÓN DE “EJERCICIO PLÁSTICO” Y LA LOCALIZACIÓN DE SUS OBRAS RIOPLATENSES

Algunas consideraciones para quienes estiman mi mural de “Don Torcuato” de la República Argentina y desean salvarlo de una destrucción total

1. En el folleto adjunto, publicado en Buenos Aires, en el mes de diciembre de 1933, aparecen de manera explícita las características técnicas de “ejercicio plástico”. Tales indicaciones podrán servir para cualquier posible obra de reparación [sic: reparación] que se determine.
2. En la época que fue ejecutado, los colores que

se usaron para ello procedían de Alemania y su marca comercial era “keim”. En todo caso los retoques los hicimos con colores a base de silicato, de lo que se desprende que el retoque podría hacerse con el mismo procedimiento.

3. Dos de los partícipes en la ejecución de esa obra, ambos argentinos, Juan C. Castagnino y Antonio Berni viven aún y ellos podrían coayudar [sic] en el propósito del retoque y reparación general. Por otra parte, creo que alguna

intención tuvieron ya al respecto. Recomiendo que se hable con ellos. En lo que respecta a Enrique Lázaro, uruguayo radicado entonces en Argentina, es posible que pueda hacerse algún contacto con él para el mismo objeto.

4. Entiendo que fue León Klimovsky, ya para entonces distinguido cineasta, quien hizo una pequeña película y, desde luego, fue él, si no me equivoco, quien hizo las 100 o 150 fotografías, con magníficas ampliaciones, que se expusieron en Buenos Aires bajo el patrocinio de la Intendencia Municipal y las cuales podrían servir para la indicada reconstrucción del mural. Nota: Entiendo que Klimovsky no se encuentra actualmente en Argentina, pero indudablemente conserva los negativos y, por otra parte, me gustaría que me hiciera una colección completa sobre la base que yo enviaría a vuelta de correo de las mismas el importe del trabajo material.

En lo que respecta a la localización de obras mías de caballete ejecutadas en Argentina y en Uruguay:

1. La mejor parte de las ejecutadas en Uruguay formaron parte de mi exposición de 1934 en Nueva York y fueron vendidas en Estados Unidos. Creo que quedan tanto en el país del Plata como en Argentina algunos estudios míos por demás informales. Cómo localizarlas? Hay para ello dos pistas: la de Blanca Luz Blum [sic: Brum], hoy casada en Chile, y la de María del Carmen hoy de Jesualdo. Posiblemente ellas podrán dar otras pistas. Por ejemplo: mis dibujos para dos o tres carátulas del retograbado [sic] de "Crítica" podrán conseguirse en el archivo de ese diario. Creo que en Uruguay, precisamente en Montevideo, podrán encontrarse algunas cosas mías; quizás en la colección de La Borde [sic: Laborde]. Por el conducto de ese gran poeta y gran amigo mío de Argentina y de París, que se llama Oliverio Giron-do, podrían localizarse algunas cosas.

No envío en este momento reproducciones en color y en blanco y negro porque deseo esperar, en lo que respecta a lo primero, que me entreguen las magníficas que se están utilizando para una obra con reproducciones de mi pintura en la cárcel, y en lo que respecta a las segundas porque espero una colección más completa que no tengo ahora, debido en parte a que mi gran fotó-

grafo de apellido Zamora está también participando en festividades de Año Nuevo; pero todo esto se lo enviaré en el transcurso, espero, de la primera quincena del próximo enero.

Por último, con la magnífica y hermosa contribución de Mónica Tiffenberg, les envío estas líneas, estimados amigos, Abel González y Alberto Rabilotta.

México, D.F., 26 de diciembre de 1964

Firmado: David Alfaro Siqueiros

Mi dirección: Tres Picos 29 – México 5. D.F.

- 1 En el marco de "D. A. Siqueiros, Exposición Homenaje", organizado por la SAAP en julio de 1962, la conferencia fue acompañada por fotografías del mural tomadas por Lidia Márquez, el poema "Al pintor mexicano David Alfaro Siqueiros, en prisión" escrito y leído por su viejo amigo Rafael Alberti y una disertación del poeta Lorenzo Varela sobre "Un pintor y un país".
- 2 Cfr. R. Mayer, *The Artist's Handbook, of Materials and Technique*, Nueva York, Viking Press, 1970, 361/371.
- 3 En un breve recuadro del 6 de diciembre de 1933 se informa, en página 4, que se inaugurará a las 19 horas una exposición de la obra del muralista en el Salón de Exposiciones del subsuelo del Palacio del Consejo Deliberante de Buenos Aires, en las calles Victoria y Perú.
- 4 Poco antes de la obligada salida de Siqueiros de Argentina, Rodolfo Aráoz Alfaro firma un artículo sobre Ejercicio Plástico y su creador, en la edición de *Crítica* del 10 de diciembre de 1933.
- 5 G. Peluffo Linari, "Siqueiros en el Río de la Plata: arte y política en los años 30", en *Otras rutas hacia Siqueiros*, Cuare/INBA, México, 1996, pp.213.
- 6 Así lo consigna una carta-proclama, del 26 de octubre de 1933, firmada por Siqueiros junto a intelectuales y artistas argentinos, en donde señalan la necesidad de tomar acciones políticas contra la Conferencia Panamericana que se realizaría en noviembre de ese mismo año en Montevideo. Por tal motivo convocan a una reunión en Santa Fe 2408, casa de Rodolfo Aráoz Alfaro. Documento inédito del Acervo Documental de la Sala de Arte Público Siqueiros, INBA-CONACULTA, México D.F.
- 7 Cfr. "Carta a Laborde", fechada el 20 de noviembre de 1933, documento editado en R. Tibol, *Palabras de Siqueiros. Selección*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pp.101; así como en G. Peluffo Linari, *op.cit.*, pp.210.

La respuesta olvidada de Berni a una encuesta francesa

**A propósito de los plásticos
comunistas argentinos y el "Nuevo
Realismo"**

Cristina Rossi



Frans Masereel

El canon soviético del “realismo socialista” intentó imponerse entre los artistas y escritores argentinos de los años '30 y '40 del siglo XX, a través de la mediación de los debates de intelectuales comunistas europeos, sobre todo franceses. En este texto, Cristina Rossi —docente e investigadora de la UBA— estudia el impacto que los debates de la revista *Commune*, órgano de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios de Francia, encontraron en los plásticos argentinos nucleados en la AIAPE y la SAAP, y recupera una olvidada intervención de Antonio Berni de 1935 en esa misma publicación.

El llamado soviético de alineamiento tras el canon del realismo socialista puso la cuestión del “tema” en el centro de las discusiones. Es en este marco que, en 1935, la publicación francesa vinculada al PCF *Commune*, subtitulada *Revue de l'Association des Ecrivains et des Artistes Révolutionnaires* (A.E.A.R.) difundía una encuesta bajo el título *Où va la peinture?* El número reunía las voces de treinta artistas, abarcando desde los reconocidos orígenes del realismo en Courbet hasta los más jóvenes, como Antonio Berni o Yves Tanguy, e incluía la original respuesta de Alberto Giacometti expresada a través de un dibujo.¹

En general, las respuestas focalizaban la tensión entre contenido y forma desde múltiples perspectivas: para Ozenfant, por ejemplo, había que preocuparse por aquello que debía decirse; para otros, como Tanguy y Ernst, la cuestión estaba puesta en lo intuitivo y el contenido no dependería de la voluntad consciente del pintor; para Lhote, el acento debía estar puesto en la *técnica*; Léger entendía que la sujeción a un tema había quitado libertad a los pintores; otros se preguntaban si el tema era la *anécdota*, la *ilustración* o el *punto de partida* para la obra; Gromaire consideraba que quitarle importancia al tema equiva-

lía a pensar que el arte era un divertimento para exquisitos; otros pensaban que la pintura debía ser *reivindicativa* y que el artista debía tomar la ofensiva, luchar por una sociedad humana y comunista; para otros, finalmente —aunque desde distintos enfoques—, había que llevar la revolución a los muros. Esta era la opción que planteaba Berni, quien envió la siguiente respuesta:

“Cada época y cada clase han tenido sus medios técnicos de expresión artística de acuerdo con sus sentimientos, sus conceptos y su ideología dominante.

En Grecia y en la Roma Antigua, los pintores empleaban preferentemente la encáustica y la pintura al temple. En la Edad Media, el feudalismo encuentra en la pintura al fresco un medio formidable de propaganda religiosa entre las masas. El Renacimiento descubre con la pintura al óleo un nuevo vehículo perfectamente adecuado a las nuevas necesidades de expresión plástica, que llegarán a ser la técnica por excelencia de la sociedad burguesa. Hacia mediados del siglo pasado, en coincidencia con las últimas etapas del desarrollo de la técnica individualista de la pintura de caballete, se operó una gran revolución que

cambia el panorama del mundo de las formas gráficas. La fotografía, el fotograbado y el gran desarrollo de las artes gráficas aumentaron considerablemente el campo de expresión plástica. Desde entonces, los elementos tradicionales para el trabajo estético y documental perdieron terreno frente a las nuevas técnicas. La burguesía aprovecha esos descubrimientos, pero sólo el proletariado ruso llega a emplearlos según un criterio científico, artístico y al alcance de las grandes masas.

La ciencia pone nuevos medios técnicos al alcance del artista, quien poco a poco descubre su utilidad. Nosotros podemos citar, para dar un ejemplo, las nuevas materias colorantes: el Duco, las lacas, los silicatos de sodio, etc., que se emplean con la brocha mecánica a aire, debido a su propiedad de secado instantáneo. Hasta ahora, sólo la industria usaba esos medios técnicos en la pintura de carrocerías, muebles, fachadas, etc. El artista no ha descubierto inmediatamente su valor y la trascendencia que ellos pueden tener en la historia de las artes plásticas.

El resultado obtenido con la brocha mecánica en la realización de la pintura monumental, su eficacia y superioridad en comparación con la brocha de pelo y madera (pincel) han sido probadas ya en varias ocasiones. El primer ensayo fue realizado por el pintor mexicano Siqueiros con un equipo de pintores sobre un muro de 32 metros de largo por 9 de alto, en el Center Place de Los Angeles. En Buenos Aires, ese mismo artista ha formado un equipo de cinco pintores, entre ellos yo mismo, y ha realizado, sobre un muro interior un fresco de 200 metros cuadrados. El método utilizado fue el del fresco tradicional sobre un revestimiento de cal y arena. Pero en lugar del pincel, empleamos la brocha mecánica. Una vez seco el revestimiento, y considerado el verdadero efecto de la pintura al fresco, hicimos los últimos retoques al silicato de sodio.

Yo creo que se puede abandonar el método de pintar sobre revestimiento fresco. La química moderna nos ha descubierto nuevas materias colorantes y mordientes invulnerables, capaces de resistir al tiempo. El silicato de sodio resiste con éxito al aire libre y a la luz sobre los muros exteriores.

Nosotros hemos realizado un ensayo con la laca, aplicada con brocha mecánica, sobre una tela de 3 metros por 2, convenientemente preparada con anterioridad. Los resultados técnicos han sido extraordinarios; la brocha mecánica permite modelar el volumen de los planos con una facilidad y una perfección que nunca se obtendría con la ayuda del pincel.

Podemos imaginar el enorme interés que tendrá para pintar muros de centenares de metros donde trabajarían equipos de pintores bien dirigidos y que permitirían la realización de figuras de dimensiones extraordinarias visibles a gran distancia.

A esta técnica se une el uso del documento fotográfico y del proyector que permite transportar mecánicamente sobre los grandes muros el boceto a lápiz. En la Rusia soviética, su empleo podría ser un formidable material de propaganda que el proletariado necesita en el curso de la edificación de la nueva sociedad. En una palabra, esta técnica es el golpe de gracia al individualismo, al pintor de taller, al arquetipismo para exposiciones, al idealismo burgués. El pintor debe salir a la calle, ser realista, monumental. La pintura debe emplazarse en los puntos estratégicos de las grandes ciudades (fachadas, laterales y detrás de los grandes edificios) accesibles a las grandes masas dinámicas de los tiempos modernos, ella es el arte por excelencia de la futura sociedad socialista.¹²

Con estos conceptos Berni no sólo se refería a la fotografía, al fotograbado y al desarrollo de las artes gráficas, sino también a las lacas, silicatos de sodio y colorantes que permitían un rápido secado al ser utilizadas con el mismo instrumental que empleaba la industria. Esta era la introducción que le permitía presentar al mural *Ejercicio Plástico*, realizado en la quinta de Natalio Botana por el Equipo Poligráfico³ y a su siguiente experiencia con estos materiales⁴ e, inclusive, inscribirlas en el marco de la anhelada expansión del muralismo mexicano⁵.

Entre julio y agosto de 1935, el VII Congreso del Komintern reunido en Moscú estableció la política de frentes populares contra el fascismo, impulsando la conformación de este tipo de alianzas en los distintos países. Mientras en Nueva



Audivert

York se reunía el Primer Congreso de Artistas Estadounidenses⁶, entre mayo y junio de 1936 la *Maison de la Culture* de París organizó dos debates públicos que, más tarde, circularon en nuestro campo cultural.

En la noche del 16 de mayo y del 20 de junio de 1936 las reuniones realizadas en la sede de la calle Navarin contaron con la palabra de Jean Lurçat, Gromaire y Edouard Goerg, Küss, Le Corbusier, Léger, Lhote, Jean Labasque, Jean Casou y, en ambos, de Louis Aragon en su calidad de anfitrión.⁷ Aunque la posterior publicación de los debates y la encuesta bajo el título *La Querelle du Réalisme* contribuyó a imprimirles el sello de la visión de Aragon —en ese momento secretario general de la AEAR—, no todas las participaciones compartían su enfoque.

En el cierre de la primera sesión, las palabras de Aragon defendieron la tendencia realista que, según su opinión, se pone de manifiesto cada vez que el equilibrio social está amenazado. Su argumentación tenía en cuenta los vínculos con la fotografía pero, en lugar de rivalizar con el objetivo fotográfico, proponía asumir el desafío que había planteado esa técnica. Apoyando sus reflexiones en algunos testimonios que acababan de publicarse en el libro de Gisèle Freund,⁸ se preguntaba: ¿por qué la pintura debía oponerse a la fotografía si, por ejemplo, la novela no competía con los reportajes? Por lo tanto, su propuesta era alcanzar un *nuevo realismo* que expresara las realidades sociales al tiempo que intentara modificarlas. No sería, entonces, un realismo naturalista ni una pintura que repitiera el erróneo desconocimiento de los adelantos de la técnica que condujeron al comportamiento reaccionario de quienes “quisieron que su pintura representara y significara cada vez menos. Se diluyeron en la delectación de la manera, de la materia. Se perdieron en la abstracción. (...) En una palabra será el realismo socialista, o la pintura dejará de ser, dejará de ser en su dignidad. (...) Créanme, ha llegado el momento de hablar como los hombres. No decorarán más arabescos anodinos en los palacios de los poderosos. Serán trabajadores como los otros hombres, sus iguales en el mundo que viene”.⁹

En la reunión del 20 de junio, Le Corbusier planteaba que si bien la pintura que transmitió la historia fue figurativa y asumió el rol “utilitario” de fijar el discurso y construir archivos documentales, esa fi-

guración también fijó el lirismo, porque cuando la pintura es buena —explicaba— ese lirismo está en las formas, en la armonía plástica, en la evocación de la poesía que constituye el objeto definitivo de las artes. Frente a la saturación de la imagen a través del cine y las revistas, consideraba que la pintura había perdido parte de sus objetivos así como los pintores a sus clientes; pero, ¿qué sería, entonces, de la pintura y la estatuaría? Desde su doble condición de arquitecto y pintor afirmaba que: “las artes plásticas se insertarán armoniosamente en la arquitectura del tiempo presente con un sentido suficiente de la realidad actual (...) Se trata de un fenómeno orgánico. No se trata de mezclar la pintura y la estatuaría con la arquitectura, como se ha hecho (...) Creo que entramos en época en la que el espíritu puro y renovador de los tiempos modernos se expresará por los organismos teniendo una matemática interior, suponiendo los lugares precisos e inalienables donde la obra de arte irradiará toda su pujanza”.¹⁰

Según la opinión de Léger la propia velocidad de la época estaba precipitando un *nuevo realismo* con orígenes en la vida moderna, en los objetos fabricados y geométricos, en “los escaparates de las tiendas en donde el objeto aislado hace que la gente se detenga a mirar”¹¹. Aún considerando que las circunstancias sociales no permitían la realización del arte mural colectivo al que aspiraba, pensaba que había que continuar con la liberación del color y de la forma geométrica que se había impuesto porque no era digno proponer una pintura popular inferior en calidad bajo el pretexto de que el pueblo no la entendería.

Por otra parte, en nuestro país la intelectualidad había respondido al llamado antifascista formando la AIAPE (Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores). Berni no sólo participó en esta agrupación sino que, en 1935 ingresó como socio activo en la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos (SAAP). Si bien el programa de esta última formación fundada en 1925 se había planteado no hacer *banderismo* de tendencias o escuelas, hacia 1935 había comenzado a acusar el impacto de la política internacional comunista e iba modificando su conformación para dar cabida, progresivamente, a un mayor número de artistas de izquierda en sus cargos directivos¹². Desde agosto de 1936, *Forma*, su órgano de difusión, fue una tribuna inmejorable para defender pro-

puestas estéticas o gremiales y Berni fue uno de los primeros en utilizar sus páginas no sólo para reclamar apoyo para los murales (proyectos que también defendía con entusiasmo en sus clases y conferencias¹³), sino también para trazar los postulados de su Nuevo Realismo, tal como escribió en el primer número de esa revista: “En el nuevo realismo que se perfila en nuestro medio, el tejido de la acción es lo más importante, porque no es sólo imitación de los seres y cosas, es, también, imitación de sus actividades, su vida, sus ideas y desgracias. El nuevo realismo no es una simple retórica, o una declamación sin fondo ni objetividad, por el contrario, es el espejo sugestivo de la gran realidad espiritual, social, política y económica de nuestro siglo”.¹⁴

Tempranamente esta revista de la SAAP también se hizo eco de la querrela parisina, reeditando la respuesta enviada por Ozenfant a *Où va la peinture?*¹⁵ y más tarde, distintos fragmentos de aquellos debates fueron revisitados no sólo por *Forma* sino también por *Latitud*¹⁶, otra de las revistas argentinas que conformaron el entramado de circulación del ideario izquierdista y que traducían al campo intelectual y artístico argentino las perspectivas “neorrealistas” del comunismo europeo.

1 Cf. “Où va la peinture?”, en *Commune. Revue de l'Association des Ecrivains et des Artistes Révolutionnaires*, vol 21, París, mayo 1935, pp. 937/960 y vol 22, París, junio 1935, pp. 1118/1135. Los artículos incluían respuestas de: Amédée Ozenfant, Christian Bérard, André Derain, J.L. Garcin, Jean Carlu, Fernand Léger, Marie Laurencin, Jacques-Emile Blanche, André Marchand, Gustave Courbet, Paul Signac, Max Ernst, André Lhote, Honoré Daumier, Frans Masereel, J-F Laglenne, Valentine Hugo, Jean Lurçat, Yves Tanguy, Horace Vernet, Raoul Dufy, Robert Delaunay, Georges-André Klein, Pierre Vérité, Christian Gaillard, Edouard Goerg, R. Mendès France, Antonio Berni, Marcel Gromaire y Alberto Giacometti.

2 Cf. “Où va...”, *cit.*, vol 22, París, junio 1935, pp. 1132/3. La traducción es nuestra.

3 Se trata de *Ejercicio Plástico*, mural pintado en 1933 en la residencia que el entonces director del diario *Crítica* poseía en Don Torcuato, Pcia. de Buenos Aires, por el equipo formado por Siquieros, Berni, Lino Enea Spilimbergo, Enrique Lázaro y Juan Carlos Castagnino.

4 Al mencionar su “ensayo con laca” sobre una tela de 3 x 2m probablemente se refería a *El hombre herido. Documento fotográfico*, pintada en colaboración con Anselmo Piccoli y presentada en el Salón de Otoño de Rosario de 1935.

5 Analizo este texto en el marco de las acciones estético-po-

líticas de Berni en: “¿Adónde va la pintura? Dos respuestas de Antonio Berni a una misma pregunta”, en *Discutir el canon. Tradiciones y valores en crisis*, II Congreso Internacional de Teoría e Historia de las Artes – X Jornadas CAIA, Buenos Aires, 2003, pp. 455/472.

6 En esa oportunidad Meyer Schapiro presentó “Los fundamentos sociales del arte”, ensayo en el que aún se mostraba partidario de un arte que tuviera el apoyo de las masas y considerase las inquietudes de la clase transformadora. Sobre su posición y las tensiones del medio estadounidense, ver: S. Guilbaut y C. Knicely, “La cruzada de los medievalistas: Meyer Schapiro y Pierre Francastel”, en S. Guilbaut, *Sobre la desaparición de ciertas obras de arte*, México, Curare, 1995, pp. 147/233.

7 Para el primero también estaba invitado André Derain, quien se excusó diciendo que renunciaba porque lo aburría y porque no tenía ninguna disposición para participar en un tipo de acción que consideraba inútil y nefasta. Los dos debates y la encuesta publicada en la revista *Commune* fueron compilados bajo el título *La Querelle du Réalisme. Deux débats organisés para l'Association des peintres et sculpteurs de la Maison de la Culture*, Editions Sociales Internationales, Colection Commune, París, 1936.

8 Se refería a la tesis doctoral defendida por G. Freund en la Sorbonne publicada como *La Photographie en France au XI-Xe siècle*, A. Monnier, París, 1936. Hay edición en castellano.

9 Cf. “Aragon”, en *La Querelle du Réalisme. Deux débats organisés para l'Association des peintres et sculpteurs de la Maison de la Culture*, Editions Sociales Internationales, Colection Commune, París, 1936, pp. 55/68. El destacado es nuestro.

10 Cf. “Le Corbusier”, en *La Querelle... cit.*, pp. 80/91.

11 Léger, F, “El nuevo realismo continúa”, en *La Querelle... cit.* pp. 73/79.

12 Analizo este aspecto en mi trabajo “Impacto del discurso siquieriano sobre el gremio de los artistas plásticos argentinos”, en *II Jornadas de Historia de las Izquierdas*, Facultad de Ciencias Sociales – CeDInCI, Buenos Aires, 2002.

13 La prédica muralista ocupó muchas de las conferencias dictadas por Berni, entre ellas “La pintura mural”, en Teatro del Pueblo, Buenos Aires, (1940); “Las diversas técnicas de la pintura moderna” en Ministerio de Relaciones Exteriores, La Paz, Bolivia (1942); “Pintura Mural en América”, en Universidad de la República, Montevideo, Uruguay (septiembre de 1943); “La pintura Mural en América”, en la Sociedad de Artes Plásticas Austral, Comodoro Rivadavia (diciembre de 1943); “La pintura Mural en América”, en la Unión Personal C.A.D.E., Buenos Aires (abril 1944); “Una manifestación argentina de arte mural”, en el *Athénée Hispaniste, Faclté des Lettres, Sorbonne*, París, mayo 1949.

14 Cf. Berni A., “Nuevo Realismo”, en *Forma*, año 1, n° 1, Buenos Aires, agosto 1936, p. 14.

15 Cf. Berni, A., “¿Dónde va la pintura?”, en *Forma*, año 3, n° 5, Buenos Aires, enero 1938, p. 18.

16 Publicación de intelectuales comunistas aparecida en 1945, en la que Berni dirigía la sección “Pintura y Grabado” y Luis Falcini la de “Escultura”.



Vida del Ce.D.In.C.I.

**El patrimonio cultural
del Ce.D.In.C.I.**

Una visita guiada



Frans Masereel

Tras las puertas de madera que guardan la casa de Fray Luis Beltrán 125 se atesora la principal biblioteca, hemeroteca y archivo de publicaciones de las izquierdas existente en el país, y quizás en toda América latina. Si quiere acompañarnos en una caminata imaginaria, le mostraremos, sala por sala, el patrimonio documental del Ce.D.In.C.I. en toda su diversidad.

Sala Clément Moreau

Apenas traspuesto el umbral, nos encontramos en el *hall* de entrada de nuestra casa, que bautizamos con el nombre de Clément Moreau (1903-1988), en homenaje al artista expresionista alemán, un activo militante antifascista exiliado entre 1935 y 1962 en la Argentina. Concebimos este espacio –curado por Juan Carlos Romero y Ana Longoni– como un ámbito para mostrar producciones visuales y prácticas artísticas vinculadas a la política: tanto muestras colectivas o individuales de artistas contemporáneos argentinos como exposiciones de investigación histórica, nutridas del acervo que resguarda el Centro (gráfica y afiches políticos, fotografías, ilustraciones de publicaciones periódicas de las distintas corrientes de izquierda, movimientos sociales, sindicales, de derechos humanos y culturales de la Argentina y del mundo desde 1890 a la actualidad).

Fue León Ferrari quien inauguró el espacio en 1998 con sus collages para el “Nunca Más” y “Nosotros no sabíamos”. Durante el 2003, expusieron los colectivos de arte callejero Máquina de Fuego, Grupo (N)* y Etcétera, el fotógrafo Carlos Pesce mostró fotos inéditas que tomó el 25 de mayo de 1973, y un género tan caro al arte político como el grabado estuvo representado por una impactante selección de la obra de Abraham Viggo, integrante de Artistas del Pueblo (el primer grupo de arte político surgido en 1916) y por alumnos de José Rueda, que reelaboraron fotos de prensa del 20 de diciembre de 2001. Cerra-

mos la programación del año con “Siluetas. 20 años”, una muestra de fotos y de siluetas originales producidas masivamente en Plaza de Mayo hace dos décadas, en ocasión de la Marcha de la Resistencia.

Sala de lectura José M. Aricó

A nuestra sala de lectura, con capacidad para quince lectores, decidimos bautizarla con el nombre de una figura clave en la renovación de los estudios sobre la izquierda argentina: el historiador y editor José María Aricó (1930-1991). La Sala dispone de dos lectoras de microfilm, una lectora de microfichas y una computadora para uso de los lectores, donde además pueden consultarse los catálogos en pantalla. Pero antes de sentarse a leer, los lectores deben dirigirse al mostrador de atención al público. Muchos saben con precisión qué quieren consultar, pero otros solicitan nuestro catálogo o acuden a los referencistas en busca de orientación.

Biblioteca de Referencia

La *Biblioteca de Referencia* reúne libros imprescindibles, ya sea para orientar la búsqueda del lector así como para auxiliar la lectura o la investigación. En primer lugar, debemos mencionar los catálogos biblio y hemerográficos, que brindan información sobre ediciones de libros, revistas y periódicos, nacionales y extranjeros. Por ejemplo, para orientar la consulta de revistas culturales ar-

gentinas, el Ce.D.In.C.I. dispone de catálogos de referencia, como los de Lafleur, Provenzano y Alonso (*Las revistas literarias argentinas. 1893-1967*), José Otero (*30 años de revistas literarias argentinas. 1960-1990*) y W. Pereyra (*La prensa literaria argentina. 1890-1974*, tres volúmenes aparecidos hasta hoy). Además, esta sección reúne una serie de libros y fascículos con estudios sobre revistas argentinas, como los clásicos trabajos de Beatriz Sarlo, Adolfo Prieto, González Lanuza y Córdoba Iturburu sobre *Martín Fierro* y los “martinfierristas”, el volumen *Cuando opinar es actuar* compilado por Noemí Girbal y Diana Quatrocchi sobre *Revistas argentinas del siglo XX*, los cuatro volúmenes colectivos —*Historia de revistas argentinas*— editados hasta la fecha por la Asociación de Editores de Revistas de la Argentina, el estudio de F. Ferreira de Cassone sobre *Claridad*, etc. Un género escasamente cultivado en nuestro país ha sido el de los índices de revistas: nuestra Biblioteca de referencia dispone de prácticamente todos los editados hasta hoy, como los de las revistas *Martín Fierro*, *Sur*, *Nosotros*, *Crisis*, *Todo es Historia*, *Contorno*, etc.

Sobre publicaciones políticas y político-periodísticas argentinas, la carencia de catálogos es alarmante. Disponemos de obras de referencia, como el libro *El periodismo argentino* de C. Galván Moreno, *El periodismo político* de V. R. García Costa o *El primer periodismo obrero y socialista en la Argentina*, de Dardo Cúneo. Para el estudio del radicalismo disponemos del *Manual Bibliográfico de la UCR* de Jacobone y Gallo, y para el peronismo las series *Bibliográficas* de Roberto Baschetti. Los dos únicas excepciones de catálogos sistemáticos de publicaciones políticas de la izquierda argentina las constituyen el *Catálogo de publicaciones políticas de las izquierdas argentinas. 1890-2000* editado por el Ce.D.In.C.I. en el año 2000 y el publicado dos años después por la Federación Libertaria Argentina: *Catálogo de publicaciones políticas, sociales y culturales anarquistas. 1890-1945*.

En la Biblioteca de Referencia el lector del Ce.D.In.C.I. podrá encontrar orientación sobre las colecciones disponibles en otras bibliotecas, tanto de la país como del extranjero. Disponemos, por ejemplo, de ejemplares de *Un siglo de periódicos en la Biblioteca Nacional (Políticos)* para el siglo XIX, del *Catálogo analítico de las publicacio-*

nes de la Academia Nacional de Historia para el siglo XX, de numerosos índices y catálogos del Archivo General de la Nación, de listados de microfilms disponibles en la Biblioteca Nacional y la Biblioteca del Congreso, etc. El volumen editado en 1997 por REMOS (“Bibliotecas y archivos documentales de los trabajadores argentinos”) ayuda al lector a identificar colecciones de publicaciones gremiales y políticas en archivos públicos y privados del país, aunque lamentablemente muchas instituciones o personas que declaran poseer estos acervos no siempre muestran gran disposición a facilitar la consulta pública. En cuanto al extranjero, el Ce.D.In.C.I. dispone de catálogos que informan de los acervos disponibles en el Instituto de Historia Social de Ámsterdam, el Archivo Leuenröth de la Universidad de Campinas de Brasil, la Fondazione G. Feltrinelli de Milano, la Fundación Pablo Iglesias de Madrid, etc.

Este sector dispone de una serie de diccionarios biográficos, como el *Nuevo diccionario biográfico argentino* de V. Cuttolo, la *Gran Enciclopedia Argentina* de Diego Abad de Santillán, el *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina* de Biblioteca Ayacucho en tres volúmenes, la *Enciclopedia de la literatura argentina* de Orgambide y Yahni, varias ediciones argentinas del *Quién es quién*, etc. Pueden consultarse también numerosas historias de la literatura argentina y latinoamericana (R. Rojas, Giménez Pastor, A. Berenguer Carisomo, CEAL, Jitrik, etc.). Finalmente, el lector dispone de diccionarios de la lengua castellana, ideas afines, sinónimos, así como diccionarios idiomáticos (inglés/español, francés/español, ruso/español, italiano/español, alemán/español, latín/español, portugués/español, etc.).

Mientras no se emprenda en nuestro país la edición de una *Bibliografía argentina* (esto es, un catálogo de catálogos de editoriales argentinas), el Ce.D.In.C.I. tiene a disposición de sus lectores más de un centenar de antiguos catálogos de librerías, editoriales y distribuidoras del país (Editorial Claridad, Librerías Perlado, E. Losada, etc.).

Sala Carlos A. Brocato

Como homenaje al ensayista político Carlos Alberto Brocato (1932-1996), cuya colección de revistas culturales fue uno de los puntos de partida de nuestro acervo, dimos su nombre a esta sala

que reúne alrededor de 500 colecciones de **revistas culturales y político-culturales argentinas**, desde la célebre *Martín Fierro* (1904) de Alberto Ghirardo hasta revistas de reciente aparición. Muchas de estas colecciones son de muy difícil acceso y, en algunos casos, únicas. Por ejemplo, se dispone de valiosas publicaciones de los años '20, '30 y '40, como *Revista de Filosofía*, *Babel*, *Claridad*, *Columna*, *Cursos y Conferencias*, *Inicial*, *Valoraciones*, *Izquierda*, *Sur*, *Dialéctica*, *Contra*, *Unidad*, *Nueva Gaceta*, *Expresión y Realidad*. Para el "período dorado" de las revistas culturales argentinas (1951-1975), se han reunido más de 150 colecciones —algunas de ellas muy raras—, incluidas *Centro*, *Contorno*, *Las ciento y una*, *Cuadernos de cultura*, *Gaceta Literaria*, *Hoy en la Cultura*, *El grillo de papel*, *El escarabajo de oro*, *Cuestiones de filosofía*, *Fichas*, *Eco contemporáneo*, *Kairós*, *Pasado y Presente*, *La rosa blindada*, *Cristianismo y revolución*, *Los libros*, *Nuevos aires*, *Envido*, *Barrilete*, *Antropología del Tercer Mundo* y *Crisis*. Se dispone también de una serie de colecciones de cultura judeo-argentina, donde se destacan títulos como *Cuadernos de Oriente y Occidente*, *Judaica*, *Davar*, *Comentario* e *Índice*. También de enorme valor es el acervo de publicaciones culturales editadas bajo la última dictadura militar (que asciende a un centenar de títulos), muchas de ellas de precaria existencia, pero que constituyen un conjunto de enorme significación político-cultural dadas las difíciles condiciones de su producción y circulación: *Contexto*, *Cuadernos del camino*, *Icaria*, *Nova-Arte*, *Poddema*, *Nudos*, *Suburbio*, *Praxis*, *Punto de vista*, *Sitio*, etc.

La información sobre las colecciones de esta sala estarán disponibles en el *Catálogo de revistas culturales argentinas. 1890-2003*, actualmente en preparación.

Una pared de la Sala Brocato aloja nuestra *Biblioteca de pensamiento argentino*. Allí están dispuestas, por orden alfabético, alrededor de 1500 obras de autores argentinos clásicos y contemporáneos, desde Alberdi (*Obras completas*, *Escritos Póstumos*), Sarmiento (*Obras Completas*, tanto en primera como en segunda edición), Moreno, Monteagudo, Juan María Gutiérrez, Echeverría, etc. pasando por otros como José Aricó, Carlos Astrada, John W. Cooke, Ramón Doll, Luis Franco, Silvio Frondizi, Manuel Gálvez, Tulio Halperin

Donghi, Arturo Jauretche, José Ingenieros, Leopoldo Lugones, Ezequiel Martínez Estrada, Juan Carlos Portantiero, Milcíades Peña, Aníbal Ponce, José María Ramos Mejía, José Luis Romero, Raúl Scalabrini Ortiz, etc., hasta llegar a los contemporáneos. Esta Biblioteca dispone de ejemplares muy valiosos, como por ejemplo la edición de *Obras Completas* de Francisco Bilbao en cuatro volúmenes, varias ediciones antiguas de obras de Alejo Peyret, la primera edición de *La Argentina y el imperialismo británico* de los hermanos Irazusta, la primera edición del folleto "Un examen de conciencia" de Ponce, varias obras de Elías Castelnuovo como *Yo vi... en Rusia*, *Rusia soviética*, *El arte y las masas*, etc.

Sala Julio Cortázar

Esta sala se compone de dos zonas. En la primera está alojada nuestra *Biblioteca de Literatura Argentina*. Formada sobre la base de las bibliotecas personales de figuras como Cayetano Córdoba Iturburu, Raúl Larra, Samuel Schneider, etc., reúne sobre todo gran parte de la narrativa y la poesía social argentina del siglo XX., destacándose obras de autores como Roberto Arlt, Leónidas Barletta, Jorge Luis Borges, Elías Castelnuovo, Julio Cortázar, Raúl y Enrique González Tuñón, Roberto Mariani, José Murillo, Roberto J. Payró, Gerardo Pisarello, José Portogalo, César Tiempo, David Viñas, Bernardo Verbitsky, Fina Warshchaver, Enrique Wernicke, Álvaro Yunque, etc. Algunas piezas de especial interés son la primera edición de *Tumulto* de Portogalo (1935) con ilustraciones de D. Urruchúa, el poemario *La rosa blindada* de Raúl González Tuñón (1936) con tapa de Castagnino, *Los destinos humildes* de L. Barletta dedicado por el autor a Córdoba Iturburu, o los libros de Horacio Quiroga —*Los desterrados*, *Anaconda*, *Pasado Amor*— editados en la década de 1920 por Babel. Esta biblioteca de literatura argentina ronda los 1.500 ejemplares.

Dentro de ella, un sector —unos 200 ejemplares— está agrupado por núcleos temáticos: estudios y ensayos sobre criollismo y gauchesca, poblaciones aborígenes, folklore argentino; libros de viajeros en territorio argentino; historia regional del interior del país; obras de historia del teatro argentino, de historia de la Ciudad de Buenos Aires, de lunfardo y bohemia porteña.

En la segunda zona se ubican nuestras colecciones de diarios y revistas periodísticas argentinas, donde se destacan colecciones de revistas como *Qué*, *Primera Plana*, *Confirmado*, *Panorama*, *El Porteño*, *El Periodista*, *La Maga*, *Trespuntos*, etc. Entre los diarios, se dispone de colecciones de *La Prensa* (de 1970 a 1976), *Clarín* (1976 a 1983), *Sur* (colección completa: 1989-1990), *Página/12* (período 1995-1999). Especial interés reviste nuestra colección del diario *Noticias* (1973-74). Entre las revistas periodístico-humorísticas, se dispone de títulos como *Tía Vicenta*, *Tío Landrú*, *La Hipotenusa*, *Hortensia*, *Satiricón* y *Humor*. Además, esta sección posee cajas de archivo con diarios, revistas y recortes de prensa clasificados temáticamente (vgr.: “Semana Trágica”, “Revolución Argentina”, “Cordobazo”, “Golpe de estado de marzo de 1976”, etc.).

Disponemos, además, de una sección de fascículos de edición argentina, desde los más antiguos editados por CODEX hasta los publicados por Centro Editor de América Latina desde inicios de la década de 1970. El Ce.D.In.C.I. posee series muy completas de las colecciones de libros y fascículos editados por el CEAL, desde la “Biblioteca Política” hasta fascículos como *Los hombres*, *Transformaciones*, *Historia de América* o *Capítulo. Historia de la Literatura Argentina*.

Sala José Ingenieros

Esta sala reúne más de 10.000 libros organizados según su temática.

En las secciones argentinas se distinguen áreas compuestas por investigaciones y ensayos sobre temas generales como economía, agro, industria, política, cuestión militar. Un segundo criterio temático ha sido el de agrupar los libros por corrientes políticas, sean libros escritos por los mismos protagonistas o investigaciones y ensayos sobre dicha corriente. Las principales secciones de libros por corrientes políticas (excluidas las pertenecientes a las izquierdas) son: liberalismo, conservadorismo, radicalismo, nacionalismo, peronismo, democracia progresista, y allí pueden encontrarse desde las obras de Lisandro de la Torre y Juan Perón hasta las distintas biografías de Hipólito Yrigoyen. También se conservan los diarios de sesiones de las Cámaras de senadores y diputados en períodos relevantes de la his-

toria argentina, así como distintas publicaciones oficiales del Estado argentino.

Otro sector de esta sala conserva los libros de o sobre los movimientos sociales de la argentina: derechos humanos, movimiento obrero, movimiento estudiantil, movimiento de mujeres, cooperativismo, seguridad social, pobreza y marginalidad, migraciones, “villas miseria” y movimiento villero, iglesia y catolicismo, etc. Entre algunas de las obras de este sector, vale la pena mencionar la *Historia del movimiento obrero de Argentina* de Alfredo Fernández (editados sus cuatro pequeños volúmenes entre 1936 y 1937), los dos volúmenes de la *Historia del movimiento obrero argentino* de Martín S. Casaretto (publicado entre 1946 y 1947), el texto de Julio Iribarne *El movimiento reformista universitario de 1905-07* (1921), la *Encuesta feminista argentina* de Miguel Font (1921) o *Sufragio femenino* (1948) de Armando Cocca.

La sección internacional de esta sala también está dividida en varias áreas. En pensamiento universal se han reunido obras de Rousseau, Hegel, Kant, Simone de Beauvoir, Foucault, Morgan, Weber, Sombart, Ortega y Gasset, para mencionar algunos autores. Un área de historia universal (que incluye una variada gama de libros y compilaciones de fuentes de la Revolución Francesa) y teoría de la historia, una de cuestión judía (en la Argentina y en el mundo), una tercera dedicada a libros sobre los totalitarismos, y un área sobre la cuestión militar internacional, la guerra fría y el armamentismo. Una sección referida a distintos movimientos sociales y políticos internacionales (movimiento obrero, feminismo, etc.) completa esta sala.

Sala Germán Avé-Lallemant

Esta pequeña sala ha sido bautizada con el nombre del primer marxista argentino: el ingeniero de origen alemán Germán Avé-Lallemant (1836 ó 37 - 1910). Especialmente acondicionada, reúne microfílm, ficheros con recortes de prensa, fotografías (negativos y papel fotográfico), compact disk (CD) y cassettes.

En primer lugar, guarda la colección de microfílm editados por el Ce.D.In.C.I., cuyos títulos pueden ser consultados en el *Catálogo de microfílm de Publicaciones políticas y culturales ar-*

gentinas (1917-1956) (Buenos Aires, Ce.D.In.C.I., 2002). Dispone, además, de copias de microfilms que se adquirieron gracias a un convenio con la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata (*Vorwärts, El Obrero, El Socialista*, etc.).

En segundo lugar, un fichero contiene varios centenares de carpetas colgantes con recortes de prensa: la mitad tiene entrada por autor y la otra mitad por tema.

En tercer lugar, una colección de compact disks con imágenes y publicaciones digitalizadas, los primeros resultados de nuestro proyecto de digitalización. En cuarto lugar, hay una colección de unas 6000 fotografías. Un millar corresponden a las que tomara, entre fines de la década de 1960 y fines de la de 1980 uno de nuestros socios honorarios, Alfredo Alonso (1915-1999), registrando sobre todo marchas, movilizaciones, afiches y pintadas políticas. Otras 4000 corresponden al que fuera el Archivo Fotográfico del diario *La Razón*, una verdadera historia gráfica de la política argentina entre el golpe militar de 1930 y la asunción de la presidencia por Raúl Alfonsín. De este último conjunto, se destacan por su cantidad e interés las fotografías del primer gobierno peronista. El resto proviene de diversas donaciones o de registros propios. Finalmente, disponemos de un centenar de cintas grabadas con entrevistas a diversos militantes sociales y políticos, base sobre la cual se construirá un Archivo de Historia Oral.

Este valioso conjunto de fotos políticas, CDs, cassettes, sumados a la Colección de los dos mil afiches políticos ubicados en la planera de la planta alta, están siendo fichados dentro del *Catálogo de fuentes visuales y orales (1890-2003)*.

Sala Herminia Brumana

Esta Sala, que homenajea a la pedagoga y escritora libertaria Herminia Brumana (1901-1954), reúne más de un millar de colecciones de *publicaciones periódicas políticas argentinas*, incluyendo colecciones de *revistas* (desde las más antiguas de orientación anarquista y socialista hasta aquellas actualmente en curso de publicación) y colecciones de *periódicos*, desde *La Vanguardia* y *La Protesta* a las publicaciones políticas actuales. Organizadas en torno a grandes tradiciones ideológico-políticas, se dispone de publica-

ciones anarquistas como el *Suplemento de La Protesta, Timón, Reconstruir* y *Spartacus* (del cual, hasta donde se tiene conocimiento, sólo existían disponibles hasta ahora dos números en el Instituto de Historia Social de Amsterdam); socialistas, como *La Internacional (Revista Socialista), Humanidad nueva, Crítica Social, Revista socialista, Argentina libre* o los *Anuarios*; comunistas (o de organismos colaterales), como *La Internacional, Documentos del Progreso, Revista de Oriente, Compañerito, Soviet, Bandera roja, Orientación, Nuestra palabra, Propósitos o Nueva Era*; publicaciones de escisiones del partido comunista como las inhallables *La Chispa* y *Adelante* de los años `20, *Clase obrera* y *Qué hacer por la nación y el socialismo*; trotskistas, como *Tribuna leninista, Nueva etapa, Inicial, La nueva Internacional, Lucha obrera, Frente obrero, Boletín de discusión del G.O.M., Frente proletario, Baluarte, Liberación nacional y social, Avanzada socialista, Solidaridad socialista, Política obrera* y *Prensa obrera*; de la "izquierda nacional", como *Frente obrero* (segunda etapa), *Octubre, Izquierda nacional* y *Lucha obrera*; de las diversas corrientes de la "nueva izquierda" post-peronista, como *Revolución, Movimiento, Liberación, Revista de problemas del Tercer Mundo, No transar, Nueva Hora* o *Confluencia revolucionaria por la patria socialista*; de la izquierda peronista, como *Trinchera de la JP, Compañero, Militancia, El descamisado, Ya, La causa peronista* o el diario *Noticias*. Puede afirmarse que las colecciones relativas al comunismo, el trotskismo y la "nueva izquierda" argentinos son de singular valor, y probablemente las más completas del mundo. Aunque disponibles en menor cantidad, también revisten interés colecciones de publicaciones radicales como la revista *Hechos e Ideas*, desarrollistas como *Qué*, liberales como *El gorila*, nacionalistas como *Azul y blanco*, filo-fascistas como *Pampero, Crisol* y *Nuevo Orden*, o católicas como *Criterio*.

Las colecciones de publicaciones periódicas se complementan con un sector de biblioteca, donde están organizados alfabéticamente libros de autores argentinos de filiación anarquista, socialista, comunista, trotskista y del conjunto de la "nueva izquierda".

La información sobre este acervo puede ser consultada en la primera entrega de los catálogos del Ce.D.In.C.I.: Horacio Tarcus y Roberto Pittalu-



Albert Daenens

ga, *Catálogo de publicaciones políticas de las izquierdas argentinas. 1890-2000*, Buenos Aires, Ce.D.In.C.I., 2000.

La planta alta

Una vez que subimos la escalera nos topamos con la *Biblioteca de Arte y Política "Abraham Vigo"*. Es un antiguo mueble que alberga nuestros libros sobre arte y gráfica políticos, así como catálogos, documentos, libros de artista de artistas plásticos argentinos y extranjeros, particularmente aquellos vinculados de alguna manera a las izquierdas (desde los Artistas del Pueblo —entre ellos Abraham Vigo, con cuyo nombre bautizamos nuestra Biblioteca de arte político— hasta los más recientes, pasando por Ricardo Carpani, Edgardo Vigo, Kantor, Seoane). Allí se encuentra, también, una colección de los libros colectivos de artista realizados a partir de un eje político, como *No al indulto*, *XX años*, *La desaparición*, entre otros.

A continuación, nos encontramos con la *Biblioteca de literatura universal*. Destacan allí antiguas ediciones de autores claves en la cultura de izquierdas del siglo XX como Henrik Ibsen, Henri Barbusse, Romain Rolland, Bertoldt Brecht, Peter Weiss, George Orwell, John Reed, Howard Fast, Césaire Pavese, Paul Eluard, Nazim Hikmet, Antonio Machado, Federico García Lorca, León Felipe, Miguel Hernández, Rafael Alberti, Gabriel García Márquez, José Icaza, A. Roa Bastos, E. Cardenal, y muchos otros. Aunque en el armado de esta biblioteca se han privilegiado las ediciones en castellano que circularon entre los hombres y mujeres de la izquierda argentina, hay libros en diversos idiomas (francés, inglés, italiano y alemán). Entre las ediciones más valiosas, contamos con un ejemplar de la primera edición de *Yawar Fiesta* (1941) de José María Arguedas, dedicado por el autor a Córdova Iturburu y otro de José Icaza titulado *Cholos* (1938), dedicado a la revista *Unidad*. Hay también secciones especiales como teatro y política, cine y política, ensayos sobre teoría y crítica cultural.

A continuación, la *Biblioteca de temas rusos*. Más de 800 volúmenes de literatura, poesía, teatro, memorias, testimonios de autores rusos y de viajeros a Rusia y la Unión soviética componen esta sección, desde los autores clásicos (Chejov,

Turguéniev, Dostoievsky, Tolstoi, Gorki, etc.) hasta las memorias de viajeros occidentales a la Rusia de los soviets, muchas de ellas editadas en las décadas de 1920 y 1930, tanto de críticos como de apologistas. Complementariamente, se ha reunido una biblioteca de cerca de 1.800 volúmenes de textos editados por el gobierno de la URSS o por el PCUS, desde pequeños libros de propaganda hasta actas de los congresos del partido u obras de los principales dirigentes de la Unión Soviética.

La *Biblioteca latinoamericana* reúne alrededor de 1.500 libros. Hay una sección de libros de temática general sobre Latinoamérica y varias secciones por países. Destacan particularmente, por cantidad y calidad, los libros sobre movimiento obrero latinoamericano y las secciones cubana, peruana y chilena. Es particularmente valiosa la colección de ediciones de autores como Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui y Ernesto Guevara. Es posible consultar aquí obras de autores como A. Gunder Frank, Eduardo Galeano, Vivian Trías, Gregorio Selser, Régis Debray, Luis Alberto Sánchez, Cayo Prado Jr., Juan Marinello, Volodia Teitelboim, etc. Se destacan obras de singular valor, como por ejemplo la primera edición de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de Mariátegui, dedicado por el autor al dirigente reformista argentino Gabriel del Mazo.

Hay además, secciones especiales: los libros sobre la vida económica, social y política de los Estados Unidos suman unos 200 ejemplares, destacándose los referidos al movimiento obrero y el movimiento negro; la biblioteca de la guerra civil española suma unos 300 títulos, complementándose con revistas y periódicos editados en España y Argentina entre 1936 y 1939.

La *Biblioteca Maite Alvarado* es parte sustancial de la que fuera la biblioteca personal de esta escritora e investigadora argentina, socia y amiga del Centro, fallecida en el 2002. Se trata de unos 500 libros especializados en temas de teoría literaria, lingüística, historia de la lectura, teoría y crítica cultural, muchos de ellos agotados. Allí es posible consultar obras de autores como Saussure, Jakobson, Benveniste, Barthes, Todorov, Foucault, Eco, Bajtín, Williams, Bourdieu, Chartier, Levi-Strauss, Jean Franco, S. Sontag, así como autores argentinos como Piglia, Ludmer, Sarlo, Rest y otros.

Sala Alfredo Alonso

Esta Sala alberga la *Biblioteca de Teoría Marxista* del Ce.D.In.C.I.. Constituida sobre la base de una donación de Alfredo Alonso, destacamos las distintas áreas que la componen.

En primer lugar, alrededor de 600 ediciones de obras de K. Marx y F. Engels. Por ejemplo, se cuenta con ejemplares de las más variadas tiradas (en castellano, alemán, francés, inglés, italiano) de obras como *El Capital* o el *Manifiesto Comunista*. Se destaca en este conjunto la edición de *Oeuvres complètes* en francés que editó A. Costes en París a partir de 1932. De extraordinario valor, contamos también con la famosa edición *MEGA* que editaron Riazanov y Adoratsky al frente del Instituto Marx-Engels de Moscú entre 1927 y 1935. Los estudios sobre diversos aspectos de la vida y la obra de Marx y Engels rondan los 200 ejemplares.

Un segundo sector (alrededor de 500 obras) lo constituye el marxismo ruso, que contiene ediciones de autores como Plejanov, Lenin, Bujarin, Riazanov, Trotsky y Stalin.

Un tercer sector (alrededor de 900 títulos) lo constituye el "marxismo occidental", incluyendo autores como Adler, Adorno, Althusser, Anderson, Balibar, Badaloni, Benjamin, Bernstein, Bloch, Botomore, della Volpe, Goldmann, Gramsci, Kautsky, Korsch, Luxemburg, Lukács, Lefebvre, Löwy, Mandel, Sartre, Thompson, Timpanaro, Williams, Wright Mills, etc. Estos sectores se complementan con una colección casi completa de los 100 números de los "Cuadernos de Pasado y Presente" que dirigiera José Aricó.

Un cuarto sector (unos 200 ejemplares) lo constituyen los libros de referencia sobre historia del socialismo y del marxismo, como la *Historia del pensamiento socialista* de Cole, en 7 volúmenes, o la *Historia del socialismo* de Droz en 8 volúmenes. Se destaca los conjuntos sobre la Comuna de París y las Internacionales obreras.

Primer Catálogo de Fondos de Archivo

Un placard de esta sala custodia nuestros *Fondos de Archivo*. Allí se ordenan, en carpetas foliadas, miles de cartas y otros documentos manuscritos o mecanografiados por diversas personali-

dades de la política y la cultura. Entre los fondos más importantes, el Ce.D.In.C.I. cuenta con los de: José Ingenieros, Samuel Glusberg, Nicolás Repetto, Juan Antoni Solari, Familia Dickmann, Salvadora Medina Onrubia y Natalio Botana, Mika Etchebehere, Silvio Frondizi, Milcíades Peña, José Gelbard, Horacio Veneroni, Héctor Agosti, Raúl Larra, Samuel Schneider, Fernando Nadra, Florentino Sanguinetti, Ramiro Blanco y Hugo Sylverster. Hay, además, fuera de estos grandes fondos, algunas piezas sueltas pero de gran valor, como por ejemplo una carta del líder socialista español Pablo Iglesias dirigida a un argentino, una carta del escritor francés Romain Rolland dirigida a la revista anarquista argentina *Nervio*, o la carta de David Alfaro Siqueiros acerca de su mural en la Argentina (que publicamos en este mismo número).

Gracias a un subsidio de la Universidad de Harvard (con fondos de la Fundación Antorchas y la Fundación Mellon) estamos concluyendo para fines del 2003 la edición del primer *Catálogo de Fondos de Archivo* del Ce.D.In.C.I.. El mismo incluye los fondos del editor y escritor Samuel Glusberg, de los dirigentes socialistas Nicolás Repetto, Juan Antoni Solari y Enrique Dickmann, del director del diario *Crítica* Natalio Botana y su esposa, la escritora anarquista Salvadora Medina Onrubia y, finalmente, de la militante argentina Mika Etchebehere que combatió en la guerra civil española.

Este catálogo brindará una información organizada y detallada de cada fondo, intentando establecer por cada carta o cada documento: lugar y fecha de redacción, autor, destinatario y tema (presentando un breve resumen). El trabajo fue arduo puesto que estos documentos no siempre están claramente datados (a menudo fue necesario inferir la fecha por determinadas alusiones epocales del propio texto), ni es siempre sencillo descifrar la letra de ciertos manuscritos, establecer las firmas o identificar los seudónimos. Pero sin duda el catálogo brindará una orientación decisiva a los investigadores que quieran consultar estas fuentes únicas.

Sala Héctor Raurich

Contiene la biblioteca personal del filósofo y crítico de arte argentino Héctor Raurich (1903-1963),

cedida por quienes fueron sus discípulos y amigos, Isay Klasse y Saúl Chernikoff. Son cerca de 5000 volúmenes referidos a temas de historia, política, filosofía, arte y literatura, muchos de excepcional valor. Si bien su amplia temática excede con mucho la cultura de izquierdas, el hecho de haber preservado su unidad permite al investigador reconstruir el universo de lecturas de un intelectual marxista de formación humanista. Destaca del conjunto la sección de obras filosóficas, que va desde las ediciones de fragmentos de los presocráticos hasta los filósofos contemporáneos a Raurich. Aquí es posible hallar, por ejemplo, además de una nutridísima biblioteca de filosofía marxista, los más variados estudios sobre el pensamiento de Hegel (de Croce a Kojève, de Bloch a Marcuse, de Lukács a della Volpe, de D'Hont a Hyppolite...). La sección consagrada a filosofía y teoría de la historia dispone de todos los estudios clásicos y contemporáneos sobre el tema (de San Agustín a Vico, de Spengler a Toynbee, de Croce a Collingwood). Entre las ediciones más curiosas de esta sección, puede consultarse una edición de 1827 de los *Essai sur les mœurs* de Voltaire en 5 tomos. Un sector de estudios sobre la revolución francesa incluye obras clásicas sobre el tema como Carlyle, Thiers, Mathiez, Goetz, etc. Hay también una sección de teoría y crítica del arte y la literatura, donde es posible encontrar la primera edición de *Ficciones* de Borges, una edición en gran formato de *Ismos* de Ramón Gómez de la Serna, estudios sobre los muralistas mexicanos, diversos libros dedicados a Raurich por Jorge Romero Brest, etc.

Sala José y Margarita Paniale

Esta sala —cuyo nombre es un homenaje a esta pareja de militantes argentinos que durante décadas reunieron preciosas colecciones de revistas argentinas e internacionales— dispone aproximadamente de un millar de títulos de **revistas políticas y culturales extranjeras**, clasificadas y actualmente en curso de catalogación. Aunque no siempre completas, huelga destacar la significación de muchas de estas colecciones en un país como la Argentina, una de cuyas marcas de identidad ha sido históricamente su amplia apertura a la circulación de bienes ideológicos y culturales provenientes de otras sociedades. Así, por ejemplo, en el caso del socialismo, del comunismo, del

trotskismo y de la “nueva izquierda”, a las publicaciones locales se suman las sudamericanas e internacionales que les sirvieron de referentes. De modo que quien desee investigar los primeros pasos del socialismo argentino puede contar con valiosos ejemplares de *Crítica Social* y *Le Devenir Social* de la década de 1890, o aquel que pretenda analizar seriamente la trayectoria del comunismo local, puede consultar colecciones muy escasas en el mundo, como *La Correspondencia Sudamericana*, *El trabajador latinoamericano* y *L'Internationale Communiste*, o influyentes revistas ligadas a los grandes partidos comunistas europeos como *Cahiers du bolchevisme*, *La nouvelle critique*, *La Commune*, *La Pensée*, *Ideologie*, *Rinascita* o *Crítica Marxista*. El nutrido material trotskista argentino de los años '30, a su vez, puede ser leído a la luz de las primeras publicaciones de la Oposición de Izquierda a nivel internacional (especialmente Estados Unidos, Francia, España, y resto de Latinoamérica), contándose inclusive con 18 ejemplares del *Boletín de la Oposición* trotskista soviética, editado en ruso, de fines de los años '30.

Las abundantes publicaciones locales de la “nueva izquierda” también pueden ser leídas en relación con muchas de las principales revistas de la “nueva izquierda” político-intelectual internacional, como *Sprit*, *Les Temps Modernes*, *Il Manifesto*, *The Socialist Register*, *Monthly Review*, *New Lewft Review*, *El viejo topo* o *Zona Abierta*, o latinoamericana, como *Pensamiento Crítico*, *Casa de las Américas* y *Bohemia* (Cuba), *Eco* (Colombia) y *Cuadernos de Marcha* (Uruguay). Finalmente, se destacan una serie de colecciones de revistas de habla inglesa especializadas en historia latinoamericana, como *The American Historical Review*, el *Journal of Latinoamerican Studies* y la *Latin American Research Review*. Entre sus piezas más preciadas, el Ce.D.In.C.I. dispone de una colección original (no completa pero muy nutrida) de la revista *Amauta* que dirigiera desde Lima José Carlos Mariátegui. Perteneció a Héctor Raurich y, junto a otras publicaciones periódicas, nos fue legada con su biblioteca.

En esta sala se encuentra también el material documental que da cuenta de la prolífica experiencia de los **movimientos sociales** que han existido y existen en Argentina y el mundo. La reconstrucción de ese entramado desde la pers-

pectiva de las distintas organizaciones que lo constituyeron es una tarea fundamental si se quiere indagar sobre la historia de nuestro país, tanto analizando la lectura que sus protagonistas hacían del contexto (cristalizada en prácticas e intervenciones políticas concretas) como su diálogo con otros movimientos sociales, políticos o culturales. Parte importante de esa experiencia pretende estar expresada en nuestro *Catálogo de Publicaciones de los Movimientos Sociales de Argentina y del Mundo*, que agrupa publicaciones de los movimientos de derechos humanos, sindicales, estudiantiles, cooperativistas, feminista, antifascista y otros, y que se están reuniendo, identificando y ordenando en nuestro Centro con el fin de preservarlos y ponerlos a la consulta pública, tarea ésta que se ha visto impulsada por un subsidio otorgado para tal fin por el Programa SEPHIS con sede en Ámsterdam, Holanda (South-South Exchange Programme for Research on the History of Development), en agosto del 2002.

Las publicaciones están siendo ordenadas, en primer lugar, de acuerdo a su característica distintiva, esto es, el movimiento social que les da existencia, la organización o institución a la que pertenecen. Además, para dar cuenta de la diversidad de movimientos sociales que han nutrido la rica historia de las luchas sociales en nuestro país, somos concientes de que es necesario indagar su ubicación en tiempo y espacio, sus relaciones con otras organizaciones, sus vinculaciones —de tenerlas— con organizaciones políticas, su incidencia en la vida social y política del país.

Cerca de setenta cajas de archivo conteniendo publicaciones periódicas, folletos, volantes, documentos internos, etc., unos doscientos cincuenta libros, material audiovisual (videos, diapositivas, fotos) y microfilms, componen este catálogo. Entre el material reunido destacan, las publicaciones *Socorro Rojo* (c. 1932-1935)— y *Derechos del Hombre*, de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, cuyo primer número data de 1938, precursoras del movimiento de derechos humanos en nuestro país, el mismo movimiento que produjera organizaciones tan importantes como las de Madres de Plaza de Mayo (cuyo periódico *Madres de Plaza de Mayo* se puede consultar completo en nuestro Centro). También los documentos que reflejan la rica y heterogénea ex-

periencia del movimiento obrero argentino, con colecciones importantísimas como las de las sociedades de resistencia de principios del siglo XX, por ejemplo, publicaciones periódicas como *El Sombrero. Órgano de la Sociedad de Resistencia Obreros Sombrereros* o *El obrero panadero*, periódico de los panaderos de Buenos Aires adherido a la FORA, cuyo n° 1 data de 1900, o *La voz del Chauffeur*, órgano de la sociedad de resistencia Unión Chauffeurs, de 1930, pasando por los acuerdos, resoluciones y declaraciones de los congresos celebrados por la FORA entre 1901 y 1906, o, más cercana en el tiempo, la colección completa del periódico CGT (de la CGT de los Argentinos) de 1968, o numerosos documentos de los primeros pasos de la CGT en la década de 1930 y previos al surgimiento del peronismo, como las “Actas de las reuniones del Comité Central Confederado” de mayo de 1940, octubre de 1942 y marzo de 1943.

Son destacables también las publicaciones que expresan el movimiento estudiantil desde sus inicios hasta nuestros días, deteniéndose especialmente en la crucial experiencia del movimiento reformista universitario nacido en 1918 (sección que se ha visto enriquecida especialmente gracias al archivo de recortes y a las colecciones de revistas de Florentino Sanguinetti, uno de los dirigentes de la Reforma, que nos legara su hijo Horacio), como por ejemplo la revista *Insurrexit* (1920-1921), el periódico *Córdoba. Decenario de crítica social y universitaria*, cuyo primer número fue publicado en 1923, o la colección completa y encuadrada del periódico *Flecha* (1935), dirigido por Deodoro Roca. Las publicaciones antifascistas de la Argentina (cuya mayor parte están microfilmadas), las del feminismo desde sus primeros pasos hasta nuestros días, las cooperativistas, mutualistas, barriales, religiosas, son otras de las publicaciones de movimientos sociales de Argentina que se encuentran en este acervo.

No es novedad afirmar que resguardar las publicaciones de los movimientos sociales de la Argentina es fundamental para referir la historia de las luchas sociales en nuestro país, pero también resulta esencial para comprender nuestra realidad social actual (por otra parte producto de aquellas). Por esto es que dedicamos especial atención en consignar los conflictos de la actualidad, mediante la conservación de las publicacio-

nes de los diversos movimientos sociales actuales. Ejemplo cabal de ello es nuestro archivo —en formación— de los movimientos asambleístas surgidos a partir del 20 y el 21 de diciembre de 2001 en nuestro país, y del movimiento piquetero cuya importancia en la escena política y social del país es cada vez más grande. Paradójicamente, si bien las publicaciones de estos movimientos son más fáciles de adquirir que un folleto, por ejemplo, de 1920, hoy se encuentran dispersas y —en el caso de los movimientos piqueteros todavía más fuertemente— son muchas y muy diversas las organizaciones que los editan, por lo que su obtención se torna dificultosa. Por este motivo queremos convocar a todas aquellas organizaciones o personas que editen o tengan posibilidades de acceder a este material, que lo acerquen a nuestro Centro, para así poder garantizar, de nuevo, no sólo su preservación sino su ofrecimiento a la consulta pública._

Grupos de investigación



Frans Masereel

Además de un reservorio documental, el Ce.D.In.C.I. apuesta a ser parte de un esfuerzo colectivo mayor, un espacio de referencialidad político-teórica que favorezca la reflexión y la investigación tanto como potencie la capacidad de intervención política de un pensamiento y una acción de izquierdas renovadas. Una invitación a repensar el pasado desde el presente, a reevaluar tradiciones de pensamiento que nutran los debates y las prácticas actuales. En ese rumbo, uno de nuestros objetivos centrales es promover el debate y la investigación sobre la base del material reunido, impulsando que los investigadores escojan al Centro no sólo como lugar de consulta eventual sino como ámbito de trabajo permanente o temporal. En pos de articular un Programa de Estudios sobre la Historias de las Izquierdas en la Argentina, actualmente tres núcleos de investigadoras e investigadores desarrollan grupos de discusión y proyectos específicos de investigación en el Ce.D.In.C.I., que en esta breve nota presentamos.

Estudios Feministas

Coordinadora: Alejandra Oberti

Estudios Feministas en el Ce.D.In.C.I. es un espacio de reflexión, crítica y producción teórico-política creado hace dos años por docentes e investigadoras de las Facultades de Ciencias Sociales y Filosofía y Letras de la UBA. Nuestra labor se desarrolla en el marco de las diversas actividades que lleva a cabo el Ce.D.In.C.I.

De acuerdo a nuestra conformación multidisciplinaria (las participantes provenimos de las carreras de Sociología, Historia, Ciencias de la Educación y Ciencias de la Comunicación), procuramos abordar de forma polifacética el pensamiento y el debate de las teorías feministas actuales, en sus complejos entrecruzamientos con la teoría social crítica, la filosofía y la historia. A su vez, nuestro trabajo se emprende en la idea de integrar la reflexión y la intervención teóricas, de forma que la conjunción de ambas intensifique nuestra práctica. Por esta razón, nos interesa de manera especial la comunicación y transferencia a la comunidad de nuestro quehacer, particularmente en la forma de intervenciones editoriales o publicaciones de nuestras elaboraciones.

Programa de lecturas del segundo cuatrimestre de 2003: "Biopolítica: poder y política en las tecnologías del género"

El objetivo principal de este programa de lecturas es el de introducirnos en el concepto de *biopolítica*, tal como G. Agamben lo desarrolla a partir de los trabajos de H. Arendt, W. Benjamin, G. Deleuze y M. Foucault (de manera central). Para ello, restringiremos nuestras lecturas a los elementos centrales de dicha formulación, aunque posteriormente puedan ser agregados otros textos y autores que consideremos relevantes para nuestros trabajos.

Este camino de la lectura se asocia a nuestras lecturas y trabajos previos, coincidiendo en una indagación acerca del carácter doblemente productivo/reproductivo de las tecnologías del género, y del potencial político de pensar los dispositivos del género como oportunidad para desplazamientos y oposiciones múltiples y contingentes. Desde este punto de partida se vuelve pertinente reflexionar acerca de los discursos que desde el

Estado y la sociedad, actúan como dispositivos de control articulando tecnologías del género para la configuración de subjetividades específicas. Estos dispositivos discursivos —entendidos como materialidad, en tanto que configuraciones simbólicas, es decir en tanto que productores de sentidos para la acción social y política— aparecen imbricados en las políticas estatales, en los discursos legales, científicos, mass-mediáticos, etc.

Artes plásticas e izquierdas en la Argentina del siglo XX

Coordinadora: Ana Longoni

A lo largo de distintas coyunturas del siglo pasado, la historia del arte se entrecruza con la historia de las izquierdas de maneras diversas, dando lugar a una trama común de producción, circulación y recepción de productos culturales. No se trata de un vínculo pacífico sino de un terreno de tensiones, conflictos y afinidades, polémicas públicas y adhesiones secretas. Reconstruir los momentos más sobresalientes de este cruce es una empresa compleja y en su mayor parte pendiente.

Este grupo de investigación (que cuenta con la aprobación y el financiamiento del programa para jóvenes investigadores de UBACyT 2003) se propone la exploración de aspectos poco conocidos en torno a los cruces entre dos dimensiones, la artística y la política de izquierdas, en determinados hitos del último siglo, partiendo de la hipótesis de que se trata de una relación tensa, llena de matices, de encuentros y desencuentros, pero que indudablemente presenta un aspecto productivo e iluminador de posiciones y producciones hasta ahora dejadas de lado o miradas sesgadamente.

Nuestro objetivo principal es contribuir a una reescritura de (aspectos de) la historia del arte argentino del último siglo desde una perspectiva nueva, que desentrañe aspectos, producciones, prácticas, artistas e ideas estético-políticas hasta ahora dejados de lado o mirados en forma sesgada.

Dentro de este paraguas, los ocho integrantes del grupo (investigadores, docentes, egresados o estudiantes de las facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Sociales de la UBA) llevan ade-

lante proyectos individuales relativos a distintos problemas o momentos del cruce entre arte e izquierdas en Argentina: la historia del grabado, los debates entre realismo y abstracción, la recepción del muralismo mexicano (en particular, Siqueiros) en nuestro medio, el impacto del corpus marxista entre los artistas concretos, el vínculo de los concretos con la izquierda orgánica, las diferentes resoluciones del cruce entre arte y política en los años '60 (los inicios del conceptualismo, la disputa por la tradición muralista, inclusiones y exclusiones dentro del Partido Comunista), la participación de artistas argentinos en la Unidad Popular (Chile, 1970-73), los debates sobre arte y política en los '90, y la dimensión de la memoria de la vanguardia de los años '60 en los '90.

Lecturas en torno a las concepciones de lo imaginario

Coordinador: Roberto Pittaluga

En septiembre de 2003 inició su funcionamiento un grupo de lectura que tiene como propósito recorrer diferentes desarrollos teóricos en torno a "lo imaginario" y a los "imaginarios sociales".

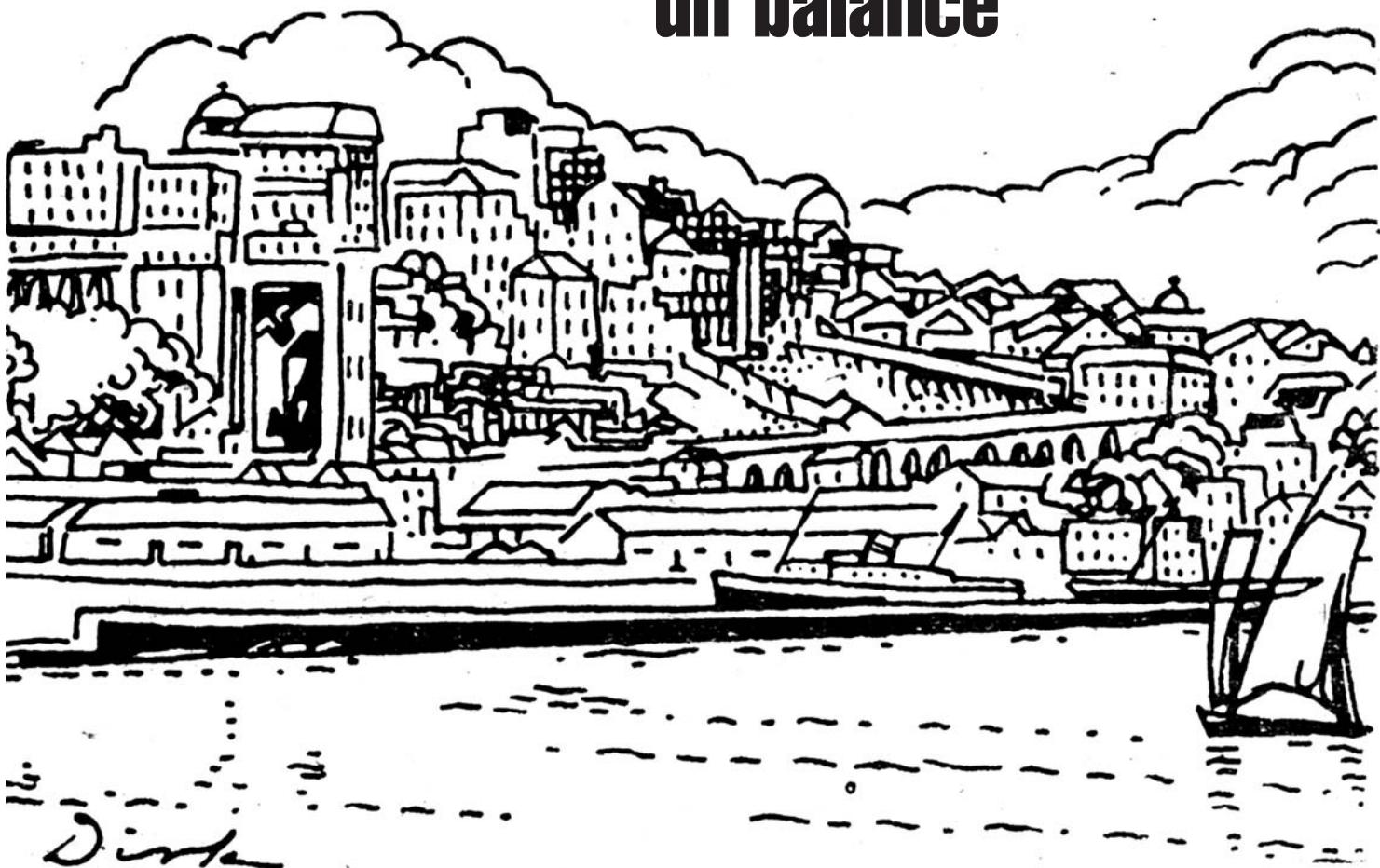
En los últimos tiempos, el término *imaginario* ha sido cada vez más utilizado. Las motivaciones para esta expansión de sus usos no son dema-

siado claras. Podría argumentarse que entre esas razones cuenta la exploración de ciertas dimensiones de lo social antes desatendidas o directamente ignoradas, pero seguramente también la posibilidad de un uso extremadamente laxo de dichos términos. Una laxitud que se ha beneficiado de la inexistencia de una teoría de los imaginarios sociales y de la increíble polisemia de dichos términos. De tal forma, la difusión de los mismos generalmente no ha ido acompañada ni de su explicitación conceptual ni del recorte de las dimensiones sociales que pretenden ser exploradas.

El objetivo de este taller es, precisamente, incursionar sobre ciertas utilizaciones y desarrollos conceptuales en torno a lo imaginario y a los imaginarios sociales. Se trabaja con textos de Marx, Sartre, Castoriadis, Ansart, Baczko, Freud, Lacan, Jameson, Benjamin.

Para mayor información o bien establecer contactos con alguno de estos grupos de investigación, escriba a informes@cedinci.org.

II Jornadas de Historia de las Izquierdas: un balance



Organizadas por el Ce.D.In.C.I., del 11 al 13 de diciembre de 2002 se realizaron las II Jornadas de Historia de las Izquierdas. Estas Jornadas pretenden inscribirse en la pluralidad de esfuerzos que desde distintos lugares se vienen desplegando para “construir un lugar de reflexión crítica colectiva, con la voluntad de aportar a la conformación de un movimiento renovador de los estudios de las izquierdas en nuestro país”.

El evento tuvo lugar en la sede de M. T. de Alvear de la Facultad de Ciencias Sociales, y la apertura de las jornadas estuvo a cargo de Roberto Pittaluga (en nombre del Comité Organizador) y del vicedecano de la Facultad de Ciencias Sociales, Prof. Eduardo Grüner. Como expresaron los miembros del Comité Organizador (Hernán Camarero, Jorge Cernadas, Cristina Tortti y Roberto Pittaluga), el propósito de hacer de las Jornadas una contribución al encuentro y circulación de personas e investigaciones, de críticas y de experiencias, que se desarrollan en distintos ámbitos y desde diferentes enfoques, no es otro que el de ir construyendo un espacio de referencialidad político-teórica que favorezca la extensión de las investigaciones e intercambios intelectuales a la par que potencie la capacidad de intervención política. Pues la renovación que se necesita es tan profunda y compleja que exige el concurso de numerosas voces y perspectivas. Reformular el corpus teórico y político de las izquierdas requiere, necesariamente, de una producción colectiva, generada a su vez conjuntamente con los ámbitos que la hagan posible.

Es en esta doble dimensión de la gestación de espacios de pensamiento y discusión que la reflexión de Edward P. Thompson se constituyó en una suerte de referencia programática para quienes organizaron y participaron de las Jornadas. Decía el historiador inglés que de lo que se trataba era de construir “lugares donde nadie trabaje para que le concedan títulos o cátedras, sino pa-

ra la transformación de la sociedad; donde la crítica y la autocrítica sean duras, pero donde haya también ayuda mutua e intercambio de conocimientos teóricos y prácticos: lugares que prefiguren, en cierto modo, la sociedad del futuro”.

Más de tres docenas de exposiciones y cientos de asistentes constituyeron el marco para que este “espíritu thompsoniano” se desplegara efectivamente. En primer lugar, porque la inclinación general de los trabajos presentados fortalecía el espíritu crítico de las indagaciones, sostenidas en extensas y variadas fuentes documentales tanto como en novedosos abordajes conceptuales. La rigurosidad y originalidad de muchas de las ponencias brindaron así un piso de gran riqueza a la hora de debatir los distintos problemas planteados por los expositores. En segundo lugar, porque la intervención del público asistente fue, en muchos casos, por lo menos de la misma calidad que las exposiciones. Lo destacable es que la pasión de los debates estuvo acompañada por una pasión similar, la del respeto por las ideas del otro. De tal forma, ni se renunció a la dureza de ciertas críticas ni las mismas se deslizaron hacia el terreno del desmerecimiento. Por otro lado, tanto desde las propias ponencias como desde las intervenciones de los asistentes, se fueron perfilando un nuevo conjunto de temas que, seguramente, inducirán nuevas investigaciones.

La diversidad de temas y problemas que se abordaron quedó evidenciada en la composición de las seis mesas (algunas de ellas divididas en

dos tramos). Con la moderación de Elías Palti y Roberto Pittaluga, en las mesas de “Intelectuales y pensamiento de izquierdas” expusieron omaracha, Daniel de Lucía, Ricardo Martínez Mazzola, Gerardo Oviedo, Elías Palti, Lucas Rubinich, Daniel Szabón y Jorge Warley, en un arco que fue desde Juan B. Justo y el socialismo argentino hasta Georges Sorel, pasando por pensadores y militantes como Rodolfo Mondolfo, José Luis Romero, Laureano Riera Díaz, Nahuel Moreno y los georgistas argentinos.

En las mesas de “Izquierdas y campo cultural” participaron Marina Becerra, Mariana Di Stefano, Cecily Marcus, Armando Minghuzzi, María Gabriela Mizraje, Nicolás Quiroga, Nilda Redondo y Cristina Rossi. Prácticas educativas y literarias anarquistas, el socialismo y la cuestión nacional, las revistas culturales bajo la dictadura de 1976, el impacto del discurso siqueriano entre los plásticos argentinos, la polémica Arlt-Ghioldi en 1932 y la figura de Haroldo Conti, fueron los temas desarrollados en estas mesas, que contaron con la moderación de Jorge Cernadas y Ana Longoni.

Por su lado, en la mesa “Izquierdas, géneros y movimientos feministas”, con la moderación de Alejandra Oberti, expusieron Lucía Ariza, Claudia Bacci, Laura Fernández, Bárbara Raiter, Flavio Rapisardi y Cecilia Tossounian. Integrantes muchas de las expositoras del grupo “Estudios Feministas en el Ce.D.In.C.I.”, las ponencias abarcaron cuestiones que fueron desde aproximaciones teóricas a las relaciones entre política y subjetividad, hasta las prácticas de las feministas socialistas a comienzos del siglo XX, y las relaciones entre las izquierdas y los movimientos de las “minorías sexuales”.

Las mesas “Historia de las formaciones políticas argentinas” contaron con las ponencias de Cecilia Blanco, Adrián Celentano, Alejandro Dujovne, Diego Frachtenberg, Daniel Campione y Alicia Rojo, que recorrieron aspectos del variado arco político de las izquierdas argentinas, desde el socialismo al comunismo, pasando por el maoísmo y el trotskismo. Actuaron como moderadores Horacio Tarcus y Cristina Tortti.

La mesa “Izquierdas y movimientos sociales”, con la coordinación de Hernán Camarero, estuvo compuesta por las exposiciones de Daniel Paradera y Juan Alberto Bozza, ambas centradas en

las complejas relaciones entre izquierdas y movimiento obrero. Lamentablemente, otros participantes de esta mesa no pudieron viajar desde sus respectivas provincias.

Finalmente, la mesa “Políticas de la memoria y tradiciones políticas de las izquierdas en la actualidad” fue moderada por Ricardo Forster. En esta mesa expusieron Blas de Santos, Julieta Quirós, Alejandra Oberti, Adriana Petra, Susana López, Mónica Gatica, María Laura Monedero y Dhan Zunino. Las memorias de los exiliados en la Patagonia, la presencia de las tradiciones en la política electoral de ciertos partidos de izquierda, la resignificación y reapropiación del legado anarquista por las nuevas generaciones, la cuestión de la memoria en Ernst Bloch y Walter Benjamin, los intrincados derroteros de la memoria y la transmisión entre militantes de los ‘70 y sus hijas e hijos, y las actualizaciones de las prácticas tradicionales de la izquierda en el movimientos de asambleas, fueron los temas allí abordados.

En breve estará disponible en el Ce.D.In.C.I. el CD con las ponencias de las II Jornadas de Historia de las Izquierdas, tal como se hiciera con las I Jornadas. Paulatinamente, este ámbito, que nació hace poco más de dos años, se va transformando en un lugar de encuentro, reflexión e intercambio, que apuesta a conjurar el peligro que acecha a todo patrimonio cultural: que sus documentos queden inertes o que sean contemplados con ajenidad, ambas formas de consumación de una nueva victoria de los eternos vencedores. Las Jornadas fueron, como muchas otras experiencias, la evidencia de que quienes investigamos a las izquierdas sabemos que esos documentos que atesoramos y analizamos son testimonios de historias militantes, de apuestas políticas por transformar la sociedad, de vidas difíciles, trágicas pero a veces también felices, y que reunirlos e interpretarlos desde nuevas perspectivas no constituye ningún ejercicio nostálgico por supuestos pasados perdidos en los que todo era mejor. Por el contrario, expresan la dimensión de la apuesta política contenida en estas intervenciones, la de renovar el pensamiento y las prácticas de las izquierdas en sentidos emancipatorios.

RESEÑAS



A propósito de Juan Suriano, Anarquistas. Cultura y Política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910, Buenos Aires, Manantial, 2001

A diferencia del resto de las corrientes políticas de izquierda, el anarquismo de la Argentina ha despertado desde tiempo atrás un interés y una atracción que se ha plasmado en un importante volumen de libros y monografías. A las pioneras historias militantes y a las producciones académicas de investigadores locales y extranjeros, vino a sumarse ahora el libro de Juan Suriano. Pero a diferencia de los trabajos precedentes, la mayoría de los cuales se orientaron centralmente a desentrañar las relaciones entre anarquismo y movimiento obrero, el trabajo de Suriano dispone su mirada desde otro ángulo, de forma de componer en cierta medida un objeto diferente: es el anarquismo en su especificidad lo que busca analizar, y para ello elige como mejor camino el de reconstruir su universo político y cultural. Si bien ya existían investigaciones que atendían a algunas de las prácticas culturales del anarquismo local, faltaba tanto un estudio de conjunto de la cultura libertaria en la Argentina en su período de emergencia y apogeo como el examen y la interpretación de dimensiones hasta el momento inexploradas; de tal forma el texto de Suriano viene a llenar un vacío a la vez que a abrir nuevos terrenos para futuras investigaciones e interpretaciones.

Este desplazamiento en el enfoque permite a Suriano quebrar cierta imagen del anarquismo que —explícita o implícitamente— fuera abonada por la mayoría de sus historiadores: la de haber sido un movimiento que, más allá de un número acotado de diferencias, se caracterizó por su homogeneidad. A diferencia de esa noción ya común, el libro de Suriano permite al lector internarse en un mundo signado por la diversidad, lo cual devuelve al anarquismo una vitalidad que los tratamientos menos atentos a sus fisuras in-

ternas obturaron. Es esa misma heterogeneidad, surcada por controversias políticas e ideológicas que rápidamente se traducen en agrias disputas y luchas por la hegemonía al interior de un movimiento de imprecisas fronteras, la que el autor reconstruye con paciente minuciosidad. Para tal reconstrucción, el texto se distancia también de las historias aferradas al seguimiento cronológico de la evolución del anarquismo y, en cambio, opta por un abordaje temático. Este avance a través de las cuestiones que considera capitales del universo libertario es, paralelamente, una marcha entre problemas que permitan encontrar claves para explicar su apogeo en esas dos décadas que rodean al cambio de siglo tanto como elucidar el inicio de un declive que —afirma Suriano— desde el Centenario será ya manifiesto.

Entre esas claves cuenta una forma de constitución del movimiento libertario por medio de círculos. Estos círculos actuaron, en una primera etapa, como vehículos adecuados para el crecimiento del anarquismo, en tanto permitían una gran flexibilidad para actuar en ámbitos tan distintos como el laboral o el habitacional, a la vez que impulsar actividades relacionadas con el tiempo libre y el esparcimiento. Estas últimas constituyeron ámbitos propios de sociabilidad cultural libertaria: veladas, bailes, conferencias y teatro libertarios eran espacios en los participaban los trabajadores y sus familias, y eran motorizados por la militancia anarquista en sus intentos por alternativizar a aquellos otros edificados por la emergente industria cultural de masas tanto como para confrontar con las prácticas culturales populares que, como el carnaval, eran estigmatizadas desde los principios doctrinarios. Sin embargo, estas formas de organización en círculos se revelaron poco aptas no sólo para enfrentar la represión que el Estado asumió más claramente desde 1902, sino incluso para coordinar las actividades y las luchas de los propios anarquistas, lo que supuso mantener al anarquismo en un estado permanente de fragilidad, incluso aún cuando para ese momento los grupos

pro-organizadores habíanle ganado la pulseada a los anti-organizadores.

Una flexibilidad similar observa Suriano en el rechazo anarquista a las formas discursivas que apelaban al clasismo, optando en cambio por una prédica “universalista” condensada en la figura de “los oprimidos”, interpelación que le habría permitido “adaptarse perfectamente a una sociedad de carácter aluvial, excesivamente cosmopolita, con un mundo del trabajo heterogéneo y en continuo movimiento y transformación” (p. 81). Esta apelación populista, que implicaba necesariamente un elitismo que los escritores libertarios no ocultaban, pues conllevaba inculcar unos saberes que el propio sistema dominante se encargaba de negar a los sujetos de la revolución, contrasta paradójicamente con la discursividad propia de la prensa libertaria: ésta se caracteriza por ser casi exclusivamente una tribuna de doctrina e ideología, centrada en la difusión de las ideas generales del pensamiento anarquista a través de un lenguaje emotivo que “pretendía conmover al lector, llegar a sus fibras íntimas a través de frases cargadas de emoción, de dramatismo” (p. 193), pero con escasas preocupaciones por reflejar y analizar el contexto sociopolítico local, esto es, vincular los principios doctrinarios con las experiencias concretas de los sujetos interpelados.

Para Suriano esta preferencia por un discurso fundamentalmente “abstracto” se relaciona con el carácter binario de la prédica anarquista, que construía estereotipos polares y morales, mundos sociales absolutamente contrapuestos. Binaridad que abonaba la “categórica confrontación” que pretendía encarnar el anarquismo, y que le sirvió para expandirse en esa sociedad en rápida transformación y en ese clima políticamente restrictivo en el que tuvo su momento de mayor gloria. Y esto conduce a Suriano a interrogarse por los significados de la política para los anarquistas. Las descripciones que de la misma hacían los predicadores libertarios, ya sea como farsa o comedia, enraizaban en una concepción que identificaba

política y sistema político burgués, y el objeto de su crítica apuntaba a la representación, a la política como acto de delegación. Aun cuando “no renegaban de la acción política sino de las prácticas políticas representativas como el parlamentarismo y el electoralismo” (p. 272), la delegación implicaba una alienación de la libertad individual, una cesión que hacía del representante una autoridad (y por tanto implicaba dominación). Esta crítica de la política representativa empalmaba con la prédica antiestatal, una “concepción negadora del Estado, entendido específicamente como un ente coercitivo y autoritario”, concepción desde la cual “el anarquismo organizaría gran parte de sus prácticas sociales, políticas y culturales” (p. 259). Frente al Estado y la representación política, los anarquistas cifraban todas sus expectativas en la acción directa, una estrategia que incluyendo una diversidad táctica (entre las que contaban la propaganda pero sobre todo la huelga general revolucionaria) se proponía transformar el orden social sin las mediaciones del sistema político legalitario y parlamentario y sin la participación de las instituciones estatales, aprovechando el consenso en el movimiento obrero organizado.

Si la utilización sistemática de una práctica que se proponía como definitoria para el desenlace del conflicto social —y que por ello condenaba cualquier forma de gradualismo tanto como toda plasmación legislativa de las luchas sociales favorable a los trabajadores—, era expresión de la “urgencia revolucionaria” del pensamiento y la acción libertarios, tal concepción, afirma Suriano, los privó de una reflexión sobre las políticas inclusivas que el Estado impulsó desde poco antes del Centenario. He aquí otra de las cualidades que, sirviendo al crecimiento inicial de las filas libertarias, se transformó luego en obstáculo para su readaptación al nuevo clima político y a las nuevas situaciones sociales y económicas.

Todas estas dimensiones —y muchísimas más que el libro transita y analiza, como los ritos y símbolos libertarios o los debates en torno a las propuestas

educativas—, componen con eficacia una nueva imagen, heterogénea y compleja, del anarquismo argentino entre 1890 y 1910. En ese período el anarquismo fue un actor relevante en la construcción de “un espacio de sociabilidad pública donde los trabajadores pudieran expresarse y construir su identidad” (p. 255). Sin embargo, Suriano advierte que el arraigo anarquista, si sustantivo, también fue efímero, y las mismas causas que provocaron su crecimiento abonaron la explicación de su decadencia posterior.

Un hilo rojo recorre todo el libro: el individualismo libertario, expresado en formas organizativas descentralizadas y con tendencias a la continua fragmentación o en los discursos antiestatales y “antipolíticos”, parece ser la piedra de toque del auge y declinación del movimiento libertario. Este individualismo no habría estado a la altura de un conjunto de transformaciones que comenzaron poco antes de 1910: modificaciones en la estructura laboral, ampliación del sufragio, transformación de la relación entre Estado y sociedad civil, paulatina nacionalización de los trabajadores, descentralización urbana, fueron procesos que paulatinamente dibujaron otra trama societal en la cual el anarquismo no supo desenvolverse. Una situación que resulta parcialmente paradójica: esa reconfiguración identitaria de los trabajadores que Suriano señala para los años que seguirán al Centenario, y que paulatinamente le hará perder sus perfiles clasistas por la emergencia de nuevas problemáticas y ámbitos de sociabilidad (como la cultura barrial expresada en el fomentismo) no habría podido ser interpretada ni por un discurso policlasista con marcadas trazas individualistas ni por un amplio arco de prácticas culturales. Explicar esta situación paradójica es posible, en la argumentación de Suriano, si se atiende al carácter confrontacionista de la palabra y la práctica libertarias.

A un siglo de aquel momento que viera marchar por las calles de Buenos Aires a miles y miles de trabajadores y militantes portando con orgullo y esperanza sus banderas y entonando sus canciones de

combate, es preciso volver críticamente —productivamente— sobre las experiencias anarquistas. Aquellas prácticas como la horizontalidad, la preservación de las diferencias, la crítica a la representación, la organización en grupos de afinidad, la sensibilidad frente a las distintas dimensiones de la opresión y la explotación, resurgen hoy —es cierto que con innumerables aportes teóricos de por medio— en las experiencias de muchos de los grupos de la Resistencia Global, conocedores ya de que las preceptivas “centralizadoras” y partidarias demostraron tener poca relación con las políticas emancipatorias. Rescatar aquellas experiencias libertarias es saber, por un lado, que muchas de sus intuiciones y perspectivas fueron derrotadas por lo que tenían de radicales, y que la radicalidad residía más que en sus encendidos discursos en sus prácticas político-culturales. Es saber, por otro lado, que su derrota no debería transformarse en su abandono.

Roberto Pittaluga

A propósito de Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003*

“La siesta subtropical parece haber terminado. Nuevas fuerzas la están agitando. Latinoamérica entra en escena. Las transformaciones sociales, políticas o económicas que acechan, inminentes a Nuestra América son simultáneas con las que corresponden al orden de la cultura”.

Ángel Rama, “Nuestra América”, 1961¹

“El hecho cultural por excelencia para un país subdesarrollado es la revolución”.

Extracto de la Resolución General del Congreso Cultural de La Habana, 1968²

Entre la pluma y el fusil parece llamado a convertirse, por su enfoque, su objeto y la lucidez de su tratamiento, en una obra de referencia para futuros abordajes del período desde las diversas especializaciones disciplinares. La apuesta por un *campo unificado de análisis* resulta en una perspectiva que permite a la autora mostrar la interdependencia entre historia intelectual e historia literaria durante la época objeto de estudio, haciendo inteligible la relación entre acontecimientos políticos, intervenciones de los *escritores-intelectuales*, la conformación de una red de revistas político-culturales a nivel continental, los avatares de la crítica literaria y los debates sobre la función del arte y los intelectuales en la sociedad.

La delimitación del objeto de análisis en sus dimensiones temporal y espacial es tributaria de ese *enfoque múltiple*. En ese sentido el trabajo de Gilman supone una acumulación respecto de aproximaciones anteriores a objetos particulares —como intelectuales, revistas, literatura— en la

medida en que éstos son resignificados como aspectos parciales de una misma problemática. Ésta puede resumirse como el derrotero que trazó la vocación de politización y modernización cultural de los escritores latinoamericanos durante los años sesenta-setenta en el intento de establecer un programa estético basado en acuerdos políticos; proyecto que hacia finales de la época habría de estallar en la confrontación de representaciones diversas de la relación entre cultura y política (más específicamente, entre literatura y revolución), junto a una redefinición de la figura de escritor revolucionario.

La decisión de tratar como una unidad el bloque temporal de los años sesenta-setenta (de 1959 a 1973/76) —unidad matizada por una periodización interna— obedece a la constatación de la autora de que fue una misma *estructura de sentimientos* la que atravesó la *época* —entendida como *campo de lo que es públicamente decible* en ese lapso de tiempo: la percepción a escala planetaria de la inminencia (deseada) de transformaciones radicales en la política, las instituciones, el arte y la subjetividad, y la convicción de artistas y escritores de estar llamados a jugar un papel en ese proceso que tenía su locomotora en los países que comenzaron a denominarse del *Tercer Mundo*. Se argumenta que la valorización de la política —lo que implicó su creciente consideración como *región dadora de sentido de las diversas prácticas*³— y la expectativa revolucionaria que despertó en América Latina la Revolución Cubana constituyeron las *ideas-fuerza* en las que se asentó la voluntad de escritores del continente de vincularse entre sí para contribuir desde la literatura a las transformaciones en marcha. La puesta a punto de una agenda cultural de modernización estética se entendía en el marco de un programa estético-ideológico tendiente a “producir una literatura nueva en un mundo nuevo”.

Esta consideración de la práctica literaria como asunto a dirimir con la sociedad, y la convicción de sus productores del de-

ber de cumplir un rol como agentes del cambio, permite a Gilman afirmar que la nota dominante del campo literario latinoamericano durante esos años fue la conversión del escritor en intelectual, proponiendo como condensación de ese deslizamiento semántico y subjetivo la noción de *escritores-intelectuales*, definida como instrumento heurístico que posibilita establecer un “puente” entre los distintos objetos de análisis: el estudio de los debates literarios con la perspectiva de la historia intelectual. Desde este mismo punto de vista, la autora postula la elección de América Latina como dimensión geopolítica y simbólica de la materia de reflexión, en la medida en que —se señala— el período analizado asistió a la configuración de una idea de *América Latina*, e igualmente importante, tal recreación “se tradujo en la referencia continental como espacio de pertenencia de los intelectuales latinoamericanos”.

La figura del *intelectual comprometido* abrigó, a comienzos de la época, la representación de los escritores de la propia práctica literaria como actividad política. Bajo ese paraguas se concibió la tarea de modernización estética y la creación de un *nuevo canon* de literatura latinoamericana, asegurando la doctrina del *compromiso* la posibilidad de entretejer el *ideal crítico* del intelectual con la tarea en el propio campo de saber. En este punto Gilman discrepa con la tesis de Silvia Sigal⁴ acerca de una escisión entre opciones políticas y comportamiento cultural en los primeros años sesenta, al señalar que el intento de renovación cultural era ejercido por los *escritores-intelectuales* como tarea *comprometida*. Se advierte aquí la discusión de la cuestión clave —que en el período analizado adquiere un carácter dilemático— acerca del sitio donde se autoriza la legitimidad del intelectual para dirigirse a la sociedad. La tesis de la autora sugiere que la ambigüedad inherente a la noción de *compromiso* —compromiso de la obra o compromiso del autor— se enfrentó hacia fines de la década del sesenta con una creciente demanda de efi-

cacia práctica inmediata que terminó oponiendo *palabra* y *acción* en beneficio de la segunda como significado único de lo que debía considerarse *política*, con lo que la politización del intelectual trazó una curva paradójica que culminó con la devaluación de la palabra y de sí mismo frente a la eficacia del hombre de acción. “La inminencia de la revolución latinoamericana –sintetiza Gilman– fue acotando los contenidos de lo que se entendía por ‘política’. De la idea que planteaba que *todo era política*, se pasó a la de que sólo la revolución, ‘el hecho cultural por excelencia’, como lo determinó la resolución general del Congreso Cultural de La Habana, era política”.⁵

Sin dudas, uno de los principales aportes de la obra es avanzar más allá de ese umbral datable entre 1966 y 1968, cuando los debates sobre la función del intelectual y el arte en la sociedad se dirimieron en el sentido de anular la pertinencia de una agenda cultural autónoma de los requerimientos *revolucionarios* de las dirigencias políticas, ya del Estado cubano, ya de los movimientos guerrilleros del continente, en correspondencia con la creciente radicalización política de buena parte de los escritores. Gilman se propone explorar concretamente en qué consistió la mentada influencia de la Revolución Cubana en los escritores-intelectuales y los debates sobre la función de la literatura en la revolución, indagación que comienza por el problema que supuso la tramitación de las exigencias *positivas* del poder político revolucionario con el bagaje de la tradición de *oposición* al Estado, constitutiva del concepto de intelectual como *crítico* de la sociedad.

Una de las hipótesis centrales del texto indica que fue el antiintelectualismo uno de los modos dominantes en que una fracción importante del campo intelectual latinoamericano procesó tales requerimientos, flexión que según la autora tuvo un punto de aglutinación tras la caída del Che en Bolivia. De ahí en más, la redefinición del *intelectual revolucionario* se re-

suelve más en la disolución de la identidad específica que en el postulado de atributos positivos que la conserven (salvo para el caso de los líderes revolucionarios). En este sentido, la generalización del antiintelectualismo entre la *familia* de escritores-intelectuales es considerada un eje de periodización interna de la época. Y así, la promoción de nuevos géneros poéticos como la *canCIÓN de protesta*, *el panfleto*, *la poesía* y el *nuevo cine político*, frente a la devaluación de la novela, es explicada como correlato en la historia y la crítica literarias de los clivajes producidos en el campo intelectual.

Al analizar la conformación de ese campo, Gilman hace jugar el concepto que Zygmunt Bauman denomina “toque de reunión”, para subrayar la constitución deliberada de un campo intelectual latinoamericano que, basado en la identidad común recreada bajo la idea de *América Latina*, suponía la creación de ámbitos empíricos de intervención y de una sociabilidad que expresaran la asunción de la práctica literaria como trabajo político emancipatorio e instituyeran a la vez un nuevo *canon* de la literatura del continente. Encuentros, congresos, entregas de premios y, también, el desarrollo de relaciones personales son algunas de las instancias profusamente visitadas en el texto para dar cuenta de esa voluntad asociativa que tuvo su ideal y también su sede real en la Cuba revolucionaria, donde jugaron un papel clave la institución y la revista *Casa de las Américas*.

El examen de las revistas político-culturales que vertebra la argumentación merece un párrafo aparte, dado el peso metodológico y conceptual que se le asigna en el texto.⁶ Fuentes privilegiadas en la indagación de las intervenciones de los escritores en el espacio público, al tope de una jerarquía de textos que incluye novelas, poemas, manifiestos, declaraciones de congresos, entre otros, las revistas latinoamericanas de la época son auscultadas en tanto soporte fundamental de la difusión de *nuevos* autores y textos, y de

la convalidación de los escritores como intelectuales.⁷

Otro tema que aparece sugerentemente relacionado a la constitución de una *familia intelectual* a escala latinoamericana es el de la explosión editorial que se dio en llamar *boom*. Además de plantear la manera en que se concibió la *creación* de un público como tarea política, la interpretación de Gilman de la consagración mercantil de la nueva narrativa, y particularmente, de su apoteosis con la publicación de *Cien años de soledad* en 1967, subraya el peso que tuvo en el suceso la consagración horizontal de la propia comunidad de escritores, lo que vendría a confirmar la fortaleza del campo constituido desde 1959. Por otra parte, se señala cómo el éxito mercantil vino a sumarse, con el tiempo, a otros tópicos que forjaron la vituperación del intelectual, en un momento en que el mercado editorial asistía a cambios de envergadura en beneficio de las multinacionales del libro.

En el balance final, la autora destaca la persistencia actual del *ideal crítico* como autodefinición de los intelectuales, aun cuando –también señala– las condiciones de la práctica intelectual han asistido a importantes cambios, vinculados en buena medida con uno de los cierres de época de los sesenta- setenta, el pasaje de una cultura letrada a otra audiovisual electrónica.

Relacionando la clausura de esa época con el inicio de los debates sobre la posmodernidad, Gilman parafrasea a Habermas en su visión de la modernidad como “proyecto incompleto”, para evocar el imperativo de Bourdieu acerca del poder crítico de los intelectuales (la búsqueda de autonomía en el propio campo y de eficacia política no se contraponen, sino lo contrario), en el camino de consumir el “proyecto incumplido” de los sesenta-setenta.

- 1 Presentación del suplemento literario de la revista *Marcha*, citado en Gilman, op. cit., p. 79.
- 2 *Ibíd.*, pp. 206-207.
- 3 Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina. 1956-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993, p. 12.
- 4 Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del '60*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- 5 Gilman, op.cit., p. 60. De ahí deriva la lúcida advertencia de la autora cuando puntualiza que, a diferencia de aquella frase acuñada para caracterizar la época (*todo era política*), “más adecuado sería afirmar que la gramática característica de los discursos fue antes excluyente que acumulativa.”, v. p. 32.
- 6 El relevamiento de revistas alcanza a aproximadamente 46 publicaciones periódicas, la gran mayoría latinoamericanas (aunque también se incluye un significativo grupo de europeas), entre las que cabe mencionar a la uruguaya *Marcha*, la ya mencionada *Casa de las Américas*, los semanarios informativos *Siempre* de México y *Primera Plana* de Argentina, también *El escarabajo de oro* y *El grillo de Papel*, la peruana *Amaru*, la mexicana y bilingüe *El corno emplumado*, la cubana *El caimán barbudo*, la editada en París y Buenos Aires *Mundo Nuevo*, y *Libre*, también en París.
- 7 “En las revistas confluyeron, por un lado, la recuperación del horizonte del modernismo estético; por otro, un espacio de consagración alternativo a las instituciones tradicionales e instancias oficiales. Y, finalmente, la construcción de un lugar de enunciación y práctica para el intelectual comprometido. En cierto modo, un lugar que le provee un objeto, un espacio simbólico, un contexto o un destino. Ese objeto o destino se denominó Latinoamérica”, *Ibíd.*, 78-79. Resulta interesante el señalamiento de la autora respecto de la lógica de intercambios, préstamos, ecos y repeticiones que caracterizó al entramado de revistas latinoamericanas del período, por oposición a la lógica de exclusividad y búsqueda de identidad singular que caracteriza a este tipo de publicaciones en otras épocas.

*A propósito de **Colectivo Situaciones-MTD-S, Hipótesis 891. Más allá de los piquetes**, Buenos Aires, 2002 y de **Raúl Zibechi, Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento**, Montevideo-La Plata-Buenos Aires, Nordan-Letra Libre, 2003*

“No había clases. Mirabas y eran todos compañeros. ¡Avancemos!, decía alguien, y avanzábamos. Yo, piquetero, y a mi lado gente de traje y corbata. No importaba nada. Cuando esos hijos de puta tiran no preguntan de qué clase sos.”

En la última década en la Argentina, hemos asistido, como testigos y víctimas, al hundimiento -a veces lento, en los últimos cinco años vertiginoso- de un sistema legado por la dictadura '76-'83, que se prolongará con la “democracia rehén” de Alfonsín y la apoteosis de los ganadores del “proceso” reconvertidos a la rapiña con el menemato '89-'99 y su continuador De La Rúa. Un sistema que estableció la impunidad para el pequeño grupo que concentraba los recursos escasos de un país que se achicaba permanentemente, produciendo la más bárbara pauperización y finalmente la condena a la exclusión de la tercera parte de la población. Enfrentada con la barbarie nuestra sociedad generó formas de resistencia variadas, novedosas y, como mostraron los sucesos de diciembre 2001, exitosas respecto a generar hechos políticos. Se los dio en llamar nuevos movimientos sociales, entre otras cosas porque por primera vez las organizaciones sindicales no tenían ninguna participación decisiva en su desarrollo, y el mismo movimiento obrero parecía aquejado por una notable quietud en momentos en que el derrumbe del sistema se aceleraba, pero además porque las mismas bases sociales de estos movimientos eran de imposible encuadre profesional. Tampoco había organizacio-

nes políticas en el origen de estos nuevos movimientos, e incluso no se dejaban capturar tan fácilmente por las mismas. Las primeras “puebladas” en el interior con un hito en Cutral-Có (Neuquén) o Gral. Mosconi (Salta) alumbraron la aparición de estos nuevos actores sociales que demandaban justicia. Habían sido desplazados de sus fuentes de subsistencia en empresas de servicios del Estado que fueran reconvertidas y privatizadas o víctimas del achicamiento administrativo del Estado Nacional y los provinciales. La lista agrupada de víctimas es extensa y no la haremos constar aquí, pero ciertamente representa grupos sociales emergentes de un campesinado sin tierras o con ocupación precaria, como es el caso del MOCASE (Movimiento Campesino de Santiago del Estero), o las Ligas Mapuches en el Sur; y exproletarios o excluidos del salariado en centros urbanos y suburbanos que lograron su visibilidad en los medios mediante el expediente exitoso de interrumpir los circuitos de circulación de mercancías en las rutas nacionales, haciéndose por esto acreedores a una denominación que falsea su origen y las condiciones de su existencia. Se les llamó “piqueteros” por que fue el “piquete” su actividad más visible.

Tardaron en aparecer los primeros textos críticos que dieran cuenta de la nueva situación, y no se limitaran a la coyuntura inmediata posterior al 19/20 de diciembre de 2001. De los que han aparecido rescatamos dos textos que aportan a un debate que recién comienza. El libro de Raúl Zibechi recorre los últimos diez años de nuestra historia reseñando y analizando las formas de estos nuevos movimientos sociales. Por el contrario, el texto escrito en colaboración entre el Colectivo Situaciones y el MTD de Solano acomete un análisis específico de esta experiencia. En este último caso, desde el principio es expresa la voluntad de destacar que este es el producto de un *sujeto-objeto*, esto es: producto del autoanálisis de una experiencia protagonizada por uno de los movimientos emblemáticos de esta nueva

generación de organizaciones sociales. El interés del mismo no reside solamente en las conclusiones que derivan de los talleres de discusión propuestos por el Colectivo Situaciones al MTD, sino además por el esfuerzo teórico de aquel grupo, desarrollado en la primera parte del libro. De hecho, no es el primero², y llama la atención el relativo silencio con que ha sido recibida su intervención política en los medios intelectuales y por los propios grupos políticos inevitablemente aludidos en el desarrollo de sus razonamientos.

El texto comienza estableciendo claramente el tipo de investigación de la que trata. No es solamente un método, sino una postura frente a la misma investigación. Contrapone el rol del investigador académico, que “objetualiza” desde afuera atribuyendo valores a su objeto, construyéndolo como tal; del investigador-militante que efectúa una investigación en la que él mismo y su experiencia son los relevados, que busca conocimientos prácticos para intensificar y eficientizar su propia práctica. Se proclama crítico de las militancias partidarias y las “humanitarias” de las ONG’s. Las primeras, execradas por su utilitarismo, sus “saberes” de la estrategia, la ausencia de “encuentro”, “afinidad” o autenticidad, reemplazados por la “táctica”, el “acuerdo”, la representación, los segundos por su visión idealizada e inmodificable del mundo, frente al cual sólo cabe destacar esfuerzos en zonas marginales –más o menos excepcionales– en las que reina la miseria y la irracionalidad.

Y a continuación enuncia las cuatro condiciones de una *investigación militante*: 1) el carácter de la motivación que sostiene la investigación; 2) el carácter práctico de la investigación (elaboración de hipótesis prácticas situadas); 3) el valor de lo investigado, que sólo se dimensiona en su totalidad en situaciones que comparan tanto la problemática investigada como la constelación de condiciones y preocupaciones; y 4) su procedimiento efectivo: su desarrollo es ya resultado, y éste redundante en una inmediata intensifi-

cación de los procedimientos efectivos.

Establecida la distinción con los investigadores académicos, establecen entonces sus diferencias con los militantes políticos: “Si sostenemos la distinción -como intentamos hacerlo a lo largo de este libro- entre ‘la política’ (entendida como lucha por el poder) y las experiencias en que entran en juego procesos de producción de sociabilidad o de valores, podemos distinguir entonces al militante político (que funda su discurso en algún conjunto de certezas), del militante investigador (que organiza su perspectiva a partir de preguntas críticas respecto de esas certezas)”³. Afirman que la experiencia del MTD de Solano no es una línea política, sino una crítica de las “líneas”, que investiga su circunstancia y hace crítica en su circunstancia. Pero ¿se incluye el colectivo Situaciones en esta definición? Porque este Colectivo que tuvo su origen en una experiencia política universitaria⁴ y que asume en el plano científico una crítica de los métodos de investigación, podría admitir que una tal investigación no es otra cosa que “práctica política”. Que se autoanaliza y saca conclusiones, es claro, pero ¿será necesario volver a definir la política? Es probable, algo de eso se obtiene de la lectura de este libro. En cualquier caso, no es clara esta distinción y en general nunca se sabe bien si quien habla es el MTD-S o el Colectivo Situaciones transformado en su exegeta.

Los autores parecen hacerse cargo del lenguaje “situacionista”⁵ de sus publicaciones, una referencia presente en muchas figuras del lenguaje no convenientemente explicitadas, modalidad que significa una notable dificultad para la comprensión de su discurso. Ellos mismos constatan el rechazo que cosecharon en algunos círculos donde su producción fuera catalogada como un producto “idealizado del lenguaje”. Sin embargo, enseguida escapan a definir un marco filosófico para su accionar, y ahora es claro que hablan de sí mismos cuando para evitar la responsabilidad de sus elecciones políticas ideológicas o filosóficas deci-

den declararse “muertos” como autores y transformarse en “lectores” de sí mismos, para intervenir desde allí en el debate que seguramente despertarán sus escritos, pierden, por supuesto, el privilegio de una “autorizada” interpretación. Ganan en cambio –y lo reivindican– un lugar horizontal de participación en la discusión de su propia experiencia.

El Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano agrupa a más de 800 familias de varios barrios de esa localidad del Sur del Conurbano Bonaerense. En agosto de 1997 comenzaron a organizarse en torno a la parroquia del barrio San Martín, su participación en las acciones de cortes de rutas y reclamos de los movimientos piqueteros, es, por supuesto, su actividad más conocida. La participación de ONG's y partidos políticos tomó enseguida a estos movimientos como objeto de su solidaridad. Solidaridad que no excluye a veces el reconocimiento del modelo que distingue ganadores (incluidos) de perdedores (excluidos y animalizados, percibidos como inhabilitados para un accionar autónomo). Sin embargo, la radicalidad y autonomía de los métodos de lucha puestos en práctica por estos movimientos, alteró esa visión victimizadora⁶, convirtiendo al movimiento piquetero en auténtico “objeto de deseo” de la política revolucionaria. De hecho, son movimientos –todos ellos– muy distintos, cuya unidad formal está puesta por fuera de ellos por quienes perciben una cierta unidad de acción en la modalidad del piquete (el corte de rutas), la dependencia de los subsidios estatales y la situación de marginalidad social. Hacia adentro, por el contrario, cada experiencia es distinta y como lo visualizan los autores de este libro, sólo responde a la “situación” particular que vive cada uno.

Entre otras características la experiencia del MTD-S se ha hecho famosa por su horizontalidad en la conformación de un contrapoder que no busca la toma del poder estatal, sino la transformación de la sociedad desde su propia práctica, construyendo nuevas redes de sociabilidad

transformada. Labor que consiste en “potenciar diferentes proyectos económicos, políticos, culturales artísticos, entre los vecinos del barrio y las familias vinculadas al movimiento, destinados a resolver problemas tales como la desocupación, la alimentación y la capacitación, pero que a la vez logran producir cohesión social y multiplican las dimensiones de la existencia (valores y sentidos)”⁷.

En un marco de fragmentación, miseria e impotencia, esta experiencia que hace eje en formas horizontales de trabajo y de toma de decisiones, la autonomía, el pluralismo y el respeto por la diversidad, resignifican el “corte de ruta” y las vinculaciones con el Estado, convirtiendo a éstas últimas en instrumentales y no centrales.

¿De dónde se parte? De la identidad. Se hace necesario definir la exclusión, porque el “excluido”, el que está “afuera”, en un territorio del que no se regresa, no es sólo un “pobre”. La categoría de “exclusión” nada tiene que ver con gradaciones de la pobreza: “La exclusión es la forma específica en que nuestras sociedades incluyen –se representan– a una parte creciente de la sociedad, que es “producida” como excluida y tenida por tal”⁸. El éxito de esta noción reside en que nombra lo que la misma sociedad produce como si fuera algo ajeno a la misma. Cuando lo cierto –e intolerable– es que incluidos y excluidos forman parte de la misma sociedad.

La potencia de estas experiencias reside en su capacidad de organizar la exclusión, porque si el primer dato de la identidad es la “carencia” (el desocupado es alguien que carece de trabajo), la proeza ha sido el logro de una identidad que supere la carencia para afirmarse en una práctica nueva. Y si al principio fue su actividad de reclamo: el piquete, y de allí la denominación “piqueteros”, las iniciativas económicas y sociales van generando nuevas identidades relacionadas con un “trabajo autónomo”, no explotado. Como ellos mismos dicen: “Ya no se trata de anunciar su deseo de ‘volver a ser ocupados’, de solicitar el reingreso a un segmento de la

deshecha estructura social, que sólo podría eventualmente, aceptarlos en condiciones que ellos han aprendido a despreciar. Ni incluidos, ni excluidos, sino más allá de estas representaciones”⁹.

La política ya no pasa por la política: “Lo político –lo estatal, lo partidario– pertenece a nuestras sociedades más como una máquina que registra (malversando) los ecos de las transformaciones en curso, antes que como un sitio productor de estas transformaciones.”¹⁰ Es inevitable ver un eco “situacionista” aquí, busca inconscientemente la referencia a Guy Debord, los estudiantes franceses de fines de los '60, o el “concejismo” italiano de mediados de esa misma década. Quizá fuera necesario repasar los ecos de aquella producción. Y es en cierto modo lamentable que no haya en el libro un llamado expreso a revisar esa “tradición”.

El fin de la centralidad de lo político fue visto como el fin de la historia por neo-liberales y posmodernos. Muerta la política, la derrota de las experiencias emancipatorias es –desde su óptica– la derrota de todo proyecto de transformación social. Pero el fin de la centralidad de la política no es el fin de la política, se trata de despolitizarla para acercarla a la multiplicidad de la existencia: “se trata de asistir a formas de constitución de núcleos capaces de producir una perspectiva interna a las experiencias de nueva sociabilidad, potenciando y componiendo lazos, saberes e hipótesis de trabajo.”¹¹

Los temas tratados a lo largo de ocho horas de grabación van desde la historia del movimiento, los criterios con que se organizan y trabajan, la relación con el resto de los movimientos, su relación con los medios de comunicación, con los grupos que se acercan con distintas propuestas, su forma de entender la política y su reflexión sobre el contrapoder. Resulta sin duda un material denso y sustancioso, que –repetimos– es esperable que active la interpretación crítica de estos años y sus potenciales alternativas para el movimiento popular.

En cuanto al libro de Raúl Zibechi, éste tiene un gran mérito: el de poner orden en un movimiento aluvional y vertiginoso, que recorre los años '90 desprendiendo centenares de experiencias sociales únicas, distintas, pero con algunos rasgos comunes que este trabajo permite asimilar.

El autor se remonta muy atrás en la búsqueda de los orígenes de estos nuevos movimientos sociales, tan lejos como los primeros años de la dictadura transcurrida entre 1976-'83 y el surgimiento de Madres de Plaza de Mayo, seguirá luego la conformación de HIJOS ya entrada la democracia, los movimientos juveniles (de fanzines, murgas, etc.), el movimiento de radios libres como "La Tribu" hacia 1989, la creación de la CTA en 1992, más tarde la celebración de los Encuentros de Organismos Sociales hacia 1997 que totalizaron seis encuentros entre ese año y 1999, y hacia el año 2000 se transformó en Coordinadora de Organizaciones Populares Autónomas, para concluir con una minuciosa historia de los movimientos de desocupados originados como asentamientos durante el transcurso mismo de la dictadura para resurgir con la impronta radicalizada que hoy les reconocemos a fines de los años '90.

¿Qué define a estos movimientos como nuevos? Para Zibechi esta clasificación surge de comparar el carácter "instrumental" de los viejos movimientos sociales¹², rígidos y centralizados, que contrastan con la autonomía y horizontalidad de movimientos creados sobre la base de relaciones interpersonales que cuestionan la lógica de la "representación". Hay sin duda una afinidad teórica con los textos del colectivo Situaciones¹³, cuando se constata que estos movimientos no tienen por origen un discurso universalista, sino por el contrario que es la situación la que los genera. La "coincidencia" se da naturalmente en espacios alejados de la representación, son generadores de hechos políticos sin que sea ese expresamente su cometido. En el 2º Encuentro de Organizaciones Sociales en marzo de 1998 coinciden ciertos grupos estudiati-

les¹⁴ y barriales, periódicos y revistas independientes, radios de baja frecuencia, murgas, centros culturales, cooperativas, organizaciones de defensa de los Derechos Humanos, ONG's, organizaciones de solidaridad en temas de infancia y salud, grupos feministas, de minorías sexuales, de desocupados y alguna mínima participación sindical. Este es el espectro, al que habría que agregar los asentamientos en tierras fiscales o privadas como es el caso de los movimientos indígenas en el sur o la experiencia del MOCASE y los nuevos colectivos de trabajadores de fábricas ocupadas y autogestionadas.

Aunque el ensayo hace eje en organizaciones del tipo de las mencionadas, concede, sin embargo, un importante espacio al análisis de la experiencia de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) que, surgida en 1992, se convirtió para el autor en "la experiencia más avanzada que ha dado el sindicalismo en América latina luego de la derrota de los setenta".¹⁵ Destaca el valor de su trabajo territorial¹⁶, "algo totalmente excepcional en el movimiento sindical en cualquier parte del mundo", la creación de un movimiento juvenil y el lugar ocupado por la mujer y su reivindicación de género en el desarrollo de esta organización. Destaca también su combatividad y democracia interna. Sin embargo, siendo ésta una organización tan vasta y amplia, no consiguió agrupar en su seno a los nuevos movimientos sociales que prefirieron mantenerse en la autonomía y conformar redes propias como la COPA. Zibechi lo explica como una diferencia cultural, con el sindicato, su forma rígida, el imperio del número en su modo de arribar a acuerdos. Exhibe una larga lista de razones para este desencuentro, pero finalmente concluye que "el sindicato de masas puede ser todo lo combativo que se quiera, pero no pertenece a la categoría de movimientos que tienen la emancipación como horizonte. Se inserta en la lógica del progreso y en esa misma dirección postula el desarrollo y la evolución de sus afiliados". Encuentro prejuiciosa esta conclu-

sión, parecería obedecer al *diktat* de Lenin¹⁷ que apenas le concedía finalidades tradeunionistas al sindicalismo, puesto que sólo el "Partido", vanguardia consciente del proletariado que traía a éste desde el exterior la teoría y el conocimiento, podía —una vez tomado el poder— transformar completamente la sociedad. Hay aquí —no muy oculta— la reivindicación de una de aquellas antinomias fuertes que polarizaban el debate hace 20 años, del tipo Reforma vs. Revolución. Y es curioso, porque el rescate que pretende hacerse de algunos grupos "ejemplares" del movimiento piquetero, pasa justamente por la reivindicación no sólo de sus prácticas horizontales y autónomas, sino por su concepto de revolución, alejado de las "tomas de palacio" comunes a las viejas estrategias revolucionarias, para, por el contrario, involucrarse en el cambio cotidiano e invisible, hecho de pautas culturales y pequeñas transformaciones económicas, que podían haber sido vistas como "reformistas" por los revolucionarios de los años '70. Finalmente, ¿qué significa esto de transformar la sociedad sin tomar el poder?¹⁸ Y para concluir, ¿por qué no podría la CTA hacerse cargo de estas acciones que significan transformaciones al interior del sistema de dominación? ¿No lo hace acaso, cuando gesta una organización territorial del tipo de la FTV (Federación de Tierra y Vivienda) muy cercana conceptualmente al MST de Brasil, que propicia la toma de tierras por desocupados, o la autogestión y autoorganización de fábricas recuperadas a las que brinda su solidaridad? Ciertamente no se ve aquí una contradicción flagrante, al menos así planteada. Sobre todo cuando el propio Zibechi dos párrafos más adelante reconoce que la CTA plantea cosas similares y a veces en los mismos términos que las acordadas en los EOS (Encuentros de Organismos Sociales), por ejemplo: "Claudio Lozano habla de 'correr al Estado del centro de la construcción de poder', y cita la frase del Subcomandante Marcos 'Vamos a ver qué tipo de militante o qué tipo de hombre genera un movimiento que no tiene por ob-

jetivo ocupar el Estado', otros dirigentes hablan de horizontalidad".¹⁹

El libro avanza en el análisis de la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón. Un largo capítulo hará centro en esta experiencia en general y la del MTD de Solano en particular, por lo que inevitablemente se cruzará con las interpretaciones que el Colectivo Situaciones hace de este caso, a veces citando y a veces reinterpretándolas en un lenguaje más amigable. Las últimas alternativas de la crisis argentina que dispararan los hechos de diciembre de 2001, sirven para cerrar provisoriamente este panorama. Dos últimos capítulos invertirá el autor en las conclusiones de este extenso período. El epílogo, escrito por Luis Mattini, funciona como una conclusión de conclusiones en tan sólo cinco carillas.

Zibechi es miembro de la redacción de la revista uruguaya *Brecha*, y ya Nordan le editó otros dos libros en los que bucea la realidad de los nuevos movimientos sociales en América Latina: *La mirada horizontal. Movimientos Sociales y Emancipación y Los arroyos cuando bajan. Los desafíos del zapatismo*. Lector de Holloway y de Negri y seguidor de algunos de sus más famosos razonamientos, esta cita orienta de algún modo parte de las conclusiones del trabajo: "el Estado no puede ser una herramienta para la emancipación ya que no puede construirse una sociedad de relaciones de no-poder por medio de la conquista del poder. Una vez que se adopta la lógica del poder, la lucha contra el poder ya está perdida".²⁰ El mismo Holloway firma un elogio de esta obra en la contratapa identificando las luchas aquí reseñadas como "zapatismo urbano". Zibechi asume su tradición marxista, y es criticándola como confirma a Holloway: "el siglo pasado pone de relieve la imposibilidad de avanzar desde el poder hacia una sociedad nueva. El Estado no sirve para transformar el mundo. El papel que le atribuimos debe ser revisado".²¹ Es inevitable desde una óptica libertaria la tentación de señalar que esto fue dicho por los fundadores de esta tradición, en

los mismos términos, hace más de cien años y, que desde entonces este saber forma parte indisoluble de su práctica. En cualquier caso es altamente auspiciosa la crítica que una gran parte de la izquierda hizo del leninismo, y que esta crítica promueve la constitución de organizaciones horizontales y autónomas, organizaciones complejas en las que el poder se socializa tanto como cualquier otra necesidad humana.

Prolifera mucho texto periodístico sobre los fenómenos aludidos en estos textos, en general no son más que descripciones —a veces poco exhaustivas— con muchas fotografías. Por lo mismo, es especialmente destacable la aparición de estos libros, el uno más atento al movimiento general de la sociedad y su crisis enmarcada en la crisis de América latina, el otro más centrado en el análisis de una "situación concreta", una experiencia símbolo de la potencialidad de estos nuevos movimientos sociales, ambos imprescindibles para comprender la coyuntura argentina actual.

Fernando López Trujillo

- 1 Palabras de un militante del MTD de Solano en una asamblea en un galpón comunitario del movimiento, comentando la jornada del 20 de diciembre de 2001, en Raúl Zibechi, op. cit.
- 2 Este es el séptimo trabajo publicado por el Colectivo bajo el sello De mano en mano. Lo anteceden: *Situaciones 1 Los Escrachos (2000)*; *La experiencia MLN-Tupamaros (2001)*; *Movimiento Campesino de Santiago del Estero (2001)*; *MTD de Solano (2001)*; 19 y 20. *Apuntes para el nuevo protagonismo social (2002)*; *Mesa de Escrache Popular(2002)*.
- 3 *La Hipótesis 891*, op.cit., p. 17. Sobre la concepción del *militante-investigador* que define la actividad del Colectivo Situaciones ver: Miguel Benasayag y Diego Sztulwark, *Política y Situación. De la potencia al Contrapoder*, Buenos Aires, De Mano en Mano, 2000.
- 4 Agrupación El Mate en la Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

- 5 Sobre la Internacional Situacionista, véase Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-Textos, 1999. I.S., *Sobre la miseria en el medio estudiantil*, Barcelona, Anagrama, 1976. Gianfranco Sanguinetti, *Sobre el terrorismo y el estado*, Bilbao, 1993. *Un terrorismo en busca de dos autores*, Bilbo, muturreko burutazioak, 1999. Raoul Vaneigem, *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*. Barcelona, Anagrama, 1977.
- 6 Aunque víctimas han tenido con creces. Los primeros muertos los ofreció Neuquén a mediados de la década del '90, enseguida un sendero de sangre se extendió por todo el país. El gobierno radical asumió a fines de 1999, con incidentes y muertes en la Provincia de Corrientes y se fue en diciembre de 2001, regando de sangre la Plaza de Mayo y sus adyacencias. La misma Coordinadora Aníbal Verón fue golpeada y cuenta sus víctimas. Dos de sus más queridos militantes, Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, fueron muertos en junio de 2002 en la masacre del Puente Pueyrredón.
- 7 *La Hipótesis 891*, op. cit., p. 28.
- 8 *Ibid.*, p. 30.
- 9 *Ibid.*, p. 31.
- 10 *Ibid.*, p. 33.
- 11 *Ibid.*, p. 34.
- 12 Sindicatos, partidos de izquierda, etc.
- 13 Por otra parte, son citados expresamente algunos textos de este grupo anteriores al aquí reseñado.
- 14 Independientes de los Partidos.
- 15 *Ibid.*, p. 75.
- 16 La Federación de Tierra y Vivienda del CTA agrupa a asentados en tierras fiscales, villas de emergencia, colectivos barriales de desocupados, etc.
- 17 Expresamente condenado por Zibechi, en otras partes de este libro.
- 18 Véase entrevista de Rebecca de Witt a Todd May en *Perspectives*, vol. IV, n°2, 2000, también en *El Rodaballo* n°13, invierno 2001.
- 19 Zibechi, op. cit., p. 77.
- 20 John Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Buenos Aires, Herramienta, 2002.
- 21 Zibechi, op. cit., p. 202.

A propósito de Eduardo Duhalde y Eduardo Pérez, De Taco Ralo a la Alternativa Independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base. Tomo I: Las F.A.P., La Plata, De la Campana, 2002

Una importante compilación de documentos producidos por las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) ha sido publicada recientemente a partir de un esfuerzo conjunto de Eduardo L. Duhalde —custodio del grueso de la documentación durante más de 25 años— y Eduardo Pérez —viejo militante del Peronismo de Base (PB)—, en el marco de la iniciativa editorial que Roberto Baschetti protagoniza desde hace varios años.

Los 84 documentos reunidos en este tomo cubren el período 1968-1975.¹ Abarcan desde los dos primeros escritos producidos en prisión por los protagonistas de la experiencia de Taco Ralo, a pocos meses de su caída, hasta aquellos últimos que, elaborados en la difícil coyuntura de 1975, contienen elementos de auto-crítica y propuestas de reestructuración en el frente obrero. Se trata —en síntesis— de documentos internos y públicos que, escasos para la etapa más temprana, aunque valiosos, permiten acercarnos a su desarrollo político, a ciertos debates internos, a las rupturas, a los cambios organizativos y estratégicos que marcaron la experiencia de las FAP. Acompañan y enriquecen esta colección documental — que promete continuar en un segundo volumen, dedicado al PB— los análisis introductorios de Eduardo L. Duhalde y Eduardo Pérez.

El primero de estos estudios se ocupa de los orígenes del peronismo revolucionario, brindando un marco de referencia donde ubicar el surgimiento de la experiencia militante de las FAP. El cuadro que logra pintar el autor, aún en apretada sín-

tesis, muestra la complejidad de entrecruzamientos, influencias y rupturas que formaban el substrato de esa época. Tomando como punto de partida las órdenes del Comando Superior del Peronismo de 1956, Duhalde propone aquí una visión de los atributos político-ideológicos que fueron definiendo a las vertientes más combativas del peronismo y germinando en opciones que, más allá de la Resistencia, tendieron hacia la construcción de una alternativa independiente en enfrentamiento práctico con los sectores burocráticos y las concepciones movimientistas. En este sentido, alertando contra la distorsión a la que en su opinión conduciría el identificar aquellas corrientes a partir del recurso a la violencia, intenta aportar algunas claves para comprender el lugar que pudieron ocupar las FAP-PB y su significación política dentro del peronismo revolucionario y, en general, de las luchas sociales y políticas de los sesenta y setenta.

El trabajo de Eduardo Pérez ofrece una pormenorizada reconstrucción de la historia de esta organización, cuyos orígenes político-ideológicos remonta al Programa del MRP (Movimiento Revolucionario Peronista) liderado por Gustavo Rearte, de 1964. Desde allí rastrea los encuentros y desencuentros, debates y prácticas de distintos grupos que comienzan a operar “con la idea de formar las FAP”. Jorge Rulli, Envar El Kadri, Carlos Caride, Amanda Peralta, Raimundo Villafior y otros son figuras centrales de esta historia y parte del complejo proceso de radicalización de la izquierda peronista (y no peronista) de la década del '60. Pérez describe su reorganización a partir del MRP y del MJP (Movimiento de la Juventud Peronista), y las relaciones con el ARP (Acción Revolucionaria Peronista) de John W. Cooke y Alicia Eguren, a través del cual se suman activistas del grupo del Vasco Bengochea, junto a otros como José Luis Nell y Jorge Cafatti, que provenían del MNRT (Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara). En la febril actividad que sigue al golpe de Onga-

nía (1966), se produce también el encuentro con otros núcleos que transitan en la misma dirección, especialmente grupos cristianos con trabajo social en villas del Gran Buenos Aires.

Eduardo Pérez permite visualizar así la heterogeneidad del activismo que confluye hacia abril de 1968, en base a un mínimo de acuerdos político-ideológicos y organizativos, en la creación de las FAP y el desarrollo de su estrategia de “guerra popular” tanto en el frente rural como en el urbano. Recorre entonces la fallida experiencia de Taco Ralo, el desarrollo de la estructura urbana, las sucesivas operaciones, la relación de las FAP con otras organizaciones (FAR, Descamisados, Montoneros), el frustrado intento de coordinación a través de las OAP (Organizaciones Armadas Peronistas), la propuesta de la Alternativa Independiente, las disidencias internas no resueltas y las consiguientes crisis y rupturas ante las distintas coyunturas políticas del período 1971-73. El autor sigue también el desarrollo del llamado “Proceso de Homogeneización Política Compulsiva”, el cuestionamiento a la práctica foquista y el intento de reelaboración político-ideológica y de reestructuración organizativa que conlleva, señalando sus límites y proponiendo razones para su fracaso. Contempla en este sentido, con notable amplitud, las divergentes evoluciones regionales y del Comando Nacional, en el marco de la nueva etapa abierta tras el Segundo Congreso del Peronismo de Base de octubre del '73 y el relanzamiento del accionar militar.

En tanto las FAP deciden volcar todo su esfuerzo organizativo en el desarrollo del PB, Pérez considera que de aquí en más “ambas organizaciones serán sólo instancias distintas de un mismo proyecto común, diferenciándose solamente en un aspecto de la práctica: lo militar”, y destaca el crecimiento de los frentes fabriles y la necesidad de profundizar las definiciones políticas e ideológicas que esto trae aparejado. Es aquí donde aparece,

contrastando con el enunciado desarrollo de las FAP-PB, la falta de consolidación del mismo y la evidencia de su vulnerabilidad frente a la represión creciente. Si para el autor la dificultad en consolidar una estrategia revolucionaria alternativa (aún para quienes, a diferencia de Montoneros, estuvieron convencidos de la inviabilidad de un desarrollo capitalista independiente) ha sido un límite compartido por todo el activismo revolucionario peronista, también es claro que su lectura de la experiencia de las FAP-PB rescata su valor específico como posibilidad superadora.

Eduardo Pérez presenta y comenta algunos de los documentos más importantes que, en esta compilación, respaldan su estudio, que es sin duda fruto de un esfuerzo de reconstrucción de larga data, apoyado en los testimonios de muchos de los sobrevivientes de la época, lo que posibilita además la riqueza y las marcas propias de una mirada desde adentro. Justamente, en la intención de los autores, esta es una historia narrada por sus protagonistas, que “restituye la palabra a sus actores permitiéndoles expresar la visión de su accionar en el momento en que actuaron”.

Sin embargo, ambos advierten que, por un lado, la riqueza de la experiencia de las FAP no se agota en su palabra escrita, y por otro, que existe un importante vacío en su producción documental, más allá del impuesto por la práctica clandestina. Pérez explica parte de ese vacío por la necesidad de mantener los acuerdos mínimos que permitían la confluencia de experiencias y concepciones heterogéneas. En efecto, no encontramos en la colección documentos que provengan del período formativo o que permitan reconstruir las concepciones teórico-políticas y los debates que culminaron en la decisión de iniciar el accionar armado. Queda pendiente, por ejemplo, avanzar en una caracterización política de la “experiencia rural” de Taco Ralo, así como aclarar los contenidos de aquello que Pérez mencio-

na como “teoría de las dos patas”, según la cual se habría acordado la posibilidad y necesidad de desarrollar la lucha armada tanto en el frente rural como en el urbano. En otro plano, la historia de las FAP-PB aparece como un espacio particularmente rico para indagar en aquellas cuestiones vinculadas al problema de la relación vanguardia-masas, en la medida que, como destacan los autores, en sus concepciones y prácticas basistas podría encontrarse uno de sus rasgos distintivos. En este sentido, la posibilidad de cruzar los documentos de este primer tomo con los materiales del PB permitirá seguramente abordar estas cuestiones en sus múltiples dimensiones de análisis.

Es de esperar que la publicación de este libro estimule la investigación en torno a una opción militante que, hasta ahora, venía quedando relegada en los estudios sobre los años setenta en relación con el interés que han despertado organizaciones como Montoneros o el PRT-ERP. En esa tarea, por supuesto, los documentos no hablarán por sí mismos. Sabemos del problema de la no transparencia de las fuentes del conocimiento histórico, de la necesidad de llenar esos textos de significados, de ponerlos en juego con aquello que aparezca en la reconstrucción de sus prácticas concretas, en las tensiones que emergen de la polifonía de los testimonios orales, etc. Esto será necesario, además, para que no se trate sólo de la preservación de la memoria, sino también de su interdicción permanente y de la reflexión crítica sobre un pasado abierto a ese diálogo vital que surge desde los problemas y preguntas del presente.

Vera de la Fuente

- 1 Los documentos originales fueron donados por los autores al CeDInCI, adonde se encuentran disponibles a la consulta pública.

A propósito de Elpidio Torres, El Cordobazo organizado. La historia sin mitos, Buenos Aires, Catálogos, 1999

Con *El Cordobazo organizado*, Elpidio Torres recupera una tradición de los dirigentes obreros de la primera mitad del siglo XX: escribir sus memorias. Fallecido el 6 de mayo de 2002, el autor logró condensar su experiencia en el movimiento peronista y el SMATA de Córdoba hasta la explosión de mayo de 1969, hecho sobre el cual reivindica un protagonismo desconocido por muchos historiadores. La edición contiene un importante apéndice documental que incluye sus cartas con Juan D. Perón y está ilustrada por un valioso archivo fotográfico.

El relato comienza con las experiencias políticas y sindicales de Torres, durante la primera presidencia de Perón, hasta su ascenso a los máximos niveles de conducción de las 62 Organizaciones. Los años de la proscripción del peronismo le hicieron conocer la cárcel en varias oportunidades y lo catapultaron como dirigente político nacional y férreo aliado de Augusto Vandor. El rol del vandorismo en el Cordobazo pasó al olvido en la historia, fundada en la literatura que coincide en señalar su debacle y el crecimiento de las izquierdas. De ahí que Torres reivindique con justicia, frente a muchos intelectuales de ese campo, su protagonismo, el de su gremio y el de la CGT Azopardo, en la unidad lograda con Agustín Tosco y la CGT de los Argentinos, para conseguir el adelantamiento del paro nacional declarado por ambas centrales y planificar la concentración del día 29 de mayo en el centro de Córdoba.

Torres testimonia que la convocatoria unitaria a la concentración en Plaza Vélez Sarsfield fue una iniciativa del SMATA, consensuada con el gremio de Luz y Fuerza y aprobada por la CGT Azopardo (legalistas o vandoristas) y la CGT de los Argentinos o Paseo Colón (independientes, peronistas de izquierda y algunos ortodoxos)¹. El fastidio de Torres con “los

intelectuales de izquierda” se entiende por la unilateralidad con la que James Brennan (*Las guerras obreras en Córdoba*) y otros autores, conciben al vandorismo, enfatizando sus elementos integracionistas y desconociendo su fundamental participación en el Cordobazo.

Luego de haber sido encarcelado y trasladado a Neuquén, Torres recupera su libertad a principios de 1970 y es electo Secretario General de la CGT provincial. Sin embargo, a partir de allí, las memorias se desdibujan. Relata el conflicto con toma de plantas en este año (que lo desprestigiaron como dirigente), reconoce la participación masiva de las bases y el crecimiento de la oposición de izquierda (PCR y otras corrientes) pero ya no comprende las razones de las huelgas y pasa a desentenderse de la historia que siguió de 1970 a 1976: “Cuando vi el manifiesto que habían preparado para justificar las tomas, no encontré ni una acción gremial, ni nada reivindicativo para los trabajadores. Eran todos puntos políticos” (p. 139).

Este es el límite de las memorias de Torres. Enojado con el “olvido ideológico” al servicio de “la mitología de los intelectuales de izquierda”, reproduce el ideario que nutrió a los sindicalistas peronistas que lo sucedieron en el SMATA para desplazar a René Salamanca, de los que él mismo quiere separarse llamándolos “tenebrosos personajes”. La distancia que toma el autor de los líderes más nefastos del sindicalismo y, por otro lado, su impermeabilidad a las ideas de izquierda, constituyen la explicación implícita del por qué de su elección de retirarse de la vida político-sindical en 1971: “estaba cansado moral y físicamente”. Hay que decir que Elpidio no era un hombre preparado para la etapa de *la multiplicación de los rosendos*. El propio Rodolfo Walsh no imaginó, cuando se preguntó *¿Quién mató a Rosendo?*, los niveles de violencia que desplegarían los sucesores del vandorismo para evitar que sus posiciones perdiesen.

Torres puede decir: “el Cordobazo lo hicieron Tosco y yo, con nuestros compañeros del gremio, los trabajadores, los estu-

diantes y todo el pueblo de Córdoba”; pero también debería decir que este mismo hecho lo deshizo a él y a la generación de dirigentes vandoristas que representaba. El lector puede inferir que el asesinato de Vandor en junio de 1969 significó también el final de los sindicalistas más cercanos al líder de la UOM. Pero sólo inferirlo, ya que el autor elige dejar de contar y detiene su historia en 1971 (año en que se produce el Viborazo, rebelión obrero-estudiantil provincial protagonizada por la extrema izquierda). Inclusive, creyendo que Torres se aparta totalmente de la vida política a partir de ese año, no dice una palabra sobre el asesinato de Aramburu el 29 de mayo de 1970 ni tampoco acerca del significado de Montoneros y la Tendencia en el movimiento peronista. De conjunto, su relato está teñido por la descolorida democracia de los noventa.

Su memoria se recupera en 1979. Entonces relata sus intentos de resistencia a la dictadura, que le costaron un nuevo paso por la cárcel; su disputa con José Rodríguez por el SMATA —que el gobierno radical resolvió en 1984 a favor de este último— y su carrera política en el parlamento provincial. Torres dejó claro que el 29 de mayo de 1969, el vandorismo estaba decidido a producir un enfrentamiento político con el gobierno de Onganía. Sus memorias desafían a gran parte de los historiadores que eligen no consultar las fuentes de “los burócratas”, erigiendo tribunales morales sobre documentos y personas, sin otro propósito que contar una historia binaria y ahorrarse el trabajo que requiere el análisis del movimiento peronista y la influencia determinante que ejerció sobre las distintas izquierdas.

Daniel Paradedda

1 La complejidad de los alineamientos sindicales nacionales y provinciales durante la etapa de la Revolución Argentina y su influencia en el Cordobazo está insuficientemente estudiada. Por ejemplo, el autor advierte la curiosa unidad entre el sector ortodoxo de la UOM provincial conducido por Alejo Simó y la CGT de los Argentinos.

A propósito de Gabriel Vommaro, La Calle, el diario de casi todos, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2002 (dos cuadernillos)

La Calle, el diario de casi todos es la presentación pública de una de las tantas investigaciones que se realizan en el Departamento Unidad de Información del Centro Cultural de la Cooperación. El objetivo que motivó el análisis de una publicación periódica de corta vida como *La Calle...* fue indagar la intervención pública y el alcance de un proyecto de prensa diaria compuesto por fuerzas partidarias de izquierda. A partir de aquí se analizan, desde distintas aristas, los apenas 74 números publicados durante los meses que van de octubre a diciembre de 1974.

Su condición de proyecto multipartidario y órgano de “ayuda” para la consolidación de la liberación nacional son las dos claves sobre las que se busca interpretar los alcances y limitaciones de los cortos tres meses de la publicación.

Como “proyecto periodístico nacido de una voluntad frentista y muerto de enfrentamiento”, se relatan los antecedentes políticos que testimonian sus orígenes. Así, el diario de composición multipartidaria se enmarca como una estrategia más de intervención política y formativa del Partido Comunista.

Experiencias como el Frente Democrático y el Encuentro Nacional serán las referencias sobre la que se delinearán los objetivos de *La Calle...*: órgano “tutor” que buscará consolidar “el frente democrático y popular”. Al recuperar con agudeza la declaración de uno de los protagonistas del proyecto, Vommaro facilita la comprensión de las tensiones que cruzan a un partido que como parte de su estrategia recurre al enmascaramiento de su protagonismo, ya sea “para dar una idea de amplitud ideológica o para que no se enoje el poder”.

A lo largo del trabajo se despliegan las contradicciones de una publicación que se conformó como órgano de representación del pueblo peronista en permanente diálogo con un gobierno que irá encrudeciendo aceleradamente sus políticas hacia el campo popular.

¿Qué mirada sobre la realidad hizo un diario que “tomaba partido” pero que pretendía no ser sectario en su recorte? Desde esta pregunta se aborda el tratamiento de *La Calle...*, publicación que, empecinada en ver y buscar en la realidad su proyecto político, desestimó el proceso que establecerá la represión como política cotidiana: “desde su visión frentista tomaba las decisiones gubernamentales que consideraba erróneas no como evidencias de una determinada dirección, sino como indicadores de una siempre corregible y coyuntural desviación”.

Una primera diferenciación entre la prensa partidaria y “prensa de información” es el marco para entender cómo el diario de “casi todos” se conformó en un proyecto político que buscaba alcanzar a aquel público no afiliado al PC, al “pueblo” como sector que debía continuar el proceso de liberación nacional que había comenzado en marzo del 1973 y que aún no había concluido. El análisis minucioso de su estructura interna (notas principales, publicidad, disposición de los temas en las páginas, recursos periodísticos, junto con entrevistas a quienes participaron del diario) son los datos que alimentan la reflexión posterior del trabajo.

El detalle en el análisis permite descubrir cómo la disposición espacial refleja la tensión entre un proyecto que como principio constitutivo establecía “será noticia lo que es noticia, nos guste o no”, y los recortes y observaciones que soslayaban la realidad motivados por la necesidad política.

La indagación del “casi todos” traza el itinerario para cuestionar la relación entre el lector imaginado y el lector real de la publicación, al tiempo que busca determi-

nar el sujeto al que se le habla. La aceptación de que ese pueblo invocado era peronista es una línea que manifiesta las metas ambivalentes: formación, representante o guía de aquel pueblo del que se sabía alejado. La delimitación del “todos” establece lo que políticamente era considerado “justo”, subyaciendo la ausencia de todos los demás actores políticos (grupos trotskistas, agrupaciones armadas) que no encuadraban en el “ser” de izquierda que el frente del diario representaba, ya que optaban por otro tipo de oposición y que no aportaban en pos de defender la legalidad imperante.

El problema de la autorreferencialidad indica el límite a la hora de interpretar la realidad. Sobre este eje el autor ancla e interpreta la posición dialoguista del periódico. El diálogo “significaba mantener la posibilidad de ‘revolución en la legalidad’”. Avatares de un itinerario que capitará con su cierre decretado en diciembre de 1974, *La Calle...* será entonces concebido como “un instrumento para defender un proyecto que, una vez que el diario pudo salir, ya había sido casi definitivamente vencido”.

Estamos ante un relato que escapa al recorrido descriptivo de la publicación analizada, y cuyas reflexiones abren una serie de interrogantes sobre el pasado y el presente de nuestra política. Una investigación concisa, rigurosa y, seguramente, puntapié de nuevas búsquedas.

Clara Bressano

**A propósito de Miguel
Íñiguez,
Esbozo de una enciclopedia
histórica del anarquismo
español, Madrid,
Fundación de Estudios
Libertarios Anselmo Lorenzo,
2001**

Al ingeniero José y a la Biblioteca

Esbozo de una Enciclopedia histórica del anarquismo español es un trabajo extraño, entre otras cosas porque desde el punto de vista estrictamente formal se presenta no como un esbozo, sino más precisamente como una enciclopedia. Por dicha razón, esta reseña trató vanamente de ser en un primer momento un intento de reflexión sobre la problemática relación entre la historia como forma, en este caso enciclopédica, y la vida histórica como flujo incesante. Para expresarlo mejor, en términos de Georg Simmel, me pareció ocurrente y crítico a la vez pensar *Esbozo*, en tanto que obra histórica, sino como una forma grabada *contra* los contenidos del acaecer de la vida, donde esta última, la vida del anarquismo, se presentaría como desprendida y vaciada de toda su condicionalidad vital. De esta manera, y contraponiéndole cierto vitalismo libertario, el trabajo de Miguel Íñiguez parecería como el frío y gran hotel que con el rostro vuelto al pasado no deja ver el sol, según la trastornada traducción de la canción *La Bohemia* de Charles Aznavour hecha por Leonardo Favio. Pero hasta aquí la reseña lo es de mi propio equívoco interpretativo, porque hay algo en este libro que se resiste a ser pensado como partícipe de la paralizante y vetusta forma que asumen, en muchos casos y por llamarlos de alguna manera, los trabajos históricos de izquierda. Entonces, como dije al principio, parte del extrañamiento que produce *Esbozo...* resulta de que finalmente uno se encuentra frente a una enciclopedia que recopila —y puedo ase-

gurar que son muchísimas— huellas y más huellas de lo que ha sido, es y podría ser la experiencia anarquista española. Cuando uno se encuentra frente al grueso volumen de más de seiscientos cincuenta páginas, con por lo menos cuatro vías de acceso (según biografías, publicaciones, organizaciones y acontecimientos importantes), se resiste a pensar que se trata del resultado de treinta años de trabajosa labor de un hombre solo. Pero, si el anarquismo es huidizo a las interpretaciones de raíz determinista y si, por su parte, las existencias ácratas aúnan, no sin cierta tragicidad, el amor por la libertad con la desmesura, el intento de Miguel Íñiguez está emparentado con la historia de la que intenta dar cuenta.

Poco antes de morir en 1944 fusilado los nazis, Marc Bloch sostuvo, en su *Apolo-gía para la historia*, que el papel principal a desempeñar por la obra histórica, en tanto que resultado del oficio del historiador, era la de oficiar de germen y aguijón. No creo exagerado afirmar que ambas características se encuentran ampliamente satisfechas en *Esbozo...*, entre otras razones porque uno puede toparse, y no pocas veces, con pequeños datos biográficos como el siguiente: “*Algaba, Francisco*: Campesino de Castro del Río asesinado por el fascio en 1936”. No cabe la menor duda de que también se pueden leer en *Esbozo...* las referencias biográficas bastante más exhaustivas de otros personajes más renombrados del anarquismo ibérico, tomemos por casos o ejemplos a Buenaventura Durruti y a Federica Montseny, pero son aquellos otros, como Francisco Algaba, los que llenan de misterio el trabajo de Íñiguez y los que hacen que —aunque la enciclopedia sea por siempre un esbozo— uno desee que éste se amplíe más y más, lo cual, por otra parte, está contemplado en la intención del autor.

Las vidas anarquistas son vidas difícilmente representables y no pocas veces constituyen una verdadera incógnita histórica; creo que ya sólo por esta razón

merecen durar al triste polvo del olvido pasivo. Otro ejemplo de este afán por recuperar y colmar la brecha de lo ya sido, podría ser el caso de Ramón Congost, del que tan sólo se sabe que envió dinero por presos para la *Revista Blanca* desde Uruguay en el año 1929. Aquí los márgenes de *Esbozo...* se ensanchan y escapan a los propios recortes de su autor y haciendo del índice de nacionalidad un utensilio algo rudimentario, ya que, como pocos movimientos históricos, el anarquismo se ha dedicado a migrar y contrabandear ideas allende las fronteras.

Martín Albornoz

*A propósito de Marcos López,
Sub-realismo criollo,
Salamanca,
Universidad de Salamanca,
2003*

La portada de *Sub-realismo criollo* nos remite a una versión particular de la última cena: Jesucristo y los apóstoles, vestidos con camisetas blancas y de fútbol, comiendo y bebiendo soda, vino, ensalada y morcillas en el clásico asado argentino de domingo. Un humor paródico y crítico de la realidad argentina es el pilar de este nuevo libro a todo color de Marcos López.

Esta edición es una selección de trabajos realizados por López en los últimos diez años, que se presentó en una exposición para Photo Espana 2003 (Madrid) y para Explorafoto 2003 (Salamanca). 1993-2003 representan años de menemismo, de la aceptación incondicional del modelo neoliberal norteamericano y la sumisión de la Argentina en la más profunda crisis económica. Historia y presente se funden en las fotografías mostrando de forma oblicua la conjunción de imaginarios populares que se han transformado en los últimos años.

Para Cornelius Castoriadis¹ lo imaginario permite penetrar en las significaciones articuladoras que una sociedad se impone a sí misma. Considera además que las significaciones imaginarias sociales no existen en el modo de representación, no tienen un lugar de existencia preciso ni pueden ser captadas más que de manera oblicua. El papel de las significaciones imaginarias es proporcionar respuestas a ciertas preguntas fundamentales que se hacen los hombres de una sociedad histórica determinada, por ejemplo ¿quiénes somos como colectividad, qué queremos, qué nos hace falta? En *Sub-realismo criollo*, los temas preponderantes de la imaginación argentina aparecen saturados de color, provocando una sonrisa inevitable. Algunas de las fotografías apuntan contra

el cristianismo, el patriotismo y el menemismo que nos han permitido comprar una hermosa casita en “terrenos virtuales”. Una sonriente ama de casa, con su escarapela y moño de bandera nos invita a limpiar la casa rosada. Una enmascarada, con la bandera de Estados Unidos, nos indica el camino: “A New York sin escalas” La patria argentina esta sumida en un olvidado y resquebrajado “supermercado bienestar” También la televisión es blanco de críticas. El canal estatal, que podría tener una función social educativa, es el simple telón de fondo de unas colegialas buscando la gloria televisiva. El profesor “truch” promociona lo imposible: salud, dinero, casas inexistentes, trajes inservibles para bajar de peso. Marcos López critica la ferocidad de simulación televisiva y la transforma en la promoción de mensajes políticos.

Arte pop, kitch y surrealismo son los movimientos artísticos con los que se emparenta este trabajo y así lo denuncia el libro. Sin embargo, es difícil encasillar el arte de Marcos López que tiene marcas de autor distintivas como la saturación de color. Desde las pinturas de los sets hasta la utilización de retoques digitales, las fuertes tonalidades confirman la necesidad de salir de la melancolía. Asimismo, los objetos de la vida cotidiana, que al estilo del pop art son revalorizados en la expresión artística. En este caso la gran nitidez crea una sensación de hiperrealismo que tanto en los primeros planos como en el fondo de una gran escena establecen un “punctum” en el cual se fija la atención.

Perón, Evita, Gardel, el Che, Maradona, Jesús y Menem son los personajes históricos paradigmáticos que han formado parte de nuestro pasado y con singular ironía aparecen retratados como íconos de nuestro presente. Pero las imágenes de estos personajes se han congelado, Perón y Evita son estatuas baratas de yeso, coloreadas de dorado, Maradona es la tapa de una revista de chismes, que llega hasta La Quiaca, y Menem y Cía. son máscaras grotescas. Estos personajes,

que en el pasado se hubieran recreado como vidas ejemplares y habrían sido reverenciados como héroes patrios, hoy en día son objeto de burla o han quedado como estampas inertes. Hoy en día la historia ha dejado de fijar sus intereses en los individuos destacados, la cultura de todos los que en forma anónima construyen la sociedad tienen mayor protagonismo y en las fotografías de Marcos López se juntan la vida cotidiana de los argentinos con sus fracasos económicos y las promesas políticas incumplidas.

Castoriadis también plantea que la asignación de significados no es una tarea acabada ya que permite que los actores que la protagonizan se apropien de los intersticios que dichas definiciones dejan y las reformulen incorporando elementos nuevos. Definitivamente este es el caso de Marcos López, las musculaturas varoniles, las bellezas femeninas son resignificadas y por ejemplo convertidas en un modelo de justicia que puede ser distinto.

López dice de su propio trabajo que se trata de “un fresco social crítico de lo que pasa a mi alrededor” (p. 19). No aparece la movilización ciudadana, se trata más bien de un retrato de la vida cotidiana. Pero la crítica es más aguda respecto a la televisión y a los modelos que ella impone. Sus fotografías son obviamente construidas, no se trata de documentalismo espontáneo, pero es justamente esa mirada crítica la que construye una parodia de la realidad cotidiana y la que permite al observador sumergirse en el imaginario de un pasado reciente desde lo social y lo político.

Inés Yujnovsky

¹ Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets, 1983.



Frans Masereel, "El beso"

Se terminó de imprimir
en.....

